LA SIRENA DE GIBRALTAR

LEANDRO PÉREZ

Planeta

Índice

Portada
Citas
NOTA
I. LUNES, 1 de julio de 2013
1. LA SIRENA DEL MANZANARES
2. TRES GRACIAS
3. BELLA, SERENA, ETERNA
Diario de Madelaine Cruz del 1 de julio de 2013
II. MARTES, 2 de julio de 2013
4. LAS REINAS DEL ESTRECHO
5. VIVIMOS CON NUESTROS MUERTOS
6. UNA MUELA CARIADA
Diario de Madelaine Cruz del 2 de julio de 2013
III. MIÉRCOLES, 3 de julio de 2013
7. LA QUINTA TORRE
8. UN MÓVIL
9. BUTRÓN
Diario de Madelaine Cruz del 3 de julio de 2013
IV. JUEVES, 4 de julio de 2013
10. CALADOS HASTA LOS HUESOS
11. SIN PERDÓN
12. A PALO SECO
13. CLAVES Y LLAVES
Diario de Madelaine Cruz del 4 de julio de 2013
V. VIERNES, 5 de julio de 2013
14. EN EL LIMBO
15. AVE, JORGE
16. EN MARBELLA
17. GIBRALTAR
18. PÓKER
VI. SÁBADO, 6 de julio de 2013
19. CATALAN BAY
20. EL CICLISTA
Diario de Madelaine Cruz del 6 de julio de 2013

VII. DOMINGO, 7 de julio de 2013
21. EPÍLOGO
13 DE JULIO
Créditos

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!
Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

«Quien a damas escarnece y así abandona a traición,
que otro tanto le acontezca o alguna cosa peor.»

Cantar de Mio Cid

«Todas las vidas vienen con una condena a muerte.»

WALTER WHITE,
Breaking Bad

NOTA

Esta novela de Juan Torca transcurre en 2013. Los hechos narrados pertenecen a la ficción, la menos virtual de las realidades.

I

LUNES, 1 DE JULIO DE 2013

«Para que la pena sea verdaderamente ejemplar ha de ser espantosa.»

ALBERT CAMUS,
Reflexiones sobre la guillotina

1

LA SIRENA DEL MANZANARES

La muerte es una sirena andaluza con la cola forrada de hormigón. Una sirena de ojos abiertos y pechos mecidos por la corriente, que seduce a peces y buzos.

La sirena emerge del Manzanares un amanecer soleado y tórrido. Boca abajo parece una momia mutilada, envuelta en plásticos chorreantes que impiden que sus brazos se aferren a las aguas del río madrileño. La grúa que atenaza el bloque de hormigón donde está clavado el cadáver se mueve despacio. Supervisada por decenas de operarios y policías, posa con mimo la carga en la bañera de un camión.

Pero la sirena del Manzanares seguirá siempre sumergida. Esa misma mañana, encerrada en un vídeo, empezará a seducir a internautas de todo el mundo en siete segundos fascinantes, grabados por uno de los submarinistas.

Juan Torca contempla el rescate a un centenar de metros. Sin ocultarse, en mitad de un puente. Cuando el camión arranca, Torca cabalga una moto y escolta a la sirena hasta el instituto anatómico. Poco más puede hacer. Intentará visitarla de madrugada, quizá después de que la hayan despegado del hormigón y de que un forense la haya profanado.

Torca regresa a Gran Vía. Debería dormir, no ha pegado ojo. O comenzar a husmear. Pero se desnuda, se ducha con agua fría, se seca y regresa a la calle para mojarse de nuevo, esta vez con su propio sudor, en pantalón corto y con zapatillas deportivas. Aunque corre despacio, el calorazo lo funde en cuanto rodea la fuente de la Cibeles, antes de divisar la Puerta de Alcalá. Baja el ritmo al adentrarse en el parque del Retiro y se detiene al llegar al lago. Con la mirada perdida, intenta no pensar en la otra sirena.

***

—Tendrás que matar a dos putas —le había dicho la mujer un mes antes.

Ya puestos, ¿por qué no otra más? No hay dos sin tres, pensó Torca. En cambio, replicó:

—¿Por cuánto?

No preguntó por qué. Ni para quién. No era el momento.

***

Datos, sólo datos. Fríos como cadáveres. Los que propaga la radio. Desde hace unos meses, algunas veces Juan Torca corre con auriculares por Gran Vía y el Retiro. Se está acostumbrando a ir por la vida desarmado y despreocupado. Madrid ya no es territorio comanche. Torca sólo escucha música, pero esta vez hace una excepción. Cambia de emisora. Y encuentra un informativo donde hablan del asesinato.

Un locutor cuenta que la sirena del Manzanares se llamaba Rebecca Cruz. Que la llamaban Becca Cruz, en Gibraltar. Y la Queca, al otro lado de la Verja. Que tenía treinta años y dos hermanas: Maddie y Lisa Cruz.

Torca se guarda los cascos y echa a correr. Le extraña que ya la hayan identificado y que ya lo hayan divulgado. Apenas han pasado unas horas. Regresa.

Al rebasar la fuente de los Galápagos, rumbo noroeste hacia la Puerta de Alcalá, se cruza con una ecuatoriana que corre como una rueda pinchada. Le suena de otros días.

También deja atrás a dos niñatos que la están insultando:

—Vaya pandero, cerda.

—Tú, panchita, ¿por qué no vuelves a tu selva? No os queremos aquí.

Torca se detiene.

La ecuatoriana, embutida en unas mallas negras y recocida con una sudadera de felpa de color fucsia, trota a duras penas. Los chicos, apurando el paso, van casi a su ritmo.

—Sudaca de mierda, ¡lárgate de aquí!

Cualquier otro día, quizá, lo hubiera dejado pasar. Hoy Torca desanda el camino y se encara con ellos.

—Igual os tenéis que largar vosotros.

Parecen estudiantes, por los mocasines, las camisas y las mochilas. Van rapados, marcando bandera rojigualda en los relojes. Al larguirucho le cambia la cara, pasa del descojono al acojonamiento en décimas de segundo. Pero el otro, un machaca, le insulta:

—Esto no va contigo, hijo de la gran...

No llega a decir «puta». Torca, sin miramientos, lo dobla de una patada en los testículos. El amigo reacciona tarde y mal, se va a por él con los puños cerrados y la guardia baja. Torca lo derriba de un

sopapo.

No se levantan, ni se atreven a mirarle. Se aguanta las ganas de patearlos. La joven, a diez o quince metros, le sonríe. Con un gesto, Torca le indica que se aleje. Ahora avanza un poco más rápido. Cuando la mujer rodea la fuente, les dice:

—Si os vuelvo a ver por aquí, os reviento a hostias.

A pesar del calorazo, Torca corre deprisa, saltándose un semáforo en rojo. Los niñatos y la chica desaparecen de su mente según sale del Retiro y vuelve a Gran Vía. En cambio, le rondan por la cabeza los nombres de la radio. Rebecca Cruz. Becca. La Queca. Dos hermanas: Maddie y Lisa. Una de ellas, intuye Torca, es la otra sirena. La sepultada en el mar. La otra prostituta.

Pero Torca no quiere pensar, todavía, en el otro cadáver. Le da igual, ahora mismo, que la otra sirena se llame Madeleine o Elizabeth. O que fuera una mujer sin ningún vínculo con Rebecca Cruz. Los muertos pierden el nombre, las raíces y el pasado. El otro cadáver tal vez no aparezca nunca. La otra sirena quizá sea devorada por los peces que surcan las aguas del estrecho de Gibraltar.

En la retina de Torca se ha tatuado una imagen. La sirena boca abajo, apresada por la grúa. Aunque aún no haya visto el vídeo del Manzanares, aunque aún no haya puesto la televisión ni haya abierto en la tableta ninguna de las muchas páginas periodísticas donde la noticia ya aparece ilustrada con fotogramas del vídeo y con varias imágenes de la joven, Rebecca Cruz le ha embrujado como las sirenas de *La Odisea* a Ulises.

***

—Estamos convencidos de que contra Gibraltar la política ya no vale. Y seguro que tú también. Eres un patriota. Nos consta. Hemos tenido acceso a tu expediente militar y sabemos o, mejor dicho, hemos deducido qué tuviste que hacer en la guerra contra ETA. Y tu trayectoria posterior también nos parece muy… muy interesante.

Torca se mordió la lengua. Dejó que la mujer continuara largando.

—El siglo pasado este encargo lo habrías aceptado sin rechistar. Como cualquier otra orden. Seguro. Pero estamos dispuestos a pagarte la tarifa que estipules.

***

Torca sale de la ducha. Se seca, se ciñe la toalla y se sienta ante el ordenador. Teclea el nombre de la sirena. Docenas de medios ya informan sobre el asesinato. Pero Torca todavía no lee nada. El vídeo del Manzanares ya se ha encaramado al primer puesto del buscador.

La yema del dedo índice confunde el ratón del ordenador con el gatillo de una pistola y lanza una orden tajante: no dispares, no lo veas, olvídate. Pero Torca aprieta el ratón.

Siete segundos.

Uno. El primero apenas cuenta. La cámara muestra el fondo del Manzanares.

Dos. La cámara culebrea por el lecho del río hasta que se topa con el bloque de hormigón.

Tres. Jalonada por unos focos, la cámara trepa por la mole y revela que el hormigón ha engullido a la sirena hasta las rodillas.

Cuatro. La cámara palpa unos muslos rotundos, marmóreos, sin heridas ni magulladuras.

Cinco. La cámara tiembla, por primera vez se detiene y, de repente, asciende de un tirón: como un cohete lanzado al espacio que deja atrás valles y cumbres, muestra fugazmente un hermoso cuerpo desnudo. Y frena al alcanzar el cuello de la sirena.

Seis. Rebecca Cruz quizá no ha sufrido. No hay dolor en su rostro. Tampoco sorpresa. Una sirena bella, serena y eterna.

Siete. La cámara avanza. Roza las pestañas de la sirena y se ahoga en su mirada.

Torca, sobrecogido, alza la mano del ratón.

En dos o tres minutos no hace nada. No piensa. No mira a la pantalla. No recuerda.

Nunca la olvidará.

2

TRES GRACIAS

Torca no encontraba ironía ni sarcasmo en el tono de la mujer. Tampoco en su rostro. Si era una broma, no tenía ni puta gracia.

—¿Y por qué tienen que ser prostitutas? ¿Importa algo? —acabó preguntando.

—Todo tiene importancia y nada tiene importancia. Nos da igual, pero nos parece menos... menos dañino.

***

Tarde, demasiado tarde, después de ver el vídeo Juan Torca telefoneó a su hijo. Con un mes de retraso. Pero saltó el contestador:

Hola, soy Rodrigo. Has llamado a mi número personal. A menudo, cuando estoy de servicio tengo el móvil apagado o desconectado, pero al final escucho todos los mensajes. Dime qué quieres y en cuanto pueda te responderé.

Es un quedabién, pensó Torca. Colgó. Sin decir nada. Ya probaría luego.

Rodrigo todavía no había ascendido, pero no tardaría. Incluso en el nuevo mensaje se advertía un tono autoritario, decidido. Hablaba con galones. Llegará a ser un gran policía, vaticinó Torca.

***

—Vale. Cien mil euros me parece una cantidad adecuada —dijo Torca—. El riesgo lo merece. Pero tengo una pregunta más.

—Las que sean necesarias. Pero aquí y ahora. No volveremos a vernos.

—Qué lástima —dijo por decir; la mujer, aunque atractiva, no era su tipo, demasiado estirada para su gusto—. ¿Una prostituta española que haga la calle en Gibraltar encaja en el perfil? ¿Y una gibraltareña que curre en Marbella o en Cádiz?

La mujer vaciló.

—Va en serio —añadió Torca—. No quiero malentendidos. Aunque

no abunden las candidatas que cumplan los requisitos, no quiero meter la pata.

Seguían de pie. Una habitación de hotel, a salvo de ojos y oídos indiscretos, no era un mal sitio para mantener una reunión tan peculiar, pero la mujer había descartado los lugares que Torca le había ofrecido para sentarse. Las arrugas de la colcha delataban que antes de su llegada Torca se había recostado para ver la tele. El resto del cuarto estaba recogido, Torca ni siquiera había abierto el mueble bar, pero la mujer se hallaba a disgusto, además de nerviosa. Tal vez en el Palace o en el Ritz se hubiera sentido mejor que en un hotelucho de Gran Vía.

—El encargo es complejo. Pero algo debería estar ya muy claro: las dos chicas tienen que ser oriundas de Gibraltar, no pueden ser españolas. Y necesitas nuestro visto bueno previo.

—¿Visto bueno para qué?

—Nos tendrás que decir sus nombres antes. Para investigarlas. Si no, contemplaríamos otras opciones.

—¿Qué opciones? ¿Habéis seleccionado a alguna candidata?

—Es pronto para hablar de eso. Pero que te quede claro esto: siempre y cuando cumplas los puntos críticos, es decir, la fecha y el lugar en el que deben aparecer los cadáveres, sin olvidarnos del hormigón, aceptaremos que realices… el trabajo, según tu criterio, tomándote las licencias que veas oportunas.

—Vale. No quiero cuestionar esos puntos. ¿Pero no sería más sencillo que la prostituta del Manzanares fuera de Madrid? Secuestrar en Gibraltar a alguien para matarlo aquí me parece…

—Pues a mí empieza a parecerme que nos hemos equivocado. Tu compadre nos ha asegurado que aceptarías el encargo sin dudarlo. ¿Nos hemos equivocado?

—Depende. ¿Quién os ha hablado de mí?

Ni colega ni amigo. La mujer dijo «compadre».

***

Alguien, quizá, la había cagado: Rebecca Cruz no era puta. O, si había hecho la calle, había disimulado bastante bien.

Tras ver el vídeo del Manzanares por segunda y última vez, Torca ojeó las primeras informaciones. El despliegue de los periódicos digitales se centraba en el asesinato, más que en la asesinada. Normal. Un hallazgo tan espectacular había conmocionado hasta a los periodistas que cubrían la noticia. Hablaban de un «cadáver» encontrado en el río, de un «cuerpo» desnudo, del bloque de hormigón sellado a las piernas de la «fallecida». Sin personalizar, sin saber todavía cómo vincular el extraordinario cadáver con la ordinaria biografía de Rebecca Cruz. Porque, a primera vista, parecía una mujer

normal. Como otra cualquiera.

Su único rasgo «exótico» era su procedencia. Había nacido en Gibraltar, en 1983, y trabajaba de dependienta en un supermercado. Poco más decían de ella, por ahora.

En esas noticias volvió a encontrar los diminutivos que habían mencionado en la radio. Para los clientes del súper era Becca. Y «al otro lado de la Verja» volvían a repetir esa expresión: la Queca.

La Queca bien podía ser un nombre de guerra. Para pisar las calles, para seducir. Queca sonaba a muñeca. Entre una puta y una muñeca, pensó Torca, tampoco hay tanta diferencia. Juguetes para públicos distintos. Pero Rebecca Cruz no se había ganado el apodo de la Queca en una esquina, sino en una piscina. En Sevilla, en la ciudad donde había vivido durante bastantes años. En el club de natación donde había despuntado, de adolescente, con sus hermanas.

Rebecca, Maddie y Lisa, las tres hermanas Cruz, aparecían juntas, mordiendo unas medallas, en un podio. En bañador, calzando chanclas de goma, con las gafas de agua y el gorro en las manos. Y sin apenas curvas: aunque el periódico digital que reproducía esa imagen no la fechaba, la foto amarilleaba desde hacía varios lustros. En cambio, otra fotografía, más actual, mostraba a las tres hermanas en una playa gibraltareña. Salían del agua con las melenas mojadas, desbordando los bikinis con unos cuerpos tan voluptuosos como atléticos. Tres gracias contemporáneas, no fofas ni adiposas como las pintadas por Rubens.

En ambas imágenes un círculo rojo rodeaba a la chica que aparecía en el centro. Rebecca Cruz. La asesinada. La hermana mayor. La que de niña sacaba un palmo a Maddie y Lisa. La que luego se había visto superada por las pequeñas, por las dos gemelas.

Rebecca quizá era una mujer normal. Hermosa, pero una llanita más, según las primeras noticias sobre ella. En cambio, sus hermanas, según leyó, habían continuado ganando medallas. Y compitiendo entre sí. Una de ellas, Maddie, había sido la primera mujer en atravesar a nado el estrecho de Gibraltar en menos de tres horas. Y la otra, Lisa, acababa de ser nombrada Reina del Estrecho precisamente por batir el récord de su hermana.

La competencia entre ambas quizá se había terminado. Tal vez una de ellas sea quien esté anclada en el Estrecho, con hormigón, pensó Torca.

***

El adiós de la mujer más bien había sido un hasta nunca. Torca se sentó en la cama. Aunque sacó el móvil, buscó el número de Rodrigo y acarició el icono de llamada, no llamó a su hijo. También pensó en hablar

con Luis Laguna, uno de los compadres, el dueño de la agencia de detectives al que a veces echaba una mano, pero guardó el teléfono. Sacó la libreta.

***

La noche en vela y la carrera pasaron factura. Torca cerró el ordenador y se tumbó en el sofá. Le convenía dormir algo. O reposar al menos, si es que su cerebro se resistía a bajar la persiana. Aunque seguía alterado, se obligó a cerrar los ojos. Como tantas otras veces, se limitó a respirar. Respirar y nada más, lejos de todo. Así había logrado atajar un insomnio casi crónico, producto de cientos de noches de guardias y guerrerías. Inspirar, espirar, y nada más. Inspirar y espirar, lejos de los montes de Iparralde, de las calles de Sarajevo, de los manglares de Guinea, de las montañas de Afganistán o del limbo del mar de Aral. Respirar, ajeno a todo. Dejando atrás el Manzanares. Respirar, una y otra vez, quieto, lentamente, sin prisa, lejos de los horrores y del vacío.

Había combatido contra el insomnio en sitios muy diversos: tratando de dormir al raso, en pensiones baratas, en un zulo, en hoteles de lujo, bajo bombardeos y asedios o, en Burgos, su ciudad natal, en el lado derecho de una cama de matrimonio que apenas había frecuentado. Desde hacía un par de años había derrotado al insomnio. Había logrado dormir de un tirón toda la noche en el hotelucho de Gran Vía donde había residido nada más llegar a la capital. Al asentarse en Madrid y, quizá, al amoldarse a unas rutinas aburguesadas, más estables —sólo rotas de ciento en viento por vigilancias y seguimientos en algunos trabajos esporádicos—, ya sólo debía alejarse de los fantasmas del pasado.

Ahora se encontraba a sus anchas. No había salido de la Gran Vía, su calle predilecta de Madrid. Tras dejar el hotelucho, vivía de alquiler, desde hacía algo más de año y medio, en un apartamento tan confortable y desangelado como la *suite* de un cinco estrellas. Sin fotografías ni recuerdos a la vista. Le acompañaba, como casi siempre, el jaleo del tráfico. Incluso en invierno solía dejar alguna ventana abierta. Otros conectaban la tele o la radio en cuanto entraban en sus viviendas, para combatir la soledad. Él sólo encendía un televisor enorme, que ocupaba buena parte de una pared del salón, cuando quería ver alguna serie o un partido de fútbol.

Sosegado, con la mente en blanco, muy distante del Manzanares y la sirena, se dejó vencer por el sueño. Durmió en el sofá a pierna suelta cerca de dos horas. Y habría continuado roncando un buen rato más si no lo hubieran despertado.

Alguien, al mismo tiempo que tocaba el timbre, estaba

aporreando su puerta.

Era Rodrigo, su hijo.

Un joven que muy rara vez se cabreaba. Y que había heredado de su madre, además de unas facciones agraciadas, un carácter tranquilo y poco efusivo. Al menos con su padre. Salvo en ese momento. «¡Abre, joder!», gritaba.

Torca se desperezó, a duras penas. Mientras se despegaba del sofá, vibró el teléfono: Rodrigo le llamaba por tierra, mar y aire. Se había presentado en el piso pensando que estaría dentro, sin llamarlo antes, y ahora caía en la cuenta de que podría estar en cualquier otro lugar.

Descalzo, caminó con sigilo hacia la puerta. El móvil dejó de vibrar. Puso un ojo en la mirilla. Quizá porque Torca no tenía contestador automático, Rodrigo ahora parecía estar tecleándole un mensaje. El chaval parecía fuera de sí, rabioso, pero al menos se había presentado solo. Lo observó con orgullo. Con el uniforme de verano, de azul marino como siempre pero en manga corta, marcaba bíceps. Ya no le duro ni un asalto, pensó.

Abrió la puerta y, sin esperar a que reaccionara, se giró y tiró hacia el baño.

—Estás en tu casa.

El portazo que retumbó tres o cuatro segundos después, cuando Rodrigo reaccionó, no le cortó la meada. Sin mirar hacia atrás y sin correr la puerta del retrete, Torca se sintió como un delincuente que acaba de pedirle a su captor que le quite las esposas para aliviarse. Al darse la vuelta, no concedió la menor importancia a la mirada furibunda de su único hijo, y se lavó las manos con calma. Si pretendía sacar de quicio todavía más a Rodrigo, lo consiguió al preguntarle mientras se secaba:

—Bueno, ¿qué mosca te ha picado?

Rodrigo le quitó la toalla y la arrojó al suelo.

—¡Te he visto! ¡Joder, te he visto! ¿Qué cojones hacías allí?

Torca pasó de recoger la toalla, salió del baño y se repantingó en el sofá. Señaló un sillón a su hijo, pero éste se mantuvo firme, con los labios apretados y de brazos cruzados.

—Dime, ¿qué hacías allí? —insistió Rodrigo.

—¿Qué hacía dónde?

—En el puente. A las siete de la mañana. Viendo cómo sacábamos a la chica.

—¿Estabas tú también allí?

—No, mis compañeros han rescatado el cadáver.

—¿Entonces por qué dices «sacábamos»?

—Es una manera de hablar. Nosotros, para variar, nos hemos comido el marrón. Para eso estamos. ¡Pero no te vayas por las ramas!

¿Qué pintabas en ese puente? No me digas que te gusta contemplar el Vicente Calderón.

—No, no soy colchonero. Pero, si no estabas allí, ¿por qué dices que estaba yo?

—¡Joder, padre! En el gabinete de redes sociales del Cuerpo hoy están desbordados. Y tú mejor que nadie sabes por qué, ¿verdad? Se me ocurren pocos sitios más mediáticos para arrojar un cadáver que el río Manzanares, a cuatro pasos del estadio del Atlético de Madrid. ¡Y qué cadáver! No podía estar más buenorra, la que se está liando. Y de qué manera. Lo del puto hormigón se las trae. Incluso los agentes como yo, que solemos dedicarnos a otras tareas, hemos echado una mano. Un par de compañeros y yo estábamos revisando las grabaciones del rescate, las que han hecho algunos vecinos, las de cámaras que dan a la calle, las de una tele que pasaba por allí o que recibió un chivatazo... ¿Y a quién te crees que me he encontrado en primera fila disfrutando del espectáculo? A ti. Con tu moto. Así que deja de marearme y contéstame. O te leo tus derechos y te vienes conmigo a comisaría.

—Ya será menos. Anda, siéntate y te cuento.

Torca había deducido por qué Rodrigo quería echar la puerta abajo, no necesitaba improvisar. Y, al verle tan resuelto, debía darle una explicación elaborada. Por teléfono, unas horas antes, habría sido bastante más escueto.

—Te has dado cuenta de que te he llamado hace un rato, ¿no? No he dejado un mensaje porque lo que tengo que contarte no puedo dejarlo grabado en un contestador: necesito que me ayudes —reconoció.

La mirada mustia y franca de Torca apaciguó a Rodrigo. Y al instante siguiente le aterrorizó. Fue una mirada lenta, sostenida, desnuda. Las botas de media caña de Rodrigo se acercaron al sofá. Seguía de pie, callado, pero menos tenso, contemplándolo de arriba abajo como un juez a un reo, como un padre a un hijo. Las tornas se habían cambiado.

—Pero si quieres apuntarte un tanto, un gran tanto, lo mejor es que cierre la boca ya, que no te diga nada más, y que me lleves a comisaría —prosiguió Torca.

***

Torca salió de la habitación del hotel y bajó por las escaleras. Como se temía, unos ojos asesinos lo fulminaron en la recepción. Los de Nerea. Más que una amiga, casi una novia, hasta las últimas Navidades.

—¿Quién era ésa?

—Nadie.

—¿Entonces por qué la has traído aquí? ¿Quieres restregarme algo?

—Para nada. Esto era una reunión de trabajo. Me pidieron que se celebrara en un lugar discreto y se me ocurrió reservar aquí una habitación. No pienses mal.

—Yo no pienso nada. Ni falta que hace. Tú haces tu vida y yo la mía. ¿Dejas ya la habitación? ¡Pues vete!

—Nerea, no te me enfades. Al hacer la reserva pregunté por tus turnos. Quería matar dos pájaros de un tiro: organizar aquí la reunión y luego poder charlar contigo, que llevamos demasiado tiempo sin vernos...

—Eso es porque tú lo has querido. Yo no me he movido de aquí. Y ahora ya no puedes arreglarlo así como así.

—Pero, mujer...

—Juan, estoy trabajando. No es el momento para que mates ningún pájaro ni ninguna otra cosa.

El sábado 1 de junio de 2013, a la una de la madrugada, la Gran Vía madrileña bullía, pero al otro lado de la puerta giratoria languidecía una noche tan tranquila como cualquier otra. Torca había elegido mal el momento para regresar al hotel donde tan bien lo habían acogido un par de años antes, al aterrizar en la capital. Nerea sacó unos papeles de un cajón y, sin apartar la vista de ellos, pero al menos suavizando el tono, insistió:

—Por favor, estoy trabajando. No puedes aparecer así después de tanto tiempo, como si nada.

En el hotel habían cambiado los uniformes. La joven recepcionista había tenido que sustituir la blusa abotonada hasta el cuello de antaño, una coraza, por una camiseta escotada y una americana. Torca se habría pasado toda la noche apoyado en el mostrador, pero Nerea alzó los ojos.

—Si quieres que hablemos, llámame antes. Y si estoy de humor quedamos en cualquier otro lugar menos aquí, ¿vale?

—Vale. Te llamaré.

Ya no iba a recuperar el tiempo perdido con la joven recepcionista, pero quizá podría reconquistarla. Algún día.

Torca salió..., pero cinco segundos más tarde regresó. Pisando con fuerza, derecho hacia Nerea.

—No, no podré arreglarlo, pero así no podemos seguir.

Nerea, sorprendida pero sin achantarse, salió del mostrador y avanzó hacia él.

—Entérate bien, Juan, por mucho que...

Torca, sordo, no frenó hasta que la cogió por la cintura y la besó.

La joven quizá tardó en despegar su boca, pero nada más zafarse le soltó una bofetada.

—¿Tú de qué vas? —rugió.

—De nada —dijo Torca con una mano en la mejilla.

Un relámpago de deseo brilló en los ojos de Nerea. De perdidos, al río,

pensó Torca. Contraatacó, pero despacio, marcando la jugada, con los brazos abiertos y las palmas extendidas, desplegando una sonrisa que planeó lentamente hacia el rostro de la joven y que poco a poco se fue contrayendo, según descendía hacia Nerea. Al posarse sobre sus labios, la caricia, muy leve, ni siquiera un beso, la desarmó.

—¿Y ahora qué quieres que haga contigo? —murmuró Nerea.

Torca bajó al cuello, arrebatado por el perfume de la joven, hambriento pero conteniéndose las ganas de morderla, sólo besándola, todavía sin devorarla, despacio, cada vez menos despacio, hasta que Nerea tiró de él para colarlo en las oficinas, para montarse sobre él sin frenos ni dudas, aunque también sin palabras, cómplice de un engaño que, quizá, nunca volvería a repetirse.

***

Algo se estaba quebrando dentro de Rodrigo. Creía conocer bastante bien a su padre. Aunque sabía —sólo a grandes rasgos, sin conocer apenas detalles escabrosos— cómo se había ganado la vida en la guerra sucia o al salir del ejército, no le cabía en la cabeza que hubiera cometido una atrocidad semejante.

El pulso visual entre padre e hijo duró una eternidad. Hasta que Rodrigo cedió y se dejó caer en una silla.

—Igual me arrepiento. Pero no puedo llevarte a comisaría sin que antes me cuentes qué has hecho. Pero entérate bien, que te quede muy claro: no voy a mirar a otro lado. Jamás seré tu cómplice. Sólo te ayudaré si puedo. Si mi conciencia me lo permite. Yo no soy como tú. Tengo unos principios que no voy a traicionar.

Es clavado a su madre, pensó Torca. Suelta las mismas monsergas. Fijo que sigue yendo a misa los domingos y las fiestas de guardar.

—¿Sabes de qué me arrepiento? De no haber visto contigo las películas de los hermanos Marx, como hizo tu abuelo conmigo. Habrías aprendido a tomarte la vida un poco menos en serio. Si no me falla la memoria, fue Groucho el que dijo aquello de «estos son mis principios, si no te gustan tengo otros». De todas maneras, respeto tus principios, eso no lo dudes. Y los seguiré respetando cuando los cambies. No voy a enrollarme más... —Torca suspiró, le costaba desembuchar—, pero también me arrepiento de otra cosa... Me arrepiento, sobre todo me arrepiento, de no haberte llamado hace un mes. Esa chica no estaría muerta.

—¡Me cago en la puta! —masculló Rodrigo.

—Para, déjame hablar. Tengo para rato.

***

—¿Y ahora qué? —repitió Nerea.

Torca, fundido, saciado, sólo acertó a decir:

—Ahora lo que quieras.

Nerea rescató el sujetador de una lámpara de mesa y, mientras se lo colocaba, le dijo:

—Como si pudiera. Tú ya decidiste por mí. Pero a partir de ahora eso es lo que haré: lo que quiera.

La joven, con cautela, abrió la puerta de la oficina y añadió:

—No hay nadie. Vete, por favor. Tengo que arreglar esto ya, y arreglarme, si quiero seguir aquí.

Torca salió del hotelucho. Rumiando las palabras de Nerea, caminó hacia Callao sin fijarse en los turistas y los juerguistas que pululaban por la Gran Vía. Al atravesar la plaza, se acordó de la mujer. Quizá tendría que haberla seguido, se dijo. Pero ya era tarde para eso.

***

Atento, bebiendo con angustia, alivio y asco cada palabra de Torca, Rodrigo no interrumpió a su padre. Saturado de dudas y preguntas, cuando terminó de escuchar la confesión siguió callado. Torca se incorporó, abrió el mueble bar y se sirvió un lingotazo de vodka.

—¿Quieres?

—No.

—¿Agua?, ¿una tónica?

Rodrigo negó con la cabeza. Pero se levantó para examinar las reservas etílicas del mueble bar.

—Bueno, a ver si lo he pillado todo. —Rodrigo, como un alumno recitando la lección, comenzó a resumir las palabras de su padre con la vista perdida—. Una mujer que no te dijo su nombre, rubia de bote, de unos cuarenta años, te quiso contratar para matar a dos prostitutas de Gibraltar. Quedaste con ella aquí al lado, en el hotel donde antes vivías. Contactó contigo por teléfono, pero no te dijo quién te había recomendado. ¿Voy bien?

—Sí.

Primera mentira: según la mujer, uno de los compadres había aconsejado que recurriera a los servicios de Torca, pero como no podía comprobar eso por ahora, se lo había ocultado a Rodrigo.

—Sigo. No valía con matarlas. Tenías que colocar sus cuerpos en dos sitios estratégicos: en el río Manzanares, a su paso por Madrid, y en una playa de Gibraltar. Pero tú podías elegir los emplazamientos exactos y también la manera de asesinar a las mujeres.

—Así es. Fue todo muy vago, muy impreciso. Al principio creí que alguien se estaba choteando de mí.

—¿Choteando?

—Sí, que me estaban gastando una broma. Que la puta era ella.

—De eso hablamos luego. Continúo. Seguiste la corriente a la mujer hasta que, cito tus palabras, la mandaste «a la puta mierda» porque «el plan» te parecía «un disparate». Es decir, como te parecía algo disparatado, en cuanto se largó no fuiste a denunciarlo, y por supuesto tampoco me avisaste a mí. No se lo contaste a nadie, ¿verdad?

—¿Para qué? Me pareció todo una tomadura de pelo. Desde que le echo una mano a Laguna en la agencia, me encuentro con cada cosa...

—Entonces no sabías a quién tenías que matar, ni cuándo, ni dónde... Te olvidaste del asunto durante un mes, ¡pero sin embargo apareciste en la escena del crimen esta mañana porque la mujer te amenazó ayer!

—Sí, eso es. Sólo me dijo quién era, «la del hotel», y que me convenía estar callado. Nada más. Mira.

Torca toqueteó el teléfono y le señaló una llamada. Procedía de un número no identificado. Duraba 24 segundos y se había producido el domingo 30 de junio de 2013, a las 23 horas y cinco minutos.

—Entonces tampoco me llamaste ni avisaste a nadie. Pero fuiste al Manzanares y te pasaste la noche recorriéndolo, yendo de un lado para otro con la moto, hasta que viste el operativo de rescate.

—Sí. Una de dos, me dije: ya lo han hecho, al final se lo han encargado a otro y voy a enterarme ya. O no van a hacer nada, o al menos no van a hacer ese plan, pero la mujer teme que algún día yo hable de ella. Ante la duda, cogí la moto.

—Ya. —Rodrigo, vacío, desengañado, concluyó la exposición encarándose con su padre—. Si te llevo a comisaría, no sé si van a creerse esta historia. Por no saber, no sé si te crees lo que me estás contando.

—Te he dicho la verdad, eso no lo dudes. Yo no he matado a esa chica —aseguró Torca.

Pero Rodrigo le lanzó una estocada que no pudo parar.

—Te creo, padre. Aunque no pondría la mano en el fuego por ti, creo que no la has matado. Pero si te llamaron, si pensaron en ti para asesinarla, es por algo. Porque eres un asesino. Porque matas. ¿A cuántas personas has matado? ¿Las has contado? ¿A que para eliminar a alguien no contratan a la portera de esta casa o al panadero de la esquina?

—Qué sé yo. La mayoría de los asesinos son gente corriente, como tú y como yo.

—Eso sí que no. Los asesinos son como tú. No como yo.

Torca ya había hablado bastante. No llevaba la cuenta de sus

muertos. Nunca había hecho muescas en la memoria ni en la culata de un revólver, como los pistoleros de los wésterns. Se puso otro trago.

Rodrigo cogió una botella de ron añejo. Desenroscó el tapón, la olisqueó, pero se contentó con eso.

—No sé qué hacer —reconoció—. Nunca me he enfrentado a algo así. Necesito recapacitar.

—No estás ante una situación sencilla, la verdad. Yo tampoco.

—¡Cállate ya! Eres un hipócrita. La que está en una situación terrible, la que está muerta, vejada y humillada para siempre, es esa chica. Y su familia. —Despacio, posó la botella de ron en una mesilla y respiró hondo, tratando de alejar el agobio—. Quiero que hagas una cosa —ordenó Rodrigo.

—Tú dirás.

—Tengo que pensar. No puedo llevarte así sin más a comisaría. Esto me queda grande. Creo que... que tendré que contárselo, en confianza, a... alguien.

—¿De la policía? —preguntó Torca.

—Claro. Un inspector. De homicidios. Carballera. Todos le llaman por el apellido, no recuerdo ahora su nombre. Hace un par de meses trabajamos con él. Le caí bien y me pareció un tipo fiable. Pero no sé si hoy estará trabajando, si andará con otro caso. Yo esta mañana sólo he visto a los de redes sociales... Por eso, ahora quiero... —Rodrigo, dubitativo, siguió pensando en voz alta—, por eso quiero que hagas algo.

—¿Te acompaño? ¿Vamos juntos a contárselo?

—¡No! Quiero que te quedes aquí. Que no hagas nada. Que no salgas.

—¿Como en un arresto domiciliario?

—Llámalo como quieras. —Amenazante, a Rodrigo no le echó para atrás el aliento a vodka de su padre porque se acercó todavía más a él, le clavó un dedo en el pecho y le volvió a ordenar—: ¡Pero no salgas!

***

La mujer, en un taxi a la altura de la Cibeles, terminaba así una conversación telefónica:

—¿Entonces qué hacemos con Juan Torca?

—Nada. Por ahora nada —respondía su interlocutor.

—Vale, si quieres vuelvo a ponerme en contacto con él y reconduzco la conversación. Quizá mi enfoque no ha sido el más adecuado. Me da que esto me supera.

—Tranquila, niña. Lo has intentado, con eso me vale. Ya me ocupo yo.

***

Rodrigo salió al rellano, cerró la puerta y llamó al ascensor.

¿Adónde mira un suicida cuando ya se ha lanzado al vacío?, se preguntó Torca. Pero no pensó nada más. Rodrigo se había dejado la gorra. A toda prisa, salió del apartamento y metió la pierna antes de que se cerrara el ascensor.

—¿Qué pasa? —preguntó Rodrigo.

—Nada, sólo que te vas sin esto.

—Ah.

Torca se la dio. Se despidió de Rodrigo sin tocarle, sin besarle, sin palabras, con un ademán, y volvió al piso. A seguir cayendo.

***

El portal, fresco y silencioso como el claustro de un convento, era un buen lugar para charlar con Rodrigo. También se le ocurrió hacer una ronda de llamadas a los compadres, a los viejos compañeros de armas. Uno de ellos se había ido demasiado de la lengua. Primero llamaría a Hernández, fijo que el hijoputa le había recomendado a la mujer. No podía ser otro. Luego a Luis Laguna; aunque para contárselo, no sospechaba de él. Y por último, si es que Hernández se cerraba en banda, a Jandro. Era el más leal pero también el más simple, igual había metido el cazo. Pero al ver la hora en el teléfono volvió a guardarlo. Como en el hotelucho, al final no habló con nadie. El día ya había dado mucho de sí. También podía llamarlos por la mañana. Había tiempo de sobra. Se metió en el ascensor y subió al piso.

***

Torca no era un obseso del orden, pero se había pasado años comprimiendo sus pertenencias en petates, mochilas y maletas. Tal vez para olvidarse de la conversación que acababa de mantener con su hijo, enjuagó el vaso del vodka y colocó en su sitio el ron.

El mueble bar, una pieza danesa de los años cincuenta, de madera de palisandro, se componía de tres baldas para botellas y, en la parte inferior, de dos cajoneras. En una almacenaba vasos, una coctelera y una cubitera. En la otra, abajo del todo, Torca conservaba recuerdos. Además de un mechero, un crucifijo, las alianzas y unos relojes, guardaba allí una colección de postales y un álbum de fotos.

Torca prefería recordar a la Raquel en ropa interior de la noche de bodas más que a la vestida de novia. De los mejores recuerdos con la madre de Rodrigo no atesoraba fotos. Tampoco del peor. Se había

librado de ver su cadáver, no había tenido que reconocer el cuerpo abrasado por las llamas, expulsado de este mundo en un accidente de tráfico hacía ya más de tres años.

No había hojeado el álbum desde que lo rescató de la casa familiar en Burgos, pero esta vez lo abrió. Recorría los mejores años del matrimonio, desde el bodorrio, a mediados de los ochenta, hasta que Rodrigo se matriculó en la academia de policía de Ávila más de veinte años después. En casi todas las fotos aparecían los dos, la madre y el hijo, con amigos y parientes en celebraciones familiares o en actos escolares o festivos, y faltaba él. El padre, el marido ausente. El militar, el infiltrado, el mercenario, el tipo siempre dispuesto a enfrentarse a casi todo, pero incapaz de mantener un hogar.

Rodrigo sonreía por obligación. Forzado. Ya fuera en pantalones cortos y con costras en las rodillas, de almirante repeinado en la primera comunión o de adolescente rapado, su expresión no variaba. Había sido un chaval normal, sin traumas. Más travieso que empollón, pero algo tímido. Un chaval todavía inocente, que alardeaba de sus principios, y que se merecía lo mejor.

Sí, lo mejor.

Un chaval que no merecía, concluyó Torca cerrando el álbum, que su padre le jodiera la carrera.

Al arrojarse desde lo alto de un edificio, el suicida puede ver su vida, puede cerrar los ojos y dejarse vencer por el pánico..., o darse cuenta del inmenso e irreparable error que acaba de cometer.

Al contarle a un inspector de homicidios lo que había ocurrido, a estas alturas, a toro pasado, Rodrigo iba a jugárselo todo a una carta. Para perder. Iba a cometer un suicidio profesional. El tal Carballera puede encasquetarme la muerte de la chica y enchironarme, pensó Torca. Como poco, me interrogará y me exprimirá todo lo que pueda. Hasta que encuentren al auténtico culpable, si es que lo encuentran, no me soltarán. Me investigarán. «Si te llamaron, si pensaron en ti para asesinarla, es por algo. Porque eres un asesino. Porque matas», le había soltado Rodrigo. Me pondrán en el punto de mira. La policía y los periodistas se cebarán conmigo, pensó Torca. Desenterrarán mi pasado. Y Rodrigo no superará eso. El hijo de un asesino jamás puede hacer carrera en la policía.

Torca guardó el álbum. Iba a ponerse otra copa cuando se le ocurrió algo más: la mujer quizá no lo había amenazado en vano. Si le había exigido que cerrara la boca era quizá por algún motivo. En una celda no podría descubrirlo.

Torca llamó de nuevo a Rodrigo. Por suerte, esta vez no saltó el contestador automático.

—¿Qué pasa? Estoy a punto de entrar en la comisaría de Carballera.

—¿Has hablado ya con el inspector?

—No, no. Ahora iba a intentar dar con él. ¿Por qué?

—Escúchame bien. Espérate.

—¿Pero qué dices?

—Que te esperes. No hables todavía con él. Hazme caso. Esto se puede arreglar de otra manera.

Rodrigo pareció pensarse lo que iba a contestarle. Despacio, separando casi cada sílaba, respondió:

—Esto ya no tiene arreglo.

—Lo sé, lo sé —dijo Torca—. Pero si hablas con él ahora, al minuto siguiente voy a estar detenido.

—Aquí harán lo que tengan que hacer.

—Ya. Antes has visto que estaba dispuesto a acompañarte. Pero soy más útil fuera. De verdad. Si quieres que se haga justicia, que se llegue al fondo del asunto, soy más útil fuera —insistió.

—¿Y yo me lo tengo que creer? ¿Por qué?

Torca lanzó su órdago. Todo o nada.

—Porque te lo digo yo. Tu padre. ¿Te he mentido alguna vez? Y porque no te quiero perjudicar. —Al otro lado de la línea, Rodrigo no decía nada. Buena señal—. Dame... dame tres o cuatro días. Quédate al margen, deja a tus compañeros que hagan su trabajo... y deja que yo también haga el mío. Necesito tiempo. Tres o cuatro días, como mucho. Luego llévame ante ese inspector o donde quieras.

Rodrigo salió de su mutismo.

—Son las siete de la tarde. Te doy cuarenta y ocho horas. Ni un minuto más.

—Es poco tiempo. Dame un día más.

—No. Cuarenta y ocho horas. Tienes hasta el miércoles a las siete, ¿está claro?

—Vale. No te vas a arrepentir, hijo.

Colgaron a la vez. La cuenta atrás había empezado.

Rodrigo, casi por inercia, caminó media docena de pasos más hacia la comisaría de Carballera. Pero, a quince metros de la entrada, se dio la vuelta.

Torca cogió las llaves de la moto y bajó a Gran Vía.

3

BELLA, SERENA, ETERNA

La agencia de detectives Laguna & Campbell había prosperado durante la pertinaz crisis económica y social española. Aunque no había cambiado de sede en los últimos años —ni falta que hacía, coronaba un edificio de la calle Serrano, la principal arteria comercial de Madrid—, según aumentaban el número y la cuantía de los cheques que facturaban, se extendía por la oficina una ostentosa y estrafalaria mezcla de tecnología punta con muebles de diseño y piezas artísticas tan caras como de dudoso gusto.

A Torca, culo inquieto, le parecía muy acertado el refrán «vísteme despacio, que tengo prisa». Cuarenta y ocho horas podían cundir mucho, podían dar de sí lo suficiente. A pesar de las prisas, y de que estaba sentado en una *chaise longue* tan moderna y funcional como un potro de tortura, se puso a contar a Luis Laguna sus últimas peripecias sin obviar ningún detalle. Y sin mentir. Porque apreciaba la experiencia y los consejos de su compadre, y porque antes de actuar le convenía distanciarse, tratar de enfrentarse al problema como si no estuviera hundiéndose en arenas movedizas.

Confiaba más en su amigo que en su hijo.

Luis Laguna, Luisito para los compadres, se había otorgado en sus nuevas tarjetas de presentación —impresas para proclamar su recién adquirido cargo de vicepresidente de la Asociación Española de Detectives Privados— el rimbombante título de «socio fundador y presidente ejecutivo de Laguna & Campbell». Era pequeño, parecía frágil, pero en la corrupta y peligrosa jungla madrileña del siglo XXI tenía tantas agallas y tan pocos remilgos como en cualquier otro campo de batalla. Como bien sabía Torca, su compadre de armas en los años ochenta y noventa, aunque no lucía ninguna cicatriz había participado en muchas guerras.

Torca resumió el encuentro con la mujer, hacía un mes, la amenazante llamada del día anterior y la irrupción de Rodrigo. Cuando le contó que su hijo se había planteado detenerlo, Laguna le preguntó:

—¿Pero qué le pasa a Rodrigo? ¿Es que no te conoce? Si te pasas

el día con él...

—Bueno, tampoco nos vemos tanto. Más de lo que le gustaría a él y menos de lo que me gustaría a mí. O al revés, ya ni sé lo que digo.

—Da igual. No podía pensar que tú has hecho eso, ¿no?

—Tú dirás. Le faltó poco para esposarme.

—¡Hostia! ¿Tan claro lo tenía? Qué miope. Porque tú no has sido, ¿verdad?

Esa pregunta sobraba. Incluso Laguna albergaba alguna sospecha. Pero debía responderla, aunque fuera a la gallega.

—Claro que no. Aunque si lo hubiera hecho... también te diría que no.

—No me jodas, Juan. Sé hasta dónde llegas. Eso no lleva tu firma.

—Ni mi firma ni nada. Pero no tengo tiempo para más explicaciones. Necesito un favor. O, mejor dicho, dos favores.

—Los que quieras.

—Recopilad toda la información que podáis, cualquier cosa, sobre Rebecca Cruz y sus hermanas. Quiero saber todo sobre ellas. Lo poco que he visto ahora me huele bastante mal. Tres bellezas. De Gibraltar. Nadadoras. La hermana mayor acaba sumergida en el Manzanares. ¿Qué pasa con las pequeñas, con las gemelas? Como no sé si voy a contar con tiempo suficiente para examinarla a fondo, quiero que me la pases, pero también que la estudies tú.

—Eso está hecho. Veré lo que se puede hacer —respondió Laguna—. ¿Y qué hacemos con lo del compadre? ¿Quién pudo dar tu nombre a la mujer?

—No sé. Y no sé si quiero saberlo.

—Normal. ¿Alguna idea?

—Ninguna. Por quitarme una preocupación de encima, le pegaré un toque a Jandro.

—Bien. Habla más que come, pero no me lo imagino en un *embolao* de este calibre...

—Ni yo —reconoció Torca—. Quizá, si me ha investigado, se enteró de que nos llamábamos los compadres...

A duras penas, se despegó del artefacto. A pesar del aire acondicionado, el escay de la *chaise longe* le había dejado el pantalón sudado.

—Vaya mierda de silla —dijo.

—¿Silla? ¿Llamas silla a esta pieza? Es una serie limitada, las pasé putas en una subasta para hacerme con ella y...

—Y ahora la usas para putear a las visitas.

***

Torca bajó a Serrano y, antes de montarse en la moto, llamó a

Jandro.

—¡Juanito! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué haces?

—Nada. Torrarme con este calorazo, ¿y tú?

—Cortar jamón. Lo mejor que se puede hacer con un cuchillo.

—Ya te digo. Oye, ¿si me paso me invitarás a una racioncita?

—Eso no se pregunta. Aquí me tienes. ¿Pero ya recuerdas dónde queda el bar?

—Sí. En un cuarto de hora estoy.

—Cojonudo.

Jandro, el otro compadre que vivía en Madrid, había enterrado el hacha de guerra. Ya no se peleaba contra el mundo, ni contra sí mismo. Como Luis Laguna, se había adaptado. A su manera. Durante varios años había intimidado a rateros y gamberros vigilando polígonos y fábricas, hasta que un expediente de regulación de empleo lo había dejado en la calle. Ahora, según él, vivía a cuerpo de rey: cobraba el paro y se pasaba las horas muertas en el Caribe Vallecano echando una mano a la dueña del garito. Con medio metro y setenta kilos menos que él, Esperanza, su «chica», lo manejaba mejor que cualquier sargento. Con mucha miel, y sin alzar la voz.

A los pies de un inmenso bloque de pisos, carcomido por la polución desde los años setenta, y flanqueado por una panadería y una pescadería, el Caribe Vallecano era un bar de barrio frecuentado a la hora de la siesta por abuelos y prejubilados que mataban la tarde con un café y unas cartas. Al anochecer llegaba el reemplazo, cuadrillas de amigos y parejas de novios que con un par de cañas y unas tapas escuálidas podían regresar a casa con la ilusión de haber cenado.

Jandro lo esperaba fuera, repantingado en una silla de aluminio. En cuanto Torca frenó, se levantó y se fue a por él con los brazos abiertos. Los cercos de sudor de una camiseta rockera no achantaron a Torca. Se abrazaron con fuerza. Jandro le arreó un palmetazo para embocarlo hacia el bar.

—Tiro las cañas que te cagas, ya verás.

—Pues estoy seco. Tendrás que poner unas cuantas.

Con los músculos de Jandro y las neuronas de Luisito se podría fabricar el soldado perfecto. Aunque ambos iban bien pertrechados por separado. El creador de Laguna & Campbell, menudo pero infatigable y resistente, había superado desde la instrucción más puñetera hasta expediciones salvajes. Jandro camuflaba en su descomunal y pendenciera fachada un sentido común nada despreciable.

—Jandro, ¿y esas barbas? Si pareces el Cid Campeador…

—Ya ves. A Esperanza no le gustaba mi mostacho. Pero yo tampoco quería afeitármelo. El otro día casi le zurro a un chaval por su culpa.

—¿Por culpa de Esperanza? ¿Te has vuelto celoso?

—Qué va. Me la suda que los parroquianos se la coman con los ojos. Se mira pero no se toca, les dice. Y los mantiene a raya. Como a mí. Casi le machaco el cráneo a uno por culpa de la barba. Me soltó que parecía un... un *jister*.

—¿Un *hipster*?

—Como se diga. Eso. Sí que estás puesto, ¿sabes lo que significa?

—Sí, son una tribu urbana. Ahora que lo dices, esas barbas tuyas se han puesto de moda.

—Lo que tú digas. Salí de la barra y no lo empotré contra la tragaperras porque sus colegas me dijeron que *guister* o como se diga no es un insulto, que...

—Contigo no se juega. Ya, ya lo sé. Anda, pon otra ronda y estírate un poco con el jamón.

Esperanza bajó del almacén con unas botellas de vino. Melosa, cadenciosa, le ofreció las mejillas y se fue a atender a unos clientes. Las escasas veces que Torca se había pasado por el Caribe Vallecano había mantenido las distancias. Las curvas de la mulata tenían demasiado peligro.

Armados con el plato de jamón, unas rebanadas de pan y la tercera ronda de cañas, Jandro y Torca salieron a «la terraza»: tres mesillas destartaladas que taponaban la acera, amenizadas por el tráfico y perfumadas por los contenedores de basura.

—Estás hecho un figura —dijo Jandro, señalando la Yamaha—. Si salgo por ahí con tu moto acojonaría a la peña, dirían que parezco un ángel del infierno. Tú en cambio das el pego, todo trajeado. Menos mal que no llevas corbata, entonces igual los parroquianos te miraban mal y se pensaban que eres un cuervo de un banco. O algo peor.

Ya había anochecido. El Caribe Vallecano era un oasis, pero dentro de unas horas quería visitar a la sirena. Y también debía hablar con Hernández, con un mes de retraso.

Había descartado a Jandro al primer vistazo, sin ni siquiera mencionar el asesinato. Era su compadre más fiel, y el más fiable, no podía ocultarle nada, pero ya que estaba ahí sacó el tema.

—Jandro, sin cabrearte. ¿A que tú nunca le has hablado a nadie de mí?

—No lo pillo. ¿Por qué iba a cabrearme? ¿Y por qué iba a hablar a alguien de ti?

—Por nada. A ver cómo te lo explico. Habré pasado por aquí cuatro o cinco veces y...

—Con ésta, tres. Te prodigas poco.

—Vale, pues tres. —Torca bajó la voz—. A lo que iba: tú a nadie, ni a Esperanza según me contaste en su día, le has dicho qué hacíamos antes, ¿no?

—¡Claro que no! Sabe que fui militroncho y punto. Oye, que no me voy a enfadar, y menos contigo. ¿De qué vas?

—Tengo un problema. Alguien que vino a verme para encargarme un trabajo... sabía demasiadas cosas de mí. Ya sé que ni tú ni Luisito...

Jandro cerró los ojos y atenazó el vaso de la caña. Mala señal. Torca, muy atento, le sujetó el brazo.

—Ey, mírame. Querían que liquidara a alguien. ¡Mírame!

Jandro había madurado. No pulverizó el vaso. No tiró la mesa al incorporarse. Tampoco agarró del cuello a Torca. Abrió los ojos.

—Dime que no se te ha pasado por la cabeza, ni un solo instante, que yo he podido hablar de ti. O lárgate y no vuelvas.

—Jandro, que te quede claro: no sospecho de ti. Ni de Luisito. Pero la mujer que quería contratarme dijo que uno de los compadres, eso dijo, «uno de los compadres», me había recomendado. Quería avisarte y pedirte ayuda. Nada más.

—¡Joder! Pues empieza por el principio. Somos hermanos, Juan. Hermanos de sangre. Desde el 81. ¿Qué necesitas?

—Nada, por ahora nada. Pero si pasado mañana, a estas horas, no he venido por aquí ni te he llamado, dame un toque. Y si no te cojo, quedas con Luisito, ¿vale?

—Lo que quieras. Luisito jamás se ha dignado a pisar este Caribe Vallecano, pero de vez en cuando charlamos. Me lo apunto en la azotea —dijo golpeándose con los nudillos en la cabeza—, el miércoles por la tarde, si no vienes, le pego un telefonazo. ¿Pero no me vas a decir qué cojones está pasando?

—El miércoles te lo cuento todo. Yo rechacé el trabajo. Pero alguien sí que lo hizo. Si compras mañana cualquier periódico, lo verás en la portada. Una mujer. En el Manzanares.

—¿¡Pero dónde te crees que vivo!? ¿En la puta inopia? ¡Ya ha salido en las noticias y en todas las tertulias de la tele! Hoy en el bar nos hemos pasado la tarde hablando de eso.

—Claro, claro. Tengo prisa, Jandro. Son las diez. Si el miércoles a esta hora no sabes nada de mí, hablas con Luisito, ¿de acuerdo?

Torca se levantó. Jandro, desconcertado, lo acompañó hasta la moto. Cuando ya se había puesto el casco, le preguntó:

—Si no la has matado tú, ¿qué es lo que pasa?

—Que puede que me coma el marrón.

***

Se llamaba Hernández. Los compadres no recordaban su nombre. Quizá porque no lo usaba ni él. Luego, a mediados de los noventa, cuando desertó del grupo para ganarse la vida por su cuenta, para ganarse la vida matando, si es posible tirando de cuchillo, además se

olvidaron de él. Todos, menos Torca.

Como otras veces, Torca pasó por el aro para hablar con Hernández: primero le puso un correo, al cabo de un buen rato recibió por respuesta un número de teléfono y después tuvo que buscar una cabina para marcarlo.

Hernández, impreciso e irónico, como acostumbraba, le contó que andaba por una república exsoviética, «aunque lejos del Aral». Pero Torca no estaba para bromas.

—¿Por qué cojones hablas de mí con nadie?

—¿Con nadie? ¿Se puede hablar con nadie?

—¡Joder! ¿Te lo repito?

—Juanito, fiera, relájate. Si hablo de ti, ten por seguro que será bien. Eres mi único amigo.

Hernández había cogido un camino distinto, en las arenas muertas del mar de Aral, en Uzbekistán, hacía dos años. Desde entonces Torca no había vuelto a ver al compadre más sanguinario y desquiciado.

—Si soy tu amigo, si lo sigo siendo, ¿por qué has hablado de mí?

—Eres un coñazo. Muy sencillo. Aquí tengo para largo, ya te contaré. Una tipa contactó conmigo, hace unas semanas, y como no podía cubrir el encargo y además era en Madrid, pensé en ti. ¿La he cagado?

—Estás loco. Yo no soy como tú. Ni lo seré.

—Menos lobos. La mandarías a freír espárragos, entonces, ¿no? Y a otra cosa.

—¿Y qué sabes de la mujer?

—¿De qué mujer? ¿De tu rusa del Aral? Ojalá supiera algo...

—Hernández, joder. De la tipa a la que le hablaste de mí. No sé nada de ella.

—Pues estás como yo. Consiguió mi correo, no me digas cómo. No rula por ahí, pero quien quiere contratar mis servicios acaba encontrándome. Me llamó, siguiendo las rutinas habituales, y como suele ocurrir, ni me dijo su nombre ni se lo pregunté. Y tampoco tengo un ingreso ni nada que puedas rastrear, se me ocurrió hablarle de ti, para hacerte un favor, antes de entrar en detalles. Si la he cagado, lo siento.

—Y yo. No vuelvas a pronunciar mi nombre.

—Pero qué dramático eres, Juanito.

—¿Y la mujer después volvió a llamarte?

—No. Ya te digo que tengo para rato por aquí...

—¿No has vuelto a España? ¡Dame tu palabra!

Hernández podría estar en Madrid. O en Gibraltar, acechando a las gemelas Cruz, pensó Torca. Quizá, tras rechazar el encargo en el hotelucho, habían vuelto a llamarlo... Pero el despreocupado tono de

Hernández disipó las sospechas de Torca.

—Estás fatal, oye. No me gusta chulear, pero el viernes echa un ojo a los telediarios. Verás algo firmado por mí, pero más cerca del mar Negro que del Aral. Y hasta ahí puedo contarte. La mujer no llegó a encargarme nada, en cuanto me pasó sus fechas le dije que no estaba disponible.

—¿Y no hay manera de que puedas dar con ella?

—Pues creo que no. Pero si puedo ayudarte en algo...

—Dijo que había visto mi hoja de servicios. Dejó caer que encajaba porque había luchado en el País Vasco, ¿qué mierda le soltaste?

—Mierda ninguna. Te vendí bien. Nada más.

—¿Cómo que me vendiste?

—Pues eso. Buscaban un asesino, ¡y no se me ocurrió nadie mejor, o peor, que tú! Y ya ves: ¡los convencí!

La carcajada de Hernández desquició todavía más a Torca.

—¿Pero qué cojones les contaste?

—Nada, compadre. En serio. Sólo que fuiste un patriota.

—Ya. Y que éramos compadres, bocazas. ¡No vuelvas a hablar de mí! ¡Jamás!

Torca colgó con rabia. Apretó el puño, pero no lo estrelló contra el cristal de la cabina.

***

Dos años antes, en 2011, vapuleado y desanimado tras una amarga aventura en el mar de Aral con Hernández, Torca había aterrizado en Madrid como un náufrago. En el hotelucho de Gran Vía había cicatrizado sus pesares. Y, aunque había dejado un buen recuerdo entre el personal, ese lunes por la noche la persona con la que más había intimado no tenía muchas ganas de verlo...

Nerea seguía en el mismo lugar y con el mismo uniforme que hacía un mes. Pero de brazos cruzados y con una mirada que basculaba entre el cansancio y el enfado.

—No quería verte aquí.

—Lo recuerdo. Buenas noches, Nerea.

—¿Jugamos al cliente y la recepcionista? ¡Pues buenas noches! ¿Qué desea? ¿El señor quiere otra vez una habitación? ¡Pues estamos completos! Hala, ya puedes pirarte.

¿En qué momento se jodió todo?, pensó Torca. ¿Cómo pude ser tan imbécil? De Nerea le gustaba todo. Hasta su carácter. No había regresado al hotel para reconquistarla, aunque ojalá pudiera, sino para averiguar si conservaban las grabaciones del mes pasado. Una foto de la mujer que quiso contratarlo podía ser útil. Tras disculparse,

consiguió contarle el motivo de su visita. Y eso la decepcionó todavía más.

—O sea, que hoy también vienes a matar más pájaros de un tiro. Vale, bueno es saberlo. ¡Pues te jodes! No tengo por qué enseñarte eso. Ni nada. ¡Ya te puedes ir por donde has venido!

—Cierto. La próxima vez llamaré antes —dijo Torca—. Que pases una buena noche.

Vencido a las primeras de cambio, desanimado, se dio la vuelta y caminó hacia la salida. Menos mal que no he traído unas rosas, pensó, habría lanzado el ramo a la papelera, como la vez aquella...

—Espera, ¿no vas a insistir? ¿Tan mal estás?

Nerea conocía lo suficiente a Torca. A todos ellos. Al náufrago del Aral, al ermitaño hosco que durante semanas apenas había pisado la Gran Vía, al atleta que casi todas las mañanas salía a correr por el Retiro, al hombre cautivador. Un hombre de mundo y reservado, pero también cariñoso y divertido.

Un hombre, en ese momento, tenso y cansado, que regresó al mostrador en silencio, bloqueado. No encontraba por ningún lado las palabras para convencerla.

La joven quizá descifró el agobio de Torca. Como otras veces. Durante los meses que habían salido juntos, había descubierto que era muy reacio a hablar de su pasado y de sus ocupaciones, pero también que prefería callar a mentir.

—¿Te pasa algo? ¿La pajarraca esa te ha metido en problemas?

—La verdad es que sí. Pero los arreglaré.

—Anda, ven.

Nerea salió del mostrador y abrió el despacho del gerente. Torca la siguió.

—Las cámaras de recepción nunca se apagan. Hace unos meses me sirvieron para que unos borrachos dejaran de molestarme, les dije que las grabaciones se conservan en la central, fuera, y así logré que se marcharan. Pero aquí están. ¿De qué día estamos hablando?

Nerea encontró la grabación.

—Hasta aquí puedo llegar. No sé si se puede imprimir; tampoco si es posible sacar un corte de unos minutos...

—Rebobina un poco, tengo una idea.

Torca sacó el teléfono. Activó el vídeo y grabó en su móvil las dos escenas. La primera, más larga, permitía examinar la apariencia de la mujer, ya que al preguntar por él Nerea había tenido que llamar a su habitación y esperar un rato. La segunda apenas duraba unos instantes, pero mostraba mejor su rostro. Torca congeló esa imagen y sacó varias fotografías a la pantalla del ordenador. Luego envió la más nítida por correo electrónico a Luis Laguna. Con este escueto mensaje:

Estuvo en mi antiguo hotel, en Gran Vía. El 1 de junio a las 23:30.

Dásela al rastreador, a ver si averigua su nombre.

Nerea reprimió su curiosidad hasta que abandonaron el despacho.

—No me vas a decir de qué va esto, ¿no?

—No puedo. Hoy no. Pero me has ayudado mucho, gracias. Una cosa: no le cuentes a nadie que he pasado por aquí, no me interesa que se sepa que me vi aquí con ella. ¿Me harás ese favor?

Nerea asintió.

—En cuanto arregle este embrollo, si te parece bien, me gustaría quedar contigo.

—¿Para qué? —soltó Nerea, de nuevo desafiante—. Creo que este invierno lo dejaste todo muy claro.

—Quedó claro que soy idiota. Nada más.

Torca enarboló la bandera blanca. Su sonrisa contagió a Nerea.

—Si tú lo dices, será verdad.

—Ya, ¿pero podríamos vernos para hablar de lo que pasó en invierno?

Nerea, cabizbaja, dejó un resquicio abierto.

—La cagaste conmigo. Eso ya no tiene vuelta atrás. Pero podemos hablar de lo que pasó en invierno, como dices. Eso sí, no te presentes aquí, que el calentón del otro día no se va a repetir. Llama antes —le dijo.

***

Lo que pasó. Tres palabras. Como las detonantes: «Quiero ser madre». Una bomba inesperada.

Nerea, durante las pasadas Navidades, había estado muy tierna, tan cariñosa como siempre, pero con otra luz en la mirada. Hasta que, más de un año después de que comenzaran a salir, atravesó a Torca con esas tres palabras.

Mientras recorría Gran Vía hacia el apartamento, en ningún momento se acordó de la vecina. Ni de que al día siguiente era martes. El apaño con Candela, la hija del portero, era otra cosa, nada que ver.

***

A medianoche, cauto y paciente como un lobo, aparcó en Puerta de Hierro y caminó hasta el Anatómico Forense. No había periodistas ni agentes a la vista, pero se dijo que no intentaría acceder hasta el alba, a no ser que surgiera una oportunidad. A la media hora, llegó. De la mano de un Land Rover con matrícula de Gibraltar, escoltado por un coche policial y otro vehículo más.

El todoterreno gibraltareño aparcó de mala manera. Un tipo que parecía sacado de un tablao flamenco —con melena leonina,

aceitunado, botas camperas y camisa y chaleco negros— salió dando voces y avanzó a zancadas hacia la puerta. El padre, pensó Torca. De los otros coches se desparramaron un montón de personas, siguieron su estela a todo correr y se metieron dentro.

Torca cruzó la calle, dispuesto a aprovechar la confusión para colarse. Cuando iba a entrar, oyó un sollozo. A su espalda. Se giró. El flamenco no había cruzado solo Despeñaperros. En el asiento del copiloto lloraba una mujer. ¿La madre, una de las hermanas...? Salió pronto de dudas. La mujer abrió la puerta. Torca se acercó al Land Rover.

—¿Quieres entrar? ¿Te ayudo?

—Gracias —musitó una voz andaluza.

Unos ojos negros, muy negros, perdidos, profundos y tristes como un lago subterráneo, pasaron por encima de Torca. Un brazo moreno, bien torneado, se aferró a él. Un cuerpo soberbio, apenas cubierto por unos vaqueros recortados y una camiseta de tirantes, caminó a su lado, tambaleándose, hacia la entrada.

—No voy a verla, no voy a verla —repetía—. No quiero verla así.

Al pisar el vestíbulo unas manos sarmentosas y encallecidas le arrebataron a la mujer.

—¿Pero qué hacías? ¡Ven! ¡Vamos a ver a tu hermana!

El padre de Rebecca Cruz arrastró a la joven de malas maneras por un pasillo. Sin duda era una de las gemelas.

Con todos los ojos pendientes de la pareja, Torca preguntó por los aseos a un tipo con bata.

***

Torca visitó a la sirena dos horas más tarde, mucho después de que los tres coches se largaran de allí, tras armarse de paciencia en el cuarto de baño del Anatómico Forense.

Nada más entrar en la sala, buscó el informe de la autopsia y lo fotografió, sin examinarlo. El escaso tiempo que iba a permanecer allí quería dedicarlo a otra cosa. Al regresar al apartamento leería que Rebecca Cruz no fue violada ni torturada, aunque había sufrido una suerte atroz: anclada al fondo por el bloque de hormigón, había muerto ahogada.

Torca no contempló el cuerpo ultrajado de Rebecca Cruz. Sus piernas, o lo que quedaba de ellas, no le interesaban. Sólo descubrió su rostro. ¿Para qué? ¿Por qué? Torca no se hizo preguntas. Quería verla, nada más. Quería, también quería, y eso lo descubrió justo entonces, pedir perdón. La culpa de que hubiera acabado allí, así, era del cabrón que la había asesinado. Y de la gentuza que lo había dispuesto. Pero el peso de la culpa también atormentaba y oprimía a

Torca. Él podía haberlo impedido. Él tenía que haberlo impedido.

Estaba allí por Rodrigo. Para no lanzar a Rodrigo a los pies de los leones, para no joderle la carrera.

Estaba allí por egoísmo. Para salvar su culo, no quería pasar en la cárcel ni un solo día.

Pero también estaba allí por ella.

Bella, serena y eterna, como una estatua, Rebecca Cruz no leyó los pensamientos de Torca. Ni su juramento. Cuando volvió a taparla tampoco sintió el fugaz roce de sus dedos, casi una caricia, por su rostro.

Rodrigo tiene razón, pensó Torca. Basta con haber matado a una persona para ser un asesino. Soy un asesino. Y lo seré: te voy a vengar. El hombre que te mató ya está muerto.

Diario de Madelaine Cruz del 1 de julio de 2013

19:33 - ¡Becca! ¡Mi ángel de la guarda! Ángel, hermana, luz, alegría. ¡Becca!

22:11 - El coche casi nos deja tirados a mitad de camino. Mi padre ha llenado el depósito y se ha metido en el baño, después de pedirme un café con leche. Pero no quiero nada. Sólo salir de aquí. Estamos en una estación de servicio, cerca de Madrid, en medio de ninguna parte.

No voy a despertar de esta pesadilla.

23:47 - No me lo puedo creer. Pero acabo de verte.

Pobrecita mía. Qué desgracia. Qué locura. Qué pena. No quiero hablar de mí, estoy rota, me han estrujado el corazón, me ahoga el dolor, pero lo que siento y lo que sentiré a partir de ahora no importa. Importas tú, Becca. Ya no estás aquí, no miras, no ríes, no bailas, no iluminas el mundo.

Becca, merecías una vida larga y feliz. Eras un ángel. Eras nuestro ángel. Siempre estarás conmigo y con Lisa. Siempre te recordaremos. Rezaré por ti. Sigue cuidándonos.

II

MARTES, 2 DE JULIO DE 2013

«Nada es lo mismo, nada
permanece.
Menos
la Historia y la morcilla de mi tierra:
se hacen las dos con sangre, se repiten.»

ÁNGEL GONZÁLEZ,
Glosas a Heráclito

4

LAS REINAS DEL ESTRECHO

Juan Torca apenas consultaba el reloj. Vivía a su ritmo. Sin oficio ni beneficio. Eso decía. Andaba sobrado de tiempo y de dinero. Y nunca se aburría. Eso creía. Se acostaba cuando le apetecía. Se calzaba las zapatillas para correr por el Retiro nada más despertarse, cuatro o cinco días a la semana, a veces hasta seis —aunque nunca los martes, por los despertares con Candela, o cuando algún ligue esporádico se atrincheraba en el apartamento; no las dejaba solas—. Se duchaba, bajaba a comprar la prensa y desayunaba en un bar. Siempre en el mismo. Lo había elegido cuando aún residía en el hotel de Nerea. Aunque ahora le quedaba a desmano, al vivir en el otro extremo de Gran Vía, ni se le había pasado por la cabeza la idea de sustituirlo por otro.

A menudo comía de menú en una taberna de Hortaleza. Manolo, el dueño, le reservaba una mesa hasta las dos y cuarto. A partir de esa hora ya sabía que Torca no iba a presentarse. Hombre de costumbres fijas, aunque apenas consultara el reloj clavaba los horarios un día tras otro.

Excepto cuando se dejaba liar. Cuando aceptaba algún encargo.

El liante, casi siempre, era Luis Laguna. En la agencia de detectives no contaba con alguien experto y resolutivo como Torca. En 2011, poco después de que Torca desembarcara en Madrid, le había ofrecido ser su socio. Pero no había querido comprometerse. Bastante lo había estado ya.

La vida profesional de Torca se podía dividir en cuatro etapas. Aunque tampoco había evolucionado demasiado.

La primera, en el Ejército. La más dura, la más pura. La más ilusionante. La más frustrante. Donde forjó los lazos más estrechos. Con tipos como él. En el 81, durante unas maniobras, diez soldados saltaron de un helicóptero sin armas ni víveres. Salieron del bosque con una petaca, con una piel de lobo y con un juramento: se apoyarían siempre. Eran compadres. Los compadres. Pasaron los meses, varios tomaron rumbos distintos, alguno cayó, pero el grupo siguió unido.

En 1992 Torca se quitó para siempre el uniforme —aunque

tampoco lo había usado en la guerra sucia etarra y en algún otro lugar —. Con él se fueron cinco compadres más. Los compadres pata negra. Esta segunda etapa, la más difusa, se resumía en una palabra que entonces no solían pronunciar. Ellos preferían decir que eran putas, hijoputas de lujo, antes que mercenarios.

A finales de 2001 cinco compadres volaron a Afganistán. Regresaron cuatro. Hartos, hastiados, se separaron. Algunos años después Torca se dejó fichar por un antiguo cliente de los compadres, Juan Mari Butrón, consejero delegado de EuCorp, una empresa de armamento con negocios e intereses en muchos otros sectores. Durante la primera década del milenio, y hasta que murió Raquel, su mujer, aunque no dejó de viajar de un confín a otro del mundo, vivió entre Bilbao, la sede de EuCorp, y Burgos, su ciudad natal y donde se había criado Rodrigo, su único hijo.

En la cuarta y última etapa, en Madrid, iba a su bola. Eso decía. Viudo, sin más familiares allegados que Rodrigo y con suficiente dinero negro y blanqueado como para no dar jamás un palo al agua, no tenía ocupaciones ni preocupaciones. Además de correr, devoraba novelas negras y series televisivas. No se aburría. Pero debía reconocer que se dejaba liar, con gusto, por Luis Laguna.

También se había liado con una vecina, pocos meses después de romper con Nerea: Candela, una mujer guapa y fogosa, hija de la portera del edificio, cocinera a tiempo parcial en un comedor escolar, además de madre, divorciada, de dos niños y de una adolescente que quizá ya se olía algo.

Lola, la portera, una viuda extremeña con ganas de jubilarse, se deslomaba de sol a sol para mantener a su prole. Además de las zonas comunes, limpiaba varios de los apartamentos. Los viernes adecentaba el apartamento de Torca y se llevaba la ropa sucia. Los martes subía con la colada planchada y, si hacía falta, daba una pasada a la cocina y los baños. Después de teñir varias camisas y encoger un jersey, Torca había desistido de pelearse con la lavadora.

Un día, en primavera, la portera pegó un resbalón fregando las escaleras del portal y se torció un tobillo. Durante las semanas que guardó reposo, Candela suplió a su madre con eficacia, pero apareciendo a cualquier hora. Y, al contrario que su sufrida y discreta madre, con ganas de conversar. «Me gustaba, y me gusta, charlar contigo, Juan. Y desde el minuto cero, quizá por cómo me mirabas, ya me apetecía achucharte», le había confesado en una de las escasas ocasiones en que habían quedado fuera del edificio. «Como quien no quiere la cosa, a lo tonto y a lo bobo, somos amantes, ¿no? Pero no te hagas ilusiones, que yo tampoco me las hago, estoy muy de vuelta de todo», decía ella.

¿A lo tonto y a lo bobo? Pues vale, como tú digas, pensaba Torca.

Una mañana, después de correr, Candela había aparecido en el apartamento mientras Torca se duchaba. Sin pensárselo dos veces, se había colado bajo el chorro de agua como Dios la trajo al mundo.

Torca se dejaba querer. Hasta cierto punto. Al contrario que con Nerea, los separaban pocos años pero los distanciaban muchas cosas. Aunque encamados encajaban bien. Después de unas semanas frenéticas, casi agotadoras, el día que se ofreció a hacerle la compra y a cocinar, pisó el freno. Candela iba muy deprisa. Y llegaron a un acuerdo. Según ella, «un apaño para dos almas solitarias». Cuando la portera se curó el esguince, Candela continuó ayudando a su madre. Le devolvió los quehaceres de los viernes, pero se quedó con la rutina del martes.

Todas las semanas, cuando los niños se iban al colegio, sobre las ocho y media de la mañana, Candela subía con la ropa ya planchada. Dejaba la colada en el salón, encima de una mesa, se desnudaba y se metía en la cama de Torca.

Aunque solía despertarse con el ruido de la cerradura, a veces Torca jugaba a hacerse el dormido. Ese martes, en cambio, muy pocas horas después de regresar del Anatómico Forense, Torca no fingió. Cuando el cálido y acogedor cuerpo de Candela lo achuchó, pegó un respingo.

—¡Chico, que soy yo! —exclamó Candela.

Torca se recobró pronto. Pero la besó en la frente y salió de la cama.

—Hoy voy muy pillado. Debería estar ya en la calle.

La mujer se quedó en la cama, chafada. Pero cuando Torca regresó de la ducha, insistió:

—¿De verdad que no puedes irte un poquito más tarde?

***

El martes, a las diez de la mañana —a falta de treinta y tres horas para que venciera el plazo de Rodrigo—, Torca se presentó en las oficinas de Laguna & Campbell. Con traje negro, camisa blanca y la mochila de cuero colgada de un hombro. La secretaria, Marisa, lo saludó con una sonrisa tan generosa como su escote. Allí todos lo conocían. Y lo apreciaban. Los había sacado de unos cuantos atolladeros. A Marisa, además, le encantaba flirtear con él.

—Luis todavía no llegó. ¿Le aviso? —le preguntó.

—No hace falta. Ya sabe que vengo. Y me ha dicho que igual no se pasa hasta el mediodía...

—Puede —agregó Marisa—. A las once tiene una reunión en un ministerio, fácil que antes no venga por aquí. Pero si puedo ayudarte yo, aquí me tienes, Juan.

Marisa, cuarenta años, cuatro idiomas incluyendo el gallego, dos mocosas y un divorcio. Rubia platino, pelo corto, ojos zalameros y picarones.

—Ya me gustaría. Pero he quedado con Paco Cifuentes.

—¿Tu rastreador? Pero qué tiene él que no tenga yo...

—Nada. Ganas por goleada.

—Anda, pasa, no me hagas hablar. —Marisa pulsó un interruptor para abrir la puerta corredera, de cristal, que separaba la recepción del resto de la oficina—. En fin, de aquí no me voy a mover.

A Francisco Cifuentes lo habían bautizado tres veces. La primera, en el pueblo de Badajoz donde vino a este mundo, en el 75. La segunda, en la mili: de Francisco se quedó en Paco. La tercera, cuando a Torca le dio por llamarle el Rastreador, en una investigación relacionada con el Real Madrid y las Cuatro Torres.

Cifuentes, un tipo anodino de pelo ralo, mutaba cuando posaba los dedos en un teclado. Oculto por dos pantallotas, trabajaba en una salita interior, aislado del resto de los trabajadores. Ante Torca, como el perro de un cazador al abrirse la veda, solía mostrarse ansioso. Deseando hacer méritos. Pero en esa ocasión parecía cansado. Con pinta de haberse tirado allí toda la noche. Sin embargo, se le iluminó el rostro al ver a Torca. Chascó los nudillos, estiró la espalda y le preguntó:

—Laguna me avisó ayer: hoy sólo curro para ti. ¿Por dónde empezamos?

—Primero, por lo sencillo.

—¿Las hermanas Cruz? Porque identificar a la mujer de la foto puede costarnos días...

—Ya imagino. Sí, investiga a las hermanas. Pero de la muerta ya me ocupo yo. Saca todo lo que puedas sobre las gemelas, por favor. Y a eso de las doce echamos un cafelito y vemos por dónde seguir tirando. Más que ninguna otra cosa, me interesa saber dónde están. Ahora. Anoche creo que vi a una gemela aquí en Madrid, yendo a reconocer el cadáver con su padre. Quiero saber dónde se aloja, y si la otra ya anda por aquí.

—Vale, me pongo. Pero ya puedes echar un ojo a algo. —No dejó de hablar mientras fijaba la vista en la pantalla—. Ya he abierto el expediente. Para orientarme, he recopilado las principales informaciones sobre el asesinato, las primeras infografías y varios reportajes. Te lo mando todo por correo, ¿vale?

—Muy bien. Gracias, Paco.

—Ya lo tienes. No hay de qué, para eso estamos.

Cuando Torca iba a abandonar la salita, el otro canturreó:

—No te vayas todavía, no te vayas por favor...

Torca se volvió, intrigado. Cifuentes, rejuvenecido, parecía un

tuno borracho. Torca se dispuso a sortear el parapeto: para llegar a su mesa había que rodear una impresora, mover unas cajoneras... Cifuentes, sin dejar de teclear, exultante de orgullo, se trabó al decir:

—Laguna me dijo anoche que esto corría prisa, ¿no? Me pilló aquí al rebotarme tu correo. Me piqué... Y me dio por cacharrear: me puse a consultar bases de datos, a cruzar informaciones, me colé en un par de sitios... No te voy a aburrir. También recurrí a unos colegas... Yo... yo soy de los que prefieren dejar lo sencillo para el final. Me ha costado, pero aquí la tienes. ¡Rastreada!

Al acabar la parrafada, con Torca ya a su vera, pulsó el ratón. Los dos monitores cambiaron a la vez.

Torca, asombrado, examinó las pantallas. La izquierda reproducía la imagen de la cámara del hotel que había enviado a Laguna la noche anterior. La derecha, a la mujer en un escenario distinto, retratada por otra cámara de seguridad, y con la misma ropa y apariencia.

—Del hotel se fue a Barajas. Suele coger el puente aéreo a Barcelona, pero esa vez voló a otro sitio. ¿A que no lo adivinas?

¡Cifuentes ya había averiguado la identidad de la mujer del hotel! A su manera, el hombrecillo le había gastado una broma. Estaba disfrutando.

—Ni zorra. Pero tú seguro que ya lo sabes.

—A Bilbao. Y mañana también estará allí. Va a asistir a una entrega de premios en la Torre Iberdrola.

—¿Seguro?

—Al cien por cien. Recibe uno. Y lo acaba de contar en Twitter.

Cifuentes apretó otra vez el ratón. Una pantalla mostró el perfil de la mujer en la red social y la otra una actualización suya.

Biografía de Eva Canga, @evacanga_gra:

Nacida en La Felguera, Asturias, en 1972. Ciudadana del mundo y, ahora, de Alicante. Directora de Graphener. Las cosas más pequeñas pueden cambiarlo todo.

Mensaje colgado el martes 2 de julio de 2013, a las 8:45:

Dispuesta a recibir el #PremioEuskadi que ha ganado @graphenerES. Mañana, en Bilbao, en la torre más alta de la ciudad más grande ;-)

***

Torca no podía detenerse. El reloj corría. En cuatro horas podía plantarse en Bilbao, pero refrenó el impulso de coger la moto. Los pollos sin cabeza también corren. Dejó que Cifuentes continuara indagando y, como en otras ocasiones, se metió en una sala de reuniones. Había rechazado varias veces ocupar allí un despacho o un escritorio. Extrajo de la mochila el portátil y navegó durante cerca de una hora.

Después guardó el ordenador, sacó una libreta y apuntó estas palabras:

Eva Canga
Graphener
Bilbao
Reinas del Estrecho
Hormigón

Cerró un rato los ojos. Las pantallas le exprimían la vista. Se levantó. Abrió la ventana y se fumó un pitillo contemplando el tráfico de Serrano.

La distancia entre las hermanas Cruz y Eva Canga era enorme. Aunque no se llevaban demasiados años, aunque vivían en ciudades costeras separadas sólo por unos centenares de kilómetros, bañadas casi por las mismas aguas, surcaban mundos distintos.

Eva Canga era un tiburón. O una orca. Una depredadora. Su currículum, ostentosamente expuesto en internet, acumulaba distinciones académicas y laborales en la guarida de su familia, Asturias, y en Barcelona, Hamburgo y Londres. Para encargarle que asesinara a dos mujeres había empollado química, administración de empresas, relaciones internacionales, geopolítica y nanotecnología. Y había currado en una constructora, en la administración autonómica, en una farmacéutica y en un centro de investigación, hasta recalar en su destino actual. Divorciada y sin hijos, con cuarenta y un años, el pasado mes de diciembre había logrado por primera vez encabezar una compañía. Era la directora ejecutiva de Graphener, una empresa biotecnológica con sede en Alicante.

Sin duda, Eva Canga nadaba en aguas turbulentas y apestosas, las empresariales más corruptas, donde naufragan los negocios legales. En cambio, las sirenas apenas conocían otras corrientes que las acuáticas, en general, y las de la bahía de Algeciras y el estrecho de Gibraltar en particular. Reinaban, además, sobre esas aguas. Honoríficamente. Las gemelas eran las únicas mujeres que habían logrado cubrir a nado la distancia entre los continentes en menos de tres horas.

Cifuentes, meticuloso, había destacado una fecha: el 7 de junio, es decir, hacía sólo cuatro semanas, Lisa había arrebatado el récord a su hermana, y obtenido el título de Reina del Estrecho, al nadar entre Europa y África en dos horas, cincuenta y siete minutos y cuarenta segundos. Y al día siguiente la prensa gibraltareña y andaluza lo había destacado.

Torca releyó una de las noticias. Un columnista gaditano lo había contado así:

LAS SIRENAS DE GIBRALTAR

Las mujeres son el principio de todo. Por eso tenía que ser una mujer la primera persona en cruzar a nado el estrecho de Gibraltar. Y no una mujer cualquiera. En los felices años veinte,

Mercedes Gleitze, una celebrity *inglesa conocida por haber atraído la atención del mundo al atravesar el canal de la Mancha con un reloj sumergible, un Rolex hermético, se marcó otro reto similar. Atravesar nuestro Estrecho. Lo logró. Pero al tercer intento. Nadie dijo que fuera sencillo. Lo consiguió en plena Semana Santa, el jueves 5 de abril de 1928. La primera Reina del Estrecho partió de Tarifa y desembarcó en Marruecos doce horas y cincuenta minutos después.*

Su gesta perduró. No es sencillo nadar contra el viento. Nadar contra la corriente. Nadar en el mar. Pasaron veinte años, nada más, y nada menos, para que otro nadador siguiera su estela.

Desde entonces, según la Asociación de Cruce a Nado del Estrecho de Gibraltar, que homologa los registros y vela con mimo por mantener esta tradición, casi setecientos nadadores han atravesado el Estrecho. Gentes de todo el mundo, de unos cincuenta países. Más de la mitad, a pelo, sin recurrir a los modernos trajes de neopreno que protegen de las caricias de las medusas y de la baja temperatura del agua.

Setecientos nadadores, desde 1928, son muchos. O pocos, si los comparamos con los barcos que pasan por el Estrecho, una de las autopistas marítimas más atascadas del mundo: navegan 300 buques al día, 9.000 al mes y 100.000 al año, sin contar los ferris, las embarcaciones de pesca deportiva... y las lanchas supersónicas de los narcos.

Otra sirena, la española María Luisa Cabañero, fue la primera persona que rizó el rizo. En 1990, con veintitrés años, convirtió el Estrecho en una piscina, nadó de un continente a otro y regresó por donde había venido: de una tacada cubrió la distancia dos veces. Casi nada.

Va de mujeres esta columna, aunque seamos machistas. Son hombres quienes disputan hoy en día la carrera por lograr el cruce más rápido. Por eso ahora el título de Rey del Estrecho aparece a menudo en los medios de comunicación. El récord masculino ronda las dos horas y cuarto, y un hombre, el famoso nadador David Meca, es el único que ha hecho por ahora la triple travesía, la animalada de cruzarlo tres veces seguidas sin parar.

Ante la pujanza varonil, el título de Reina del Estrecho ha caído en desuso, a pesar de Mercedes Gleitze y de María Luisa Cabañero. ¿Pero no se premia en los Juegos Olímpicos o en cualquier competición a los hombres y a las mujeres por separado? Destaquemos negro sobre blanco la evidencia: hay que poner en valor a ambos monarcas.

Por eso debemos proclamar a la nueva reina. La gibraltareña Lisa Cruz batió ayer la plusmarca femenina. Nadó cuatro veces más rápido que Mercedes Gleitze... y llegó a tierra dos minutos antes que su hermana. Tardó dos horas y cincuenta y siete minutos.

Expliquémoslo. Dos gemelas gibraltareñas, Maddie y Lisa Cruz, están llamadas a disputarse el reinado en este siglo XXI. El año pasado, Maddie Cruz cosechó un triunfo doble: se coronó como reina y además consiguió ser la primera mujer en bajar de las tres horas. La anterior reina ya rondaba esa marca. El 3 de junio de 2010 una sirena de las antípodas, la australiana Penelope Palfrey, había bajado el récord a tres horas y tres minutos.

El pulso de las hermanas Cruz ha revalorizado el récord femenino. ¿Maddie, la nadadora recién destronada, intentará recuperar la corona que ahora ostenta Lisa? Este duelo fraternal, que no fratricida, y marino, puede ser un juego de tronos inolvidable.

Quizá Eva Canga o alguien de Graphener se habían enterado del nuevo récord. La noticia se había producido unos días después de la reunión en el hotel de Gran Vía. Tal vez entonces, pensó Torca, habían cambiado de objetivo. Todo importa y nada importa, le había dicho en el hotel. Matar a una puta le parecía poco «dañino», eso había dicho. ¿Y si habían sustituido a las prostitutas por unas «reinas»? ¿Qué palabra habría usado en ese caso?

Esa teoría se quebraba, por ahora, por un detalle. Ni Maddie, la destronada, ni Lisa, la nueva reina, habían sido arrojadas al Manzanares. El único cadáver aparecido hasta ahora, el de Becca, correspondía a la hermana que no había batido la marca. ¿Tal vez el asesino se había equivocado de hermana?

Los interrogantes se sucedían. Torca todavía no había averiguado de dónde venía la fijación de Eva Canga o de Graphener por Gibraltar. Las patrañas patrioteras que había soltado en el hotel no se las había creído. A primera vista, Graphener no contaba con intereses en Gibraltar. Tampoco pertenecía al sector de la construcción. Ni trabajaba con hormigón. Graphener, como indicaba su nombre, fabricaba grafeno. A pequeña escala, según anunciaban en su página web. Para salvar al mundo, o algo parecido: *Nuestro cometido es doble: investigar las revolucionarias propiedades del grafeno, bien llamado el material del futuro, y desarrollar aplicaciones del grafeno que permitan mejorar la sociedad en que vivimos*, proclamaban. Y un jamón, pensó.

Torca, más desencantado que indignado, pasaba de largo la sección de Ciencia de los periódicos, y últimamente también las de Economía y Política. Del grafeno sabía lo mínimo: que podía ser el nuevo silicio. Bueno, del silicio también lo ignoraba casi todo, pero vivía en este mundo: en Silicon Valley, un El Dorado tecnológico californiano, habían brotado algunas de las empresas más influyentes y poderosas del mundo. Subirse al carro del grafeno podía ser muy provechoso. La web de Graphener desbordaba información, quizá buscaba impresionar a socios o futuros inversores, pero Torca cambió de tercio. Esa línea podía dar sus frutos, pero debía postergarla unas horas: antes le urgía conocer mejor a las hermanas Cruz.

Salió de la sala un par de minutos. Pidió a Marisa que le comprara un billete de avión a Bilbao para el día siguiente. Eva Canga se iba a llevar una buena sorpresa.

—¿Has ligado con una vasca? ¿Un polvo exprés?

—Un polvorín. Necesito un favor más: consígueme una acreditación o una invitación para asistir mañana a los Premios Euskadi.

—Sí que apuras. Ya podías haberme avisado antes, ¿no? Lo intentaré..., pero ya sabes el dicho...

—¿Qué dicho?

—Favor... con favor se paga.

Regresó para examinar el primer mensaje de Cifuentes. Torca había pasado por encima de las primeras noticias sobre el asesinato, el día anterior, y desde entonces el chaparrón informativo se había convertido en un diluvio. Cifuentes no había pegado ojo en toda la noche para localizar a Eva Canga y además, con paciencia, para recopilar y ordenar cuanto se había publicado sobre las Cruz.

De nuevo se pasó más de una hora sin despegar la vista del ordenador. Luego sacó la libreta, pasó página y anotó:

Antonio Cruz, 58, viudo. Supermercado y apartamentos Cruz

Becca, 30, cajera. Sin antecedentes

Maddie, 25, maestra. Reina del Estrecho en 2012

Lisa, 25, monitora. Actual Reina del Estrecho

Dejó de escribir.

Abundan los crímenes pasionales, los arrebatos de celos y odio que revelan nuestros instintos más bajos. ¿Pero qué mente enferma había concebido un asesinato como el de Becca Cruz? Una muerte por encargo, a distancia, sin salpicaduras de sangre... ¿Sin implicaciones emocionales? Quizá para Eva Canga, o para quien tiraba de ella como una marioneta, el asesinato de Becca Cruz era un engorro tan fastidioso y necesario como la contratación de una campaña publicitaria o de marketing. La de Becca Cruz había sido una muerte con puesta en escena, artificiosa, carne de cañón para los medios y las redes.

Cuando en el hotelucho de Gran Vía cruzó las primeras palabras con Eva Canga, primero creyó que alguien le tomaba el pelo. El encargo era inverosímil, más peliculero que real. Una farsa. Y alucinó: Eva Canga lo había confundido con un asesino profesional. Con un sicario como Hernández. Y después..., el desastre: se dejó convencer de que se hallaba en una entrevista de trabajo surrealista, que querían evaluar qué clase de tipo era. Qué estaba dispuesto a hacer. Y por cuánto.

Al día siguiente volvió a pensar, quizá para desentenderse, que le habían gastado una broma macabra. Sin puñetera gracia. Porque nadie con dos dedos de frente revelaría un plan tan demencial a un desconocido.

En la habitación del hotel, Eva Canga había mantenido el tipo a duras penas. Cuando Torca la tanteó, al principio, para capear las primeras objeciones y al salirse por la tangente, al final, la devoraban los nervios. Y se había largado intentando no perder la compostura, taconeando hacia el ascensor sin volver la vista atrás, como si su culo tuviera la última palabra.

Torca abrió la libreta por la primera página. Aquella noche, en cuanto se marchó la mujer, había garabateado esto:

Dos putas?? Gibraltar y Manzanares. Con hormigón!!! 1 de julio. Cien mil. Caimán.

Tienen mi expediente? Hernández?

Entrevista de trabajo? Patriotas???

***

—Nos hemos equivocado. Por partida doble. Ahora voy a marcharme y tú, por favor, te olvidarás de esto para siempre.

—¿Y eso? ¿No encajo?

La mujer desplegó una sonrisa chirriante y dentona.

—Para nada. Nosotros vamos a olvidar esta conversación. A ti te

conviene olvidarla porque, ahora que lo he hablado contigo, todo me ha parecido un disparate. Buscábamos a un patriota que cometiera un atentado político. Queríamos dar una lección a los gibraltareños que jamás olvidarían. Pero me has dejado claro dos cosas.

—No te sigo —dijo Torca.

—Eso da igual. Está claro que no eres un patriota, no sirves para ese trabajo ni para cualquier otro encargo que tengamos en mente. Esa es la primera equivocación. Y también está claro que nuestro plan no se sostiene. Debemos buscar otras opciones. Menos... menos cruentas y más efectivas.

***

Las hermanas Cruz no se prostituían. Ningún periodista insinuaba nada al respecto. Quizá el sustituto de Torca había elegido a Becca, y quién sabe si a Lisa, sólo por el lugar donde habían nacido. Por Gibraltar. Y por su belleza. Eva Canga buscaba impactar, y golpear a Gibraltar. Ella o quien la manejaba: en el hotel hablaba en plural, recordó Torca.

Mordisqueó el lapicero. Se fumó otro cigarro. Tanto si aprietas los puños como si los aflojas, el agua se te escapa de las manos. Arrancó la hoja, hizo una bola y la tiró a una papelera. No encestó.

***

A las doce menos cuarto regresó al cubil de Cifuentes.

—¿Cómo lo llevas?

—Vaya. Remando.

—¿Bajamos en quince minutos a tomar un café?

—Y un pincho —añadió Cifuentes—. Me rugen las tripas.

—Pues entonces vamos ya, ¿no?

Hacían una extraña pareja. Al menos para Marisa, que después de imprimirle los billetes y la acreditación, miró con sorna a Torca al despedirse de ellos. Bajaron en silencio. El ascensor, de los antiguos, con banco de madera y puerta enrejada, se detuvo en la cuarta planta. Una señora regordeta y emperifollada sonrió a Torca, pero arrugó la nariz. Cifuentes cantaba a sobaco.

Tras zamparse unas patatas con alioli y un torrezno, el rastreador de Laguna & Campbell rellenó el vaso —había pedido «una botella de agua con gas, sin hielos pero con limón»— y alzó la vista.

—¿Te pongo al día?

—¿Aquí mismo? ¿No necesitas el ordenador?

—No. Para lo que tengo que contarte...

—Dime, dime —le apremió Torca.

—Pues eso, que poco más puedo decirte. Una hermana está aquí. Mady, o como se diga. Con su padre. Ayer reservaron dos habitaciones en un hotel, Los Blasones de Lavapiés. Y la otra...

—Lisa.

—De la otra no he sacado nada. No sé dónde para. Pero ni yo ni nadie. Desde hace tres días.

5

VIVIMOS CON NUESTROS MUERTOS

Y ahora, tantas prisas, ¿para qué?, se preguntó Torca.

Había dejado a Cifuentes con el palillo en la boca y había enfilado la moto hacia Lavapiés sin dudarlo. No sabía si Maddie Cruz iba a estar en el hotel, pero necesitaba moverse.

Nada le ataba a las Cruz. En teoría. Podía refugiarse en cualquier bareto de Lavapiés, un barrio que le encantaba, pedir un vermú de grifo, matar el gusanillo con unos boquerones en vinagre o unas aceitunas, saltar a otra tasca, calzarse un menú con una frasca de clarete y regresar al estudio para matar la tarde con una siesta. Y luego podía torear a Rodrigo, seguro que también podía torearle. A él y, llegado el caso, al inspector amigo suyo. Al fin y al cabo, esta vez no había hecho nada.

Esta vez.

La furgoneta de delante frenó. Unos abuelos japoneses taponaban la callejuela. Los rezagados cruzaban el paso de cebra mientras la avanzadilla se metía en una tienda turística en busca de recuerdos castizos fabricados en China.

Torca se agobió. Le sobraba todo. El petardeo de la moto, el casco, el tufo del asfalto, la peste del tubo de escape de la furgoneta, el torrante verano madrileño y, sobre todo, las prisas y la culpa.

Y ahora ¿qué?, volvió a preguntarse.

En una calle de doble sentido, quizá habría dado la vuelta. No le quedó más remedio que esperar.

Una española pastoreaba a los japoneses. Con un paraguas, en vez de un cayado. Lo alzaba, como si fuera un estandarte, junto a la tienda. Cuando el último de los turistas cruzó la carretera, mientras la furgoneta arrancaba continuó mirándola. Tendría sesenta años, se la veía acalorada, en el bolso podía guardar un yunque, pero con un gesto quizá mil veces repetido plegó el paraguas, lo metió dentro y entró en la tienda.

Torca dejó atrás a la mujer, adelantó a la furgoneta y recorrió dos calles más. Maddie Cruz en nada se parecía a la guía turística de los nipones. Era frágil. En el Anatómico Forense había pasado del brazo

de Torca al de su padre.

Tenía que reconocerlo: Torca no lograba quitarse de la cabeza el dolor de Maddie Cruz.

Se detuvo a las puertas de Los Blasones de Lavapiés. Pero no se bajó de la moto. Todavía podía largarse.

Me estoy desviando, pensó. El rastro que me interesa es el de Eva Canga. El de Graphener. Para salvar el pellejo no necesito preguntar por Maddie Cruz. Ni necesito buscar a Lisa Cruz. Si nadie encuentra a la otra gemela será porque no saben dónde buscarla. Seguro que nos espera en las aguas de Gibraltar, envuelta en hormigón.

Esto no me incumbe. No me importa. No va conmigo.

Pero se bajó de la moto. Guardó el casco y sacó un pitillo. Echó un vistazo. Los Blasones de Lavapiés convertía al hotelucho de Gran Vía en un cinco estrellas. Desde fuera se atisbaban unas escaleras y un ascensor. Salvo por un mostrador minúsculo, parecía un simple portal. El edificio, de cinco alturas, estaba encajado junto a otros bloques de viviendas similares. A la izquierda, el bajo lo ocupaba una inmobiliaria. A la derecha, una cafetería que debía de estar conectada por dentro con el hotel, ya que se llamaba igual: Los Blasones.

Antonio Cruz debía de manejar suficiente dinero, si poseía unos apartamentos turísticos y un supermercado, como para permitirse un hotel menos cutre. Tal vez había reservado las habitaciones sin saber dónde se metía, confundido por el fastuoso nombre del sitio. En cambio, recordó Torca, en Burgos existía un hotel con una denominación parecida, pero en un antiguo palacio cercano a la Catedral, nada que ver.

El recepcionista, un tipo en mangas de camisa con el pelo plisado y gafas de culo de botella, despegó un momento los ojos de la pantalla de un ordenador para calibrarlo, y continuó navegando. Torca, trajeado, no le pareció un posible huésped.

Mientras fumaba se acercó un poco más. No había una mísera silla entre la puerta y el ascensor. Allí no podía esperar a que aparecieran Antonio y Maddie Cruz.

¿Pero quería hablar con ellos? ¿Para qué? Si nadie sabía dónde estaba Lisa Cruz, ¿qué sentido tenía abordar a su padre y a su hermana?

Quedaban treinta horas para que se cumpliera el plazo de Rodrigo y apenas había avanzado nada. Tiró la colilla y la pisoteó.

No me incumbe, volvió a decirse. Pero entró en la cafetería.

Una máquina tragaperras, otra de tabaco, una barra liliputiense y cuatro mesas destartaladas. En una de ellas, en la esquina, oculta desde el exterior, Maddie Cruz parecía sumergida en un cuaderno. Cabizbaja, con los codos apoyados en la mesa, escribía con rapidez.

El recepcionista también hacía las veces de camarero. De repente,

salió de un pasillo para preguntar a Torca:

—¿Qué quiere?

—Una caña —respondió.

La gemela alzó la cabeza al escuchar a Torca.

—No tenemos barril. ¿Le vale con un botellín?

—Venga.

Torca pagó, cogió un periódico y se quedó junto a la barra, sin dar la espalda a la gemela. El recepcionista se perdió por el pasillo.

Maddie dejó el bolígrafo sobre el cuaderno y, sin levantarse, miró a Torca.

—¿Quién eres? ¿Un policía? ¿Me estás vigilando?

—Bueno —respondió Torca. En casos así, convenía ser impreciso más que evasivo—, quería hablar con tu padre...

—Pero anoche estabas allí, ¿verdad?

—Sí, claro. Nos vimos antes de que pasaras a ver a tu hermana. ¿Qué tal estás?

Soy imbécil. Puta pregunta. Cómo va a estar, pensó Torca. Un silencio incómodo los envolvió durante unos segundos. Torca se acercó a ella cuando cayeron las primeras lágrimas.

—Estoy... fatal. No puedo creerme que esto esté pasando. No me lo creo. No...

Seguía sentada, atrincherada en la esquina. Mientras la joven lloraba, Torca se sintió impotente, un estorbo. De pie al otro lado de la mesa, poco o nada podía hacer para consolarla. Sólo hablar. Pero no tenía nada que decir. Aun así, habló.

—Sé muy bien cómo estás. Soy idiota, perdóname.

La joven se repuso pronto. Más por cansancio que por las poco alentadoras palabras de Torca.

Como cualquier otra persona golpeada por la tragedia, todavía no acababa de aceptar la realidad. Volvió a repetir la cantinela anterior.

—Esto no puede habernos pasado. Si Becca era un cielo, no se metía con nadie. ¿Cómo es posible que alguien le haya hecho algo así? No puede ser, no, no me cabe en la cabeza...

Torca no soltó ninguna estupidez más. La pérdida, el vacío, la acompañarían siempre. Como a todos. Vivimos con nuestros muertos, pensó. En vez de tirar de tópicos y frases hechas, optó por saciar su curiosidad:

—¿Y tu padre? ¿Arriba? Me gustaría charlar con él.

Maddie contestó mecánicamente, zambullida en el café con leche.

—Qué va. Lleva toda la mañana fuera, de un lado para otro. De vez en cuando me llama. Desde que llegamos sólo piensa en volver, en llevarla a casa. Como si eso ya importara algo.

—Le entiendo. Pero no me extrañaría que el proceso se prolongue. Conviene que se arme de paciencia —dijo Torca.

Maddie, que apenas le prestaba atención, se quedó con una palabra. Se irguió.

—¿Que se arme? ¿A qué viene eso?

—Que se arme de paciencia, decía. Me temo que tardarán en entregaros su cuerpo.

—Si algo le falta a mi padre, desde siempre, es paciencia. No sabe lo que es eso. Hace nada me lo acaba de decir: «Moveré Roma con Santiago, pero la niña se viene con nosotros ya. De hoy no pasa». Eso me ha dicho.

Torca no quería porfiar. El tiempo le daría la razón. Cambió de asunto.

—Ojalá regreséis pronto. En cualquier caso, ¿puedo ayudarte en algo?

Maddie se mordió el labio. Sin atreverse a mirar a Torca, le confesó:

—Me muero de hambre. No he comido desde que nos enteramos; cuando he bajado aquí, hace la tira, ya no aguantaba más. Pero aquí no tienen nada, estaba esperando a mi padre para ir a tomar algo y me ha dicho que hasta dentro de un par de horas, como pronto, no viene. No se cansa de decir que está intentando que la niña se venga con nosotros. ¡En la puta vida nos ha llamado niñas!

La joven soltó la cucharilla de una vez y rompió a llorar de nuevo.

Torca se sentó, la calmó y, sin pensarlo demasiado, la llevó fuera. No podía dejarla así.

—Aquí al lado hay un sitio donde no se come mal. Y se dan buena maña, en un rato puedes estar de vuelta esperando a tu padre. Vamos.

En una isla desierta se habría sentido igual de escuchado, pero continuó hablando. Callada, arrastrando los pies, Maddie Cruz se dejaba llevar.

—Soy incapaz de cocinar. No valgo ni para freír un huevo, lo he dejado por imposible. Si no como fuera, me alimento de conservas, embutidos y fruta. Me cuido, a mi manera, pero prefiero salir de casa. Casi siempre voy a los mismos sitios, cerca de Gran Vía, pero de vez en cuando busco lugares donde den bien de comer. Bares, restaurantes de toda la vida, tabernas... Detesto las franquicias, la comida basura y las mariconadas. Lavapiés me gusta, puedes encontrar de todo en este barrio. Comida con sabor, de cualquier parte. Aquí al lado, ya estamos llegando, con un revuelto y unas cazuelitas, o cualquier otra cosa que les pidas, vas a reponer fuerzas. Vamos, por aquí.

El teléfono de Torca vibró, pero ni siquiera lo sacó del bolsillo. Ya lo consultaría luego. Pero al menos eso le sirvió para intentar sacar a Maddie de su mutismo. La joven caminaba encogida, aferrada a su brazo como la noche anterior.

—Llevas el móvil, ¿no?

—Sí —musitó.

—Si tu padre llega antes de lo previsto no se alarmará si no te encuentra, te llamará. ¿Y no tenéis ningún familiar o amigo aquí en Madrid que pueda pasar a verte?

—No.

Le extrañó que sólo pareciera preocupada por Becca, pero no era el momento para preguntar por Lisa. ¿Ignoraba que su otra hermana había desaparecido?

Entraron en la tasca. Quedaba bastante para las dos de la tarde, en el comedor había sitio de sobra. Se sentaron frente a frente. El camarero les ofreció la carta. Maddie la abrió y posó la mirada como si estuviera en coreano.

—¿Pido para los dos? ¿Te apetece algo?

—Me vale cualquier cosa —dijo ella.

Despacharon, sin apenas hablar, una ensalada mixta, un plato de cecina, unos huevos rotos y una cazuelita de gambas.

Luego a Maddie, que no quiso postre ni café, no le importó que Torca pidiera un cortado. Mientras esperaban al camarero, se fijó en ella. El color había vuelto a sus mejillas. Las ojeras y el pelo enmarañado no ocultaban una belleza turbadora. Las miles de sesiones de entrenamiento en piscinas o en el mar que habían permitido que nadara de Europa a África en menos de tres horas habían tallado un cuerpo esbelto y poderoso... Según había leído, daba clases de gimnasia en un colegio gibraltareño. Los chavales estarían locos por ella. Y los maestros. Torca pensó que era más joven que Nerea, y que su hijo, además de una chica rota de dolor. Intentó alejar cualquier otro tipo de pensamiento.

El silencio, al menos para Torca, comenzaba a ser incómodo.

—¿Cómo os enterasteis?

—Por teléfono —respondió Maddie—. Allí todo el mundo conoce a mi padre. Un policía de la Verja lo llamó para darle el pésame unos minutos antes de que se presentaran los *bobbies* en el supermercado.

—¿Y tú dónde estabas?

—En el súper. Casi todos los días me paso.

—Ah, ¿entonces estabas con tu padre?

—No. Él cogió el teléfono en el almacén. Pero me enteré en seguida. Nunca le había oído gritar así.

Torca imaginó la escena. No le costó ponerse en la piel de Antonio Cruz. Un padre destrozado y furioso, maldiciendo al recibir la noticia. Incapaz de encajar la muerte de una hija. Incrédulo, conmocionado. En el Anatómico Forense había arrastrado a Maddie hacia el cadáver de su hermana. En Gibraltar también habría actuado igual, le habría soltado de sopetón la macabra noticia, y quizá habría arramblado con ella sin más dilación, directa al coche. Y por eso había

llegado con lo puesto, sin equipaje. Maddie seguía con los vaqueros recortados y la camiseta de tirantes de la noche anterior.

Antonio Cruz primero había sorprendido a Torca por su aspecto, por sus pintas flamencas. Luego por su patrimonio. Pero no le extrañó que mantuviera buenas relaciones tanto con los policías españoles como con los gibraltareños, llamados *bobbies* por Maddie. Como poco, el dueño de un supermercado estaría más que acostumbrado a buscarse la vida a ambos lados de la Verja para abastecerse. Tampoco sería extraño, pensó Torca, que su riqueza procediera del contrabando del tabaco, o de cualquier chanchullo inmobiliario. Los pelotazos y la corrupción no conocen fronteras.

La joven exhalaba cansancio y pena, pero durante la comida no había sollozado ni se había lamentado. Decidió tentar a la suerte.

—Perdóname, no me corresponde a mí preguntarte esto, pero sé que sois tres hermanas. ¿Dónde está Lisa?

Por primera vez, Maddie lo miró a los ojos. Quizá le molestó ese «sois», en presente. Tardó en contestar.

—Mi madre solía decir que no hay nada más igual, ni más distinto, que dos gemelas. Lisa es una cabra loca. Estará con unos amigos o con un ligue. Cuando se entere, esto la va a destrozar. Como a mí. Y para ella será peor, debería estar aquí conmigo. Y con nuestro padre. Cuando regrese es capaz de matarla.

Torca decidió columpiarse.

—Me ha extrañado que no estuviera aquí contigo y tu padre. Lo primero que me vino a la cabeza es que igual estaba fuera de España, preparando otro reto después de batir la marca del Estrecho.

Maddie se revolvió. El interrogatorio debía cesar ya.

—Sabes tú mucho, ¿no?

—Qué va. Siento decirte que hoy los medios no sólo hablan de Becca. Todos mencionan a las reinas del Estrecho y vuestros logros.

—Ya imagino. Pero yo no quiero saber nada, déjalo. Anoche, después de estar con Becca, un loquero me aconsejó que no pusiera la tele y que evitara cualquier tipo de entrevista o contacto con los periodistas.

—Excelente consejo. Perdona si te he molestado.

Torca pidió la cuenta y sacó la tarjeta de crédito. El camarero solicitó su documento nacional de identidad para cotejarlo con la tarjeta. Al depositarlo sobre la mesa, Maddie lo cogió.

—Te llamas Juan.

—Eso creo.

Sin sonreír ni levantar la vista, añadió:

—La foto no te hace justicia.

Giró el documento.

—Lugar de nacimiento: Burgos. Lugar de domicilio: Bilbao.

¿Entonces qué pintas aquí?

—Ese DNI me lo saqué hace tiempo, cuando trabajaba en Euskadi. Llevo ya varios años en Madrid —dijo Torca.

Torca decidió que había llegado el momento de poner algunas cartas sobre la mesa.

—Debo aclararte algo.

Maddie volvió a mirarle. Los ojos negros, agitanados o moriscos, contrastaban con un cabello cobrizo más británico que el té de las cinco. La madre de las Cruz, según había leído unas horas antes, gibraltareña de ascendencia genovesa y escocesa, había muerto de un cáncer de mama hacía tres años. En Sevilla, donde vivían entonces.

—Ni anoche ni antes he podido presentarme como es debido. No soy de la policía ni de ningún otro cuerpo de seguridad, pero como puedes ver estoy aquí para ayudarte.

La joven tampoco parecía sorprendida. Normal, pensó Torca, la tragedia de Becca solapaba todo. Maddie le devolvió la identificación y dejó la servilleta sobre la mesa.

—¿Volvemos?

—Claro.

De repente, se transformó. Una idea cruzó por su mente. Una mueca de indignación cambió su rostro y ennegreció el bar.

—¿Eres periodista? No me puedo creer que...

—No, no, tranquila. —Maddie no le escuchó, se incorporó y caminó hacia la puerta mientras Torca la seguía—. No soy periodista. Estoy investigando la muerte de tu hermana. Y quiero cazar al tipo que la mató.

Sorda, la joven salió a la calle sin mirar hacia atrás. Echó a andar deprisa, pero en dirección contraria al hotel. Torca se adelantó y la paró.

—Espera, espera. Es por allí. Déjame llevarte. Y explicarme.

Torca, sin llegar a apaciguar del todo a la joven, cuando le entregó una tarjeta logró al menos conducirla hacia Los Blasones.

Luis Laguna se había empeñado en imprimirle unas cuantas. Para dar el pego: a falta de una placa o de una identificación oficial, una tarjeta de presentación en condiciones, lujosa, en papel de calidad, con la dirección de la calle Serrano en letras de molde, sirve para salir del paso, aseguraba.

—¿Qué... qué es eso de Laguna & Campbell?

—Una agencia. La principal de Madrid, o eso les gusta escuchar a nuestros principales clientes: políticos, funcionarios de la administración, grandes y medianas empresas... —No era el momento de mentar a los cornudos que buscaban parejas infieles, un filón inagotable, ni otros casos de poca monta—. Haces bien en desconfiar, hay periodistas que querrán ganarse vuestra confianza para conseguir

sacar a la luz cualquier detalle escabroso o sensacionalista sobre la muerte de tu hermana. Pero yo estoy aquí para ayudarte.

Torca se escuchó imitando a Laguna. No se le daba mal. Todo con tal de que Maddie no lo confundiera con un periodista.

La joven seguía confusa. Fuera de sitio. No preguntó quién había contratado a Laguna & Campbell ni qué clase de agencia era. Después del estallido, regresó a su decaído estado anterior.

Caminó con la tarjeta en la mano hasta que llegaron al hotel. Antes de perderse dentro, la miró de nuevo. Se la guardó en el vaquero y le dijo:

—Has dicho que quieres cazarle, ¿no? El engendro que ha hecho eso a mi hermana no merece vivir.

6

UNA MUELA CARIADA

A las siete de la tarde sonó el teléfono.

—¿Por qué no me has cogido antes?

—Estaba ocupado.

—Ya imagino. ¿Y cómo vas?

—Voy. Avanzando.

Más que para recordarle que se había cumplido la mitad del tiempo de gracia, Rodrigo había llamado a su padre para finiquitar el plazo. Quería presentarle, esa misma tarde, al inspector Carballera.

—No me he equivocado. Como suponía, está indagando ya. En un caso así no pueden no poner a alguien tan competente.

Demasiadas negaciones, pensó Torca.

—¿Qué me quieres decir? ¿Que vas a romper tu palabra? Me diste cuarenta y ocho horas...

Rodrigo reculó. Insistió, pero mantuvo el plazo.

A Torca se le olvidó contarle que al día siguiente, a las siete de la tarde, sólo podría charlar con el tal Carballera si se lo encontraba en Bilbao.

***

Un par de minutos más tarde, Torca cogió el teléfono sin comprobar quién llamaba.

—Rodrigo, tranquilo, que...

—¡Ni Rodrigo ni leches! ¡Quién cojones te crees que soy!

Torca reaccionó rápido. Reconoció la voz, rota y colérica, además de andaluza, de Antonio Cruz.

—Soy Juan Torca, Antonio. Antes he pasado a verle, su hija...

—Mi hija ¿qué? ¿Quién eres tú para llevártela por ahí? No te vuelvas a acercar a ella. ¿Y para qué quieres verme? ¿Qué buscas, carroñero? No queremos detectives ni *detectivas*. Si te tuviera aquí delante te molía a palos.

Soltó un juramento y colgó.

Torca no concedió la menor importancia al cabreo del padre de

las Cruz. La mera sospecha de que un detective quisiera sonsacar a Maddie le había enfurecido. Normal. Con tres bellezas por hijas, además, debía de estar harto de espantar moscones y de soportar pelmazos. Pues al pobre hombre se le venía encima un alud, una avalancha de carroña: la tragedia de las Cruz contaba con todos los boletos para afilar los colmillos de los periodistas más cutres, zafios y sensacionalistas. Sobre todo, si aparecía otro cadáver.

Continuó con los estiramientos.

No le dolía nada, demasiado, a pesar de que trotaba cuatro o cinco días por semana durante más de una hora, pero no le apetecía tentar a la suerte.

Correr no era sólo correr. Correr incluía los estiramientos previos y posteriores, la ducha y el cigarrillo de después. Correr también era limpiar la mente, o despejarla al menos, y mantener la carrocería a punto. Era disfrutar del paso de las estaciones en el Retiro, a ras del suelo. Pisar tierra, hierba, perder la mirada en las nubes o las hojas. Olvidarse, a veces, de uno mismo. Y, en otras ocasiones, en cambio, viajar al pasado y revivir desde los sucesos más nimios hasta los más extraordinarios.

Prefería correr por las mañanas. El tráfico hasta el Retiro era similar al de las tardes, pero en el parque había menos bullicio. Además, incluso saliendo al anochecer el calor lo agobiaba más. Sin embargo, como lo acechaban varios días inciertos, bajó a rematar la jornada en pantalón corto y camiseta. Y con música, a través de los auriculares, a más volumen que otras veces. Pretendía alejar cualquier pensamiento relacionado con el inminente viaje a Bilbao. No lo consiguió. Demasiados recuerdos.

La memoria miente. Los recuerdos más alejados en el tiempo retornan, nítidos pero traicioneros, para confundirnos. El pasado pasa. No existe. Pero el recuerdo tiene vida propia. El recuerdo resiste. Puede anestesiarnos o soliviantarnos. Puede jodernos como una muela cariada.

El Bilbao grisáceo y juvenil de los años ochenta, distorsionado y mitificado después de tantos lustros, emergía en la memoria de Torca cargado de estímulos. Un Bilbao clandestino y *borroka*, donde los compadres habían perdido la virginidad: allí descubrieron que a matar sólo se aprende matando. En cambio, casi nunca se acordaba del Bilbao aburguesado y renacido de principios de siglo, el Bilbao con sueldo fijo, pagas extras y despacho con vistas a la ría en EuCorp, a las órdenes de los hermanos Butrón.

En los ochenta, Bilbao era una ciudad acojonada y acojonante. Torturada por los asesinatos terroristas, la violencia callejera y las extorsiones de los etarras. Donde cientos de personas, amenazadas de muerte por ETA, salían cada mañana a trabajar inspeccionando los

bajos del coche, en busca de bombas. Pero en la que se continuaba celebrando todo lo que se pusiera a tiro: las fiestas tradicionales y religiosas, las exaltaciones nacionalistas, los éxitos deportivos del Athletic... Por las calles de Bilbao, como por el resto de Euskadi, corrían la sangre y la pena, pero también el *kalimotxo* y la cerveza.

Corriendo por el Retiro, Torca acabó cediendo. Retornó a Bilbao. Pero en ningún instante retrocedió a la época de EuCorp, la más reciente, la que había mutilado la muerte de Raquel, su mujer, en 2009. Trabajando en la corporación empresarial había viajado muy a menudo, pero cuando se quedaba en la capital vasca casi siempre le aletargaba una vida anodina, aburrida: de lunes a viernes calentaba una silla y los fines de semana se disfrazaba de padre y marido en Burgos. Los recuerdos más jugosos de esos años procedían de cuando le tocaba apagar fuegos por todo el mundo, a las órdenes de los hermanos Butrón, o simplemente de cuando los escoltaba.

Al pasar el estanque se fijó en un abuelo con boina, sentado en uno de los bancos. Un viejo de los de antes. Entonces la memoria, tan terca como caprichosa, le condujo a un *batzoki* vizcaíno. Allí, en una «casa del pueblo», de barrio, bien surtida de pinchos y banderas, treinta años antes, Jandro y él se habían apuntado a un campeonato de mus. Sin avisar a sus superiores, en unos días de permiso. Haciéndose pasar por unos estudiantes riojanos. Para conocer el percal. Habían jugado contra unos jubilados tocados con *txapelas* y, por fin, contra unos jóvenes como ellos. Durante la partida apenas habían charlado. Se sucedieron los envites y los órdagos —sobre todo de Jandro, poco sutil, ya que sus contrincantes entraron al trapo y le pillaron varios faroles—, y al perder pagaron las rondas. Luego se dejaron invitar por la pareja rival. Y descubrieron que sus contrincantes, unos euskaldunes de manual, eran chavales muy parecidos a ellos. Hablaron de mujeres, de música y de fútbol —el Athletic acababa de sacar la gabarra por la ría, tras ganar al Real Madrid la liga de fútbol en la última jornada— y se presentaron en el barracón con la copa del subcampeonato, y sin varios prejuicios.

Torca había aterrizado en Bilbao, a principios de los ochenta, con el petate repleto de reglamentos, instrucciones y normas. Tan peligroso como incauto. Esos años le costó aprender que la vida no puede comprimirse en ordenanzas.

***

Corrió algo menos de diez kilómetros, pero llegó al apartamento muy cansado. Demasiado calor. Nada más llegar, metió a refrescar un rosado de la Ribera del Duero y sacó del frigorífico unas lonchas de lomo ibérico y unos tacos de queso manchego en aceite. Después de la

ducha, puso el lomo y el queso en una bandeja, añadió unos picos de pan y unas servilletas de papel y la colocó en la mesa del comedor. Descorchó la botella en la encimera, llenó una copa y la posó sobre una servilleta. Si estaba solo no usaba mantel, pero procuraba no ensuciar demasiado.

Había previsto cenar con el ordenador, para recabar información sobre Graphener y la entrega de premios del día siguiente, pero el queso, muy pringoso, le hizo desistir. Lo dejó para después. Cogió el mando a distancia, abrió el disco duro del televisor y buscó una serie. A ver si caía la breva.

Las series seguían de moda, pero Torca no encontraba historias tan potentes como *Los Soprano*, *The Wire* o *Roma*. A menudo, en mitad de un capítulo, dejaba de ver algunas series que en su momento le habían enganchado. Al principio le costaba. Dejar un libro a medias o salir del cine durante una película tampoco le agradaba. Llevaba, eso sí, varias series al día, a ritmo americano. Pero ese mes de julio no le quedaba ningún capítulo pendiente. Aguardaba impaciente el desenlace de *Breaking Bad*, en agosto y septiembre emitirían la última tacada de las desventuras de Walter White.

Esa noche concedió una oportunidad a *Homeland*. Conocía, a grandes rasgos, el argumento: un marine preso de los yihadistas regresa a casa. Casi todas las historias de soldados y excombatientes le dejaban frío, le parecían tramposas, distorsionaban una realidad brutal, pero la vuelta al hogar del sargento Brody le pareció creíble. La botella de vino le duró dos capítulos.

Ya en la cama, recordó que el protagonista de *Homeland* también salía en *Hermanos de sangre*, una excelente historia bélica ambientada en la Segunda Guerra Mundial. Volvería a verla pronto. Luego, pensando en series que merecían un segundo pase, se acordó de *Bron*, una nórdica que comenzaba con fuerza: en el puente que une Suecia con Dinamarca aparecía una mujer muerta. Cuando la policía levantaba el cadáver descubría no sólo que estaba partido en dos, sino también que cada mitad correspondía a una persona distinta: una jueza y una prostituta.

Abrió los ojos: cayó en la cuenta de que la muerte de Becca Cruz, y la idea quizá frustrada o postergada de colocar otro cadáver en Gibraltar, era tan efectista y mediática como los asesinatos de *Bron*.

Como en la serie, la muerte de la mayor de las hermanas Cruz se había planificado con mimo. Por eso no encajaba demasiado que el asesino hubiera improvisado eligiendo a la víctima. Una vez más, evocó la conversación con Eva Canga. «Nos tendrás que decir sus nombres antes. Para investigarlas. Si no, contemplaríamos otras opciones», le había dicho. No sólo debía capturar a unas prostitutas gibraltareñas: antes debía averiguar sus identidades. Cuando Torca,

harto, había dejado caer si ya habían fichado a las candidatas, la ejecutiva de Graphener tal vez había metido la pata al indicar: «Es pronto para hablar de eso».

¿Qué era pronto? En aquella primera reunión, antes de reclutarlo para asesinarlas, Eva Canga no iba a contarle que ya «contemplaban», quizá, la «opción» de matar a las Cruz.

Torca siguió tirando del hilo de esa hipótesis: ¿y si todo el paripé del patrioterismo contra Gibraltar y de elegir a unas prostitutas ocultaba un motivo más simple? ¿Y si buscaban a un tipo para matar a Becca y, quizá, a Lisa Cruz?

Se hizo una última pregunta: ¿era una casualidad que los pies de Becca tuvieran que estar sepultados en hormigón? No podía serlo. El hormigón, un engrudo de cemento, arena y agua, podía encontrarse en cualquier lugar. Pero que formara parte de la escena desde el principio obedecía a alguna razón que se le escapaba.

Diario de Madelaine Cruz del 2 de julio de 2013

13:05 - Casi no lloro.

A mi padre le extraña. Sólo me quiere aquí para pegarse de bruces conmigo, pretende que sea un espejo, que mis lágrimas redoblen su pena.

Pero yo intento contenerme. Llorar ya no sirve de nada.

La procesión siempre va por dentro. Hasta en Semana Santa. Cuando el corazón entra en erupción, cuando estalla de dolor, no tiene por qué expulsar lágrimas.

Estoy rota.

Quiero estar con Becca. Con la Becca de siempre, con mi hermana mayor, mi refugio, mi ángel. No puedo.

Quiero, necesito llorar con Lisa. No puedo. No damos con ella. La cabra loca anda perdida por ahí.

Necesito a mi madre. Como siempre. Desde que murió, no hay día en el que no me acuerde de ella. Desde ayer la siento más cerca que nunca. Pero no puedo hablar con ella.

Soy una tonta. Quiero nadar. Mar adentro. Perderme, como George. Escapar de aquí, pero no puedo.

17:45 - Hay miradas que te desnudan. Miradas lascivas, cachondas, asquerosas. Miradas excitadas que te excitan..., o que te repugnan. Pueden proceder de cualquiera, de un viejo baboso, que te confunde con una puta, o más bien que se piensa que todas somos unas putas, da igual lo que nos pongamos o las curvas que marquemos, o bien pueden venir de un macizo tan lleno de músculos como escaso de cerebro, uno de esos chulazos que se creen el centro del mundo pero no son más que Kleenex de usar y tirar, cuando te los tiras tienen más ganas de lucir la tableta de abdominales que cualquier otra parte de su cuerpo.

Hay miradas, casi siempre, que intentan despojarte de todo, dejarte sin bragas, en pelota picada, de frente pasan de tu cara, sólo se quedan con las tetas, y cuando pasas de largo te palpan el culo, sientes sus pupilas ahí abajo, contoneándose a tu ritmo.

Pero hay miradas, en fin, más profundas. Las más escasas, ahondan, te perforan, se sumergen en tus ojos. Entran dentro en busca de algo más:

lo que piensas, lo que sientes, lo que temes o te estremece.

Esas miradas son las más peligrosas. Las miradas profundas pueden destruirte el corazón. Y también pueden crujir los cimientos del aventurero que se atreve a mirar así, a pecho descubierto, apostándolo todo.

George nos miraba así. Enamorado, y buscando diferencias. Era agobiante.

19:17 - ¿Por qué escribo hoy de George, precisamente hoy, en un día tan triste y lamentable? Porque no quiero pensar en lo que hago aquí en Madrid. Esperar a que nos devuelvan a Becca. Para enterrarla. Y, sobre todo, porque me he dado cuenta de que ayer hizo un año de la muerte de George. Qué coincidencia más macabra.

Pero he empezado escribiendo sobre las miradas. Las de los niños en el colegio son maravillosas. Lo expresan todo con los ojos. No saben camuflar sus sentimientos.

Hoy casi todas las miradas que se han posado sobre mí eran similares. O doy pena, porque ven lo que soy, la hermana de una chica asesinada salvajemente, o soy invisible. Cuando voy con mi padre nadie repara en mí.

Sólo una persona me ha mirado hoy a los ojos. Se llama Juan, y dice que quiere ayudarme.

III

MIÉRCOLES, 3 DE JULIO DE 2013

«Casi olvido porque nunca olvido del todo.»

ANTONIO LOBO ANTUNES

7

LA QUINTA TORRE

Torca amaneció pronto. Dejó la moto en el aeropuerto. Voló en ventanilla, esta vez sin ponerle puertas al mar de recuerdos bilbaínos. Quizá por eso se sumergió en los más sórdidos y cruentos. Una niña sin piernas, mutilada por ETA, le devolvió al presente. Ensombrecido por el pasado, se dijo que tal vez debería viajar hacia el sur, hacia Gibraltar, en busca de Lisa Cruz o de lo que quedaba de ella.

Al aterrizar pidió a un taxista que lo dejara en el Hotel Carlton. En la cafetería sacó el teléfono —iba sin equipaje, con lo puesto, dentro de unas horas cogería el vuelo de regreso— para, con un día de retraso, buscar noticias sobre la entrega de premios de la tarde.

Entonces fue de sorpresa en sorpresa. La primera, anecdótica, no le hizo ninguna gracia. Y la segunda le preocupó bastante.

La gala se celebraba a las siete de la tarde en la Torre Iberdrola. «La torre más alta de la ciudad más grande», según Eva Canga. Recién construida, mientras trabajaba en EuCorp, a menudo había leído alguna noticia sobre su construcción, pero no había llegado a visitarla.

El edificio contaba con una web promocional. Navegó por ella en busca de vídeos y fotos para ubicarse. También leyó:

La Planta 24 del edificio Torre Iberdrola constituye una de las mejores propuestas para organizar tus reuniones de empresa con un fondo de perspectiva único e inmejorable: la ciudad de Bilbao a sus pies, el Museo Guggenheim Bilbao, el campo de San Mamés, los montes Serantes, Artxanda, Ganekogorta, Pagasarri, incluso los montes del Duranguesado y el mar Cantábrico. En Torre Iberdrola hemos cuidado hasta el último detalle para convertir tu próximo evento en un éxito seguro. En el edificio más alto de Euskadi y en el nuevo centro financiero y económico de la ciudad, te ofrecemos un espacio diáfano y versátil de 1.000 m², exclusivamente destinado a la celebración de diferentes actos, eventos o cenas de gala.

En una de las secciones de esa web descubrió que el arquitecto de la Torre Iberdrola era el ínclito César Pelli. Ese argentino también había firmado una de las Cuatro Torres de Madrid. Precisamente, la Torre de Cristal, donde había trabajado Javier Marsé, uno de los

compadres y de sus mejores amigos. Una torre que jamás volvería a pisar.

Esa coincidencia le dio mal fario, pero la segunda sorpresa le inquietó. Juan Mari Butrón iba a recibir un premio junto con Eva Canga. Hay que joderse, qué casualidad, pensó.

La directiva recibiría una distinción, a buen seguro, desmesurada y equivocada. Un premio Open Innovation por «la decidida apuesta de Graphener por el desarrollo sostenible en las investigaciones biotecnológicas». Otras empresas iban a ser galardonadas con palabrerías tan rimbombantes y grandilocuentes, pero el principal homenajeado en la gala iba a ser el hermano mayor de los Butrón. El presidente de EuCorp, el hombre que había fichado a Juan Torca cuando se disgregaron los compadres, recibiría el premio Euskadi al mejor empresario, el último de la gala.

***

Aburrido, sin saber qué hacer hasta la entrega de premios, con el teléfono todavía en la mano, releyó el informe que había fotografiado en el Anatómico Forense.

Dedujo que el sicario había raptado a Becca Cruz sin tener que forcejear con ella, a punta de pistola o amenazándola de cualquier otra forma. La joven no tenía heridas ni marcas de cuerdas o esposas. Luego la había metido en un maletero o en una furgoneta para atravesar la frontera. O quizá previamente se había citado con ella en Algeciras o en cualquier otro lugar, ya en España. Había recorrido medio país con ella, por carretera, y luego había ejecutado el resto de las fases —inmersión de los pies en el hormigón y lanzamiento al río, quizá con ella inconsciente o amordazada hasta el último instante, ya que nadie había escuchado grito alguno, limpieza de pruebas— sin desviarse un milímetro del planteamiento inicial. Sin improvisar, sin cometer errores.

***

—¿No te lo decía yo? El mundo es un pañuelo. Rebosante de mocos. Con virus, flemas y gargajos. Y aquí estamos, como si fuera ayer, tú y yo, Juan.

Después de la entrega de premios, cuando el cóctel languidecía, Juan Mari Butrón, desmejorado y envejecido, con bolsas en los ojos, se había abierto camino hacia él. En silla de ruedas. Al recoger el premio se había apoyado en un bastón, pero luego no había aguantado demasiado de pie.

—No te alarmes. Voy a cuatro ruedas temporalmente. Me jodí la

cadera jugando al pádel. Por marica. En el frontón no me hubiera lesionado así.

—Conmigo, fijo que no. Me tocaba ir a por todas las pelotas.

Juan Mari Butrón soltó una carcajada.

—¡Nunca he tenido una pareja mejor! ¿Sigues jugando?

—Qué va. Ahora corro.

—Te pega. Te veo fino, Juan. En la capital seguro que no te dan de comer tan bien como aquí. Acompáñanos, a ver si en esa barra sirven algo decente.

Empujaba la silla de ruedas un tipo nuevo. Un Torca tuneado, más fornido, más joven y, a primera vista, bastante capullo.

La gente se apartaba según se acercaban a la barra, hasta que un *exlehendakari* se acercó para saludar al empresario.

—No te vayas muy lejos, Juan —le ordenó antes de estrechar la mano al político.

***

Torca se alejó unos pasos. El acompañante de Butrón también retrocedió, pero cuando un camarero se detuvo ante ellos sólo Torca cogió una copa de vino.

—Eres Juan Torca, ¿no?

—Eso creo, ¿por?

—Por nada. A veces nos habla de ti. Para ponernos a caldo. Juan Torca habría hecho esto, Juan Torca habría actuado así, Juan Torca...

—Ya será menos. Sólo era un mandado.

—Como todos. Pero es un coñazo. Dice que eres el único que le ha dado calabazas. ¿Qué pasa, después del frontón os duchabais juntos?

—Claro. Y con tu madre.

Parecían hermanos. De complexión y altura similar, separados por dos o tres lustros, también movían los labios de manera parecida. Hablaban rápido y quedo, sin desviar la mirada de sus respectivos objetivos. El tipo, como no apartaba la vista de Juan Mari Butrón, en ningún momento percibió que Torca vigilaba el otro extremo de la sala: Eva Canga, aupada por unos tacones y con la melena suelta, recibía las atenciones del presentador del acto y de otros dos premiados.

—¿Y qué pintas aquí? ¿Quieres regresar a EuCorp?

Torca no llegó a contestar. Juan Mari Butrón despachó al político y torció el cuello. Se acercaron.

—Veo que has hecho buenas migas con Josu. Bien, bien. Juan, ¿qué te trae por estas tierras?

Torca esperaba esa pregunta. Contestó sin dudar.

—El grafeno. Y el hormigón.

—¿Y eso? —Juan Mari Butrón enarcó una ceja.

—Un cliente.

El empresario elevó la otra ceja. Torca descifró ambos gestos. Le picaba la curiosidad.

—Dile a Ricardo que prepare el coche y espéranos en el ascensor. Ahora me lleva Juan.

Josu se fue.

—Tira para allá.

Torca empujó la silla. Se detuvieron ante el ventanal.

—Desde aquí el Guggenheim parece un sapo con alas. ¿Sabes que está recubierto de titanio?

—Me suena, sí.

—Pues si lo construyeran ahora, le pondrían una mano de grafeno. Se inventarían cualquier pretexto —le explicó Juan Mari Butrón—. Para preservar el medio ambiente, para combatir la corrosión..., o lo meterían sin más, porque le sale de los cojones al arquitecto. El grafeno se ha puesto de moda. Me interesa hasta a mí, Juan. Antes, en las alturas del estrado, he visto cómo fichabas a la chica de Mario Barberá... Y desde aquí abajo tampoco pierdes detalle, sigues vigilándola. ¿Tu cliente es Graphener?

En la otra punta de la planta 24, Eva Canga, para Butrón tan sólo «la chica de Mario Barberá», quizá había elegido. El presentador del acto, un periodista de la televisión autonómica vasca, babeaba sin rivales. Esta vez Torca no respondió tan rápido. Su cliente era él mismo, nadie pagaba por su tiempo ni debía dar explicaciones a nadie. Pero con su antiguo jefe le convenía estar de buenas.

—No trabajo para Graphener.

—¿Y contra Graphener?

—Creo que no. Hasta ahí puedo contarte, por ahora.

—Pero sigues con uno de tus compadres. Con Laguna, ¿no?

—A veces.

Juan Mari Butrón sonrió.

—Veo que no has cambiado. Bien. Muy bien. Vamos a hacer una cosa... Hoy no me bajo del andamio hasta tarde, me toca cenar en Ajuria Enea, y mañana salto a Francia para visitar la fábrica de las Landas. ¿Qué te parece si luego te pasas por casa, sobre las doce, y parloteamos con calma? Ya nadie bebe conmigo, tu botella de vodka sigue como la dejaste...

Antes de la medianoche el vuelo de regreso a Madrid ya le habría dejado en Barajas, pero Torca aceptó. El tal Mario Barberá no le sonaba de nada, aunque tampoco había pedido a Paco Cifuentes que diseccionara Graphener a fondo. Las impresiones de Butrón o cualquier comentario suyo podían ser tan valiosos como los rastreos

de Cifuentes.

—¿Y me van a cachear, o continúa Benavides en la garita?

—Le queda un telediario para jubilarse, pero sigue conmigo, al pie del cañón. Se alegrará de verte. Como yo.

***

Nada más cerrarse las puertas del ascensor, Torca llamó a Laguna & Campbell. Marisa seguía allí. Le pidió que intentara cancelar su vuelo de vuelta y que le consiguiera una plaza para el día siguiente.

—¡Vaya, vaya! Ya me olía yo que ibas a ligar... Veré qué puedo hacer. A una mala te vuelves en autobús o en tren; luego te mando un mensaje.

—¿Cifuentes todavía anda por ahí?

Torca quería pedirle que rastreara a Mario Barberá.

—Chico, qué fijación tienes con el retaco ese. Esta tarde no ha venido, ¿te paso su móvil?

—Vale, aunque ahora no puedo llamarlo. Por si acaso, mañana cuando le veas dile que me pegue un toque, por favor.

—¿Que te pegue un toque? ¿Él? ¿Y yo qué?

—Tú me pegas lo que quieras.

***

Torca no guardó el teléfono. Esa tarde había vibrado bastante. Sobre todo, por culpa de Rodrigo. *Las cuarenta y ocho horas te las has pasado por el forro*, le decía su hijo en el primero de los seis mensajes que había recibido, a las siete y cinco minutos de la tarde. El chaval, que además le había llamado cuatro veces, estaba más decepcionado que indignado. *No volveré a confiar en ti*, le soltaba en otro. Pero en ninguno de ellos le amenazaba con Carballera. Pendiente de Eva Canga, le contestó telegráficamente:

Estoy en Bilbao. Iba a volver hoy, pero regreso mañana. Tengo buenos motivos, ya lo verás. En cuanto pueda, dentro de un rato, te llamo.

***

El presentador salió trasquilado cuando se atrevió a rozar la espalda de Eva Canga mientras le cuchicheaba algo supuestamente gracioso. Una incursión tan prudente provocó que la ejecutiva trazara una panorámica por la planta, tal vez para detectar si alguien había advertido las confianzas del vasco, o para buscar a alguien conocido y darle plantón. No se fijó en Torca. Ni en nadie. Tras el infructuoso cabeceo, desplegó una sonrisa impostada, le tendió la mano, muy

formal, para despedirse y se dirigió hacia los ascensores. Como ella, otros muchos abandonaban ya la sala. Sin dudarlo, salió detrás de ella y se mezcló con más gente. Eva Canga se metió en un ascensor, de nuevo sin reconocer a Torca cuando se coló dentro, y al llegar abajo caminó apresurada por el vestíbulo hacia la salida. Parecía agobiada. En el ascensor, con una sonrisa boba, había acarreado con las dos manos el premio, un zurullo de cobre con pinta de pesar bastante. Mientras salía de la Torre Iberdrola lo agarró con la mano izquierda, para sacar con la derecha un teléfono de un bolso de raso minúsculo, a juego con el vestido. A pesar de que caminaba con un objeto en cada mano, a Torca le pareció que usando el pulgar tecleaba o consultaba un mensaje.

En la calle se dirigió hacia la parada de taxis de la plaza, a unos metros de la puerta, y se sumó a una pequeña cola. Media docena de personas la precedían y muy pronto varios de los que habían bajado a la vez se colocaron detrás de ella, mientras un par de taxis engullían a una pareja y a tres amigos.

Cuando llegaron dos vehículos más, Torca aprovechó la oportunidad.

De cuatro zancadas se colocó junto a Eva Canga y la cogió por la cintura, como a una novia.

—¡A tiempo! Ya estoy aquí, cariño.

Durante una décima de segundo, a la mujer se le pasó por la cabeza que el presentador de EITB ceñía su talle. El brazo de Torca, firme, cálido, la había confundido. En los instantes siguientes, desconcertada, sin reconocerlo, su cerebro trató de no dejarse seducir por el tono amistoso de la voz de Torca y quizá cotejó su olor y aliento con los de sus novios y amantes. Pero la vista mandó una punzante señal de alarma. Con los ojos como platos, se estremeció. Cuando trató de zafarse, Torca ya la apremiaba, ya la empujaba hacia un taxi.

—Entra, entra, que nos toca. Corre, que perdemos el avión.

Todavía sumisa y con los labios sellados, se aposentó de mala manera, dejando al descubierto un muslo que deleitó al taxista, gracias al espejo retrovisor.

—Al aeropuerto, por favor —dijo Torca.

—¿Por Deusto? —preguntó el taxista.

—Adelante.

Con el taxista de testigo, Eva Canga intentó reponerse del susto. Se ajustó el vestido, metió el móvil en el bolso, pero sin abrochar el cierre, y con la espalda muy erguida empezó a respirar profundamente.

Torca se fijó en el bolso. No dejó que se relajara y atacó de nuevo. Volvió a rodearla con el brazo y se pegó a ella para susurrarle al oído:

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Repetimos cita en un hotel? Si quieres

le digo al taxista que cambie de rumbo, o que se desvíe y nos deje junto a un descampado. Solos tú y yo, podemos retomarlo donde lo dejamos el otro día. O podemos dejar que nos lleve al aeropuerto —la voz de Torca, lenta, atrapaba toda la atención de Eva Canga, que había reaccionado a esa última acometida tensando el cuerpo y taladrándolo con la mirada, pero manteniendo los labios sellados—, meternos dentro, que las cámaras nos graben juntos, pedir algo en la cafetería y charlar ahí como una pareja cualquiera, como si tú y yo sólo supiéramos de Rebecca Cruz por los periódicos —Torca bajó aún más la voz—, como si no fueras una grandísima hija de puta.

Antes de separarse de ella, la mordisqueó en el cuello justo cuando sus dedos sacaban del bolso el móvil de la mujer. Apenas presionó, pero logró que la mujer abriera la boca. Al deshacer el abrazo, se guardó el teléfono en la americana.

El coche ya había atravesado el puente de Deusto. Sin alzar demasiado la voz, pero incluyendo al taxista esta vez, Torca volvió a preguntar.

—Bueno, cariño, ¿qué hacemos?

Los ojos de Eva Canga desprendían odio y miedo, confusión y dudas. Torca debía decidir con rapidez. Improvisar. ¿Qué podía sacar de ella? ¿Y qué podía hacer con ella?

—Jefe, casi mejor tire en la siguiente por la derecha y déjenos en el campus. Que todavía falta un rato para nuestro vuelo.

Mientras se acercaban a la Universidad de Deusto, Torca advirtió que apenas había tráfico ni estudiantes. Aunque iban a dar las nueve, todavía no había anochecido.

El taxi se detuvo cerca de la sede central. Un edificio imponente, para Torca bastante mejor encajado en su entorno que la descomunal torre de donde venían. Torca recordó la inquietud de Raquel, su mujer, cuando Rodrigo decidió enrolarse en la academia de Policía de Ávila. «Llévatelo a Bilbao, que estudie en Deusto lo que sea, cerca de ti», le había implorado.

Torca ordenó a Eva Canga que bajara, mientras pagaba la carrera. Entregó un billete de diez euros y salió deprisa, dejando la vuelta de propina.

—Ven, vamos a sentarnos en ese banco. Ya ves dónde estamos, no te haré nada, vamos.

El premio ahora le pesaba un quintal a Eva Canga. Casi tanto como las piernas. Nunca se había visto en una situación similar. «La chica de Barberá», así se había referido a ella Juan Mari Butrón. Era una empleada. Torca le quitó el premio y la condujo hasta un banco. Se cruzaron con un par de corredores. Dejó que se sentara, pero él se quedó de pie, sopesando el premio.

—No voy a golpearte con esto. Casi seguro que no. Pero igual lo

tiro al agua. Y a ti también. ¿A qué gilipollas se le ha ocurrido daros algo así?

Torca señaló al río, al Nervión, que discurría por el campus. Cabizbaja, Eva Canga despegó los labios.

—A un jurado convenientemente informado, que sabe lo que podemos hacer si nos dejan trabajar.

—¿Y ese jurado os conoce tan bien como Rebecca Cruz? ¿Y sabe que matarla os pareció... conveniente?

La mujer, como en el taxi, respiró hondo varias veces. Esta vez Torca dejó que se tranquilizara.

—Ya lo sabes. Queríamos mandar un mensaje. Muy alto y muy claro.

—¿A quién?

—A Gibraltar. A los ingleses. Y a España.

—¿Te crees las chorradas que dices, o te han lavado el cerebro? Nadie entiende nada. Que aparezca una chica gibraltareña en el Manzanares no significa nada. Un cadáver más. Y un demente al que cazar.

—Muy pronto todo el mundo lo entenderá.

A Torca le palpitaron las sienes: Lisa Cruz, la gemela desaparecida.

—¿Cuándo? ¿Cuando el otro cadáver aparezca en Gibraltar? Nadie hablará de patrias ni de nada por el estilo. Sólo de que hay un asesino en serie suelto.

—Eso es lo que tú crees.

Torca pasó de largo las estupideces sobre el mensaje. Por ahora. Sus tripas mandaban. Le pedían que le confirmara si habían asesinado ya a Lisa Cruz.

—¿La otra ya ha muerto?

Eva Canga esbozó una sonrisa. Comenzaba a coger las riendas.

—¿Tú qué crees? Muy pronto lo averiguarás. Pero te aconsejo una cosa... —Por primera vez le sostuvo la mirada a Torca—. No vayas a Gibraltar.

—¿Por eso me llamaste el domingo? Dijiste que me convenía estar callado, ¿por qué?

—Lo sabes de sobra. Cometimos un gran error al contarte nuestros planes. Pero todo tiene solución...

Que la mujer tratara de amedrentarlo le sorprendió menos que su mutación. La asustada pasajera del taxi se envalentonaba por momentos.

—¿Y la solución es amenazarme? Soy un mal enemigo...

—Seguro. Que me tengas aquí lo demuestra. ¿Pero a qué has venido? ¿Qué necesidad tienes de involucrarte en esto? No tiene nada que ver contigo.

Torca no respondió. Intentó ponerse en la piel de la mujer. El razonamiento de Eva Canga era diáfano: no te acerques si no quieres quemarte; eres un cabo suelto, un rastro que se puede eliminar, pero nada nos hacía pensar que tuviéramos que eliminarte... Hasta ahora.

Ambos llegaron, casi al unísono, a la misma conclusión. Torca comprendió por qué ya no le temía.

—Sé qué quieres —prosiguió la ejecutiva—. Dinero. Te has tomado muchas molestias para encontrarme, eso no lo dudo, y te crees que tu silencio sirve no sólo para mantenerte a salvo, sino también para forrarte. ¿A que estoy en lo cierto?

El callejón sin salida se despejaba. Desde que decidió viajar a Bilbao a por Eva Canga, prefería no preguntarse qué podía hacer con ella. ¿Debía entregarla y entregarse ya a la policía? ¿Serviría de algo? El mal ya estaba hecho. El cuerpo le pedía sonsacarla. Vengar a Becca Cruz. Ayudar a Maddie. En Lisa prefería no pensar, ya la daba por muerta.

Torca dio un paso más.

—Te dejaré marchar si me cuentas todo lo que sabes. Hasta entonces de aquí no te mueves.

Eva Canga podía ser una marioneta de ese tal Barberá, pero tampoco era un pelele. Se levantó. Y lo desafió.

—Ya te he aguantado bastante. Ahora voy a largarme.

—No, todavía no.

Torca la pilló desprevenida cuando, con un empujón, la desequilibró. Cayó de culo, al banco. Torca se sentó junto a ella y recurrió a un truco tan viejo como efectivo: simular que la apuntaba con un arma. Metió la mano en el bolso lateral de la americana, agarró precisamente el móvil que había sustraído en el taxi y, a través de la tela, lo apoyó en el costado de la mujer. Desde lejos, toda la escena quizá sólo pareció una discusión de dos enamorados.

—No quiero dispararte. Y menos así, me pringaría entero. Y la bala te va a destrozar por dentro.

Eva Canga perdió el color. Y la arrogancia. Torca apretó un poco más y preguntó:

—¿Vas a contarme todo?

La mujer asintió.

—Si hubiera aceptado el encargo, ¿habrías acabado diciéndome a quién debía matar?

—Creo que sí —respondió vencida.

—¿Lo crees o lo sabes?

—Sé que la elección debía ser nuestra. No podíamos dejar nada al azar.

—Becca Cruz no es una prostituta. ¿Por qué ella?

—¿Becca? Se llamaba Rebecca. ¿Quién te ha dicho quién era o

dejaba de ser? Además, para la gente como tú, para los hombres, ¿no somos todas unas putas? ¿Qué más te da que mueran ellas, en vez de unas rumanas o unas nigerianas esclavizadas por las mafias?

El despecho de Eva Canga no parecía fingido. Torca insistió.

—¿Por qué la elegiste?

—Yo no fui. Y puedes dispararme o hacer conmigo lo que quieras, te dará igual. No sé por qué fue elegida.

—¿Lo decidió Mario Barberá?

La cara de la mujer cambió.

—Quizá —musitó.

Torca apretó más.

—¿Dónde puedo preguntárselo?

Eva Canga lo miró desconcertada.

—¿No lo sabes? Creía que habías averiguado todo.

—Lo que yo sepa no te importa. ¿Dónde está Mario Barberá?

Eva Canga, tal vez, se mordió la lengua. O al menos se pensó la respuesta. No esperaba esa pregunta.

—Ya veo que no conoces su historia. No tienes ni puta idea. Mal te va a ir, entonces. Llevo casi un año sin verle.

Torca cambió de tercio. Gracias al móvil podría dar con él. Eva Canga mantenía a duras penas la compostura, la voz le temblaba menos, pero Torca olía su miedo.

—Esto ya acaba. No quiero dispararte. Te dejaré marchar. ¿Qué va a pasar en Gibraltar?

—¡No lo sé! Sólo sé algo que suele decir Barberá. Que las semanas empiezan en lunes. A los medios hay que darles carnaza cuando más hambre tienen.

—¿Y la hermana ya está muerta?

—¿De qué hermana hablas? ¡No sé más! Barberá me apartó cuando fracasé contigo.

Torca creyó encontrar una contradicción.

—¿Entonces por qué me has dicho que no vaya a Gibraltar?

—Porque la base no ha cambiado. Sé que el lunes habrá otro impacto.

—¿Otro impacto? ¿A qué cojones te refieres?

—Otro impacto mediático. El segundo.

—¿Y tampoco sabes quién ha matado a Rebecca Cruz?

—Dispara, tírame al agua, haz lo que quieras conmigo. ¡Pero no lo sé! Y no tengo por qué mentirte. Barberá se equivocó contigo. Pero también conmigo. Yo no valgo para esto. Me dijo que volviera a ocuparme de mis asuntos habituales. ¡Es la verdad! Por eso ya no sé nada. No sé quién te ha sustituido ni qué están haciendo.

Torca no se dio por satisfecho, pero poco más podía rascar en semejantes condiciones. Aflojó la presión. No podía meter a Eva Canga

en un zulo ni torturarla hasta sacarle el último ápice de verdad. Y si la llevaba a una comisaría no saldrían de allí ninguno de los dos. Soltó el móvil y sacó la mano. Y bajó la voz.

—Escúchame. Dile esto a Mario Barberá: mi silencio vale mucho, pero no sé cuánto. Dile que lo calcule él, a ver si acierta. ¿Está claro?

—Sí. ¿Puedo irme ya?

—No. Te irás cuando yo lo diga.

Un aluvión de pensamientos alteraba a Torca. ¿Era una temeridad dejarla libre con el mensaje para Mario Barberá, al parecer quien realmente movía los hilos? Butrón la había degradado al llamarla «la chica de Barberá». Si no mandaba, era alguien prescindible. Su objetivo era Barberá. Y el de Rodrigo y el inspector Carballera: ya no podía caminar en solitario.

—Voy a marcharme yo primero. Caminando. Y tú te vas a quedar aquí. Quieta. Sin hacer nada. Hasta que me pierdas de vista. Entonces lárgate. Y dile a Barberá que ponga precio a mi silencio. O que venga a por mí. Le estaré esperando.

La mujer volvía a hacer el paripé. Después de respirar profundamente, le respondió.

—Trasladaré tu mensaje. Tendrás una respuesta, eso te lo garantizo, muy pronto. Barberá nunca duda.

8

UN MÓVIL

Torca tiró hacia el edificio central, despejando la huida a Eva Canga, que podía regresar por donde habían venido. Aunque, sin teléfono, tardaría en salir de allí. No podía llamar a un taxi ni parecía fácil que en esa zona tan poco transitada encontrara uno libre. Si optaba por caminar hacia Bilbao, tenía un largo trecho por delante.

Cada quince o veinte pasos, Torca se detenía, se giraba y la miraba. Parecían dos amantes despechados. Eva Canga, en pie, quieta, no cambió de postura hasta que no los separaron unos cincuenta metros. Sólo entonces abrió el bolso. Torca siguió andando. Al girarse la siguiente vez, la mujer estaba agachada, buscando en los alrededores del banco su teléfono. Cuando Torca llegó al edificio, la mujer, bastante alterada, continuaba buscándolo. Torca dobló la esquina.

En cuanto la perdió de vista, se apresuró. La memoria no le había fallado. Como en la fachada, en ese lateral también había coches aparcados. Varios de ellos, antiguos, fáciles de puentear. Los estudiantes, incluso los hijos de papá, a veces heredaban chatarras que deberían estar en un desguace. Los coches actuales, con ordenador a bordo, le superaban. Eligió su presa con rapidez: un «escarabajo» con matrícula antigua pero recién pintado de amarillo.

El premio sirvió para algo. Torca se quitó la americana, agarró el mojón de cobre para golpear la ventanilla con la base de piedra, se vendó la mano con la chaqueta y destrozó el cristal de un golpe. Se metió en el coche, hizo un puente y lo arrancó, aunque con más esfuerzo del que esperaba.

Cuando llegó a la carretera principal, no vio a Eva Canga. Entre las farolas ya se cernía la noche. Avanzó en primera, muy despacio. No tardó en divisarla. En dirección a Bilbao, corría por el arcén con los tacones en la mano. Una Cenicienta desesperada. Aguantó un centenar de metros. Hasta que un BMW con estudiantes pasó a su lado tocando el claxon. Más nerviosa que agotada, Eva Canga se sentó en otro banco y se calzó los zapatos. Torca frenó.

No podía desperdiciar ni un segundo. Ahora debía jugar bien sus

cartas.

Sin dejar de vigilarla, llamó a Rodrigo. Su hijo respondió, por una vez, antes de que cesara el primer timbrazo. Cabreado y quejándose, pero Torca le cortó en seco.

—¡Tengo dos nombres! ¿Los quieres?

—¿¡Cómo!?

—Escúchame bien, Rodrigo. Esto es tan importante para mí... como para ti. Todavía no has hablado con Carballera ni con ningún compañero tuyo sobre Rebecca Cruz ni sobre mí, ¿verdad?

—No. Yo sí que he sido fiel a mi palabra. No como tú, que...

—Cállate. Ahora vas a entenderme. ¿Puedes apuntar?

—Sí.

Torca se lanzó a la piscina.

—Busca a Carballera. ¡Ya! O llámale. Le vas a decir que tu padre, que trabaja como investigador privado, ha conseguido una pista muy importante y quiere colaborar con vosotros, que...

Rodrigo seguía en otra onda. Con tono desabrido, le interrumpió.

—No habíamos acordado eso. Quedamos en que vendrías conmigo...

—¿Y qué hago? ¿Me teletransporto? ¡Estoy en Bilbao, joder! Y no hay un minuto que perder. Escúchame bien. Habla con Carballera. En cuanto cuelgues. O con quien quieras. Diles que tu padre está investigando la muerte de Rebecca Cruz y que ha averiguado que Mario Barberá, apúntalo bien, Mario Barberá, es quien ha encargado el asesinato. Y no sólo eso. Que Barberá quizá ha mandado asesinar a otra mujer, a Lisa Cruz, una de las hermanas de Rebecca. Y que en ese caso su cadáver va a aparecer, el lunes, en Gibraltar. Y que Eva Canga, la directora de Graphener, es su cómplice. ¿Has apuntado todos esos nombres?

Rodrigo quizá no daba crédito a lo que estaba escuchando, pero le respondió con rapidez.

—*¿Gráfaner?* ¿Cómo se escribe?

Torca se lo deletreó, y siguió hablando.

—Hay algo más. Acabo de birlarle el móvil a Eva Canga. Estamos en la Universidad de Deusto. Además, estoy siguiéndola. En cuanto pueda, te llamo de nuevo y te digo adónde va y qué hace. Entonces me dirás cómo os entrego el teléfono, en una comisaría de aquí o donde me digáis.

—Entendido.

—Me diste cuarenta y ocho horas. Creo que las he aprovechado bastante bien. Avisa a Carballera. Mañana en cuanto vuelva a Madrid hablaré con él, o con quien digáis. Pero no podéis pararme ahora. Consigue eso. Os diré adónde va y os daré su móvil. ¿De acuerdo?

—Lo intentaré.

—Me vale. Hay algo más. Esto que te voy a contar no se lo cuentes a Carballera ni a nadie, por favor. Quizá no sea importante. Mario Barberá, según Eva Canga, debe de ser un tipo bastante escurridizo o difícil de localizar. Hoy es la primera vez que oigo su nombre.

—A mí tampoco me suena de nada, ¿y?

—¿Te acuerdas de Juan Mari Butrón?

Rodrigo soltó un «¡joder!» por respuesta. Y añadió:

—¿EuCorp está implicada?

—No, no, para nada. Pero Juan Mari conoce a Barberá. No me digas por qué ni cómo. Si puedo, luego me pasaré a verlo. Eso no se lo digas a Carballera. No os incumbe. Si saco algo interesante, os lo diré. ¿De acuerdo?

—Esto es muy grande para mí —reconoció Rodrigo—. Pero te haré caso. Sigue a esa mujer y llámame pronto. Voy a localizar a Carballera, esto se lo tengo que contar en persona.

—Sí. Lo último que quiero es joderte, Rodrigo. Y tampoco hago esto, la verdad, para que te pongan una medalla. Pero tienes que saber manejarlo. No les digas que me diste dos días ni que me encontraste en un vídeo cuando sacaban a la chica del río. El ultimátum no ha existido. Y tampoco tu visita del lunes.

—¿Por qué no?

—No vayas de ingenuo por la vida, que ya eres mayorcito. Con esta información puedes ganar muchos puntos. Pero si averiguan que el lunes ocultaste información relevante sobre el asesinato, te arriesgas a que den la vuelta a la tortilla.

Rodrigo, en cierto modo, le dio la razón.

—Voy siempre de cara, sin maquillar la verdad. Esto que dices no es de mi estilo.

—Ya, vas como un toro, con los cuernos por delante. ¡Madura, Rodrigo! Salva el culo, y sálvame.

Eva Canga, mientras tanto, había cruzado la carretera. Aunque pasaban pocos coches, seguro que no tardaría en detenerse alguno. Con el brazo estirado y el dedo gordo apuntando a Bilbao, hacía autostop.

Torca dudó. Podía arrancar y llevarla a una comisaría. Pero seguirla, como ya había dicho a Rodrigo, también podía ser fructífero.

Un Ford Escort, con cuatro estudiantes, decidió por él. Se detuvo. Un chaval bajó, cedió el asiento del copiloto a Eva Canga y se apiñó detrás.

Torca se dispuso a seguirles..., pero el escarabajo se caló. Soltando improperios, conectó de nuevo los cables. Al tercer intento, arrancó el coche. Por suerte, el Ford no corría demasiado. No tardó en acercarse.

Mientras regresaban a Bilbao, llamó a Luis Laguna.

—Luisito, escúchame bien. Sigo en Bilbao, si puedo luego te cuento todo. ¿Sabes quién es Mario Barberá?

—¿Mario Barberá? ¿Un pariente de la alcaldesa de Valencia? Ni puta idea.

—Es alguien vinculado a Graphener y a Eva Canga. Y quien ordenó matar a la chica del Manzanares. Díselo a Cifuentes. ¡Que saque todo lo que pueda!

—Esto está hecho. ¿Algo más?

Una señal de *stop* le obligó a acercarse demasiado al Ford y, aún peor, a poner en punto muerto al escarabajo. Al reiniciar la marcha el motor petardeó, pero no le dejó tirado.

—Sí. Me he puesto en el punto de mira.

—Vaya. ¿De quién?

—De Barberá. Y de la policía. Se lo he contado todo, o casi todo, a Rodrigo. También van a tratar de pillar a Barberá. Y acabarán interrogándome. Y luego tal vez a ti. ¿Serás mi escudo?

—Diré lo que me digas que diga. Cómo no.

—No esperaba menos. A ver qué te parece esto: si es preciso, diré que el lunes, cuando salía con la moto a dar una vuelta, vi el operativo policial. Que contemplé cómo sacaban a Rebecca Cruz y que desde entonces, como no puedo quitármela de la cabeza, estoy investigando su muerte, ayudado como bien sabes por tu equipo.

—Y apoyado por mí. Con mi aprobación. Queremos ayudar y colaborar.

—Gracias, Luis. A no ser que ahora siga a Eva Canga hasta Alicante, o hasta el infierno, mañana me vuelvo a Madrid. Antes de ir a declarar, intentaré hablar contigo, para no dejar ningún fleco suelto.

—Pues entonces casi mejor te espero en el aeropuerto, ¿no?

—Estaría muy bien, pero he dejado ahí la moto. Cuando llegue a Barajas voy a la oficina, o a tu casa, donde estés. Marisa me iba a coger el billete, que te diga cuándo llego. Todavía no lo sé ni yo.

—Mañana nos vemos, amigo. Tranquilo.

Cuando Laguna colgó, ya se adentraban en Bilbao. Pero entonces un semáforo en rojo se cruzó en su camino. El coche se caló. Torca intentó resucitar el puente, pero no hubo manera. Jurando en arameo, perdió el rastro de Eva Canga.

***

Por inercia, acabó en el Carlton. Doblemente chafado: por perder a Eva Canga y por no ser capaz de acceder a su teléfono. La ejecutiva lo protegía con una contraseña. Aunque Cifuentes o la policía podrían saltársela, él no sabía cómo.

Como le quedaban dos horas para visitar a Juan Mari Butrón,

reservó una habitación. Ya en el cuarto, recibió un correo electrónico de Marisa con la hora del vuelo de regreso a Madrid, las siete de la mañana, y el billete. Justo entonces le llegó otro mensaje: Laguna, ya al tanto del viaje, le esperaría en su segundo despacho, en la cafetería cercana a la oficina, desde las nueve. Además dejaba caer, escueto, que Jandro desayunaría con ellos.

Torca se acordó. En Vallecas le había dicho a Jandro que llamara a Luisito si no daba señales de vida. Le reconfortó saber que sus compadres se preocupaban por él.

La batería de su teléfono se estaba agotando, pero debía hablar otra vez con Rodrigo.

Tirado en la cama del hotel, sin zapatos, notó algo extraño en cuanto su hijo respondió.

—¿Has puesto el altavoz? —le preguntó.

—Sí.

—¿Quién más me escucha?

Una voz autoritaria, seca, respondió.

—Soy Carballera, inspector de homicidios. Rodrigo está aquí, en mi despacho.

—Papá, le estaba informando. Me ha costado localizar al inspector, pero ya casi había terminado. ¿Hay novedades?

Torca saltó de la cama. El tono de su hijo, cauto, apocado, le había sorprendido. Pero más todavía que dijera «papá». Desde que dejó el colegio no le había llamado así. ¿Quería aparentar más cercanía entre ambos?

Un pitido lo alertó de nuevo. Su teléfono pronto dejaría de funcionar.

—Me estoy quedando sin batería. Intentaré recargar el móvil, pero aquí no tengo un cargador. Siento deciros que he perdido a Eva Canga, aunque como sabéis tengo su teléfono. Para usarlo hay que teclear una contraseña, así que no puedo usarlo. ¿Qué hago con él?

—¿Dónde viste por última vez a Eva Canga? —preguntó Carballera.

—Se había subido al coche de unos estudiantes, en Deusto, para regresar a Bilbao. Un Ford Escort rojo, matrícula B-124701. La perdí en Alameda de Urquijo con Rekalde, hace un rato. Supongo que tratará de regresar a Alicante. Vive allí, comprobad si vino a Bilbao en avión.

—¿Y dices que si conectas su móvil no puedes ver ahora mismo sus últimas llamadas? —insistió Carballera.

—No. Me pide una combinación de cuatro números, y sólo dispongo de tres intentos. Veréis que no lo he probado ni una vez.

—¿Dónde estás? —preguntó el inspector.

—En el Hotel Carlton.

—No te cuidas mal. Déjame pensar... —Podía llevarse luego un chasco, pero a Torca le pareció que su hijo había encontrado un buen apoyo en Carballera—. Baja al salón de la cristalera. En menos de un cuarto de hora, así a ojo, pasará a recoger el móvil un compañero. No te va a interrogar ni nada por el estilo... si te comprometes a presentarte mañana aquí en Madrid y me cuentas de cabo a rabo todo lo que has hecho. ¿Conforme?

—De acuerdo. Puedo verte a las once. —No quería perderse el café con los compadres en el segundo despacho de Luisito—. ¿Estás donde Rodrigo?

—No, vente a mi comisaría, en López de Hoyos, 80. Pero quiero escuchar ahora mismo de ti lo que acaba de decirme tu hijo: ¿Eva Canga ha incriminado a Mario Barberá en el asesinato de Rebecca Cruz?

Torca, consciente de que su respuesta y el resto de la conversación estarían siendo grabadas, respondió alto, despacio y claro:

—Sí. Según ella, Barberá se lo ha encargado a un asesino a sueldo. Y, según me ha dicho, es probable que dentro de unos días aparezca otro cadáver en Gibraltar, en circunstancias similares.

—¿Y sabe quién es la siguiente víctima?

—No. Sólo que es probable que el lunes haya «otro impacto mediático». Aunque creo que podría ser Lisa Cruz, una de las hermanas de la chica asesinada.

—¿En Gibraltar?

—Sí, eso me dijo. Pero la batería sigue pitando. Debo cortar ya.

—Vale. Mañana nos vemos. A las once.

Carballera colgó sin que Rodrigo añadiera nada.

El «hasta mañana, hijo» no llegó a salir de la boca de Torca.

9

BUTRÓN

Los hermanos Butrón, los patrones de EuCorp desde los años noventa, iban por libre. Sobre todo Juan Mari. Más respetados que temidos, aunque podían ser unos rivales rencorosos y encarnizados, ambos marcaban distancias con la burguesía vizcaína, con los nuevos ricos y con los dirigentes de turno.

Carlos, el hermano pequeño, se había amoldado un poco. Casado y con tres hijos, residía en Neguri y frecuentaba los templos deportivos, litúrgicos y políticos vascos más a menudo que Juan Mari. El hermano mayor, en cambio, solterón recalcitrante, continuaba ocupando la mansión familiar, una inmensa y solitaria finca que dominaba Bilbao desde el monte Artxanda.

Torca llegó a la verja a las once y media. Había entregado el móvil de Eva Canga a un policía que apenas le dirigió la palabra y luego ya no había subido a la habitación del hotel. Con tiempo de sobra, había caminado hasta la finca de los Butrón. Mientras callejeaba, se le había cruzado por la cabeza pasarse por la sociedad gastronómica donde tan buenos ratos había pasado en los tiempos de EuCorp, pero la había encontrado cerrada por una reforma. Aunque no había avisado a nadie, su estómago se había hecho ilusiones al recordar que era miércoles, el día en que solía reunirse una cuadrilla de amigos que lo había acogido a pesar de que jamás se arrimaba a los fogones.

Para matar el gusanillo, se había metido en un bar. Después de un pincho de tortilla y unas croquetas de bacalao, había subido a la finca bastante antes de la hora indicada por Juan Mari. Le apetecía pegar la hebra con Benavides y que lo pusiera al día.

Cuando trabajaba en EuCorp había trabado una buena relación con el empleado más fiel de los Butrón. Una amistad sin confidencias ni aficiones de por medio, basada en su mutua ascendencia burgalesa y en la multitud de ratos muertos que habían pasado juntos en la garita de la finca, pendientes de las idas y venidas de Juan Mari.

En EuCorp, Torca cobraba bastante más que un escolta o un chófer, pero sus elásticas atribuciones comprendían todo tipo de

embolados. Al poco de ser contratado, en 2005, se había convertido en alguien casi imprescindible, al que podían confiar una misión tan peligrosa como delicada en cualquier punto del globo y que podía acompañar a Juan Mari en una reunión pública o privada. Cuando en 2009 un camión se cruzó en la N-I y segó la vida de Raquel, Torca cortó con EuCorp, Juan Mari y Bilbao. Y, poco después, con Burgos. La baja por viudedad se había convertido en una excedencia indefinida que, dos años más tarde, había desembocado en un cese tras una lucrativa pero lamentable aventura en el mar de Aral.

Al acercarse a la garita, Benavides, con la sonrisa jovial de siempre pero con la cabeza al cero, salió a su encuentro como si no llevaran tres años sin verse.

—¿Te ha dejado tirado la Harley?

—Ojalá. La vendí.

—¿Y tan mal te va que no te llega para comprarte otra moto ni para venirte hasta aquí en taxi?

—Ya ves.

—Para tabaco sí que tendrás, ¿no?

Los pulmones de Benavides acogieron las primeras caladas con un ataque de tos.

—Ya no me dejan ni echar un pitillo. Ni aquí ni en ningún lado. La parienta y los hijos no me pasan ni una.

—Pues te han jodido bien —dijo Torca.

—Me he jodido yo solo. Tres paquetes diarios desde los tiempos de Maricastaña... Pero de algo hay que morir.

Fumaron en silencio. Torca no quiso hurgar en la herida: las toses, el fatalismo de Benavides y el color macilento de su rostro no auguraban nada bueno.

Mientras contemplaban las luces de Bilbao, desde las alturas del monte Artxanda, Torca señaló la Torre Iberdrola. Le contó que había coincidido ahí con el patrón de EuCorp y que lo había convocado a las doce.

—Butrón estará a punto de llegar, ¿no?

—Qué va. Lleva aquí desde las once. Y me avisó de que venías hace bastante, ya no paso tanto tiempo aquí como antes... —dejó caer.

—¿Ya no haces el turno de noche?

—Ni el de noche ni el de día. Hay chavales nuevos, que controlan el perímetro con cámaras y demás moderneces, ya te puedes imaginar. Me suelo venir para acá cuando me apetece.

—Ya entiendo, te ha ascendido.

—Me han pegado una patada para arriba. Intento organizar los turnos y si hay que pegar una bronca a uno que se retrasa o a otro que anda atontado, pues me cago en todo y les canto las cuarenta, pero poco más. Soy un trasto viejo. Aunque no quiero aburrirte. ¿Qué tal te

va?

—No me quejo. Vivo en Madrid. Cerca de Rodrigo y...

—¿Y con la rusa? Nunca te lo has montado mal tú.

—¿La rusa?

La sonrisa cómplice de Benavides se esfumó al apreciar el desconcierto de Torca.

—Me contaron que te liaste con una rusa cañón, ¿o es que también me falla la memoria?

—Pues te lo contaron mal. Estoy solo.

«Para vosotros todos somos rusos», se lamentaba Nadia.

Sin ganas de pisar más charcos, Benavides cambió de tercio.

—Y con lo bien que se vive en Burgos, ¿cómo has acabado en la capital?

—No me digas. Por Rodrigo, quizá. Curra allí.

—¿Ya trabaja? Pues cuánto me alegro. De los cuatro nietos, dos están en paro y otro se me ha largado fuera, a Alemania. Puta crisis...

Mientras Benavides prendía otro pitillo, Torca se preguntó cómo de manoseada y deformada habría llegado a la garita su historia con «la rusa» en el Aral. Las noticias corren, pero los rumores vuelan, decía Luis Laguna.

—Bueno, ¿y qué tal son las vistas en la Torre Iberdrola? —le preguntó Benavides, quizá porque ya no sabía qué preguntarle—. No me digas que son mejores que éstas.

La ciudad no dormía. Desde las alturas del monte Artxanda, Bilbao centelleaba.

—Desde allí, el *bocho* pierde encanto. Aquí no —dijo Torca.

A las doce menos cinco, un par de timbrazos avisaron a Benavides.

—Ya puedes pasar, Juan. A las doce y media te estará esperando un taxi.

Torca entró solo, después de pasarle a Benavides un cigarrillo más. El penúltimo. Al salir le pediría otro.

Torca caminó sin admirar los jardines, sin dedicar un segundo al Rolls y al Bentley, sin prestar atención al palacete ni al pabellón. Caminó con Nadia en la cabeza. Pensando en que ya casi nunca se acordaba de ella. Pensando en que había bastado un segundo, dos años después del naufragio en el mar de Aral, para que Nadia volviera a flote, para reconstruir sus caderas, para empaparse con sus lágrimas, para palpar su piel, para que su voz lo estremeciera. *Se me olvidó que te olvidé, se me olvidó que te dejé, lejos, muy lejos de mi vida... A mí, que nada se me olvida*, decía una copla. Nadia seguía muy viva.

Media hora le había concedido Juan Mari Butrón. Tiempo para dos vodkas y unas carambolas. Sin embargo, el mayordomo no le condujo a la sala del billar. Butrón lo recibió en la biblioteca. Rodeado

de miles de libros, aunque con una tableta electrónica en la mano.

—Esta butaca la usaba mi padre. Se tiraba horas y más horas aquí, devorando biografías y libros de historia. Debemos de tener las mismas hechuras, porque nunca me he sentado en nada más cómodo. Mi padre no dejaba de repetir que el pasado siempre vuelve... Yo vuelvo aquí, a la biblioteca. Unas veces desempolvo algún libro y otras navego por internet. Soy viejo, pero estos cacharros —dijo mirando a la tableta— me ayudan a combatir el aburrimiento. Y tú, Juan, como un fantasma, también vuelves.

Torca y Butrón se conocían de antiguo. Desde el 97. Juan Mari recurrió a los compadres cuando secuestraron a Carlos. La carta donde los raptores exigían un descomunal rescate, sellada con el anagrama de ETA, incluía el dedo meñique de su hermano. Los compadres liberaron al empresario porque Torca descubrió que la banda terrorista no estaba implicada. Juan Mari ya entonces intentó ficharlo. Como Torca prefirió continuar con sus compañeros de armas, desde entonces EuCorp, una empresa con intereses no sólo en la primitiva venta de armas, se convirtió en uno de los mejores clientes de los compadres. Los mercenarios, liderados por Torca, eran resolutivos, violentos, efectivos. Hasta que en 2001, después de una desgraciada misión en Afganistán, los compadres se disolvieron. Veinte años después de las maniobras militares donde juraron que se apoyarían siempre. En 2005, Torca aceptó por fin, y por primera y única vez, ser contratado por una empresa. Con días libres, vacaciones de verano y pagas extras. Un espejismo que duró hasta la muerte de Raquel.

Juan Mari seguía lamentando la marcha de Torca. Había perdido a alguien en quien podía confiar cualquier asunto, y con el que además se sentía a sus anchas.

—Por aquí se te echa de menos, ¿sabes? ¿No te apetece volver?

—Gracias, pero ya me he asentado en Madrid. Mi hijo vive allí.

—Se hizo policía, ¿no?

—Sí. Es un buen chaval.

—No lo dudo. Si un día se harta, háblale de mí. O vente a verme. Con él. Ya sabes que EuCorp sigue siendo una empresa familiar. ¿Te ha dicho Benavides que uno de sus nietos ha comenzado a trabajar con nosotros? Tenemos en plantilla tres generaciones de Benavides. Aunque el chico no tiene estudios, en una cadena de montaje pasará de mileurista. Aquí hay cínicos que sueltan que con ETA vivíamos mejor, pero yo los mando a tomar por culo. Como puedes imaginar, tu hijo y tú tendríais una existencia más relajada que hace unos años... Un expolicía podría disfrutar de un sueldo más elevado... Y tú, de nuevo, tendrías un trabajo a tu medida.

Torca sonrió.

—Lo pensaré. Pero mi hijo está bien donde está.

La tela de araña de Juan Mari Butrón acababa enredando a presas de cualquier tipo, desde administraciones y empresas hasta personas de todo calado. Así había logrado consolidar a EuCorp como una de las principales empresas de armamento y pilotar su expansión en otros sectores.

Como tantas otras veces, Torca sirvió las bebidas. Un coñac para el empresario, que apenas cató, y un vodka polaco, de Wrocław, para él. En cuanto se hundió en una butaca similar a la ocupada por Juan Mari, dejaron atrás los preliminares.

—No sabía qué mezcla me parecía más curiosa: la de Juan Torca con Mario Barberá o la del grafeno con el hormigón. Hoy me he llevado una buena sorpresa —reconoció Butrón—. Según venía para acá, he comprendido que no debería extrañarme que en tu nueva vida profesional, ahora que no estás conmigo, puedas rozarte con un tipo tan... tan extraño como Barberá. Así que me desconcierta más que andes interesado por el hormigón y el grafeno. El material más usado en el mundo y el material más innovador y sorprendente. No sé, sácame de dudas, Juan, ¿a qué viene ese interés tuyo?

Torca esperaba una pregunta de ese calado. Y había tenido tiempo de preparar la respuesta.

—Hace un mes una mujer contactó conmigo. Al parecer alguien me había recomendado. Sabía quién era yo, pero no me conocía: quería que asesinara a dos putas. —Butrón se llevó la copa a los labios—. Dos mujeres que además debían ser gibraltareñas, y que arrojara un cadáver en el Manzanares y otro en la bahía de Algeciras. Y que los tirara al agua envueltos en hormigón. El encargo me pareció una locura. Entonces ella misma acabó reconociendo que el plan era un disparate, que en realidad quería saber de qué pasta estaba hecho, si yo era un patriota, y que me olvidara. No me olvidé, pero no hice nada. El domingo, la mujer volvió a llamarme. Me dijo que me convenía seguir callado. Al día siguiente, apareció en el Manzanares el cuerpo de una chica de Gibraltar. Sus pies estaban forrados de hormigón. Con la ayuda de la agencia de Luis Laguna, descubrí que la mujer que me había querido contratar y que me acababa de amenazar era Eva Canga, «la chica de Barberá». —Esta vez fue Torca quien se pegó un lingotazo de vodka, sin que Butrón abriera la boca—. Y al saber que Graphener recibía un premio aquí, hoy he venido a Bilbao porque no podía seguir cruzado de brazos. Rebecca Cruz murió por mi culpa. —A Torca, con Rodrigo en mente, no se le pasó por la cabeza contarle a Butrón que la carrera de su hijo pendía de un hilo; tampoco pensó en revelarle que su hijo había estado a punto de detenerlo para que fuera a declarar qué hacía contemplando el rescate de Becca—. Y creo que también han asesinado a una de sus hermanas.

—¿Y hoy qué has sacado en claro?

—Más de lo que pensaba. Vengo de hablar con ella. A solas. Tu amigo Barberá siguió adelante con el plan. Sin contar con ella, contrató a un asesino. Y, según me ha dicho, aunque tampoco he sacado una confesión a hostia limpia, el próximo lunes de nuevo habrá «un impacto mediático», así lo ha llamado. En Gibraltar. Pero voy a impedirlo.

—¿Y del asesino qué sabes?

—¿Por qué? ¿Quieres contratarlo tú también?

—Juan... Sabes cuáles son mis límites. No han cambiado. ¿Tienes alguna pista sobre el asesino?

—Nada. Por no saber, hasta que tú no has pronunciado su nombre, no sabía que Eva Canga trabajara para el tal Barberá.

Torca había mostrado todas sus cartas. Salvo una. De Rodrigo y Carballera jamás hablaría con Butrón. El empresario se cerraría en banda.

—Ya... —dijo Butrón al tiempo que se levantaba, apoyado en un bastón.

Caminó hacia una estantería y le dio la espalda.

—Vamos a hacer una cosa, si te parece bien. —Butrón hablaba lentamente, conteniendo sus pensamientos—. Yo no voy a exigirte nada. Ya no trabajas para mí. Pero voy a intentar echarte una mano. Te diré lo que sé. No me gusta Barberá. Ni sus métodos. Si enchufaras la tableta y echaras un ojo al historial, podrías comprobar que ayer vi, y más de una vez, el vídeo de «la sirena del Manzanares». Así la llaman. No te exigiré nada a cambio, pero por supuesto aceptaré gustosamente cualquier información relacionada con el grafeno, con el hormigón o con los intereses de Barberá en la Costa del Sol y en Gibraltar. Si es que sacas algo.

—De acuerdo. ¿Pero qué puedes darme?

—Lo que tengo. Información que no encontrarás en cacharros como éste —señaló de nuevo la tableta— y mis recursos. Me gustará ayudarte. Porque entiendo que necesitas ayuda. Si te llamaron el domingo, antes de que lanzaran el cadáver, significa que pueden ir a por ti, ¿no?

—Quizá. No me extrañaría. Soy un cabo suelto. Pero eso me da igual. Sé lo que he hecho... y, sobre todo, lo que no hice. Debería haberles parado los pies. La chica no estaría muerta.

Rebecca Cruz viviría y, pensó de nuevo, Rodrigo continuaría igual: creyendo que su padre ha dejado atrás los malos tiempos, que se limitaba a correr por el Retiro y a echar una mano de vez en cuando a Luis Laguna.

Butrón, con un libro en la mano, regresó a la butaca. Una primera edición del *Napoleón* de Ludwig.

—Ya. Pero Mario Barberá es un enemigo de cuidado. Si se

propone algo no va a dar su brazo a torcer. Dudo mucho que hubieras podido evitar ese asesinato.

—¿Y eso?

—Cómo explicártelo, no sé qué busca matando así, diría que no le pega, pero es alguien que consigue lo que quiere. En los tiempos de Jesús Gil, ya mandaba más en la Costa del Sol que el difunto alcalde de Marbella y presidente del Atlético de Madrid. Sin figurar ni alternar. Y también ganaba dinero. A espuertas. Construyendo, como casi todos los millonarios de allí abajo. Por muchos experimentos que haga ahora con el grafeno, se ha lucrado con el hormigón y el ladrillo. Lo conocí hace bastante, siempre en reuniones de empresarios e inversores a puerta cerrada. Me pareció un tipo ambicioso e influyente. Y desde entonces su influencia ha continuado creciendo. Barberá es un cacique que ha sabido adaptarse. No verás su nombre en los periódicos. Ni siquiera en los suyos. Ni en juicios. Allí abajo hay mucho patoso, mucho nuevo rico que alardea de su dinero o de su poder y que acaba enchironado. Barberá no. Es muy cauto. Quizá demasiado. Tanta cautela, tanta sobreprotección, quizá lo han enloquecido. No me cuadra que ordene asesinar. Y poco más puedo contarte sobre él..., por ahora. Bueno, luego está lo de Gibraltar y el hormigón... Aunque eso, además de burdo, es muy evidente, ya lo habrás deducido.

Butrón disfrutó ante el evidente desconcierto de Torca.

—¿Qué es burdo? No he deducido nada.

—Pues estás desentrenado, Juan. Y desinformado. Gibraltar es un grano en el culo del Estado español. Mejor dicho, una almorrana. Desde que España cedió el Peñón a Gran Bretaña, en el Tratado de Utrecht, hace exactamente trescientos años, por cierto, no deja de expandirse, de ensanchar su territorio. Y de joder. En la Segunda Guerra Mundial lograron montar un aeropuerto de mierda, pero por tierra ya no pueden crecer. Aunque ahora se han sacado un conejo de la chistera: las aguas. Hace un tiempo lanzaron bloques de hormigón para ganar más terreno al mar..., y este verano, pronto lo verás, aunque no me preguntes cómo me he enterado, pretenden continuar arrojando más hormigón. Déjame imaginarlo..., quienes estén estudiando dónde tirar bloques de hormigón quizá se lleven el susto de su vida cuando encuentren a otra chica asesinada, ¿no? Si es que no la encuentran primero los periodistas, en busca de ese..., ¿cómo has dicho? De ese impacto mediático. Tiene su lógica que haya otro cadáver en Gibraltar, quizá donde vayan a tirar o donde tiren los bloques. Una lógica irracional, demente, pero coherente, ¿verdad? Eso sí, no sé qué significado concreto tiene lanzar a una gibraltareña con hormigón en el Manzanares, me parece muy burdo, innecesario, un espanto, pero igual no acabo de entenderlo porque es un horror, o

porque yo no necesito entenderlo. A mí ni me va ni me viene.

Diario de Madelaine Cruz del 3 de julio de 2013

9:15 - El tiempo vuela. Cuando quiere. Estos últimos días son insoportablemente lentos. Eternos. Me ahogo en una burbuja de pena y rabia. Sí, ya no sólo de pena. Quiero justicia.

11:35 - «¿Pero qué tienes que escribir ahí?», me pregunta mi padre. Los únicos diarios, para él, son los periódicos de los quioscos. No concibe que alguien cuente su día a día en un cuaderno.

Exageraría si dijera que este diario es mi refugio. O que cuando escribo charlo conmigo y me entiendo mejor. Escribir me calma.

Mi padre no es una mala persona. Es antiguo, pertenece a otra época, no le disculpo, pero cree que los hombres que se visten por los pies deben ir por la vida a pecho descubierto, sin mariconadas. No soy machista, soy un macho, nos decía. Con cuatro meonas en casa, siempre tenía todas las de perder. Mi madre y mis hermanas lo hemos manejado siempre como hemos querido. Aquí, a solas conmigo, lo dejo en paz. No para quieto, va de un lado para otro, como siempre, pero se le ve desorientado, confuso, más perdido que un pulpo en un garaje. La muerte de mamá la encajó como un boxeador un puñetazo: sabía que llegaría, todos lo sabíamos, hasta ella. Cuando el cáncer se la llevó, él siguió peleando, ahora le tocaba luchar por nosotras, mantener el pabellón alto, eso decía. Pero la muerte de Becca le ha roto los esquemas.

Anoche salimos fuera. Me costó encontrarlo, pero lo llevé al restaurante donde comí con Juan Torca. Cenamos bien. Bebió tres o cuatro copas de vino y luego se pidió un orujo. No se emborrachó, pero sí que se le soltó la lengua.

«Me han vuelto a interrogar. ¿Sabes por qué? Porque no saben dónde buscar. Otra vez con la cantinela de que si tengo enemigos o si sospecho de alguien, lo mismo de siempre. ¿Pero quién se creen que soy? Nos están investigando como si tuviéramos algo que ver, el mundo del revés.»

Sólo entonces, cuando ya volvíamos al hotel, me atreví a preguntárselo. Desde el lunes me reconcomía la duda: «¿Tú por qué crees que han elegido a Becca?».

Se paró en seco. Me acojonó. Pensé que iba a pegarme. Pero me

acarició el pelo. «¿Tú también piensas que ha sido por mi culpa?», me soltó.

Vi mucho miedo en su cara. Le aterra que alguien haya querido ajustarle las cuentas a través de Becca. Sin embargo, me dijo que no sospecha de nadie. «No soy un cordero. Pero nadie me quiere tan mal como para hacerme algo así, ¿y estaría aquí si supiera quién ha sido? Ya le habría sacado los ojos.» Le creí.

16:25 - Voy de muerto en muerto, y tiro porque me toca. Si no pienso en Becca, me acuerdo de George. Sí: a este paso me volveré loca. Cuando enterremos a Becca, la normalidad poco a poco volverá a mi vida, eso me ha dicho hoy un psicólogo. Pero todo eso será un espejismo.

El verano pasado, bueno, como todos los veranos, hizo un calor insoportable. Y lo combatíamos a remojo, nadando. Salíamos muy pocas noches. Casi siempre juntas, con más amigas. Lisa quedaba con las chicas porque acababa de romper con Chano, un cordobés que le había durado bastante, más de tres meses, un récord para ella. Y yo, pues bueno, como casi siempre continuaba buscando lo que jamás encontraré: un amor de verdad, un tío que no sólo se fije en mi cuerpo. Que sepa hacerme gozar, claro, pero con el que pueda compartir mi vida, mis sueños, mi futuro. En fin, el nuevo curso comenzaría mi nueva vida de profesora, en Gibraltar, y quería pasar página.

Aquí no tengo mis libretas. Me apetece leer lo que escribí en la penúltima, aquellos días. Cuando vuelva a casa echaré una ojeada. Ahora recuerdo que George apareció de la manera más tonta. Por eso nos quedamos tan pilladas de él al principio. Su aire de niño bueno no encajaba con el respeto que todos le tenían.

De buenas a primeras, sin darnos cuenta, nos lo encontrábamos en todas partes. Ya no sólo con nuestro padre, como los primeros días.

George, tan servicial, tan educado, se desvivía por nosotras. Pero sin cortejarnos. Sin malicia ni picardía. De repente, contábamos con él para todo.

Lisa lo manejaba mejor que yo. Una noche Lisa me dijo: «George no ha roto un plato en su vida. Es un guapo inofensivo. Le dejo que me eche crema para el sol en la espalda, mientras estoy tumbada le digo que si se atreve a dármela en las tetas, se pone a ello y notas que no le tiemblan las manos, ni la voz, cuando me sigue la corriente, como si le diera igual».

¿Le perdimos el respeto? ¿Le vacilábamos demasiado?

No. Al final se convirtió en nuestro perro faldero. Pero nunca abusamos de él. Eso no quita que muriera por nosotras. Por nuestra culpa. Y por la suya.

Decía, el hijoputa, que tenía el corazón sensible. Y alergia al deporte. Pero lo decía sonriendo, como contando un chiste. Como si no importara.

23:15 - Acabo el día metiendo el cazo. El psicólogo me ha caído mal, quizá por eso le he desobedecido. Aburrida, harta, cansada de estar

cansada, he entrado en internet y he tecleado «Becca Cruz». Me he visto con ella y Lisa, en la playa. He leído especulaciones de todo tipo. Nadie sabe nada. Y la he visto, Dios mío, la he visto en el fondo del río. Pobre Becca.

Entiendo un poco más a mi padre. Apechuga con todo y me protege. Me oculta casi todo, para que la mierda no me salpique. Se ha negado en redondo a hablar con periodistas. Por eso nadie nos molesta. Aquí me trata como si tuviera diez o quince años menos. Me gustaría que confiara más en mí, y que me pidiera consejo, mi opinión también debería contar, pero le entiendo.

De todas maneras, así no podemos seguir mucho más.

IV

JUEVES, 4 DE JULIO DE 2013

«El futuro es un humo de ala dulce y homicida. Una esperanza con neones.»

ANTONIO LUCAS

10

CALADOS HASTA LOS HUESOS

En el avión de vuelta a Madrid, Torca sacó la libreta y añadió al listado elaborado dos días antes en Laguna & Campbell estos nombres propios:

Mario Barberá

Carballera

Antes de aterrizar, recordó el interrogatorio a Eva Canga. Queríamos mandar un mensaje alto y claro, le había dicho la directora de Graphener. Un mensaje para Gibraltar, para los ingleses y para España. Pero Torca cada vez tenía más claro que esas alusiones al impacto mediático, al patriotismo o al mensaje no eran más que cortinas de humo. Y maquillaje. Bajo el asesinato de Becca Cruz bullían otras pasiones. La venganza, el odio, quizá el amor.

***

Jandro desentonaba en el segundo despacho de Luis Laguna. En camiseta de tirantes, bermudas, y con sandalias, exhibiendo pelo y tatuajes, empapaba un cruasán en un vaso de leche con colacao sin importarle que chorreara por su barba. Laguna, recién duchado y afeitado, en traje de tres piezas, no sabía si reñirle o pasarle el suyo para que siguiera disfrutando.

Como otras veces, no había nadie más en la planta superior de la cafetería.

—Lo llamo mi segundo despacho, pero a este paso igual tengo que considerarlo el primero, cuesta menos encontrarme aquí que en la oficina —le había dicho Laguna a Jandro.

Torca, que ya había desayunado en Bilbao, subió con un cortado. Jandro, al levantarse para abrazarlo, movió la mesa y derramó parte del café de Luis Laguna. Varias gotas cayeron en un dosier que Laguna cogió rápidamente para secarlo con una servilleta de papel.

—Cifuentes ha preparado esto sobre Mario Barberá. Si te parece, echa un ojo ya y luego hablamos. Y yo aprovecho para hacer un par de llamadas.

Laguna entregó el dosier a Torca y caminó hacia la escalera de caracol.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Jandro.

Laguna le señaló su cruasán.

—Todo tuyo.

—¿Es que no te lo vas a comer? —le preguntó Jandro medio segundo antes de agarrarlo.

Mientras Jandro engullía, Torca examinó el expediente.

El dosier sobre Barberá incluía unos documentos mercantiles, una fotografía y una página firmada por Cifuentes.

Torca dejó los documentos. Ya leería eso luego. Se notaba nervioso, intuía que el encuentro con Carballera sería tenso. Observó unos segundos la foto de Barberá, para no olvidar su careto, y leyó la última página del dosier.

CONCLUSIONES PRELIMINARES,
por Francisco Javier Cifuentes
Puede deducirse que el sujeto mantiene una rígida división entre sus actividades legales y las que oculta a Hacienda. Apenas he logrado vislumbrar los inmensos negocios que controla mediante sociedades interpuestas.
Esta deducción parte de una hipótesis no contrastada: Graphener. Si esa empresa pertenece al sujeto, como se nos ha hecho saber, entonces el sujeto también puede controlar tres empresas sitas en el mismo polígono industrial que Graphener. A saber: Shafinsa, una promotora de eficiencia energética; Cotimare, un estudio de arquitectura, y Sunrisetonic, una fábrica de paneles solares. Siguiendo el mismo razonamiento, un repaso no exhaustivo de los últimos proyectos de Cotimare permite establecer unos fuertes vínculos entre ese estudio y tres empresas más. Dos de ellas pertenecen a Traxhorturing, un consorcio con sede en Luxemburgo y participado por un entramado de sociedades que se desparraman por paraísos fiscales.
La primera conclusión preliminar es obvia: desentrañar el patrimonio de Mario Barberá puede resultar un trabajo tan entretenido como laborioso. Estimamos que este trabajador debería dedicarse a dicho cometido durante al menos tres semanas, en exclusiva, para obtener resultados satisfactorios.
Por otro lado, resulta muy sencillo rastrear los bienes por los que Barberá paga impuestos. Posee dos restaurantes en las localidades alicantinas de Calpe y San Juan, una funeraria en Benidorm y un aparcamiento en Alicante, además de una residencia en San Vicente del Raspeig y una finca en Crevillente.
Segunda conclusión preliminar: no hay ningún vínculo directo entre Graphener y Mario Barberá.
Tercera conclusión preliminar: aunque por ahora ninguna de las empresas enumeradas en este informe están radicadas en Gibraltar, puede intuirse, dadas las supuestas prácticas del sujeto y la proximidad existente entre su ámbito de influencia y Gibraltar, que en el entramado societario del sujeto conste alguna empresa con sede fiscal o intereses en el Peñón.

Jandro, después de sacudirse unas migas de la barba, cogió los folios y se puso a contemplar la foto de Barberá.

Laguna, guardándose el móvil en el chaleco, regresó.

—Ya estoy. Perdonad, pero ando con mucho lío. ¿Ya has leído todo, Juan?

—Lo suficiente —respondió Torca.

Jandro, que seguía sin despegar la vista de Barberá, comentó:

—Fijaos un momento...

Torca y Laguna se acercaron para escudriñar la fotografía.

—«Alicante, 3 de mayo de 2011, inauguración del restaurante Las Brasas de San Juan.» ¿Y qué? —preguntó Laguna tras leer el pie de foto.

—No, no es eso —respondió.

Mario Barberá pasaba de los sesenta. Pelo encrespado, canoso. Rostro abotargado, rematado por una papada ahogada por la corbata. Ojos diminutos, semiocultos por unas cejas espesas, también blanquecinas, y unas bolsas arrugadas. Los mofletes, muy rasurados, comprimían una boca carnosa, anfibia, contraída en un gesto despectivo.

—El tío *jodío* es muy feo... —dijo Laguna.

—Y tuerto —soltó Jandro—. Con el ojo izquierdo podemos jugar a las canicas. Fijo.

Laguna solía discutir con Jandro a la menor oportunidad. En esta ocasión no quiso enredarse, zanjó el tema indicando que Cifuentes revisaría la imagen original y lo investigaría también y, sin conceder a eso mayor importancia, intentó encauzar la reunión de los compadres. En primer lugar, le pidió a Torca que resumiera su frenética actividad de los últimos días y, sobre todo, su estancia en Bilbao.

Ninguno de los dos le interrumpió ni le cuestionó nada, mientras Torca les contó sus conversaciones con Eva Canga y con Juan Mari Butrón.

Cualquier otro día se habrían puesto a contar recuerdos de los trabajos que los compadres habían realizado para EuCorp. Pero cuando Torca terminó, Laguna cogió el testigo.

—Bueno, ¿cómo nos organizamos? A ver qué os parece esta propuesta... Uno: mi agencia continúa investigando todo lo investigable: el asesinato, a las hermanas Cruz, a Mario Barberá... Y no sólo con Cifuentes, que lo veo algo desbordado. Vamos a ayudarte, Juan, en todo lo que esté en nuestra mano. Y dos: dentro de un rato vas a acudir a declarar a la policía. Allí estarás fuera de peligro. Pero excepto entonces, debemos considerar que eres un objetivo. Desde ya, después de tu encuentro con Eva Canga y de amenazar a Barberá, estás en peligro. Así que necesitas un escolta...

—¡Yo! —gritó Jandro—. Lo hemos hablado antes de que llegaras, no te puedes negar. Qué menos...

—¿Y qué más? —dijo Torca divertido—. ¿Te voy a llevar en la moto de paquete? Chicos, os aprecio mucho pero...

—No hay pero que valga —le cortó Jandro—. Voy a ser tu sombra.

—Vamos a tranquilizarnos: me voy a comisaría y después te llamo, ¿vale, Jandro? No sé cuánto tiempo estaré allí. Te llamo, y luego nos vemos. Comemos o cenamos juntos, ¿de acuerdo? Y si

quieres te apuntas, Luis. Pero, hasta entonces, no me agobiéis.

Bajaron a la calle. Antes de coger la moto, Torca recordó dos asuntos que le rondaban por la cabeza, y que no había llegado a mencionar después de que Jandro se empeñara en escoltarle.

—Luis, cuéntale esto a Paco Cifuentes: Juan Mari Butrón dejó caer que a Barberá no le gusta figurar ni en sus periódicos, así que posee o controla varios. Que lo investigue. Serán alicantinos o valencianos, supongo. Me pica la curiosidad ver cómo han cubierto la muerte de Becca, si son sensacionalistas, cómo tratan lo de Gibraltar... Ah, y otra cosa.

—Lo que sea —dijo Laguna.

—Del padre de las hermanas Cruz no sabemos gran cosa. Es dueño de varios negocios, pero aquí se aloja en un hotel cutre. ¿Podría ser un hombre de paja o un empleado de Barberá? Dile a Cifuentes que busque alguna conexión entre ellos.

Laguna asintió.

—Bien visto. Si Mario Barberá y Antonio Cruz se conocen, entonces...

—¡Entonces a Rebecca Cruz se la cargó por eso! —exclamó Jandro.

—Quién sabe —dijo Torca.

***

Tardó sólo unos minutos en subir por Serrano hasta López de Hoyos. Torca llegó a la comisaría con diez minutos de adelanto, pero aun así entró y preguntó por el inspector Carballera. Quería pasar cuanto antes por ese mal trago. Sin embargo, le tocó esperar.

Sentado en un banco, ajeno al ir y venir de policías y ciudadanos, pensó en Hernández.

El detonante. Si Hernández no lo hubiera recomendado a Eva Canga, Rebecca Cruz habría muerto, pero él no estaría allí.

Uno no es responsable de las acciones de sus amigos, pero sí de las amistades que escoge. Hernández había desertado porque ya no encajaba en el grupo, y porque su crueldad y falta de escrúpulos no dejaban de aumentar y habían alcanzado unos niveles intolerables para el resto de los compadres.

Jandro y Laguna, en cambio, ignoraban que seguía en contacto con Hernández. Y que por culpa de Hernández estaba involucrado. ¿Cómo reaccionarían si lo supieran? Si supieran que el desertor, el compadre traidor, el asesino, no sólo había involucrado a Torca en el embrollo. Que el desertor, el compadre al que todos habían abandonado, de mutuo acuerdo, seguía vivo para Torca.

Hernández no había matado a Rebecca. Eso le había dicho. No

desconfiaba de su palabra. Pero Hernández, si no tuviera otro trabajo, habría aceptado encantado el encargo de Eva Canga. Ahora Torca quería salvar su culo y proteger el de Rodrigo, se movía por egoísmo, pero desde que había visto en el Anatómico Forense el cadáver de la joven, debía reconocer que también quería vengar a Rebecca. No la conocía, jamás había cruzado una palabra con ella, pero sentía que debía hacerlo. Sin embargo, el asesino que la había arrojado al Manzanares era un tipo como Hernández. Un tipo que, para dejar de matar, debía morir. Como Hernández.

Rodrigo le sacó del atolladero mental. Le palmeó ligeramente la espalda, quizá después de observarlo durante un tiempo.

—Te acompaño —le dijo.

Con el gesto serio, se adelantó al llegar a un pasillo y mantuvo la distancia, sin dirigirle la palabra, hasta que le cedió el paso al llegar a una oficina.

El inspector Carballera parecía un juez. Erguido, con los codos sobre la mesa y las manos entrecruzadas sujetando la barbilla, no se levantó cuando padre e hijo entraron. Le señaló una silla a Juan y despachó a Rodrigo:

—Espéranos fuera.

Un acusado no estrecha la mano al magistrado que va a juzgarle. Torca extendió el brazo encima del escritorio. Carballera, resignado, le concedió un apretón firme pero fugaz. Cuando Torca se sentó, sacó de un cajón una grabadora. Un trasto antiguo, aparatoso, que no llegó a conectar.

—A mi edad he aprendido a no fiarme de nada ni de nadie, y mucho menos de mi memoria. Me gusta grabarlo todo, pero he pensado que igual podríamos mantener una charla confidencial. Que todo quede entre tú y yo, ¿te parece bien?

—¿Por qué no? —dijo Torca—. Rodrigo confía en ti.

El truco de mostrar una grabadora desconectada quizá se practicaba ya en las cuevas de Atapuerca. Podía estar registrando la conversación mediante cualquier otro método. Aun así, Torca había entrado dispuesto a colaborar, pero sin enfangarse. Iba a medir cada palabra. El tuteo y la mirada franca, sin recodos, no enmascaraban que el inspector podía hacerle la vida imposible.

—Tu hijo me ha hablado mucho, y bien, de ti. Sé que no eres un padre cualquiera. Esta mañana he tenido ocasión, además, de recabar varias informaciones más. Tienes mucha mili a tus espaldas. Casi tanta como yo, y eso que peino más canas que tú. Te agradezco que te hayas presentado hoy aquí y que le dijeras a tu hijo Rodrigo que nos pusiera en contacto. Y sobre todo, claro, que hayas encontrado al autor intelectual de un crimen abominable. Dicho esto, entenderás que esté desconcertado: nadie te ha dado vela en este entierro, ¿no?

—Nadie.

—Igual no me he explicado bien. Estás investigando por tu cuenta y riesgo, ¿verdad? Eso dice Rodrigo, que ni el padre de la chica ni nadie más te han pedido ayuda. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Eres consciente de que ni tú ni Laguna & Campbell podríais ser contratados por ellos? En un caso de homicidio ni un investigador privado ni una agencia de detectives pueden interferir.

—Lo sé, lo sé. ¿Hablamos ya de Barberá?

—Eso lo dejamos para luego —le cortó Carballera—. Me queda claro que te has metido en camisa de once varas..., pero también que no puedo quejarme. No demasiado... —El inspector frunció los labios —. Si partimos de tus revelaciones y damos por buena tu hipótesis, nuestra investigación debe dar un giro radical: en vez de ir tras los pasos de un maniaco, de un chalado en busca de fama y de atención del que nada sabemos, tenemos que tratar de incriminar a un hombre de negocios que probablemente en su puta vida no se haya manchado las manos de sangre, y además impedir un posible homicidio fuera de nuestras fronteras. Y precisamente en un puñetero lugar donde no somos para nada bien recibidos: en Gibraltar.

—Así es. —Por el cariz y el tono de la conversación, Torca creyó que Carballera, tal y como había dicho, no la estaba grabando—. Yo he llegado hasta donde he podido. Poco más puedo hacer.

Carballera se revolvió en el asiento conteniéndose. Después de una breve vacilación, abrió de nuevo el cajón. Como de una chistera, con dos dedos, un tanto teatralmente, sacó el móvil de Eva Canga. Envuelto en una bolsa transparente.

—Voy a ser muy sincero. Puertas afuera, no estamos examinando el teléfono de Eva Canga, porque nada de lo que hemos encontrado en el Manzanares nos conduce a Graphener o a ella. Puertas afuera, no la estamos investigando, porque no hemos encontrado ningún indicio que nos haga suponer que haya algún vínculo entre Eva Canga y Rebecca Cruz. Es más. Por no tener, tampoco tenemos nada que pruebe que entre Eva Canga y Mario Barberá existe cualquier tipo de relación. Y tampoco nada une a Barberá con la chica asesinada. ¡No tenemos nada de nada!

—¿Entonces qué vais a hacer?

—Atraparlos. ¿Qué otra cosa íbamos a hacer?

—No te entiendo.

—Ya imagino. Esta conversación no ha existido. No hemos obtenido ninguna prueba de manera ilícita. Este móvil nunca ha pasado por tus manos. Ni por las mías. Los archivos y el historial de este teléfono nunca se han consultado en un ordenador de estas dependencias..., aunque un técnico de toda confianza se haya puesto a

primera hora de la mañana a examinar su contenido. Si alguien te pregunta por qué has venido a verme, dirás que... que tu hijo quería presentarnos, sin más, porque igual un día o un año de estos, cuando la rodilla deje de joderme, yo me apunto a correr contigo. Y punto. ¿De acuerdo?

Torca se levantó.

—Si así lo quieres, vale.

—Espera, no te he dicho que te vayas todavía.

Torca permaneció de pie. Carballera posó el teléfono de Eva Canga sobre la mesa con cuidado; se incorporó también y rodeó el escritorio para acercarse a él. Cojeaba ligeramente.

—¿La directora de Graphener puede sospechar que nos has entregado su teléfono?

—Lo dudo. Puede pensar que se le cayó en el taxi o en Deusto, y que lo ha perdido. Si piensa que se lo quité, no creo que se le pase por la cabeza que me lleve bien con vosotros...

—¿Ayer la amenazaste con acudir a la policía?

—No.

—¿Por qué?

—Improvisé. Mi idea era seguirla y avisaros de nuevo cuando se metiera en un hotel, o si cogía un tren o un avión, pero la pifié cuando el coche me dejó tirado. No debí separarme de ella después de que señalara a Barberá. Fue una cagada.

—Muy gorda. ¿Y sigues queriendo cazarlos tú solito?

—No. Por eso estoy aquí. Y por eso os llamé ayer.

—Ya..., y ya digo que te lo agradezco. Pero hay algo que no acabo de entender: ¿qué hacías tú en Bilbao y cómo sospechaste de Eva Canga?

Ya estaba tardando en atacar por ahí, pensó Torca. La pregunta del millón.

Hay que mentir diciendo la verdad, se enorgulleció en cierta ocasión Juan Mari Butrón. Hay que mentir creyéndose uno mismo la mentira. No hay que dudar. Jamás.

—Salgo con la moto a dar una vuelta por Madrid a menudo. El lunes me topé con el operativo del rescate, vi cómo sacaban el cadáver y, cómo explicarte, desde entonces no puedo olvidarme de Becca Cruz... ni de su hermana Maddie.

—¿Su hermana? —A Carballera le cogió con el pie cambiado la alusión a Madelaine.

—Como vosotros, supongo, pensé que un asesino en serie había matado a Becca. Un hijo de puta desquiciado. Si Becca era la primera, después de leer que sus dos hermanas son dos nadadoras famosas, pensé que podrían ser las siguientes víctimas en aparecer bajo el agua. No me costó averiguar dónde se alojan el padre y Maddie aquí en

Madrid. Me acerqué a su hotel, a echar un vistazo, anteayer, y coincidí con Maddie. Desde entonces, cómo explicártelo...

—¿Estás encoñado?

—No lo sé. Estoy preocupado por ella. Y por la otra hermana, Lisa.

—De Lisa hablaremos después. ¿Buscas entonces la fama? Si atrapas por tu cuenta a un asesino en serie puedes convertirte en una celebridad...

—No —dijo Torca, aunque le gustó que Carballera se hiciera esa pregunta; mejor que creyera que se movía por un interés de ese tipo más que por razones inconfesables—. Yo aquí ya paro. Os toca a vosotros.

—Como debe ser. ¿Pero cómo llegaste a Eva Canga? —insistió Carballera.

La pregunta del millón sólo podía contar con una respuesta, por ahora.

—Por un chivatazo. Dices que tengo mucha mili. No te diré que no. He vivido mucho, y me ha tocado, como a ti, conocer a gente de todo tipo. Casi siempre, mala gente. Desde el lunes me puse a investigar. Porque sí. No sólo le pedí ayuda a mi amigo Luis, el director de Laguna & Campbell, la agencia de detectives que veo que conoces. También di otros pasos, toqué otras puertas... Y alguien al que jamás delataré, de eso puedes estar seguro, me puso sobre la pista de Eva Canga. Fui a Bilbao columpiándome, mi... mi confidente podía haberme tomado el pelo, pero la mujer desembuchó en cuanto apreté un poco las clavijas.

La respuesta del millón, pensó Torca, sería distinta con Eva Canga y Mario Barberá enchironados.

La oficina, un habitáculo impersonal atiborrado de cajoneras y estanterías, contaba con una ventana con vistas a un patio interior. Unos rayos de sol comenzaban a colarse. Carballera le dio la espalda, bajó la persiana y volvió a sentarse.

—Ya veo. No me queda otra que fiarme de ti... Aunque también puedo interrogar a Alejandro Colmenero, el tiarrón que os acompañaba a ti y a Laguna hace un rato en una cafetería de Serrano...

Torca encajó el golpe con una sonrisa. Y no le extrañó demasiado que lo estuvieran siguiendo. No era la primera vez. Sabían que hoy viajaba de Bilbao a Madrid, no les habría costado gran cosa averiguar cómo iba a hacer el trayecto.

—¿Y para qué ibas a interrogarle? Puedes preguntar por él a Rodrigo si te apetece. Le llama Jandro, como yo. Hemos servido juntos. Con Laguna. Y no tiene nada que ocultar. Pero si continúas siguiéndome, estos días lo verás a mi lado. Le he contado lo mismo

que a ti, y pretende ayudarme, aunque yo no tenga ya nada más que hacer. Pero ni él ni Laguna me dieron el chivatazo. ¿Hemos terminado?

—Todavía no —repuso Carballera—. No me has dicho qué vas a hacer a partir de ahora.

—Ya te lo he dicho. Nada. Ya he hecho suficiente. Esperar a que detengáis a Mario Barberá y os entregue al sicario.

—Ojalá. No será fácil. Tenemos que capturar a dos asesinos: al que ordena y al que ejecuta.

—Y a Eva Canga, ¿no? Si ella acusa a Barberá, él acabará confesando.

—Sí, puede que sí. Muy pronto veremos de qué pasta está hecha esa mujer...

Por primera vez, Carballera abría una puerta, parecía darle algo de información.

—¿Ya la habéis detenido?

El inspector giró la muñeca para consultar un reloj de acero inoxidable y cristal de zafiro más propio de un buceador profesional que de un cincuentón en mangas de camisa y con pantalones de pinzas.

—Vamos a suponer que por tu culpa, Juan, Eva Canga ha cambiado de planes. Anoche no subió al tren que debía conducirla a Barcelona. Lo perdió por tu culpa. Vamos a suponer que, gracias a ti, nos la has servido en bandeja. No sabemos dónde ha pasado la noche, pero esta mañana, a las ocho y cinco, ha cogido en Getxo un autobús que viene para acá. Dentro de cincuenta minutos llegará a la estación de la Avenida de América. Un operativo la estará esperando. Si ayer se derrumbó en cuanto la presionaste un poco, si la interrogo aquí no creo que tarde en acusar a Mario Barberá.

La primera reacción de Torca, según escuchaba lo ocurrido, fue de alivio. Con Eva Canga detenida, todo se solucionaría. O casi todo. Si la directora de Graphener acababa mencionando la reunión en el hotelucho, el mes pasado, tendría que negar el encuentro o, al menos, decir que jamás le había ofrecido realizar el asesinato. Sería su palabra contra la de ella. Nerea, a regañadientes quizá, diría que no recordaba nada de aquella noche. Debería pasarme por el hotel lo antes posible, anotó mentalmente, quizá pueda borrar las grabaciones de esa noche si Nerea me echa un cable.

—¿Y quieres que me quede aquí para un careo con ella?

—No —respondió Carballera—. Quizá no haga falta, ya veremos. No quiero complicarte la vida, bastante nos has ayudado. No mencionaré que tenemos su teléfono. Lograremos que incrimine a Barberá, por la cuenta que me trae, y trataremos de detenerlo cuanto antes.

—¡Muy bien! Ojalá podamos cortar de raíz esta locura. De todas maneras, con Lisa Cruz desaparecida, esto...

—Espera, tranquilo. Anoche apareció. Nos enteramos por el padre, que ayer por fin logró hablar con ella. La chica se había largado a Tánger con unos surfistas y se ha enterado del asesinato de su hermana porque ha salido por la tele hasta en Marruecos. Esta tarde coge un ferri. Escoltada. No hay nada que temer.

A Torca le sorprendió mucho esa noticia. Desde hacía días daba por muerta a Lisa Cruz. Pero no olvidó sus conversaciones con Eva Canga. Tanto en Madrid como el día anterior en Bilbao había hablado de dos impactos.

—¿Y entonces a quién van a cargarse en Gibraltar este lunes? Tal vez las gemelas Cruz no sean el próximo objetivo...

—Ni idea. Pero con suerte, Dios lo quiera, hoy lo sabremos. Y hoy podremos detenerlos a todos. Hasta el lunes queda mucho.

—Ojalá —dijo Torca.

El inspector Carballera, antes de abrir la puerta, le ordenó:

—Como puedes suponer, ni se te ocurra acercarte por los alrededores de la Avenida de América. Estamos a cuatro pasos, así que en cuanto salgas de aquí aléjate de esta zona. No conviene que te vea Eva Canga. A no ser que al bajar del bus nos encontremos al propio Barberá esperándola, a quien por cierto todavía no tenemos localizado, no nos arriesgaremos a perderla, me la traerán aquí inmediatamente.

—Me alejaré. ¿Pero vais a continuar siguiéndome?

Carballera sonrió.

—Ya no. Me preocupaba que no vinieras, pero ya no hace falta.

***

Rodrigo, tieso como el palo de una escoba y con el semblante taciturno, se relajó en cuanto advirtió que Carballera acompañaba a su progenitor fuera del despacho, para despedirse de él con un apretón de manos cordial y estas palabras:

—Juan, me ha encantado conocerte. Si la rodilla se olvida de putearme saldremos a hacer *footing* juntos. O casi mejor nos vamos a pescar, que correr es de cobardes. Torca, si hace el favor acompañe a su padre a la salida, que ahora voy a estar bastante atareado.

De nuevo, Rodrigo se adelantó unos pasos. Cuando salieron a la calle, Juan le señaló donde había aparcado la moto y cruzaron la carretera. Sólo entonces el joven abrió la boca.

—¡No puedo creerlo! ¿Os habéis hecho amigos?

—Bueno...

—¡Te ha invitado a pescar con él! Y luego te llevará a su

merendero. Si no lo veo no lo creo. Y su gente también habrá flipado.

—Tampoco exageres. Me ha dicho que el móvil de Eva Canga...

—Frena, frena. No sigas por ahí. Esta mañana me ha ordenado que no hable de ese teléfono con nadie. Dice que tu intervención está siendo crucial, pero que a partir de ahora debemos mantenernos al margen. Para protegerte y para no contaminar el caso.

—¿No te cuento entonces cómo ha ido el interrogatorio?

—No. Ya veo que ha ido bien. No necesito conocer los detalles. Y a este paso voy a llegar tarde a una reunión bastante importante...

Torca pensó que su hijo formaría parte del equipo que iba a detener a Eva Canga en la estación.

—¿Vas a ir a Avenida de América?

—¿A qué? ¿A coger el metro? No, me vuelvo a mi comisaría en coche.

—¿Pero no tienes nada que hacer relacionado con Eva Canga?

—Y dale. No, padre. A principios de semana me tocó echar una mano, pero desde ayer he vuelto a mis rutinas. Nuestra cuenta en Twitter, @policia, colabora con la brigada contra la trata de mujeres y tenemos una operación en marcha en Zaragoza. Pero salimos dentro de nada, otro día te lo explico.

—Muy bien. Pues me vuelvo a Gran Vía. Nos veremos pronto, ¿vale?

—Sí. Cuando todo esto pase tendremos que mantener una charla en condiciones —dijo Rodrigo, de nuevo con el semblante serio. No había olvidado cómo había comenzado la semana.

Juan sacó el casco, se montó en la moto y la arrancó. Antes de sacarla de la acera, le preguntó a su hijo:

—Oye, Rodrigo, ¿y desde cuándo te llaman Torca?

—Desde siempre. Soy Torca, para todo el mundo, a secas, desde el colegio. Incluso mamá, en el patio o delante de mis amigos, me llamaba Torca. Pero tú no te enteras de nada. Ni antes ni ahora.

11

SIN PERDÓN

Las Cuatro Torres de Madrid se divisaban a lo lejos cuando el conductor cogió el desvío hacia el aeropuerto de Barajas. Pero Eva Canga no llegó a verlas. Hecha un ovillo en la butaca individual de la última fila, terminaba de ver *Sin perdón*, la película que daban en el canal de entretenimiento del autobús.

No se tragaba un wéstern desde que los ponían en la primera cadena los sábados por la tarde, antes de que llegaran las televisiones privadas. Pero le había enganchado la historia de unos pistoleros contratados por unas prostitutas. Entendía a las mujeres. Querían vengarse de un vaquero que había rajado a una de ellas.

Un jovenzuelo miope y Clint Eastwood, el protagonista, mataban al *cowboy* maltratador y su amigo. Pero cuando aguardaban en lo alto de una loma a que les pagaran, el cegato ya se estaba arrepintiendo. No le parecía real que el vaquero ya nunca volviera a respirar, que bastara con apretar un gatillo para finiquitar una vida.

En cambio, William Munny, el pistolero encarnado por Eastwood, no lloriqueaba. Lacónico, le explicaba al miope que cuando asesinas a alguien le robas todo lo que tiene y todo lo que podría tener.

Eva Canga se acordó de Rebecca Cruz. Sin quitarse los auriculares, echó un vistazo fuera. Se fijó entonces en que se dirigían hacia una terminal del aeropuerto. Tras esa parada, en la que bajarían algunos pasajeros, dentro de quince o veinte minutos llegaría a Madrid y podría explicarle en persona a Mario Barberá lo que había ocurrido.

Después de la noche en vela, eterna, el viaje se le había hecho muy corto. En cuanto el autobús había dejado atrás Bilbao, había cerrado los ojos, aliviada por fin. Los había abierto al pasar Burgos. Los kilómetros posteriores, enganchada a la película, habían pasado deprisa.

Reclinó el asiento y suspiró. Pensó que si Barberá era un padre para ella, como solían decirse, contaba con todo el derecho del mundo para regañarla.

Porque no había sabido estar a la altura.

Ni ante Torca, en Deusto, sobre todo entonces, ni tampoco cuando por fin consiguió contactar con Barberá.

No se reconocía en la mujer al borde de un ataque de nervios que, la noche anterior, en una cabina telefónica de la Gran Vía bilbaína, no atinaba con las monedas. Que, sollozando, se desahogó al escuchar la cavernosa voz del hombre que tanto había confiado en ella y al que no había sabido proteger.

—Mario, yo no valgo para esto. Te lo dije hace un mes y te lo repito ahora. Todavía tengo el corazón desbocado. No te imaginas el miedo que he pasado. Me creía morir cuando me ha sacado del taxi y...

—Niña, tranquila, no sé qué me estás contando. Y deja tranquilo a tu corazón. Respira hondo y empieza por el principio, para variar, y no te preocupes, que todo tiene arreglo —le había dicho Barberá.

Después de escuchar las primeras instrucciones, Eva Canga se había recobrado. Cuando había vuelto a llamar a Barberá, una hora y pico más tarde, en una cabina próxima a la estación de San Mamés, ya desmaquillada y con ropa de calle, había recuperado su aplomo habitual.

—Sabes que aprendo de los errores, Mario, no volverá a ocurrirme nada igual. Pero ahora que reconstruyo lo que ha pasado, diría que tan mal no lo he hecho: no me ha sacado que estuve en Gibraltar ni todo lo demás. Aunque en lo principal te he fallado, no creas que no soy consciente. Perdóname.

Al otro lado del teléfono, la voz de Barberá sonaba tan profunda y afectuosa como siempre.

—Lo sé, niña. Aguanta esta noche. Mañana en Madrid estudiaremos la situación y encontraremos una solución, como siempre.

La solución, había deducido después Eva Canga, era obvia: sólo podía pasar por eliminar a Juan Torca. Suprimir conexiones.

Madrid quedaba muy cerca, por fin. Esa mañana de julio parecía un destino excelente. Soleado y cálido. En cambio, una noche cerrada y una lluvia torrencial recibían a William Munny cuando regresaba al pueblo de las prostitutas en la escena final de *Sin perdón*. Pasaba de largo ante el cadáver de Ned, su amigo, entraba en el *saloon* con un rifle y se plantaba ante el *sheriff* Little Bill, interpretado por Gene Hackman, para confesar que había disparado sobre cualquier cosa que tuviera vida y se moviera, y que iba a matarle por torturar a Ned.

Cuando el autobús maniobró para detenerse ante la terminal, recordó las últimas instrucciones.

—Quédate en tu sitio, atrás del todo. Verás que los asientos de al lado están vacíos, los hemos comprado para que nadie te moleste y, si es posible, para que nadie se acuerde de ti.

—Y al llegar a Madrid, ¿qué hago?

—No te preocupes. Te estaré esperando.

A Eva Canga le había extrañado que Barberá en persona viajara a Madrid. Vivía recluido desde el año pasado. La situación es bastante más grave de lo que me está transmitiendo, había pensado. Pero una atención tan preferente, tan inusual, sólo podía deberse a una cosa: en verdad era una hija para él. Su niña.

Al estacionar, el chófer bajó para abrir el maletero a los viajeros que se quedaban en el aeropuerto. No vio que un hombre encorvado, con barba canosa, postiza y gafas de sol subía al autobús por la puerta trasera. Y que le decía a una anciana que había apartado durante un segundo los ojos de una revista:

—Me he dejado un libro.

Sin apresurarse, el hombre llegó hasta el asiento de Eva Canga.

—Traigo nuevas instrucciones —murmuró al agacharse hacia ella.

El hombre sin prisa no desperdició un instante. La sonrisa de Eva Canga se quebró tan rápido como su cuello.

Le cerró los ojos, bajó del bus y se volvió, despacio, por donde había venido. Las cámaras lo perdieron en la línea 8 del Metro.

El cuerpo sin vida de Eva Canga no vio a William Munny de Missouri, el asesino de niños y mujeres, silenciar a balazos el *saloon*. Ni cómo reconocía que la suerte siempre había estado de su lado a la hora de matar.

12

A PALO SECO

Al familiar de un preso de nada le sirve rondar alrededor de una cárcel. A Torca, nervioso, el cuerpo le pedía merodear por la estación de Avenida de América, fisgonear el despliegue policial, vislumbrar a Eva Canga en el asiento trasero de un coche patrulla y entonces, sólo entonces, comenzar la espera: ¿cuánto tardaría la ejecutiva de Graphener en contar que el mes pasado se había reunido con él? ¿Qué pasaría a partir de entonces?

Le asaltaba otra duda, más importante e inquietante: con Eva Canga detenida, ¿lograrían capturar a Barberá y evitar que el asesino matara de nuevo?

Comprendía que había llegado el momento de hacerse a un lado, pero condujo hasta la Gran Vía, aparcó la moto y subió al apartamento con un nudo en el estómago. Reprimido.

Sin nada que hacer, se acordó de los compadres. A Luis Laguna le envió un mensaje:

Ya en casa. Han localizado a Eva Canga. La policía terminará el trabajo y Carballera no quiere complicarme la vida. Mañana nos vemos.

A Jandro, en cambio, le pegó un telefonazo. Necesitaba tranquilizarlo. Le resumió su conversación con el inspector y le dijo que ya no correría ningún peligro. «A estas horas Eva Canga ya estará en un calabozo, largándolo todo. No creo que tarden en atrapar a Barberá y al sicario. Pero gracias, tío, me has tocado la fibra cuando te has ofrecido a ser mi sombra», le dijo.

Jandro, al parecer desde el bar de su novia, ya que se oía de fondo una tragaperras, no lo tenía tan claro. «¿Y qué pasa si Barberá ya ha dado la orden de matarte? Mejor será que esté cerca de ti un tiempo», indicó. Torca también se había hecho esa pregunta. Pero, aunque apreciaba el gesto de su compadre, ya estaba mayor para ir con una niñera por la vida. Mientras hablaba por teléfono contempló la pistola, una Glock 26 tan letal como manejable. Llevaba tiempo sin sacarla de un cajón del dormitorio, pero hasta que terminara todo el embrollo tendría que sacarla de paseo. Como Jandro insistió, Torca acabó negociando con él: «A ver qué te parece esto: por la tarde me

paso por el bareto de tu chica, nos tomamos unas cañas y luego nos vamos a cenar por ahí, ¿vale?». Sólo entonces Jandro cedió. Quedaron a las siete en el Caribe Vallecano.

Era la una y media de la tarde. Eva Canga ya estaría bajo custodia. Pero Torca seguía inquieto. Se sentía atado de pies y manos. Las paredes le oprimían. No podía hablar con Carballera ni con Rodrigo. Tampoco con Maddie Cruz. Le apetecía volver a ver a la joven, pero sentía que no debía acercarse a ella.

De nuevo pensó en Nerea. Por la noche tendría que pasarse por el hotel, para intentar destruir las grabaciones de la noche en que Eva Canga quiso contratarle. Pero esta vez avisaría a su antigua novia.

Sin nada mejor que hacer, bajó a correr por el Retiro.

En mala hora.

***

Hacía calor. Demasiado para correr a pleno sol: Madrid se torraba a treinta y tantos grados, aderezados por la contaminación, el asfalto y el tráfico en Gran Vía y en Alcalá. Para Torca el bullicio de esas calles era un mal necesario, el peaje antes de alcanzar el parque. Ya no se sentía ridículo cuando un semáforo en rojo le obligaba a detener la carrera. Esa vez, cuando apenas había comenzado a trotar, incluso agradeció que tuviera que pararse al cruzar la plaza de Cibeles. Al llegar al Retiro, Torca ya estaba bastante sofocado, pero cogió un sendero paralelo al estanque para cobijarse del solazo a la sombra de los árboles. Fue en vano.

Se detuvo en una fuente cercana al Palacio de Cristal. Bebió, metió la cabeza bajo el chorro y desistió. Regresó sobre sus pasos andando. Con la cabeza gacha, aplatanado, fundido. Caminó despacio, con la mente en blanco, tratando de recuperar el resuello, sin fijarse en que se acercaba a unos chavales que andaban alborotados desde que los había dejado atrás hacía unos minutos. Desde que uno de ellos, el más larguirucho, el que se había llevado un sopapo, lo había reconocido.

—Fue ése.

El machaca, el cabecilla, con dolor de huevos desde el lunes por la patada de Torca, se había girado. Pero sólo había visto su espalda.

—¿Seguro?

—Del todo.

Esta vez eran media docena. El martes habían acudido el doble, pero sólo se quedaron en el parque un par de horas. No habían aguantado hasta la tarde, cuando Torca regresó al Retiro, porque a mediodía unos agentes municipales se percataron de que buscaban pelea y les habían confiscado los bates de béisbol, los puños

americanos y las navajas. El miércoles varios no se enrolaron, y los que habían regresado acudieron desarmados, pero habían buscado varios palos y los habían dejado a mano. Y ese jueves un par de ellos se habían marchado hacía un rato, por suerte para Torca.

Se hartaron de imaginar cómo iban a vengar la afrenta. Cómo comenzaría el escarmiento y la paliza. Pero la voz del machaca sonó aflautada cuando gritó:

—¿Y ahora quién va a reventarnos a hostias?

Torca no había vuelto a pensar en los dos ultras que el lunes habían insultado a la ecuatoriana, pero los reconoció. El machaca y el larguirucho, en el centro, flanqueados por otros cuatro rapados, habían trazado media circunferencia para cortarle el paso. Parecían reclutas en maniobras, con botas militares, camisas de manga corta y armados con palos. Me voy a llevar una buena tunda, pensó.

El machaca avanzó despacio y sus colegas, coordinados, trataron de rodearlo. Torca se acordó de la Glock, mientras retrocedía unos pasos para evitar la encerrona. Había estado a punto de salir del apartamento con la pistola oculta bajo la camiseta, pero la funda sobaquera le había incomodado demasiado durante los estiramientos. Si un sicario atenta contra mí no me dará tiempo para desenfundar, había pensado mientras se la quitaba.

El machaca, al contrario que el lunes, no quería precipitarse. Volvió a acercarse a él, retándolo con la mirada. Blandía una estaca. Como el resto, en formación, seguía desplegándose para cerrar la circunferencia, Torca atacó primero. No queda otra, se dijo. A la derecha un chaval imberbe, más inseguro quizá que el resto, llevaba un palo en cada mano. Torca se tiró hacia el que sujetaba con la mano izquierda y lo agarró. Justo entonces recibió un palazo en el costado. El rapado que estaba al lado del chaval no se había quedado mirando. Ni el resto. Le dolió, sería el primero de muchos, pero no se amilanó: el imberbe, acojonado, soltó el palo. Torca continuó forcejeando con él, le arrebató la otra rama y lo derribó de un empujón.

Los demás ya se echaban encima de él, pero al menos no lo habían rodeado. En la espalda no le daban. Una abuela había pegado un chillido y, a lo lejos, un tipo trajeado quizá llamaba a la policía, pero Torca no perdió el tiempo pidiendo ayuda. Se cubrió con la izquierda y pegó un zurriagazo. Le cayeron golpes en las piernas y los brazos, pero los chavales mantuvieron la distancia, hasta que el machaca, envalentonado, rompió la formación para intentar pegarle un estacazo en la cabeza. Torca logró esquivarlo, aunque le rozó la oreja, y se tiró a por él. Sin soltar sus palos, casi le noqueó de un codazo. Entonces los otros ultras redoblaron el ataque. Uno de ellos, quizá al que había arrebatado los palos, lo zancadilleó. Al poner una rodilla en tierra lo molieron a golpes, pero lanzó una coz y se

incorporó de nuevo.

Pegando palazos con los dos brazos, rabioso, con un corte en una ceja, Torca logró distanciarse unos metros. Durante unos segundos, los ultras y Torca cogieron resuello. El siguiente asalto será el último, pensó. Eran demasiados. El machaca, sangrando por la nariz, se agarró del paquete y farfulló:

—Por estos que te voy a hacer papilla los cojones.

Con la estaca a dos manos, le asestó un golpe que resquebrajó uno de los palos de Torca. Desesperado, de nuevo se lanzó a por el machaca, esta vez para intentar arrebatarle la estaca, mientras los otros le golpeaban. Los dos forcejearon en una lucha desigual, que no cesó cuando un vozarrón detuvo al resto de los ultras:

—¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta!

El vozarrón bramó:

—¡Aguanta, Juan!

Jandro, armado con un Smith & Wesson 686 y con una cadena de hierro, de negro de los pies a la cabeza y bañado en sudor, embistió como un elefante. Derribó a dos chavales y, con una suavidad inesperada, posó el revólver en la mejilla del machaca y le preguntó a su compadre:

—¿Lo atravieso?

Torca, doblado, acertó a decir:

—Deja que se larguen.

Los chavales echaron a correr hacia la calle Alfonso XII.

Jandro guardó la pistola, se enrolló la cadena y sujetó a su amigo.

—¿Puedes caminar?

—Creo que sí. Vámonos antes de que venga la policía.

Renqueante, apoyado en Jandro, echó a andar. Apretando los dientes y sin escuchar la verborrea de su compadre.

—Macho, en mi puta vida vuelvo a hacer algo así. Me he dicho, Jandro, si vas a ser su sombra, no pintas nada en Vallecas. Me he apuntalado en la barra del bar que hay enfrente de tu portal, me ha dado tiempo a que el rumano que está detrás de la barra aprenda a tirar cañas como Dios manda, luego casi no aguanto la risa cuando me has llamado, pero al ver que salías del portal corriendo como si te persiguiera el diablo no sólo me has jodido la sorpresa, además se me ha caído el mundo encima. ¿Y ahora qué hago? Tenía la furgo muy cerca de tu moto, pero si iba a por ella te perdía de vista. Pues, hala, a mover el esqueleto. Casi me da un patatús. Lo he dejado por imposible al llegar a Alcalá. Joder, ¡cómo corres! Me he venido al Retiro, para nada, o eso pensaba, bueno, para pegarte el susto padre si es que me topaba contigo, ¡y resulta que te encuentro así! ¿Pero no iba a por ti un asesino profesional? ¿De dónde han salido estos nazis?

—Luego te cuento —acertó a decir.

La abuela gritona y el tipo trajeado del móvil se habían esfumado en cuanto había aparecido Jandro con su pistolón. Y las escasas personas que se encontraron de cara mientras caminaban hacia la Puerta de Alcalá, al acercarse a ellos escondieron la mirada y trataron de rehuirlos. La sangre asusta.

No se fijaron en un hombre con pinta de turista, en pantalón corto y con gafas de sol, que caminaba con aire despreocupado delante de ellos, a más de medio centenar de metros. Tampoco lo habían visto en Gran Vía, a pesar de que había seguido a Torca y a Jandro con los mismos andares desgarbados.

Antes de salir del Retiro, Torca tropezó al agacharse en una fuente para limpiarse la sangre de la ceja.

—Me han dado hasta en el carné de identidad —se lamentó.

Le costó un mundo llegar a Gran Vía.

***

Dócil como un anciano, o como un herido de guerra, Torca se dejó manejar. Jandro lo metió en la ducha. Al salir de un charco de barro y sangre, le palpó las magulladuras.

—Siempre caes de pie, cabrón. Pues parece que no te han roto nada, ¿eh?

Torca no replicó. Se sentó en una banqueta con la cabeza entre los hombros.

—Me da que no necesitas puntos. Las heridas en las cejas son muy escandalosas, pero cuando dejan de sangrar se quedan en nada, ya verás. ¿Tienes alcohol?

Con un gesto, le señaló un cajón del baño.

—Vaya arsenal. Un botiquín de primera. En Guinea nos habría venido de puta madre todo esto. ¡Y cuántas cremas! Cómo te cuidas, macho, ¿sabías que Esperanza creía que te saco seis o siete años? Así cualquiera. Vamos a ver... —Las manazas de Jandro comenzaron a rebuscar—. Empecemos por el principio. Te metes un chute de paracetamol, un par de gramos, te desinfecto las heridas, te vendo las que están peor, te tumbas en el sofá, te preparo algo de comer, y como nuevo. ¿A que no has jamado todavía? Yo desde los cruasanes de esta mañana no me he metido nada en el cuerpo, el rumano de abajo no pone tapas con las cañas, me rugen las tripas.

Torca se echó en el sofá, exhausto. Al minuto roncaba. Pero quince minutos después Jandro lo despertaba al colocar unos platos, unos vasos y unas botellas de vino en la mesa, donde además ya había puesto el mantel.

—De latas y botes vas sobrado, pero en el frigo hay eco. Nada fresco, muy mal. Poco he podido hacer, pero levanta, ven aquí,

necesitas recuperar fuerzas.

Torca necesitaba descansar. Narcotizar los golpes y el orgullo. Pero Jandro no iba a dejarle en paz. Se incorporó.

—Mientras plantaba un pino he llamado a Laguna. Que igual luego se pasa, me ha dicho —dejó caer Jandro antes de zamparse de un bocado un descomunal pincho de bonito con pepinillos y pimientos del piquillo.

***

Ya que Jandro no callaba, se metió en la cama. Magullado, pero más animado, quizá porque le había costado menos beber el vino descorchado por Jandro que masticar los pinchos improvisados por su compadre.

Como en el sofá, cerró los ojos y trató de alejar cualquier pensamiento. Pero esta vez le costó dormirse. Las costillas y un codo le dolían bastante, y no podía apoyar la oreja derecha en la almohada. Si no aparece Jandro, acabo en el hospital, de buena me he librado, pensó. Pero no le dio mucha más importancia al lance con los ultras. Gajes del oficio. Del oficio de vivir. Uno no puede ir por la vida de brazos cruzados, eso lo tenía muy claro.

Algo dopado por la mezcla de medicinas con vino —Jandro le había obligado a beber un vaso donde había disuelto un sobre de ibuprofeno—, Torca se sumió en una poza de anhelos y deseos. Donde flotaba el cadáver de Becca Cruz, un cuerpo desnudo e intocable, unos ojos que clamaban venganza. En la que braceaba Eva Canga, con el escotado vestido rojo de la entrega de premios hecho jirones. Unas aguas, en fin, agitadas por Maddie y Lisa Cruz. Las gemelas, cubiertas con bañador de competición, pero con el cabello suelto, nadaban hacia él, enroscaban en su cuerpo las piernas y los brazos y lo sumergían en un sueño oscuro, dolorido y feliz.

Un lustro o un siglo más tarde, Jandro y Luis Laguna lo contemplaban como a un bebé en una maternidad. Desnudo, abrazado a la almohada, dormía con el ceño fruncido.

—Lo han dejado hecho un cromo —dijo Laguna.

—Ya te digo —añadió Jandro—. Eran cuatro niñatos, pero el tiempo no perdona. Estamos mayores.

Torca abrió un ojo.

—Eran seis, cacho cabrón.

—Lo que tú digas —concedió Jandro—. El siglo pasado te los habrías merendado con patatas.

Estaba abotargado y resacoso, pero sin dolores punzantes. El codo ya no palpitaba y, al bostezar, las costillas no se quejaron demasiado. Cuando se levantó, Jandro le tendió un vaso de agua blancuzca.

—¿Más ibuprofeno?

Resopló, pero el compadre insistió:

—Hazme caso, pichón.

Torca obedeció. Luego hizo una bola con las sábanas, más manchadas de yodo que de sangre, y la tiró al suelo. Corrió la puerta del armario. Indeciso, les preguntó:

—¿Qué hora es?

—¿Tú qué crees? —replicó Jandro.

El compadre había bajado del todo la persiana. El móvil andaba por el salón.

—¿Las once? ¿De la noche? No sé cuánto he sobado, la verdad.

—No vamos a vacilarte —dijo Laguna—. Bastante te han dado ya. Son las siete. De la tarde. Te has metido una siestorra de unas dos horas. Te habríamos dejado más, pero tienes que saber algo...

Torca se giró sorprendido.

—¿Han matado a una de las gemelas?

—No, no es eso. Pero vístete primero, anda.

Aguantándose la impaciencia, se metió en el baño, orinó, se lavó intentando no mojarse las heridas y se puso un pantalón de chándal y una camiseta. En el salón, Jandro rapiñaba los restos de la comida mientras Laguna cotilleaba su colección de series y películas.

—¿Qué ha pasado?

Jandro miró a Luis Laguna.

—Hace nada estaba aquí Rodrigo. Ha venido a informarte, pero cuando le hemos contado cómo estabas ha preferido marcharse. Tenía una misión fuera de Madrid. Nos ha dicho que te dejáramos descansar, pero...

—¿Pero qué? Al grano, Luis.

—Se han cargado a Eva Canga. En Barajas.

—¡Joder! —exclamó Torca—. ¿La policía la ha seguido hasta allí y la han matado delante de sus narices?

—Qué va. El bus de Bilbao paraba en el aeropuerto. Al parecer alguien ha entrado entonces, un profesional, y ha desaparecido sin dejar rastro. Nadie se ha dado cuenta. Hasta que, al llegar al intercambiador de Avenida de América, los policías que la esperaban han visto que no bajaba.

—¡Joder! —repitió Torca.

—Rodrigo venía a avisarte, de parte del inspector Carballera, porque...

—Puedo ser el siguiente —dedujo Torca.

—¡Lo que yo te decía! —exclamó Jandro—. ¿Ves como me necesitas aquí?

Torca cogió uno de los vasos usados en la comida y lo llenó casi hasta los topes con lo que quedaba de una botella de vino. Se lo bebió

de un trago. Sus compadres no dijeron nada. Se levantó y sacó del mueble bar otra botella de vino de la Ribera del Duero. Mientras la descorchaba, pensó en voz alta.

—Puedo ser el siguiente, vale. No me extrañaría. O puede que al eliminar a Eva Canga se crean relativamente a salvo. No tienen por qué saber que he hablado con Carballera. Puede que vengan a por mí, directamente, pero también que estén esperando a que intente chantajear a Barberá. En ese caso, estamos a jueves, vamos, que no queda nada para el lunes: si fuera ellos, primero acabaría lo que he empezado, el puto impacto en Gibraltar seguro que es prioritario, ¿no os parece? Estoy seco, voy a tomar otra copa, ¿queréis? —Como Jandro y Laguna rechazaron el ofrecimiento con un gesto, se sirvió de nuevo y pegó un buen sorbo—. Lo del chantaje me cuadra. A Eva Canga le dije que si no paraban iría a por ellos, pero también que mi silencio valía mucho y que Barberá podía calcular cuánto. No era más que un anzuelo para acercarme a él... —Seguía con la boca estropajosa, alzó el vaso y lo apuró—. Puestos a pensar, sin Eva Canga mi silencio se ha depreciado bastante: al fin y al cabo, no he cruzado una sola palabra con Barberá ni he hecho nada... Es más, después del puñetero impacto del lunes el silencio que vale millones es el del asesino que ha matado a Becca Cruz y a Eva Canga: si yo fuera Barberá, contrataría a un tipo como yo para eliminarlo. ¿Qué decís?

—No bebas más —ordenó Laguna—. Jandro, ¿qué le has dado?

—Poca cosa. Primero unos analgésicos, luego unos sobres de antiinflamatorios, combinados con una pastillita para dormir y otra para levantar el ánimo... Y ahora, más o menos lo mismo... La receta es mía, pero todo es de su cosecha, tiene una farmacia en el baño.

—¿Cómo? —se extrañó Torca—. Me dijiste que era ibuprofeno.

—Bueno, no te dije toda la verdad. Pero el cóctel te ha sentado bien. ¿O no?

—¡Serás cabronazo! El caso es que mal no me encuentro —reconoció Torca.

—Pues no te quejes.

Laguna, como otras veces, trató de planificar los siguientes movimientos.

—Vamos a pensar un poco, ¿vale? Podemos especular sobre ese chantaje, pero lo primero es garantizar tu seguridad, Juan. Propongo una cosa: veniros los dos a mi casa. Cambia de aires y de rutinas. Si quieres corretear, por los alrededores hay senderos de sobra. Se te puede echar encima un perro, pero no una banda de ultras. En mi chalé estarás más seguro que aquí. Coge lo que necesites, pillamos un taxi y...

—Podemos ir en mi furgo —apuntó Jandro.

—No, tú te vas a Vallecas, preparas también una maleta y te

vienes a casa. Una vez allí, con calma, sin apresurarnos, contemplamos todas las opciones y...

El móvil de Laguna sonó con el ring característico de los antiguos teléfonos de ruleta.

—Es de la oficina. Perdonad.

Al coger la llamada elevó la voz:

—Estoy reunido, ¿qué pasa? —preguntó enojado.

La cara de Laguna mostró desconcierto y sorpresa, pero no dudó al ordenar:

—Que no se vaya... No, Marisa, no es un ligue de Juan. ¡Más te vale que no se marche! Dile que llega en cinco minutos, aunque tardaremos algo más.

Se guardó el teléfono con parsimonia y anunció:

—Cambio de planes. Juan, ¿qué les das?

Torca estaba en ascuas.

—¿A quién?

—A todas. Nos vamos a mi oficina a toda leche. La hermana de Rebecca Cruz se ha presentado sin avisar. Para hablar contigo.

—Pues va a alucinar cuando te vea el careto —soltó Jandro.

***

Cinco minutos más tarde el espejo del ascensor reflejaba al trío: Luis Laguna, con la mirada fría y afilada, seguía impecable, como por la mañana, repeinado y sin arrugas en el traje de tres piezas cortado a mano. Dos cabezas más alto, Jandro parecía un ángel del infierno cañí, marcando bíceps, barriga y tatuajes. Torca, con los ojos vidriosos, la ceja hinchada y un aparatoso vendaje en la oreja, vestía un traje gris marengo y un polo negro que camuflaba de mala manera el chaleco antibalas que le habían obligado a colocarse. Además, llevaba el casco de repuesto, el que había comprado para Nerea dos años atrás.

Mientras bajaban, se acordó de la primera vez que Nerea se puso el casco: el día que compró la moto. Pero por más que lo intentó no recordó cuándo se lo colocó por última vez.

Torca salió del portal dispuesto a recibir un balazo. Como si saltara de una trinchera. Si el segundo impacto ya estaba preparado, quizá ya se había convertido en el siguiente objetivo del asesino de Becca Cruz y Eva Canga. Caminó hacia la moto despacio, en busca de algo sospechoso. Ajenos al bullicio de la Gran Vía, Laguna y Jandro, tan tensos como él, lo siguieron en silencio, fijándose en las azoteas, en las ventanas, en los coches, en las decenas de personas que iban de un lado para otro.

Matar no cuesta. Basta con apostarse, armarse de paciencia y

esperar a que el blanco se ponga a tiro. Torca había accedido a ponerse el chaleco porque si no Laguna y Jandro habrían insistido machaconamente, pero en su fuero interno le parecía una protección inútil: si él estuviera con un rifle en una azotea o detrás de una ventana, apuntaría a la cabeza. «A reventar el melón», eso habría dicho Hernández, el compadre que había disfrutado observando cómo se las gastaban los francotiradores en los Balcanes.

Jandro sospechó de un vendedor de lotería ciego, bastante corpulento, parado al otro lado de un paso de cebra.

—Ojo con ese —dijo.

—Lo conozco —apuntó Torca.

Más de una vez le había comprado un cupón.

El hombre sin prisa seguía pareciendo un turista, con gafas de pasta y una cámara de fotos al hombro. Los contemplaba desde el interior del Hotel de las Letras, sentado en un sillón. Cuando pasaron frente al ventanal, se sumergió en la guía de viajes que tenía en las manos. Poco después guardó la cámara y la guía en una mochila, se la puso en la espalda y salió del hotel. No se apresuró cuando vio cómo avanzaban hacia Cibeles la moto de Torca, con Laguna de paquete, y la furgoneta de Jandro. Y tampoco aceleró demasiado cuando se montó en un taxi estacionado a una decena de pasos de la puerta.

Los compadres llegaron pronto a Serrano. Bajaron al garaje del edificio y aparcaron en las plazas de Laguna & Campbell. Y al salir del ascensor se encontraron a Maddie Cruz en la puerta de la oficina despidiéndose de Marisa. La secretaria, aliviada, los vio antes que ella.

—¿Qué le he dicho? ¡El señor Torca ya está aquí!

Torca avanzó por el pasillo, precedido por Laguna y Jandro. Maddie Cruz se giró con una sonrisa que se congeló tal vez cuando advirtió el estado de Torca, o al fijarse en sus acompañantes.

Como habían acordado en el ascensor, Torca le presentó a sus compadres, pero, mientras Jandro y Luis se metían en el despacho de éste, Torca condujo a Maddie Cruz a una sala de reuniones. Cerró la puerta, le señaló un sofá y se sentó en una silla. La joven dudó unos instantes, pero acabó sentándose. Con los muslos prietos y cubriéndose el regazo con un bolso adquirido el día anterior.

Maddie Cruz, qué remedio, había acabado comprándose ropa: esa tarde estrenaba unos vaqueros y una blusa entallada. Y sostenía la tarjeta que Torca le había entregado dos días antes, a las puertas del tugurio de Lavapiés.

—No me esperaba que conservaras mi tarjeta. Y mucho menos que vinieras.

—Después de que se cagara en tus muertos, mi padre la tiró al suelo y la pisoteó. Pero se olvidó de ella.

Se la mostró. Estaba grisácea y arrugada. Luego la metió en el

bolso. Torca se fijó en que dentro guardaba, entre otras cosas, el cuaderno del otro día.

—Bueno, ¿qué te puedo ofrecer? ¿Agua? ¿Un refresco...?

—Nada, gracias. La señora de la entrada se ha empeñado en servirme un café de máquina. Estaba tan nerviosa que me he abrasado la lengua al probarlo, quería tomarlo y pirarme. No sé por qué he venido.

—¿Necesitas ayuda?

—No lo sé. ¿Pero qué te ha pasado?

Ya tardaba en preguntárselo.

—Que me he caído de la moto —respondió Torca.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Qué va. Me he golpeado contra unos palos.

La falsa euforia provocada por el cóctel pastillero de Jandro aún no había decaído. Pero Maddie Cruz no tenía ganas de bromear. Desde que había preguntado a Marisa por Torca, se había sentido estúpida e incómoda. Se levantó.

—Mejor me voy. No sé qué hago aquí.

Torca se interpuso entre la joven y la puerta.

—Espera. Has venido por algo, ¿verdad? ¿Qué puedo hacer por ti?

Estaban muy cerca. Aunque a Maddie le llegó el aliento a vino y le asustó la sangre que había empapado el aparatoso vendaje de la oreja, le enternecieron los ojos de Torca. El hombre que la había ayudado a salir del coche, al llegar a Madrid, el único hombre que al día siguiente se había preocupado por ella, ahora la miraba con inquietud y atención.

—No soporto esto —reveló—. No aguanto esta soledad. Esta... esta incertidumbre. No sé qué pasa. No sé por qué murió Becca. Ni por qué sigo aquí. Mi padre se ha ido. Con las mismas prisas y la misma rabia que el lunes, cuando vinimos para acá. Me ha dicho que no salga del hotel, que mañana vuelve con Lisa, mi hermana. ¡Pero no aguanto esto! ¡No lo soporto!

Un lagrimón resbaló por el rostro de Maddie. El preludio de una tormenta. La joven se desahogó sobre el pecho de Torca. Sorprendido, dubitativo, sin saber qué hacer con las manos ni cómo calmarla, la cobijó en silencio, sin llegar a abrazarla. Hasta que la joven le oprimió una costilla. Torca no se quejó, pero Maddie se apartó.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó.

—Tú no, la caída.

Maddie abrió otra vez el bolso. Cogió un paquete de pañuelos, sacó uno y se secó los ojos.

—Qué vergüenza. Parezco una niña, no paro de llorar.

—No, es normal. Has vivido algo terrible. Te costará superarlo.

Pero lo conseguirás.

La joven esbozó una sonrisa.

—¿Y tú qué sabes? No me conoces.

—Es cierto —dijo Torca—. Pero el tiempo nos anestesia a todos, o a casi todos, de la misma manera.

***

Unos minutos más tarde, Torca salió de la sala. Sudaba a mares. El chaleco antibalas le cocía por dentro. Bebió un vaso de agua con avidez y rellenó otro vaso de la máquina para Maddie. Antes de entrar de nuevo, pasó por el despacho de Laguna.

—Luis, ¿cómo ves que nos la llevemos también a tu casa?

—Bien. Hay sitio de sobra.

—A ver qué dice. Jandro, ¿qué te parece si bajas y miras si alguien la está esperando? Pensaba que la policía estaría vigilándola, pero según ella nadie la escolta.

—Ahora voy.

Regresó a la sala de reuniones. Maddie Cruz, sentada en el sofá, más tranquila, con las piernas cruzadas y el bolso en el suelo, fumaba tabaco rubio.

—Lo dejé hace años. Cuando eres una cría, fumas de todo. Pero en Sevilla, cuando nos pusimos en serio a entrenar, logré dejarlo. Hasta ahora. Ayer me compré un paquete. ¿Quieres?

Torca cogió un pitillo. Sacó el Zippo y dio las primeras caladas en silencio, pensativo. No quería alarmar a la joven, pero barruntaba que ella corría más peligro que él. Y que su hermana Lisa. La otra gemela, escoltada por la policía según Carballera y acompañada por su padre, no se encontraba tan indefensa como Maddie. Además, el asesino esa misma mañana había actuado en Madrid.

—Decías que tu padre viene mañana con tu hermana. ¿Sabes más o menos sobre qué hora?

—Ni idea. Recogerá a Lisa. Le pegará un bofetón, aunque ella no tenga la culpa de nada, y se vendrán para acá. Yo me he quedado para que sepan que de aquí no nos vamos sin Becca.

Torca dedujo que extraditar el cadáver, en un caso de asesinato, podía ser un proceso enrevesado y largo. Pero le extrañó que Antonio Cruz quisiera castigar a la otra gemela.

—¿Un bofetón? ¿Por qué?

—Porque sí. Por pirarse a Marruecos sin avisar. Y sin teléfono. Da igual que tengamos veinticinco años, mi padre nos trata como a crías. Además, hemos pasado unos días horribles, y encima sin ella.

—¿Lisa podía sospechar que alguien mataría a Becca?

—¿Cómo? No, no, imposible. Nos hemos pasado media noche

hablando. Por fin. Está como yo. Destrozada. Y no entiende nada. Becca era un ángel, nuestra tata, jamás de los jamases se nos ha pasado por la cabeza que alguien pudiera hacerle daño. Era un ángel, una buenaza, era...

—¿Entonces por qué se largó Lisa a Marruecos?

—Eso no tiene nada que ver. Antes me lo ha contado. En Tarifa conoció a unos surfistas, se enrolló con uno, le dijeron que si se apuntaba a irse a Tánger con ellos, y con la misma se fue.

—¿Y no te avisó antes?

—No. Ni falta que hacía. De todas maneras, perdió el móvil. Típico de ella. Somos uña y carne, hemos sido inseparables desde siempre, pero desde hace un par de años estamos intentando hacer cada una nuestra vida. Nos queremos muchísimo, y nos echamos muchísimo de menos, pero al final es mejor así. Si me hubiera ido con ella a Tarifa, tal vez yo también estaría colada por el mismo surfista que ella, o el surfista intentaría ligar con las dos, o qué sé yo. Ya estamos hartas de eso.

—Entiendo —dijo Torca.

Entendía que las gemelas podían hacer estragos. Por separado y, sobre todo, juntas. Dos bellezas arrebatadoras.

Torca aplastó la colilla en un cenicero y se acercó a la puerta. Le convenía mantener las distancias con Maddie. Podía decirse una y otra vez que podía ser su hija, pero con Nerea ya se había pasado esas convenciones por el arco del triunfo.

—Has podido ver antes que he venido acompañado. Por dos amigos de confianza. Servimos juntos en el Ejército. El bajo, Luis Laguna, dirige esta agencia. El otro, Jandro, ha trabajado de guardaespaldas. Con ellos puedo protegerte.

La joven, bastante sorprendida, se levantó.

—¿Quieres que te contrate? ¿Pero quién te crees que soy?

—No, no te confundas. —De nuevo se acercó a ella—. Quiero ayudarte. Y... creo que necesitas ayuda. No quiero asustarte, de verdad, pero el cabrón que mató a tu hermana anda suelto. No está bien que estés sola aquí en Madrid.

A Maddie Cruz le cambió la cara.

—¿Por qué? ¿Estoy en peligro?

—No...

Torca dudó. Si la policía aún no había notificado a Antonio Cruz y a su hija que el asesino había vuelto a matar, no iba a ser él quien se lo comunicara. Al menos ahora. No, no quería sacar a colación la muerte de Eva Canga. Ni lo que había averiguado sobre el segundo «impacto». Pero no debía permitir que la joven se fuera, que siguiera sola. No debía y no quería.

—¿Pero qué pasa?

—No lo sé —respondió Torca—. Eso es lo que me preocupa. Pero en cambio sé que has venido aquí, que no soportas la soledad que estás sufriendo estos días, que... —No pudo evitar acercarse a ella un poco más, mirarla cara a cara—. Hasta que vuelva tu padre, quédate conmigo. Estarás mejor. Y no, no quiero que me contrates. Nunca lo he querido.

—¿Entonces qué quieres?

—¿Y qué quieres tú? —contraatacó Torca.

Un silencio atronador inundó la sala. Maddie suspiró y bajó la cabeza, cercada por la pena, la culpa, el miedo, la vergüenza y el deseo.

Torca, muy despacio, con cautela, se aproximó aún más a ella. Con las palmas hacia arriba, cogió las cálidas manos de la joven y, por primera vez, pronunció su nombre:

—No tengas miedo, Madelaine.

13

CLAVES Y LLAVES

Unos nudillos golpeando la puerta los devolvieron a la realidad. En el pasillo, Luis Laguna preguntó:

—¿Puedo pasar?

—¿Ocurre algo? —quiso saber Torca mientras abría.

—Nada malo —respondió Laguna—. Pero Cifuentes, por una vez y sin que sirva de precedente, me ha pedido salir a la hora. Y no puedo negarme. Tienes que pasar a verlo antes de que se vaya, Juan.

—¿Y ella?

Laguna desplegó su mejor sonrisa y se adentró en la sala.

—¿Te gusta el arte contemporáneo? Seguro que sí, ¿verdad? Ven a mi despacho, mientras esperamos a Juan te enseño mi colección, tengo unas piezas muy interesantes.

—Hasta la papelera es de diseño, ya verás —añadió Torca con guasa—. En cinco minutos te rescato.

***

El hombre sin prisa se puso a caminar cuando Jandro salió del portal. Paciente, aguardó a que el semáforo cambiara de color para cruzar a la otra acera. Entró en una cafetería, pidió un café solo y al echar una ojeada al exterior vio que Jandro terminaba la ronda y llamaba al timbre para subir de nuevo a Laguna & Campbell. Pagó, pero no apuró el café: lo bebió a sorbitos, como si estuviera en un zoco marroquí con todo el tiempo del mundo.

***

Cifuentes esperaba a Torca en la entrada de su cubil. Con el pelo limpio, peinado a raya, y atufando a colonia barata.

—Figura, estás hecho un pincel. ¿Has quedado con una chica?

—Ya me gustaría —contestó Cifuentes mirando fijamente el magullado rostro de Torca, pero incapaz de preguntarle qué le había ocurrido—. Mi madre celebra su cumpleaños con mis tías y las

vecinas. No puedo retrasarme.

—Claro que no. Cuéntame, ¿qué has averiguado?

—Tres cosas —dijo Cifuentes—. Bueno, sobre todo una. La principal, la que no deja de mortificarme, es el grafeno. La clave de todo este embrollo, de las muertes, de Barberá, es el grafeno. Hazme caso.

A Torca le sorprendió que Cifuentes, tan analítico y apegado a los datos, saliera con una especulación de ese tipo.

—¿Y por qué piensas eso?

—Graphener, la empresa dirigida por Eva Canga, investiga el grafeno, ¿recuerdas? —Torca asintió—. Pues bien, he averiguado que Graphener ha solicitado entrar en el programa Graphene Flagship de la Unión Europea, una iniciativa que promueve que surjan aplicaciones industriales del grafeno... y que cuenta con un presupuesto de más de mil millones de euros. Ahí es nada. Mil kilos. La tarta que van a repartirse las empresas europeas de grafeno puede ser enorme, pero mayores pueden ser todavía los beneficios de las que se lleven el gato al agua y logren desarrollos innovadores. ¿Sabías que Novak Djokovic, el tenista número uno del mundo, con permiso de Nadal y Federer, arrea a la pelota con una raqueta de grafeno?

—¿Pero eso qué tiene que ver con Rebecca Cruz? —inquirió Torca.

—Déjame terminar. Esta mañana, Luis te ha pasado mis conclusiones preliminares. Ahí hablaba de Shafinsa, una consultora de eficiencia energética, y de Traxhorturing, un consorcio de empresas que, según todos los indicios, pertenecen a Mario Barberá, ¿lo recuerdas?

—No me he quedado con los nombres, pero sí.

—¡Pues resulta que tanto Shafinsa como Traxhorturing pretenden comerse otros trozos de la tarta del programa Graphene Flagship! También han pedido subvenciones europeas. Esos mil millones en ayudas para el grafeno están en el punto de mira de Barberá. ¡El grafeno es la clave, estoy seguro! —exclamó Cifuentes.

—Muy bien, Paco. Te lo has currado.

—Gracias. Y esto no es más que el principio. Seguiré investigando. Aunque hoy ya no, mi madre me la corta si llego después de que sople las velas.

Torca, para nada convencido de las especulaciones sobre el grafeno, dejó que Cifuentes enfilara el pasillo. Pero no permitió que avanzara demasiado.

—Perdona, Paco, ¿no me dijiste que habías averiguado tres cosas? ¿Y las otras?

—Ah, sí. Qué cabeza la mía. Lo de Jandro y la foto. No he tardado nada en sacar ese dato.

—¿Qué dato?

—Lo del ojo.

Torca le apremió.

—¿Qué pasa con el ojo?

—Mario Barberá se cayó de un caballo, de niño, y perdió un ojo. Lleva uno de cristal. Mejor dicho, de polimetilmetacrilato. Creo que lo he dicho bien, el palabro se las trae. Acabo de enterarme de que es un plástico que también se usa para los faros de los coches y que...

—Pues ojalá se le reviente. ¿Y qué más has averiguado?

—El accidente del ojo tiene su miga. Figura en su historial médico. La verdad, no me ha costado encontrarlo, hasta hace un par de años Mario Barberá se hacía unos chequeos muy exhaustivos en la principal clínica privada de Valencia; un sitio donde, por cierto...

—Paco, al grano, que a este paso tu madre te pega una colleja por llegar tarde.

—Verdad, verdad. Cuanta más prisa tengo, más me ofusco. ¿Por dónde iba?

—Por el accidente. ¿Qué pasó?

—La gente se cae del caballo continuamente y se rompe la crisma, una pierna, cualquier cosa, ¿no?

—Sí, ¿y?

—El percance de Barberá fue distinto. Lo grave ocurrió antes de caerse. Le dio un jamacuco a los once años mientras montaba a caballo. Casi no lo cuenta. Bueno, y al caer se hizo la avería en el ojo. Pero lo curioso es lo del infarto: su corazón ya era una bomba de relojería desde niño. Padece una anomalía muy peliaguda, una miocardiopatía hipertrófica, un mal a menudo hereditario y que ha provocado que más de un deportista haya palmado por muerte súbita en plena competición, por cierto. Según su historial médico, ya ha pasado por el quirófano más de media docena de veces. Me ha sorprendido que con una salud tan frágil haya montado un tinglado empresarial tan potente, la verdad.

—Pues sí. ¿Y esto del corazón era la tercera?

—No, qué va. Lo del corazón y lo del ojo son la misma cosa, ¿no te parece?

—Sí, Paco, sí. ¿Entonces cuál es la última?

Torca suspiró. La paciencia, pensó, es elástica. Hasta que explota como un globo.

—Ah, sí. Le dijiste a Laguna que mirásemos si Barberá posee algún periódico. Eso apenas he tardado en encontrarlo. Tiene acciones en dos, aunque no son levantinos.

—¿Y de dónde son? —preguntó Torca.

—*La Voz de Triana*, como puedes suponer, es un gratuito que se reparte por las calles de Sevilla. El presidente de honor es un Barberá,

no sé si un hermano o un hijo del empresario, porque los dos se llaman igual: Jorge Barberá. Y además, a través de una de las sociedades ligadas a Traxhorturing, controla otro periódico, *La Gaceta de Andalucía*, también con sede sevillana, pero sin lazos con el gratuito.

—¿Y en Valencia o Alicante no tiene ningún periódico?

—Que yo sepa, no —concluyó Cifuentes, atusándose el flequillo; parecía un colegial a punto de salir al recreo—. Bueno, espero haberte ayudado.

—No sabes cuánto —dijo Torca—. Anda, vete, a una madre nunca hay que hacerla esperar. Pero mañana si puedes búscame dónde vive el presidente de honor ese.

Cifuentes le enseñó las caries al descoyuntar la mandíbula en una risa muda, perruna.

—Tus órdenes son deseos para mí. Pero mañana no te la voy a buscar.

—¿Y eso?

Cifuentes sacó el teléfono.

—Lo tengo por aquí... Un momento... Y perdona, hoy ando algo espeso. Apunta: Jorge Barberá vive en la calle Camilo José Cela, número 36, ático derecho.

—Eres un hacha. En Sevilla, ¿no?

—Qué va. En Marbella. En un ático que te cagas, con vistas a la playa, en un edificio de mármol construido, por cierto, cuando era alcalde Jesús Gil, el más grande y *ostentóreo* presidente del Atlético de Madrid. —Cifuentes desplegó un navegador—. Mira. Perdiendo el tiempo, que es gerundio, calculé a cuánto sale allí el metro cuadrado y flipé: 10.000 euros. Más que aquí en Serrano. Por algo llaman a esa zona la milla de oro marbellí.

El tal Jorge Barberá, ya fuera hermano o hijo del empresario, podía vivir en Marbella o en Honolulú, en un palacio o en una chabola. A Torca le interesó sobre todo lo relacionado con Sevilla. Por primera vez, encontraba algo en común entre los Cruz y los Barberá: la capital andaluza. La clave, más que en el grafeno, pensó Torca mientras se dirigía al despacho de Laguna, quizá esté en Sevilla.

***

—¿Una silla de diseño? No me jodas, Luisito, esto es un potro de tortura.

Sentado a horcajadas en una *chaise longue* de Le Corbusier, Jandro se balanceaba mientras Maddie Cruz se reía a carcajadas. Como tantas otras veces, Jandro practicaba su deporte favorito: vacilar a Laguna.

—Y ese cuadro... ¡La órdiga! ¿De verdad que te han soplado dos

mil euros por esos garabatos? Mañana mismo cambio de trabajo: ¡voy a hacerme pintor! De brocha fina. Y tú, Luisito, como un buen amigo, vas a comprarme mi primera obra. Por ser tú, te la dejaré en mil euracos de nada.

—¿Y os ha contado ya cuánto pagó por la papelera? —preguntó Torca según entraba en el despacho.

—Qué fijación con la puta papelera, Juan. Que es de Philippe Starck, una pieza de diseño numerada y certificada.

—¿Certificada? ¿Hace falta certificar las papeleras? —bramó Jandro—. Luisito, un día de estos van a certificar... ¡que te han timado! De todas maneras, ¿dónde está el número?

Jandro se incorporó. Maddie, divertida, lo dejó pasar. El compadre cogió la papelera, la levantó y empezó a girarla.

—¡Pues no encuentro el número! No me digas que encima has comprado una imitación, ¡te la han jugado, Luisito!

Laguna, alterado, se acercó a Jandro.

—Déjala donde estaba. Y no la rompas, que te veo venir...

—¿Pero dónde está el número?, ¿dónde?

***

Cinco minutos más tarde, cuando los cuatro bajaron al garaje, Jandro seguía preguntando por el número de la papelera.

Torca le tendió el casco a Maddie, después de que los compadres se metieran en la furgoneta sin dejar de porfiar.

—No os parecéis en nada, pero encajáis bien. Me parto con Jandro, y Luis es un encanto —dijo la joven—. No me estoy equivocando al irme con vosotros, ¿verdad?

—Te aseguro que no —respondió.

Al coger la rampa de salida, Maddie se aferró a él. A Torca se le olvidó que le dolía una costilla.

Laguna conducía lo mínimo. Había preferido que Jandro lo llevara en la furgo antes que arrancar un Mercedes que sólo cogía para impresionar a algunos clientes. Sentado a la derecha de Jandro, contempló a la pareja por el retrovisor.

—Ya sé qué les da a las tías. Juan no tiene truco. Ese es su truco.

—Qué profundo. Eso sólo lo entiendes tú, Luisito —sentenció Jandro.

Ninguno de los compadres se fijó en que un taxi con la bandera bajada los siguió, a una distancia considerable, desde Serrano hasta Las Rozas.

***

Desde hacía un par de meses, Luis Laguna vivía en un chalé con piscina, dentro de una urbanización privada. Al haber adquirido la vivienda ya amueblada por los anteriores propietarios, unos aparejadores vapuleados por la crisis, había reprimido sus ansias y no la había destrozado con sus piezas de diseño. Jandro pegó un silbido al entrar.

—¡Vaya casoplón!

Laguna, henchido de felicidad, comenzó a contarles la historia de los dueños, pero Jandro lo interrumpió:

—No te emociones, Luisito. Antes de enseñarnos nuestras habitaciones como un buen mayordomo, vamos a la cocina a ver qué cenamos.

—Piensas con las tripas, Jandro —replicó Laguna—. Pero te olvidas de nuestra invitada. Maddie, ¿te apetece que cenemos ya?

Con los tres pares de ojos pendientes de ella, la joven tardó en responder.

—Yo me adapto. Como veáis.

Laguna, ejerciendo de anfitrión, insistió:

—No, eso no. ¿Qué quieres hacer?

Algo cortada, preguntó:

—¿Puedo usar la piscina?

***

Maddie bajó las escaleras y entró al salón descalza, cubierta con el albornoz que le había dejado Laguna.

—¿Vosotros no os bañáis?

—Tranquila, vamos a cocinar y mientras tanto nos ponemos al día, que hace tiempo que los tres no nos contamos batallitas. Nada todo lo que quieras y luego cenamos —contestó Torca.

Más que en una piscina, quería meterse en una cama. Baldado por la paliza del Retiro, necesitaba otra dosis del cóctel de Jandro.

El salón se hallaba junto al recibidor, próximo a la puerta principal y el porche. Laguna abrió la puerta corredera y salió con Maddie.

Torca y Jandro, cautivados por los andares de la joven, contemplaron desde un ventanal cómo se despojaba del albornoz, lo dejaba caer en una tumbona y se acercaba a la piscina. La ropa interior de Maddie, negra y escueta, sin encajes ni transparencias, casi podía confundirse con un bikini. Jandro rompió el silencio.

—Qué maravilla.

La joven metió un pie en el agua sin perder el equilibrio. Luego se puso en cuclillas junto al borde, se mojó los brazos y el pecho y, echando el cuerpo hacia delante, sin alardes, se zambulló. Buceó a lo

largo de toda la piscina, se agarró al borde, se sacudió la melena y, con una sonrisa, le dijo algo a Laguna, que acababa de sentarse en otra tumbona para disfrutar del espectáculo en primera fila. Aunque no pudieron oírla, Torca dijo a Jandro:

—Parece otra.

—Normal. Está en su elemento, ¿no?

—Sí —dijo Torca fascinado.

Maddie nadó. Con brazadas amplias, elegantes, sin apenas levantar agua. De un extremo a otro de la piscina, y vuelta a empezar, olvidándose quizá de los compadres, de Madrid, de Becca, de todo.

—Oye, ¿no estabas ennoviado con una de un hotel?

—Estaba —respondió Torca—. Soy un desastre.

—¿Y andas con alguna otra?

Ninguna de las neuronas de Torca se acordó en ese momento de Candela, la hija de la portera.

—No, qué va —dijo.

—Y con esta chica, ¿qué?

—¿Qué de qué? —contestó Torca.

—Nada —dijo Jandro—. Que te mola, ¿no?

—¿Y a quién no? Pero no hay nada.

Durante un buen rato no abrieron la boca. Hasta que el estómago de Jandro habló:

—¿Miramos si en el frigo de Luisito hay eco como en el tuyo?

***

Cuando Laguna se unió a ellos en la cocina y se puso a discutir el menú con Jandro, Torca regresó al salón. Maddie seguía nadando.

Ahora que por fin estaba solo, aunque daba por hecho el resultado, Torca buscó el número que Hernández le había pasado hacía unos días y lo marcó. Le saltó una respuesta automática, en inglés. Fuera de uso. Entonces, como otras veces, le escribió un correo electrónico:

Tenemos que hablar. Cuanto antes. Es importante.

Se guardó el teléfono y salió fuera. Maddie alzó un brazo, pero continuó haciendo largos. Torca se tumbó en una hamaca.

La tarde declinaba, mientras las nubes se teñían de rojo. Laguna, desde dentro, encendió unas luces azules.

El tiempo fluía despacio, al ritmo de las brazadas de la chica. Torca cerró los ojos. Los abrió cuando la joven salió del agua. Se levantó y la cubrió con el albornoz.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Como nueva. ¿Y tú? Pareces cansado.

—Me he pegado un buen golpe esta mañana...

—Ya, te veo más hecho polvo que antes. ¿Te quito el vendaje de la oreja? Da un poco de grima...

Subieron juntos a la planta superior.

La joven se encerró en un baño para secarse. Torca aprovechó para meterse en su cuarto, quitarse la americana, la funda sobaquera con la pistola y, por fin, el chaleco antibalas.

Maddie entró en la habitación. Con un pequeño neceser en una mano y unas tijeritas en la otra. Y oliendo a colonia de bebé, una fragancia fresca que al parecer había encontrado en el lavabo. Llevaba el pelo mojado, suelto, y la misma ropa con la que había llegado al chalé, pero debajo de la blusa ya no se transparentaba el sujetador negro. Lo había dejado colgado, con el tanga, en el alféizar de la ventana del baño.

—He encontrado esto en el armario del aseo. —Abrió y cerró las tijeras—. Y aquí hay agua oxigenada y mercromina. Ponte ahí, por favor.

Torca se sentó en el borde de la cama. Maddie se acercó. Con el pelo mojado, varias gotas habían caído sobre los hombros, la espalda y los pechos. Pero ella no notó la turbación de Torca. O lo disimuló bastante.

—¿Te he dicho que soy la profe de gimnasia? Miss Cruz, me llaman. Los chiquillos, sobre todo cuando juegan al fútbol, a menudo acaban con las rodillas ensangrentadas. Varias veces me ha tocado curarlos.

Maddie cortó el vendaje con pericia.

—¡Vaya rasponazo! Te lo voy a limpiar, no tardo nada.

Torca había girado el cuello para facilitarle el trabajo, pero la exuberancia de la joven lo alteraba cosa mala. Por decir algo, dijo:

—Oye, ¿cómo es que no tienes nada de acento inglés? Pareces andaluza...

—*But English is my first language. I'm very proud of that.* Y me gusta el llanito, el dialecto del Peñón.

—*Sorry*.

—Lisa y yo hemos estudiado en Londres, allí me hice profesora, pero nuestra familia ha vivido más en Sevilla que en Gibraltar. Soy llanita, a mucha honra, pero también sevillana. Bueno, trianera. Mi virgen es la Esperanza de Triana. Y mi barrio. Oye, ¿te limpio también la ceja?

—Como veas.

Torca pensó que al día siguiente le pediría a Cifuentes que indagara más todavía sobre *La Voz de Triana* y *La Gaceta de Andalucía* y los posibles negocios entre Barberá y Antonio Cruz en Sevilla.

—Ya está. No es por nada, pero la caída ha sido fea, ¿verdad? Ese vendaje del codo también es bastante chapucero, déjame ver.

Torca, resignado, acabó quitándose el polo.

Maddie no pudo sofocar un grito.

—¡Pero cómo estás! ¿No tendrías que ir a un hospital?

—Tan mal no estoy. No se me ha roto nada y estoy tomando algo para el dolor.

—¿Y quién te ha curado las heridas así de mal?

—Jandro. Ha hecho lo que ha podido.

—Pues se ha lucido. Túmbate.

Maddie repitió la operación de la oreja, aunque para manejarse con comodidad le pidió a Torca que se moviera hacia un lado y se sentó en un borde de la cama. Cogió el brazo, lo apoyó en su regazo y sólo entonces le quitó el vendaje del codo. Después le pidió que se diera la vuelta: en un costado desembocaba una herida que parecía más profunda en la espalda. Torca se giró, aliviado: le costaba contenerse.

—¿Y en las piernas no tienes nada? Quítate los pantalones, anda.

El vozarrón de Jandro evitó males mayores.

—¡El rancho está listo en cinco minutos! —gritó al pie de la escalera.

Cuando bajaron, Torca consultó el correo: Hernández, sin saltarse sus protocolos, le enviaba un número telefónico.

Acompañó a Maddie a la cocina. Jandro, con un delantal, andaba pendiente de una cazuela y una sartén mientras Laguna, charlando con él al otro lado de la ventana, regaba el jardín trasero. Cuando Maddie se sentó, dijo que iba fuera a fumar.

Como supuso que no encontraría ninguna cabina por la urbanización, caminó hasta la piscina y recurrió a su teléfono. Al primer pitido, Hernández cogió la llamada. Cabreado.

—Te tengo dicho que no uses tu móvil, la próxima vez...

—¡Déjate de historias! —le cortó Torca—. La mujer que quiso contratarnos ha muerto. Hoy. Asesinada por el tipo que te ha sustituido.

Hernández tardó en responder.

—Bueno..., no será la primera ni la última vez que ocurre algo así. ¿Y qué?

—Que sospecho que el sustituto ahora irá a por mí. ¿Sabes quién es?

—¡Cómo! ¿Y por qué te has convertido en su objetivo?

—¿Acaso importa? ¿Te repito la pregunta? ¿Sabes quién ha podido sustituirte?

—Juan, amigo, me has dejado pasmado. ¿Eres un objetivo? —Torca no respondió—. Sabes que trabajo solo. Siempre. Bueno, desde que os dejé, y ha llovido desde entonces. No conozco... a mi competencia. Además, hay demasiada. Los profesionales con nivel no

abundan, pero ahora puedes contratar a un matón de segunda por cuatro duros, casi de un día para otro.

—Hay que joderse, ¿también hay asesinos *low cost*?

—También. Yo mantengo mis tarifas, y me consta que a veces echan para atrás a posibles clientes y que recurren a gente más barata. ¡Pero no conozco a nadie, joder! ¿Quieres que vaya a Madrid? Mañana a estas horas ya habré terminado mi..., el trabajo que me tiene aquí. Puedo estar en Madrid el sábado por la mañana.

—Déjalo. No te necesito. Gracias. Jandro y Laguna están conmigo. Pero piénsalo bien. No te llamo sólo porque yo corra peligro. Ya sabes que sé defenderme. Al menos, creo yo, intentará matar a otra persona más. Haz memoria, piensa, ¿se te ocurre cómo puedo encontrar a un tipo como tú?

—Uf. Es muy fácil contratar a un asesino. Lo primero que hace la gente es tirar de contactos, cualquiera tiene un amigo que ha pasado por la cárcel o que no frecuenta las mejores compañías. Y, en el más alto nivel, abundan los subalternos que nos conocen, como bien sabes, o que saben cómo localizarnos. Y ahora además puedes encontrarnos en la *deep web*, en la cara oculta de internet. ¿Sabes de qué te estoy hablando?

—Sí. ¿Te anuncias ahí?

—Estás al día, Juan. No me hace falta anunciarme en la internet profunda, ya tengo un prestigio. Y además soy de la vieja escuela. Como tú. Pero en la *deep web* se supone que están los asesinos profesionales, aunque la mayoría no lo sean. Sin embargo, es muy difícil que encuentres precisamente a uno del que no sabes nada. ¿Tienes alguna pista?

—Sólo que ha matado en Madrid a dos personas. El lunes y hoy. Nada más.

—Pues entonces... Déjame pensar. ¡Ya lo tengo! Es fácil.

—¿Qué? —preguntó Torca.

—El cliente. Si encuentras al cliente, podrás encontrarlo. O intentarlo.

—Hasta ahí llego, Hernández. El tipo que lo contrató tendrá datos suyos. Los que usó para dar con él y los que usará para pagarle. Pero no sé dónde está.

—Pues lo tienes crudo. Pero búscalo. Seguro que es más fácil encontrar al cliente. Bueno, si va a por ti también lo encontrarás, claro, pero si es un tío eficiente y te investiga, no sé, lo normal es que ataque de lejos, un tiro limpio y a otra cosa, que no se arriesgue a enfrentarse a ti. Yo que tú hacía testamento, aunque tengas más vidas que un gato.

—Más vale prevenir, ya. Tus antiguos compadres opinan igual. Les cuadra que intente fulminarme de lejos. Jandro y Laguna se han

empeñado en que me ponga un antibalas. Me estoy asando vivo, pero ya sabes que Jandro puede ponerse muy pesado.

—¡Bien por él! Qué grande, Jandro. De todo el grupo, después de ti era el que mejor me caía. No me importaría volver a verlo.

—Eso lo dices ahora.

—Claro. Los malos rollos se me han olvidado.

Torca vio que Laguna salía.

—Luis viene hacia acá. Tengo que colgar.

—Mira por dónde, con el canijo repelente no me apetece una mierda cruzarme. Te dejo, pero si quieres voy a Madrid, no lo digo por decir. Cuídate.

—Más me vale. Un abrazo.

Laguna arrastraba una manguera.

—A este paso cenamos mañana. O pido unas *pizzas* por teléfono. Dice Jandro, otra vez, que termina en cinco minutos. Está a sus anchas, pero ya verás, lo que está preparando va a ser una bazofia, para variar. En fin, tengo tiempo suficiente para dar de beber a las plantas. Pocas cosas me relajan más que regar los setos. A ver si planto más.

Los setos, dedujo Torca, eran media docena de arbustos crucificados a la verja con alambre, secos y amarillentos, como el césped, y sentenciados a muerte cuando los anteriores propietarios vendieron la finca.

A Torca le extrañó que Laguna no hubiera colocado un sistema de vigilancia, como en las oficinas de Serrano.

—¿Y cómo es que no has plantado unas cámaras por todo el recinto?

—¿Para qué? No me traigo el trabajo a casa —contestó Laguna—. Además, todavía no he decorado esto a mi gusto, si se cuela un ladrón un día que yo no esté, puede llevarse lo que quiera. Y si me pilla dentro, que se prepare.

Laguna empezó a encharcar los arbustos a manguerazos. Torca no replicó. Tampoco tenía mano para las plantas.

—Hace buena noche, ¿no te parece? —dijo Laguna al cabo de un rato.

—Aquí se está en la gloria, Luis. Te lo has montado bien.

—Me ha costado, no te creas.

—Ya, ya sé.

Torca sacó un cigarrillo. Laguna se fijó en el mechero.

—El Zippo de Marsé. Hiciste bien al conservarlo. Qué cosas: en los Balcanes nos jodieron de lo lindo, todo era horroroso, pero echo de menos esos años. Cuando los compadres éramos una piña.

—No teníamos más remedio. —Torca prendió el pitillo—. Este mechero lleva más de veinte años dando fuego. Y funciona como el

primer día. Bueno, como la primera noche. ¿Te acuerdas de cómo chillaba el hijoputa?

—¿Y cómo no iba a gritar? El serbio tenía aguante, pero lo estábamos abrasando.

***

Cuando se metieron en la vivienda, el hombre sin prisa guardó los prismáticos en la mochila. Se levantó, estiró las piernas y los brazos y orinó. Estuvo a punto de sacar un cigarro, pero se contuvo. Aunque se hallaba a más de doscientos metros del chalé, oculto en una arboleda, no se confió. Y antes debía zanjar las últimas dudas.

Todavía le quedaban cinco móviles en la mochila. Cogió uno al azar, le colocó una batería, lo conectó y marcó de memoria un número de teléfono.

—¿Por qué me llamas? ¿No estaba todo claro? —Le agradaba la voz cavernosa del cliente. Aunque se hiciera el enfadado.

—Sí —respondió el hombre sin prisa—. Pero Juan Torca está con ella.

—¿Cómo que está con ella?

—Están juntos. Y protegidos. Con más gente. Pero te llamo para pedir tu aprobación: me resulta más sencillo rematar el trabajo ya.

—Creí que ayer establecimos con exactitud los plazos. Hasta mañana no pensabas llevártela, ¿no? —preguntó Mario Barberá.

—Sí. Pero entiendo que él es secundario. Puedo cogerla ya y, al mismo tiempo, matar a Torca. ¿Tiene sentido dejarlo para más tarde? Diría que no. Pero no quiero malentendidos. Si me autorizas, el precio seguiría siendo el acordado.

—No habrá malentendidos. Me gusta cómo trabajas. Y cómo piensas. Tienes mi autorización. Pero tu prioridad es ella.

—Por supuesto.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches.

***

—Las hemos visto de todos los colores. Desde el 81, imagina —le dijo Jandro a Maddie.

—Bueno, pocas historias rosas hemos vivido. Las hemos pasado moradas casi siempre —añadió Luis Laguna—. Nos hemos comido muchos marrones. Y hemos estado metidos en asuntos muy negros, pero no vamos a aburrirte contando batallas...

Había anochecido mientras cenaban en el salón. Maddie, relajada, levemente achispada por un Rioja que Jandro no dejaba de escanciar,

preguntó:

—¿Pero cuál fue el asunto más negro?

—Mi disco duro no retiene los malos recuerdos —respondió Laguna.

—Ahora pareceremos tres boas —dijo Jandro—. Bueno, sobre todo yo, que no me canso de comer. Pero nos hemos pateado medio mundo, y si te digo que Black Beach es de lo peorcito que te puedes encontrar, da por hecho que no exagero lo más mínimo. Eso fue lo más negro y jodido, sin duda, Black Beach.

—¿La playa negra? ¿Qué os pasó allí?

Satisfecho, casi saciado después de zampar él solo tanto como los otros tres comensales, Jandro apuró un vaso de vino y continuó llevando el peso de la conversación:

—Ojalá fuera una playa. Es una cárcel guineana.

—¿De Oceanía? —preguntó Maddie.

—De Papúa Nueva Guinea, no. De nuestra Guinea, en África —respondió Jandro.

—Sí, «nuestrísima», tanto como Gibraltar —añadió Luis con retintín.

—Pues sí —prosiguió Jandro, sin captar el tono irónico de su compadre ni su ceño fruncido—. Guinea Ecuatorial, antes de ser una nación independiente, se llamaba Guinea Española. Con eso ya está dicho todo. Allí hablan nuestro idioma. Y muchos son católicos. Respetan los hábitos. En África hay otras dos Guineas más, la francesa, Conakri, y la portuguesa, Bisáu, pero a nosotros nos putearon, cómo no, en la nuestra. Y los compadres allí seguiríamos encerrados, bien jodidos, si no fuera por Juan.

Maddie, intrigada y divertida, interrogó a Torca con la mirada, pero éste cogió la botella de vino y preguntó:

—¿Quién me ayuda a terminarla?

Jandro no había servido una bazofia. Había aprobado con nota gracias a una tortilla de patatas bastante decente y a la despensa de Luisito. Como en el apartamento de Torca, había preparado unos pinchos con varias conservas.

—¿Pero por qué os habían encerrado? ¿España estaba en guerra con esa Guinea? —inquirió Maddie.

Por una vez, Torca intervino.

—Eso es lo de menos. Jandro, es una historia...

—... larga, muy larga. Sí, no viene a cuento por qué nos cazaron. —De su pasado como mercenarios no habían dicho nada a Maddie—. Lo que importa es que nos encerraron allí, en Black Beach, en el puto infierno..., ¡y que nadie sabía que estábamos!

—Y hasta ahí puedes contar, Jandro —añadió Luisito.

—Claro, como tú te fuiste de rositas... Saliste sin una sola herida,

¿cómo lograste que no te dieran ni un mísero latigazo?

—Ya lo sabes, pesado, me reservaban para el final —dijo Luisito muy molesto—. El viejo truco: puteas a todos menos a uno. Así los demás pueden pensar que ya ha cantado. Y al otro, a mí en ese caso, la espera se le hace interminable. Vuestros alaridos, según ellos, me acojonaban tanto que iba a cantar a las primeras de cambio. Pero estaban equivocados.

—Déjalo, Jandro, anda —dijo Torca.

Torca evitó mirar a Luisito. Tampoco quiso recordar cómo se lo encontró, antes que al resto: desnudo, esposado a un jergón, suplicando que le diera el tiro de gracia.

—Que sí, pesados —bufó Jandro—. A lo que iba, Maddie. No me voy a enrollar con lo que pasó para que nos trincaran allí a los compadres, pero nos las estaban haciendo pasar más putas que en vendimia... ¡Hasta que Juan nos rescató! Él solo. ¡Lo nunca visto!

—Bueno —dijo Torca—, tampoco fue para tanto. El mérito fue del disfraz, que...

Jandro le cortó.

—No digas chorradas, Juan. Si te llegan a atrapar, no lo cuentas. Nosotros seguiríamos allí, pero tú no lo cuentas.

—¿Y de qué te disfrazaste? —preguntó Maddie. A la joven le brillaban los ojos cuando contemplaba a Juan.

—¡Eso es lo mejor! —exclamó Jandro—. Ya vas a ver: resulta que aterrizó a las puertas de la cárcel vestido de cura. ¡Con sotana, y como un tonel, porque ocultaba todo un arsenal! Pero no tuvimos que disparar ni un tiro, preguntó por el mandamás y...

Un zumbido cortó la conversación. El teléfono, posado sobre la mesa, vibraba. Maddie, antes de cogerlo, exclamó:

—¡Es mi padre! ¿Le digo que estoy con vosotros?

***

El hombre sin prisa cometió un error. O, quizá, sin más, tuvo mala suerte. Pensó que nadie saldría ya del chalé y decidió asaltarlo. Se cubrió el rostro, se armó y se acercó a la vivienda. No vio cómo vibraba el teléfono de Maddie Cruz. No vio cómo cogía la llamada, asustada. No oyó que Antonio Cruz le ordenaba regresar a casa, por su cuenta, ya que a la mañana siguiente el cadáver de Becca iba a ser extraditado a Gibraltar. Con sigilo, muy despacio, rodeó la finca. Saltó la tapia. No le extrañó que se encendieran las luces de un dormitorio. Reptó por el escuálido jardín trasero, pero se detuvo cuando escuchó que se abría la puerta delantera. Como ningún pasaje exterior comunicaba ambas zonas, no temió que lo descubrieran, pero le fastidió no poder espiar qué pasaba. Un nuevo ruido trastocó sus

planes: el chirrido de la verja. Uno de los vehículos iba a alejarse de allí. O todos. Cuando oyó el ruido de la moto reaccionó: como ignoraba si la mujer se largaba con Torca o se quedaba allí, corrió hasta la tapia, la saltó y, con la pistola desenfundada, todavía con el pasamontañas, caminó hacia la entrada principal, dispuesto a liarse a tiros si los pillaba desprevenidos. Pero llegó tarde. Justo antes de doblar la esquina, contempló cómo la moto de Torca se perdía por la carretera. Con dos cascos. Con la mujer.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

El vozarrón de Jandro le llegó alto y claro. Intuía que el barbudo no empuñaría un arma, pero no dobló la esquina.

—Ni idea —respondió Luis Laguna desde la puerta.

—¿Por qué no terminamos de cenar y luego lo decidimos? —preguntó Jandro mientras cerraba la verja.

No movió un músculo hasta que Laguna y Jandro se metieron dentro de la vivienda. Y luego no se precipitó. Comprobó que el localizador que había colocado en la Yamaha de Torca en Gran Vía transmitía una señal nítida. Después enfundó la pistola y regresó adonde había aparcado el taxi.

Un cuarto de hora más tarde, mientras Jandro dejaba los platos en el fregadero, Laguna encendió la iluminación exterior y salió a recoger las mangueras. Primero enrolló la del jardín principal. Pero la del jardín trasero no llegó a tocarla. Se metió dentro, cogió un rifle de caza que guardaba en un armario del recibidor y avisó a su compadre. Al ver a Laguna, Jandro lo imitó y sacó una pistola de una funda tobillera.

—Tengo el arsenal en la furgo, ¿voy a por más hierros? ¿Pero qué pasa? —susurró.

—Alguien nos ha hecho una visita. No sé si sigue aquí.

Coordinados, registraron las dos plantas habitación por habitación. Luego salieron.

—Mira.

Antes de ahogar los setos de la fachada charlando con Torca, Laguna había regado el jardín trasero, también a chorro limpio. Por eso se marcaban con nitidez unas huellas en el embarrado césped.

—Parece que se ha pirado, ¿no? Que ha avanzado hasta aquí y que luego ha saltado la tapia —dijo Jandro—. ¿Intentamos seguir su rastro?

—Mejor avisamos a Juan —respondió Laguna.

***

El móvil empezó a sonar cuando la moto ya callejeaba por el centro de Madrid. Nada más aparcar enfrente de Los Blasones de

Lavapiés, al ver las tres llamadas perdidas de Laguna, Torca se quedó junto a las escaleras.

—Ahora subo, voy a hablar un momento con Luis —le dijo a Maddie.

Mientras la joven entraba en el hotel, lo llamó. Sin rodeos, Laguna le habló de las huellas.

—Igual os ha seguido.

—Podría ser —contestó Torca—. Cuelgo, que he dejado que subiera sola.

—¿Vamos hacia allí?

—No, saldremos de aquí cagando leches. Iremos a mi casa.

—Vale. Estamos arrancando la furgo, no tardaremos.

Torca entró en el hotel, subió las escalerillas y se metió en el ascensor. Si hubiera tenido el número del móvil de Carballera, le habría llamado en ese momento. Descartó avisar a Rodrigo. Al ver abierta la puerta de la habitación, sacó la pistola. Vio a Maddie de espaldas llenando una bolsa de plástico con ropa. Se guardó la pistola una fracción de segundo antes de que la joven se girara.

—¿Ya estás aquí? Vinimos con lo puesto, pero al final tuvimos que comprarnos bastantes cosas. Casi he terminado.

Esperó en el pasillo. Tenso, preparado. Cuando Maddie salió de la habitación, Torca se fijó en el ascensor. Subía.

—¿Bajamos mejor por las escaleras?

—Como quieras —dijo ella.

Torca abrió la puerta de acceso a las escaleras y volvió a sacar la pistola. Maddie Cruz se quedó clavada.

—Alguien nos siguió hasta Las Rozas —dijo Torca agarrándola del brazo y tirando de ella—. No sé si ya está aquí.

Bajaron deprisa los tres pisos. Nada más verlos, el recepcionista se dirigió a Maddie:

—¿Preparo la factura?

Torca, con la pistola apuntando al suelo y pegada a una pierna, oculta a los ojos del recepcionista, contestó por ella.

—Todavía no. Por cierto, ¿quién acaba de coger el ascensor?

—Unos turistas alemanes, ¿por?

Torca guardó con disimulo la pistola en un bolso de la americana.

—Por nada, creía que subía un amigo.

—¿Entonces no dejan ya la habitación?

—No —respondió Torca, que no quería perder tiempo—. Si alguien pregunta por ella dígale que vamos a dar una vuelta, luego regresaremos.

—Ahora que lo dice —añadió el recepcionista dirigiéndose a Maddie—, hace unas horas ha venido un policía, pero me ha dicho que no hacía falta que la avisara, que ya hablarían con usted.

—¿Y cómo era ese agente? Igual lo conozco... —preguntó Torca.

—Iba de paisano, pero me enseñó la placa. No sé, un chico joven, pelirrojo, tirando a alto...

A Torca esa visita le pareció muy extraña. A Maddie en cambio no le sorprendió.

—¿Igual querían contarme lo del traslado de Becca?

—Puede —se limitó a decir—. Pero mejor nos vamos ya.

Cuando bajaron las escaleras, Torca se asomó.

—No salgas todavía —advirtió a Maddie.

Las casualidades rara vez existen. Que un ratero o un ladrón hubieran entrado a robar cuando empezaba una cena en la planta baja del chalé era algo demasiado improbable. Las huellas que había visto Laguna debían de proceder del asesino. Pero nada desentonaba en la plazuela. Unos adolescentes magrebíes revoloteaban en torno a unos bancos de piedra. Un ultramarinos chino, un bareto castizo, un restaurante indio y un kebab iluminaban el perímetro más que las farolas. La carretera que circunvalaba la zona, poco transitada a esas horas, contaba con unas escasas pero abarrotadas plazas de aparcamiento. El taxi en doble fila con las luces apagadas, un Skoda con bastante tralla encima, apenas llamó su atención. En la plazuela había ruido y movimiento, aunque nadie parecía peligroso o pendiente de él.

Habían dejado Las Rozas a todo correr. La inesperada e imperiosa llamada del patriarca de las Cruz había alterado a Maddie. Sin consultar ningún horario ni otros trayectos alternativos, les había dicho que tenía que recoger sus cosas en el hotel y coger cuanto antes un tren hacia Sevilla o Jerez de la Frontera. Ninguno de los compadres había tratado de retenerla. Torca se había ofrecido a llevarla al hotel y pensaba acompañarla, por lo menos, hasta la estación de Atocha. Quizá, pensó Torca, esa llamada los había salvado. Tal vez gracias a esa apresurada partida habían despistado al asesino. Aunque tampoco iba a confiarse. Debían salir de allí cuanto antes.

—Todo parece tranquilo. Falsa alarma. Pero de todas maneras vámonos de aquí, Madelaine.

—¿Seguro?

—Igual Laguna se ha equivocado —respondió—. Ha visto unas huellas en el jardín. Pueden ser de un ladrón. Pero también podrían ser de Jandro o mías, no sé —añadió para tranquilizarla—. Si no te importa, antes de ir a Atocha pasamos por mi casa. Sé que tu padre no quiere verme ni en pintura, pero me gustaría ir contigo en el tren. Y cuando él vaya a recogerte en coche a Jerez o Sevilla me vuelvo, ¿vale?

Demasiadas emociones, muy intensas y contradictorias, se agolpaban en el interior de la joven.

—Vale —se limitó a responder.

Luego, cuando Torca le tendió el casco, añadió:

—Gracias.

***

El hombre sin prisa se jactaba de su sangre fría. Nunca se ponía nervioso. Las sorpresas, los imponderables o las situaciones imprevistas eran parte del trabajo, elementos con los que debía contar. No haber rematado ya el encargo no lo alteraba. Engullía un kebab de pollo sentado en una de las mesas interiores del local. En cuanto perdió de vista la moto, pegó un último bocado, salió a la calle masticando a dos carrillos con un pensamiento en la cabeza: Torca estaba alerta, debía adelantarse.

***

Siempre que podía, Torca aparcaba en el mismo lugar: a más de un centenar de metros del portal, en una zona algo alejada pero relativamente tranquila donde se apiñaban más motos y bicicletas. Eso le condenó.

Como cuando salió por la tarde con Laguna y Jandro, caminó por Gran Vía concentrado, pendiente de cualquier movimiento extraño. Maddie, contagiada por la tensión que transmitía Torca, le preguntó:

—Si corro peligro, ¿no deberíamos llamar a la policía?

Torca se pensó la respuesta. ¿A quién perseguía el asesino? ¿A ella o a él? Abandonar Madrid, cuanto antes, era una buena idea... sólo si el asesino perdía su rastro. En el hotel había pensado en telefonear a Carballera, con razón. Una vez arriba llamaría a Rodrigo para avisarles. Torca intuía que Maddie corría tanto peligro como él.

—Sí —respondió—. En cuanto estemos en mi casa, intento ponerme en contacto con un inspector que trabaja en el caso. Le cuento que vas a regresar a Gibraltar y le pido que te escolten. Pero yo de todas maneras te acompañaré hasta que tu padre te recoja.

Llegaron al portal. Torca abrió la puerta, cedió el paso a Maddie, pero se puso a su altura mientras subían los cinco peldaños previos al ascensor. Entonces todo se precipitó. Un hombre enmascarado apareció por la zona de los buzones y disparó tres veces una pistola con silenciador. Torca cayó escaleras abajo y quedó tendido en el suelo, boca abajo. Maddie, aterrada, dejó caer el bolso. El hombre se descubrió el rostro, la empujó contra la pared y bisbiseó:

—Ahora te vienes conmigo. Vamos a salir juntos. Te vas a meter en el taxi. Como una cliente cualquiera. Pero si abres la boca, te mato. ¡Vamos!

Bajaron hacia la puerta, pegados a la pared para no pisar a Torca y el charco de sangre.

Diario de Madelaine Cruz del 4 de julio de 2013

8:33 - ¡Qué alivio! ¡Y qué silencio! Lisa y yo no necesitamos palabras para entendernos. Eso lo sabemos y lo sentimos desde siempre.

Poco antes de la una de la madrugada, papá ha aporreado la puerta, me ha sacado de la cama y, muy enojado, me ha pasado el teléfono. «Tu hermana. ¡En Tánger! ¡Mañana voy a por ella, pero tú te quedas aquí, cuidando de Becca!» Y se ha vuelto a su cuarto pegando un portazo.

¿Lisa? Me ha temblado la voz al pronunciar su nombre. Ella no ha dicho nada. Se ha derrumbado. Nunca la he sentido tan cerca. Nos separaban cientos de kilómetros y el Estrecho, estábamos en continentes distintos, pero hemos llorado hombro con hombro, juntas, solas, sin Becca, por Becca, solas.

Luego hemos hablado como siempre hablamos, atropellándonos, quitándonos la palabra, hemos hablado y hablado para llenar las lagunas de estos días. Pero siempre me acordaré de ese silencio.

9:45 - A este cuaderno ya le quedan pocas páginas. Ojalá esté en Gibraltar cuando lo termine. Lo guardaré con los anteriores y empezaré otro.

Escribo para mí. Para la mujer de ahora mismo, y para la que me leerá mañana o dentro de una década.

Vivo entre muertos. Cuando no pienso en Becca, me acuerdo de «lo de George». Llevaba meses sin pensar en él, pero desde que estoy aquí me viene muy a menudo a la cabeza.

Las pocas veces que Lisa y yo hemos sacado el tema, durante este año, no hemos ido más allá. Hemos dicho «lo de George», y no hemos añadido ni una maldita palabra más. Y, como decía ayer, me gustaría consultar mi cuaderno de entonces, para ver qué escribí esos días, hace un año, pero diría que tampoco me atreví a contar aquí, en mi diario, de verdad, lo que había pasado. No era capaz de digerirlo. Ahora ya puedo.

Estábamos aburridas. Hartas. ¿Cansadas de él? No especialmente. Era una tarde de verano tan aburrida como cualquier otra.

«¿Nos marcamos un mil?», me dijo Lisa. «¿Por qué no?», contesté. «¿Y él?», me preguntó. «Que haga lo que quiera», respondí.

«Síguenos si puedes.» Eso le dijimos. Qué error. Qué horror.

No pondría la mano en el fuego, pero creo que entonces no volvió a salir con la soplapollez de que tenía «alergia al deporte» y el corazón sensible. Diría que entonces no dijo nada. No le dio tiempo. Lo del «corazón cansado» nos lo había dicho otras veces, pero sin precisar nada más, sin contarnos sus problemas cardiacos. De eso estoy segura: nos enteramos bastante después, cuando una mujer de la mutua de seguros nos interrogó para saber qué había pasado. Tarde.

En fin, Lisa y yo nos miramos y, sin más, echamos a correr hacia las olas. George, emocionado, casi nos cazó antes de que tocáramos el agua. Todo habría acabado ahí, entonces. Pero sólo nos rozó. Chapoteamos unos metros riéndonos, y en cuanto el agua nos llegó a la cintura nos lanzamos. Sin más, Lisa y yo pegamos un esprint. De más o menos cincuenta metros. Paramos. Vimos que George había aguantado el tipo: se había quedado sólo ocho o diez metros atrás. Pero ya estaba derrengado.

Braceando de mala manera, se puso a nuestra altura.

Las aguas estaban tranquilas. Como siempre, había bastantes embarcaciones, pero ninguna quedaba cerca.

Lisa atacó primero: «Dónde vas, camarón». Yo le seguí la corriente. «Aquí el Porsche no te sirve de nada», le solté. No fue lo último que le dije, no. Lisa me preguntó: «¿Seguimos?». «Por mí, vale —esas fueron mis palabras—, pero la tortuga mejor que se vuelva. ¿O te quedas aquí como una boya?»

George, bobalicón, sonrió. «En la piscina, si nado a mi ritmo, tranquilo, aguanto media hora sin parar, puedo con esto y más», dijo.

Pero entre una piscina y el mar hay tanto parecido como entre una hoguera y un volcán.

«Dos largos y nos volvemos, ¿vale?», dije. «Mejor tres», añadió Lisa antes de esprintar otra vez.

No miré hacia atrás. Lisa se me había escapado. No miré.

Cuando la cogí, unos cien metros después, nos giramos a la vez. A ver por dónde nadaba la tortuga.

La mar seguía en calma. La playa, para nosotras, igual de cerca. Pero de George, ni rastro.

«¿El cagao *se ha vuelto?», me preguntó Lisa.*

«Seguro, pero vamos a ver», respondí.

Sigo sin explicármelo. ¿Se desorientó? ¿Le dio un calambre antes del paro cardiaco? Sigo sin entender que tuviera tan mala suerte.

Regresamos. Al principio bromeando. En la playa no se le veía, pero también podía haberse largado al tocar la arena. Pero Becca, adormilada en la toalla, no lo había visto regresar. Y además las cosas de George seguían allí. Todo estaba igual. Sus chanclas y, sobre todo, el móvil y las llaves del coche, que había metido en mi bolso, como otras veces. Cuando encontré todo en mi bolso, volvimos al agua corriendo muy asustadas, con

Becca. Nos separamos. Nadamos en diagonal, en círculos, avisamos a más gente. Dio igual.

La mar lo devolvió a la mañana siguiente.

Morir ahogado cuando se hunde un barco o en un tsunami no deja de ser algo «normal», inevitable, como morir de cáncer después de combatirlo. Todos morimos, no hay nada extraordinario en morir. Pero «morir antes de tiempo», por una estupidez, es una putada.

Me llamaba Magdalena. «No quiero empaparte en leche, quiero que te bañes en champán, conmigo», decía.

Era un cursi. Tierno y tonto. Y guapo, para qué negarlo. Se dejaba querer. Quería comprarlo todo, y hablaba en serio. Y bromeaba cuando después añadía que sólo quería un regalo: mi amor.

No me reprocho nada. Casi nunca.

13:17 - Esto no termina. No cesará nunca. Becca siempre seguirá viva en mí, pero no sólo la Becca niña, la Becca hermana mayor, la Becca amiga. En mi retina he tatuado su cadáver, su cuerpo tendido en una sala horrible, su cuerpo sin alma ni alegría.

Pasan los días y nada cambia. Sigo en Madrid, lejos del mar y de Lisa, necesito tanto nadar, perderme entre las olas, como estar con ella. Menos mal que por fin ha aparecido.

Me muero de ganas de fundirme en un abrazo con Lisa, de mezclar mis lágrimas con las suyas. Pero a mi padre, que ha bajado al Estrecho para traerla aquí, no lo estoy echando de menos. Ahora que no está, siento que estos días me alteraba su presencia. Sus nervios distorsionaban mi dolor, mi pena. Se empeñaba en gestionar el traslado de Becca, como si eso importara. Así luchaba contra la pena, a su manera, una manera burda, masculina, elemental. Se mantenía activo, ocupado, quería seguir siéndole útil a Becca. Pero así no la ayudaba, ya no. Y tampoco me ayudaba a mí. No me consolaba ni me dejaba consolarlo.

Cuando murió mi madre, ahora que caigo, fue igual. Muchos nervios y mucho ajetreo para organizar el funeral y el entierro, y poco espacio para el dolor. Le entiendo, pero yo no soy así.

Y Lisa tampoco.

Necesito a Lisa.

No soporto el hotel. No aguanto el calor seco de Madrid. Hace un rato he salido a la calle, sin rumbo ni ninguna idea. He acabado en la plaza Mayor, como una turista.

He vuelto peor. Cansada. Y más triste.

No quiero nada. No necesito nada, pero dentro de un rato saldré de aquí, por primera vez, a hacer algo. No puedo seguir así. Me compraré ropa y aprovecharé que no está mi padre para hablar con alguien. El hombre que se ofreció a ayudarme el otro día. Juan Torca. Parecía sincero. Me miraba con franqueza. Según mi padre, la policía no persigue todavía a ningún sospechoso. Juan parecía un hombre decidido, ojalá

pueda ayudarme. Ya nada puede lograr que Becca resucite, pero necesito que se haga justicia.

V

VIERNES, 5 DE JULIO DE 2013

«Al mar le dan igual que los hombres hayan perdido la fe en la aventura, la cacería, el barco hundido, el tesoro. Los enigmas y las historias que contiene poseen vida autónoma, se bastan solos y seguirán ahí incluso cuando la vida se haya extinguido para siempre.»

ARTURO PÉREZ-REVERTE,
La carta esférica

14

EN EL LIMBO

Un limbo blanco y aburrido como un techo sin lámparas, iluminado por una luz halógena, cubrió con sábanas limpias a Juan Torca en la Gran Vía madrileña. Un limbo sin eco.

A las ocho y media de la mañana, una llave hurgó en la cerradura del apartamento. Jandro se abalanzó sobre la puerta, la abrió y encañonó con su pistolón a una mujer. Jandro comprobó que nadie más la acompañaba, la agarró, la metió dentro, cerró y, sin dejar de apuntarla, preguntó:

—¿Qué pintas aquí?

La mujer, con los ojos como platos, respondió con un hilo de voz:

—No me lastime, por favor.

Jandro reparó en su aspecto. Pasaba de los sesenta y vestía una bata azul. Bajó el arma.

—¿Vienes a limpiar?

La mujer asintió.

—Soy Lola, la portera. Vengo todos los viernes, después de fregar las escaleras. Hago la casa y me bajo la ropa... No me haga daño, haré lo que...

—Tranquila, no voy a hacerte nada. Soy amigo de Juan. Discúlpame, por favor.

Jandro dejó el arma sobre la mesa, pero al segundo siguiente alguien llamó al timbre.

—¿No has venido sola?

La mujer retrocedió unos pasos y balbuceó:

—Raro sería que fuera mi hija, aunque igual viene a decirme algo... Ella sube los martes, con la ropa ya planchada...

Jandro puso el ojo en la mirilla y cogió de nuevo la pistola, aunque esta vez para guardársela. Sólo entonces abrió la puerta.

Rodrigo, de uniforme, desconcertó todavía más a la mujer. Pero el hijo de Torca apenas reparó en ella.

—¿Dónde está? ¿En su cuarto?

—Sí.

Sin añadir nada más, se fue al dormitorio. A Jandro, que quería

acompañarlo, le detuvieron los asustados ojos de la mujer.

—Mira, casi mejor vete.

—¿Y las camisas?

—¿Qué pasa con las camisas? —preguntó Jandro.

—Sobre todo vengo a eso. Cojo la ropa y el fin de semana aprovecho para planchársela, y luego mi hija...

—Tu hija los martes, sí. Déjalo, anda. Ya plancharás otro día —respondió Jandro.

La mujer, al acercarse a la puerta, se atrevió a preguntar:

—¿Puedo coger mi paga? Estamos a primeros y...

Jandro encogió los hombros.

—Yo aquí ni pincho ni corto. Como veas.

La mujer abrió un cajón del aparador, se guardó un sobre en la bata y se despidió.

—Que pase un buen día.

—Ojalá —respondió Jandro.

***

Clavado en el umbral, indeciso, Rodrigo se giró al sentir los pasos de Jandro.

—Carballera llegará dentro de quince minutos, ¿qué hacemos? —susurró.

—Tú dirás.

Rodrigo se pellizcó la barbilla. También ha heredado ese gesto de su padre, pensó Jandro. Rodrigo entornó la puerta y se dirigió al salón.

—Mejor esperamos a que venga, no sea que se retrase.

—Vale —dijo Jandro—. Hay una cafetera y la leche no está pasada de fecha. ¿Quieres un café?

—Sólo descansar.

Rodrigo se dejó caer en un sillón. Por hacer algo, Jandro se puso a recoger. Vació las últimas gotas de una lata de cerveza sobre un plato con restos de comida, la aplastó y la puso sobre el plato. Cuando iba a repetir la operación con otra lata, Rodrigo lo detuvo.

—Deja, ya habrá tiempo para limpiar esto. Ahora Carballera querrá conocer todos los detalles de primera mano, ¿pero me puedes contar cómo es que os lo encontrasteis? Anoche tú y Luisito estabais muy acelerados, no llegasteis a decírmelo por teléfono.

Jandro colocó la lata sobre el plato, sin aplastarla, y se sentó junto a Rodrigo.

—De pura potra. Llegamos, llamamos al portero automático y, como te puedes imaginar, no nos abrió el portal. Entonces Luis le llamó al móvil. En esas me apoyé en la puerta, me di cuenta de que

estaba abierta y escuché los pitidos del teléfono. «Qué raro. Suena ahí dentro, ¿no?», le dije a Luis. Entramos con la mosca detrás de la oreja y nos lo encontramos tirado en el suelo. El resto, te lo puedes imaginar. Vino una ambulancia, luego llegaron varios coches patrulla, un cisco de tres pares...

—El portal suele estar abierto. Yo no llamé abajo ayer, cuando vine a avisarle, ni tampoco el... otro día que vine a verle. —Rodrigo se mordió la lengua, no tenía por qué contarle al amigo de su padre que el lunes había estado allí.

—Ni idea. Además, sólo pensábamos subir si ya estaba arriba. Estábamos preocupados, la verdad; que nos hubiera seguido hasta Las Rozas nos daba muy mala espina.

—¿Que os siguió hasta Las Rozas? ¿Y qué hacíais allí?

Jandro comenzó a echar en falta a Luis Laguna, que hacía una hora había salido para cambiarse de ropa y asistir a una reunión.

—¿No sabes que Luis vive en Las Rozas?

—¿Y por qué iba a saberlo? ¿También estuvo Madelaine Cruz en su casa?

—Sí —contestó Jandro algo apurado—. Pero casi mejor luego lo hablamos, ¿no? En dos minutos, antes de que venga tu jefe, meto las botellas y las latas en la basura, que parece que nos hemos corrido una juerga...

Nervioso, Jandro se olvidó del plato con las latas y agarró las botellas de vino vacías.

—No tardo nada, ya verás.

Rodrigo se levantó, cogió el plato y un par de latas más y lo siguió. Como el salón se prolongaba en una cocina americana y una barra con taburetes, Jandro no se pudo ir muy lejos.

—Jandro, que hay confianza. No voy a interrogarte ni nada por el estilo. Quiero saber qué pasó.

—¿Qué pasó? —repitió el compadre mientras dejaba las botellas en la encimera—. Ya lo sabes. Que a Juan le cayeron tres tiros y que se llevaron a la chica. Que ya no valemos para nada.

Jandro acumuló los platos restantes en una torre, los dejó en la encimera, cogió una bayeta, se la puso sobre el hombro, abrió un armario lateral, sacó una escoba y se puso «a quitar las migas». Rodrigo lo dejó tranquilo y se metió en el baño. Se lavó las manos, se refrescó la cara, bebió agua del grifo y se retocó el pelo con los dedos. Solía cortárselo al dos por el cogote y los laterales, así las patillas se fundían con una barba bastante poblada que retocaba a menudo, pero mantenía la costumbre, desde niño, de domar el flequillo hacia la derecha. Parecía tan fresco como cualquier otra mañana, aunque en el autobús que había cogido en Zaragoza de madrugada no había logrado dormir ni un minuto. Salió al pasillo. Jandro barría con

ímpetu, moviendo sillas y banquetas con la escoba.

Le vino a la memoria un recuerdo de veintitantos años atrás: Jandro de caqui, como el resto de los compadres, después de un desfile o de un acto militar. Rapado, con bigote, la pechera abierta, las mangas arremangadas y sacando bola en los dos brazos como un forzudo de feria. Para impresionarle. Él tendría seis o siete años, no más. Estaban junto a Capitanía, en el antiguo Cuatro Torres, tomando el aperitivo. En Semana Santa había pasado unos días en Burgos con una amiga y había regresado al mismo bar, ahora se llamaba Donde Alberto, servían una tortilla de patatas soberbia y tiraban bien las cañas; ya no ponían la cerveza en vasos de tubo, como cuando empezó a salir de marcha por las Llanas y las Bernardas. Burgos había cambiado, había más luz y menos frío. Aquella mañana, quizá en el noventa y dos, el año de las Olimpiadas y de la Expo, Jandro, el gigante, el más socarrón y niñero de todos, lo había alzado hasta el techo cogiéndolo con una manaza, entre las risas de los compadres y la sonrisa, tímida, precavida, de su madre. De Laguna también se acordaba: era el único con gafas. «Tienes un padre y un porrón de compadres, pero yo soy el tito Luis», le decía antes de sacarle de una oreja una chuche o una moneda, como un aprendiz cutre de mago.

Sonó el timbre, y los dos se precipitaron hacia la puerta. Jandro la abrió, pero no había nadie.

—Soy Torca —dijo Rodrigo, con el telefonillo en la mano, mientras contemplaba a Carballera en la pantalla del portero automático—. De acuerdo, le espero arriba.

El inspector, de paisano, entró en el portal.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —preguntó Jandro.

—Pues qué vamos a hacer. Querrá verle, así que lo llevamos al dormitorio —contestó Rodrigo.

Una voz se sumó a la conversación. Una voz cansada, procedente del pasillo, salida de un cuerpo desnudo, apaleado, con la ceja cosida, ametrallado de golpes y postillas y donde destacaban, en el pecho, a la altura del corazón, tres moratones: aunque los disparos a quemarropa no habían traspasado el chaleco antibalas, habían noqueado y marcado a Juan Torca.

—No aguanto más en la cama —dijo.

***

A Carballera sólo le importaba Torca. Había acudido para charlar con él sin testigos ni grabadoras. Laguna y Jandro le parecían secundarios. Además, a la una de la madrugada, después de que un médico de urgencias suturara la ceja a Torca, gente de su equipo ya había tomado declaración a los tres y había inspeccionado el portal.

Por eso había ordenado a Rodrigo y a Jandro que bajaran a tomar algo y que los dejaran un rato solos.

—Te ofrecería un café, pero la máquina esa —Torca señaló una cafetera de diseño colocada sobre una balda cerca de la campana extractora— venía con el piso, todavía no la he usado. En fin, ¿quieres un vaso de leche o de agua?

—No, gracias. Sólo quiero aclararme. Hablar contigo.

—Pues con la venia, mientras tanto voy a desayunar algo. Estoy desfallecido de hambre.

—Adelante, estás en tu casa.

Descalzo, en calzoncillos y camiseta de manga corta, con movimientos lentos, Torca abrió un cartón de leche, llenó una taza, sacó de un armario un bote de cacao y una bolsa de magdalenas y se sentó en uno de los taburetes de la barra.

—Me gusta con grumos —dijo mientras añadía a la leche dos cucharadas soperas de cacao—, Rodrigo en cambio no los soportaba. En fin, aquí me tienes. Por ahora. No sé si hoy o mañana me dará la puntilla.

—Ya será menos. No creo que te pille desprevenido otra vez, ¿no?

—Quién sabe. Apareció en el momento oportuno. El tipo vale, es un profesional.

—¿Entonces por qué no te remató?

—Mi vida me parece importantísima, cómo no, nada me importa más en este mundo que mi vida —dijo Torca con una mueca muy escasamente emparentada con una sonrisa—, pero quizá el objetivo principal del tipo no era eliminarme, sino llevarse a Maddie. Si yo fuera una prioridad, tal vez me habría pegado el tiro de gracia en la cabeza, para asegurarse. O puede que simplemente no me remató por esto —Torca respondió a la pregunta de Carballera palpándose con cuidado la ceja herida—: caí por los disparos, pero perdí el conocimiento al pegarme un lechón contra un peldaño. Mis amigos también me dieron por muerto hasta que no me dieron la vuelta. ¿El tipo cómo iba a imaginar que llevaba un chaleco antibalas? Tuve suerte. La sangre le confundió.

—Suerte de la buena.

—Sí.

Carballera se guardó sus impresiones y cambió de tercio.

—Acabo de leer tu declaración. Aseguras que no pudiste verle la cara.

—Léela otra vez. Se cubría con un pasamontañas. Negro. Como el resto de su ropa. Ya dije anoche que Laguna vio sus huellas en Las Rozas: estaba preparado para actuar allí, pero luego supo improvisar.

—¿Entonces qué recuerdas de él? ¿Algo puede servirnos para identificarlo?

—Poco —respondió Torca—. Es un hombre. Ni gordo ni flaco, algo más bajo que yo, rondará el metro ochenta..., sujetaba la pistola con la izquierda, es zurdo, aunque eso ya lo habrás leído, y poco más: surgió con el brazo ya en paralelo, preparado para fulminarme, vi el silenciador y me dije, hasta nunca. Lo siguiente que recuerdo son los cachetes de Jandro. No sé si quería reanimarme o rematarme.

—Bien. Te negaste en redondo a que te curaran en un hospital. ¿Por qué?

Torca pegó un sorbo y abrió la bolsa.

—Está claro. El médico de urgencias porfió bastante, quería ponerme en observación, pero si uno elige lamerse las heridas en su madriguera, nadie puede impedirlo, ¿no? Además, en el hospital las magdalenas no serán de La Flor Burgalesa. Siempre que vuelvo a mi tierra me traigo unas morcillas de Cardeña, unas botellas de Ribera del Duero...

—Y un queso de Burgos. Ya. ¿Pretendes seguir por tu cuenta? Te dije que te quedaras al margen. Y mira qué bien te ha ido...

Torca mojó una magdalena antes de responder y se zampó media de un mordisco. Estaba demasiado cansado como para discutir con Carballera. Además, el día anterior apenas había probado bocado, tenía más ganas de comer que de hablar.

—Vamos a ver. Ella vino a mí. Se presentó en las oficinas de Serrano, sin protección policial, por cierto. Si por la tarde la hubiera dejado marcharse sola, igual yo me hubiera ahorrado los disparos, pero a ella la habría secuestrado de todos modos. Y que conste: en cuanto Laguna me dijo que había visto unas huellas extrañas en su jardín, me pareció lo más conveniente salir de Lavapiés y atrincherarme con ellos aquí. Vale, me equivoqué, pero eso ahora es fácil decirlo: tenía que haberme ido con ella a tu comisaría, ¿no? Y otra cosa más: si hubiera tenido tu teléfono directo, te habría llamado desde el hotel. Mi intención nada más llegar aquí era hablar con Rodrigo y decirle que te avisara.

Carballera se guardaba sus opiniones. Quería respuestas.

—¿Y te ha sorprendido que hayan secuestrado a Madelaine?

—No. Eva Canga me habló de dos mujeres.

—¿Pero por qué crees que no le disparó también a ella? Allí abajo sólo había sangre tuya. Si va a matarla, podía haber finiquitado ya el asunto, ¿no?

—Los impactos. Gibraltar. La locura que te conté ayer. A Becca Cruz tampoco la mató nada más atraparla, ¿no?

—¿Cómo sabes eso?

—Por el vídeo —mintió Torca, que no podía contarle que se había colado en el Anatómico Forense y había leído la autopsia—. Si, según la prensa, Becca desapareció el viernes pasado, tuvo que mantenerla

con vida hasta que la arrojó al Manzanares. En el vídeo Becca no parecía un cadáver, no tenía *rigor mortis*...

—¡Puto vídeo! —exclamó Carballera—. Al principio trataron de bloquear cada nuevo intento de colgarlo, pero, desde que lo publicaron en la web de *Pueblo*, lo han dejado por imposible. Siempre sucede igual: en cuanto un periódico saca un material de este estilo, los demás se escudan en su interés informativo y echan a rodar la bola de nieve. Por suerte, por ahora nadie ha relacionado la muerte de Eva Canga con el caso. ¿No tendrás algún amigo periodista?

—Aquí en Madrid, ninguno. Conocidos, unos cuantos. Y con relaciones de usar y tirar: ni se fían de mí ni por supuesto me fío de ellos. ¿Por?

—No me gustaría nada que se filtrara lo que ha pasado aquí. Ni que vinculen a Eva Canga con Rebecca Cruz.

—Tranquilo. Sé cómo funciona esto. No diré nada.

—Eso espero. Bastante nos han machacado ya, hablando de la sirena del Manzanares, como para que el mundo entero se revolucione hablando de la desaparición de su hermana.

—Pero si Maddie aparece el lunes que viene con un cepo de hormigón en el Estrecho...

—Con la sirena de Gibraltar se nos caería el pelo, ya. Sería una hecatombe. Pero eso no va a pasar, por la cuenta que me trae.

Torca cogió otra magdalena. Pilló a Carballera mirando con gula la bolsa.

—¿Quieres una?

—No, no. Me han puesto a dieta. Por la rodilla. Y por la mala vida que llevo.

Mientras Torca empapaba la magdalena, Carballera consultó el teléfono. Al guardarlo, hurgó en los bolsillos en busca de una tarjeta y la dejó encima de la barra.

—Debo irme en breve. Hoy va a ser un día muy largo. No creo que pueda volver por aquí. Ahí tienes mi número por si recuerdas algo más, o para lo que sea.

—Gracias.

—Voy a ser franco contigo. Intuyo —dijo Carballera— que no corres peligro. Por ahora. Pensarán que estás muerto. Si Eva Canga no te toreó, el sicario tiene trabajo de aquí al lunes o al domingo por la noche. Luego, en el hipotético caso de que no logremos apresarlo, tal vez vuelva a por ti.

—Ya. Supongo que Eva Canga se sentenció a muerte cuando le explicó a Barberá nuestro encuentro. Y yo soy sólo un eslabón, por el motivo que sea Barberá ha encargado que mate a las hermanas Cruz. Yo poco importo. ¿Lisa Cruz está vigilada?

—Claro. Ya te lo dije ayer. Desde que cruzó el Estrecho. Y su

padre también.

—¿Entonces por qué nadie escoltaba a Maddie aquí en Madrid?

Carballera se levantó.

—No tienes por qué saberlo.

—No. Pero ayer me dijiste que Lisa Cruz cruzaría el Estrecho escoltada. Di por hecho que pondrías vigilancia para Maddie.

—¡Y eso hicimos, joder! Mira, voy a contarte algo que no puede salir de aquí. Espero que me correspondas y que ahora, y en cualquier otra situación, seas totalmente sincero conmigo. Por tu bien y por el de la chica. ¿De acuerdo?

—Sí. Lo estoy siendo, y lo seré —respondió Torca.

—No había nada específico que nos hiciera sospechar que Lisa o Maddie fueran posibles víctimas, pero después de interrogarte ayer puse en marcha un operativo. Por cubrir todos los flancos. Todo fue bien, hasta que la chica se fue de compras. Se metió en el Corte Inglés de Serrano. Se probó ropa, la compró y luego se metió en los cuartos de baño de los grandes almacenes para llevársela puesta. Se peinó, se recogió el pelo y no sé qué más hizo, pero pasó delante de un agente sin que el zoquete la reconociera. Y la perdimos.

—¿El agente es pelirrojo?

—Sí, ¿por qué?

—Entonces, después de perderla preguntó por ella en el hotel, ¿no? El recepcionista nos lo dijo.

—Probablemente, no estoy al tanto pero supongo que sí.

—El Corte Inglés donde la perdió queda cerca de Laguna & Campbell. Luego se fue a nuestras oficinas.

—Se arregló para verte.

—No creo. Simplemente necesitaba ropa. Había venido a Madrid con lo puesto. Incluso el bolso que llevaba parecía nuevo.

—Pues no hemos encontrado ningún bolso ni objetos personales en el hotel.

—El bolso lo llevaba ella, no dejó nada en el hotel. Su intención era coger un AVE hasta Sevilla o Jerez para que su padre la recogiera.

—Pues no sé. Lo comprobaremos todo. Esta tarde, además, estaré con el padre —dejó caer Carballera.

—¿Vas a Gibraltar?

Carballera, aunque veía en Torca un aliado, más que un testigo, tardó en responder.

—Por ahora, a La Línea de la Concepción, el pueblo fronterizo con Gibraltar. Está claro que el secuestrador puede arrojar a la chica al Tajo, al Duero o al arroyo que le venga en gana, pero de todas maneras vamos a estar muy pendientes de todos los vehículos que pretendan atravesar la Verja. Maddie no va a entrar en Gibraltar, eso está claro.

—Pero la bahía de Algeciras, perdona si te molesta, es un coladero. Si tanto contrabando corre por ahí, ¿no podría...?

—Ya, ya. Pero vamos a hacer lo posible, y lo imposible, para salvar a esa chica. Hasta vamos a coordinarnos con la Policía Real de Gibraltar.

—Pues espero que ellos y vosotros investiguéis a fondo a la familia Cruz. No puede ser casual que Barberá quiera matar a las hermanas.

—Hasta ahí llegamos todos, Juan. Pronto averiguaremos qué está pasando. Pero he hablado demasiado. Más que tú —dijo Carballera mientras caminaba hacia la puerta—. Espero que seas discreto.

—Lo seré.

Con el pomo en la mano, antes de abrirle la puerta al inspector, Torca se sacó una duda de encima.

—Todavía no habéis detenido a Barberá, ¿no?

Carballera resopló.

—¿Tú qué crees?

—Que hasta que no acabe todo esto, él no se va a mover. Yo no soy importante, él quiere acabar con las hermanas Cruz. Pero después de matar a Eva Canga, hasta que no me entierren, y hasta que no entierren a las Cruz, no va a dar señales de vida.

—Quizá. Pero lo atraparemos. No lo dudes.

—¿Puedo sugerirte algo? —preguntó Torca.

—Claro. Todo suma.

—Interroga a su familia. Apriétalos.

Carballera cabeceó.

—¿Qué te parece? ¿Que no sabemos hacer nuestro trabajo? Pero nadie de su entorno ha dicho esta boca es mía. Desde hace meses está en paradero desconocido.

—¿Y cómo controla sus empresas?

—No hemos podido profundizar gran cosa. Todo va muy rápido, recuerda que anteayer, desde Bilbao, me hablaste de Mario Barberá. Pero puedo asegurarte que nos estamos dejando la piel. Creemos que un hermano es su mano derecha, en Marbella lo han apretado todo lo que han podido, pero no ha soltado prenda. Y como no podemos descoyuntarlo en un potro de tortura para que delate a su hermano...

—¿Y habéis interrogado a su hijo?

—¿A qué hijo?

—¿Barberá no tiene un hijo?

—Que yo sepa, no.

—Igual me he liado. Creía que tenía uno. Jorge, si la memoria no me falla.

—Pues te falla. Jorge es el nombre de su hermano, su número dos. Pero tengo que marcharme. Cuídate, y recuerda lo que te he

dicho: he confiado en ti, espero que me correspondas.

—Lo haré.

Esta vez fue Carballera quien tendió primero la mano.

15

AVE, JORGE

Ellos que hagan su trabajo, que yo haré el mío. Solo. Para este viaje no necesito alforjas, no quiero que nadie se lleve una condena o un tiro destinados a mí. Eso pensó Torca. Y al instante siguiente, en cuanto se despidió de Carballera, se puso en marcha.

Necesito dos minutos. Con suerte, me da tiempo. Tardó cuatro, porque al abrir el armario de los zapatos se encontró con su pistola y el bolso de Maddie.

Hizo memoria: nada más reanimarlo, Laguna le había cogido las llaves, mientras Jandro llamaba a emergencias. «La policía está al caer. Dejo la artillería y esto arriba y vuelvo, no tardo nada», había dicho. No recordaba haberlo visto montarse en el ascensor ni luego, cuando lo obligaron a acostarse, le había comentado nada, pero dedujo que había encontrado el bolso en el portal y que lo había guardado allí.

Buceó en el bolso y sacó el cuaderno de tapas negras de Maddie. No encontró el móvil de la joven, lo llevaría en el pantalón, ni nada más interesante. Se guardó el cuaderno en un bolsillo trasero y volvió a dejar el bolso en el zapatero. Y se llevó la pistola.

Salió al rellano. Llamó al ascensor y bajó corriendo por las escaleras. Hasta que se topó con Lola y Candela pegando la hebra con otra vecina. La portera le estaba contando a Candela su extraño encuentro con Jandro y con un policía, y la abuela del tercero izquierda se había sumado para ponerlas al día: por la noche había presenciado el despliegue de la ambulancia y coches policiales desde la ventana. La aparición de Torca las dejó pasmadas. Candela reaccionó primero. Exclamó:

—¡Pero qué te ha pasado!

—Nada. Ya os contaré. ¿Puedo pasar?

Las tres mujeres le taponaban el camino.

—Anoche estábamos en el cine, Encarna nos estaba diciendo que...

Torca, agobiado, cortó a Candela y pasó entre las mujeres.

—Estoy bien, ya hablaremos. Tengo mucha prisa, perdonad.

En la entreplanta se detuvo un momento al oír la voz de Jandro. Descendió muy despacio, sin hacer ruido. Su compadre hablaba con Rodrigo. De comida, para variar.

—Donde esté un churro, bien frito, caliente, con su azúcar, que se quite una porra.

—Jandro, pero te has jamado las tres que te han puesto.

—Bueno, una cosa no quita la otra. Tenía hambre, pero prefiero los churros.

No se oía la voz de Carballera. O no se habían cruzado, o se lo habían encontrado en la calle.

Torca no dudó. No podía explicarles su plan: Rodrigo le impediría acometerlo. Y Jandro se habría empeñado en ir con él.

En cuanto se metieron en el ascensor, Torca bajó y salió del portal. Ya en la calle, descartó la moto. Los seiscientos kilómetros de distancia hasta Marbella podía cubrirlos a dos ruedas en cuatro horas, pero no se veía con fuerzas para conducir tanto tiempo. Eran las nueve y cuarto, si cogía un tren de alta velocidad a las diez o las diez y media podía llegar a Málaga poco después del mediodía. Vio un taxi libre, lo paró y le dijo al conductor:

—A la estación de Atocha.

El teléfono sonó cuando dejaban atrás la Gran Vía: Jandro.

—Oye, que ya estamos aquí. ¿Por qué no nos abres?

—Porque me he largado.

—¿Cómo?

—Jandro, tranquilo. Necesito respirar aire puro. Aclararme las ideas. Luego te llamo.

—¿Pero dónde estás?

—Vete a casa. Luego te llamo, no te preocupes.

Rodrigo debía de estar con la oreja pegada al teléfono. Gritó:

—¿Pero dónde te has metido? ¡No puedes marcharte así como así!

—Pues he podido, Rodrigo. En serio, no os preocupéis por mí. Resucitar de entre los muertos es complicado. Necesito estar solo. Luego os llamo, ¿vale?

—¡No, no vale! ¡Vuelve ya! Hay un tipo que quiere matarte, no puedes...

—Rodrigo, para. Luego os llamo, no me va a pasar nada.

Colgó.

Vio que Candela le había enviado un mensaje:

Pero qué te ha pasado??? Dice Encarna que hubo un tiroteo!!! Y por qué había un policía en tu casa???

Torca tecleó esta respuesta:

El policía es mi hijo. Estoy bien, en serio. Te llamaré cuando pueda. Un beso.

***

Ya en el andén, con el billete en la mano, llamó a Luis Laguna. Contestó con un susurro.

—¿Qué tal? Estoy en una junta de la asociación de detectives. Luego vuelvo a tu piso. Jandro también me ha estado llamando, pero no he podido cogerle. ¿Necesitas algo?

—Nada urgente. Cuando salgas pégame un toque.

Quería explicarle por qué necesitaba ir por libre, él atendería a razones más que Jandro, y también quería continuar disponiendo de Cifuentes, pero se metió en el tren sin llamar a la oficina de Serrano.

***

Había pagado, en efectivo, una butaca en preferente, que daba al pasillo y se situaba en el sentido contrario de la marcha. Le dio igual. Se sentó y sacó el cuaderno de Maddie.

La joven escribía de corrido, sin tachaduras, en líneas rectas y con una letra redonda y clara. Debía de haber sido una chica aplicada.

Hojeó el cuaderno en busca de alguna tarjeta o de cualquier papel que hubiera intercalado entre las páginas. Se fijó en que a Maddie le quedaba poco para terminarlo, que había usado el mismo bolígrafo, azul, desde el principio, y que desde la primera página señalaba el día y la hora en que se ponía a escribir.

Se contuvo las ganas de leer las últimas páginas. Tenía dos horas y media de viaje por delante. Regresó a la primera hoja. El 6 de junio había escrito por la tarde:

16:45 - Estreno diario un día especial. El previo. El más tenso y agotador, el que más tarda en declinar. Hoy toca descansar. Aguantarse los nervios y descansar. Visualizar la travesía, relajada, con los ojos cerrados, brazada a brazada. Imaginar el impulso inicial, el choque con el agua, el fin de los nervios. Contenerse para no desfallecer antes de tiempo, guardar fuerzas. Las dudas que siempre surgen en la fase meseta. El agotamiento tan traicionero, que surge a menudo en cuanto te dejas llevar por la euforia. Y el final, el sufrimiento del final, el éxtasis y la tortura, cuando te impulsas con todo lo que te queda.

Mañana no nadaré, pero me cansaré tanto como Lisa. Sufriré y disfrutaré con ella. No hay rivalidad entre nosotras.

Mañana todo parece favorable: Lisa atravesará el Estrecho con la sana intención de batir mi marca. Seguro que lo consigue. Ojalá lo logre, porque si fracasa me quedaré sin el principal objetivo de este verano: superarla y volver a bajar el récord.

Torca buscaba alguna pista, algo que pudiera servirle para entender por qué Barberá se cebaba con su familia. Aunque no se

hacía muchas ilusiones, le sorprendió el tono del diario. Siguió leyendo. El 8 de junio había vuelto a escribir:

13:27 - ¡Mi récord ha muerto, viva el récord! Lisa, como me esperaba (no como me temía, como deseaba), también ha bajado de las tres horas. ¡Y es la nueva Reina del Estrecho! Me alegro un montón. Casi tanto como ella. Sus éxitos son los míos, y viceversa. Si seguimos así, bajando y bajando el récord, vamos a conseguir algo grande, de eso no hay duda. Y nos estamos planteando nuevos retos. En otras aguas. Y juntas, aunque a veces nademos por separado.

No es fácil lo que ha conseguido. Y no será sencillo batirlo, me va a costar. Pero no lo voy a intentar hoy ni mañana. Los medios no nos tomarían en serio. Todo a su debido tiempo, dice Becca, nuestra ideóloga. Cuando ella nos contó la historia de Serguéi Bubka, lo comprendí: durante muchos años, batió una y otra vez su récord de salto con pértiga. Iba superándose centímetro a centímetro, perfeccionando su técnica y fortaleciéndose, y así al mismo tiempo logró una gran notoriedad.

Torca sonrió. Se acordaba de Bubka.

El tren dejaba atrás Madrid. Una azafata pasó ofreciendo auriculares. Torca los cogió y se los metió en un bolsillo, junto al paquete de tabaco. Le apetecía dar unas caladas, pero se aguantó.

12 de junio - 8:27 - No hay dos gotas de agua iguales. Por eso me quema, y nos quema, que la gente no se canse de repetir que Lisa y yo nos parecemos como dos gotas de agua.

¿No habíamos quedado en que la apariencia importa menos, bastante menos, que nuestro interior? Lisa y yo nos parecemos mucho, de acuerdo: el mismo peso, la misma altura, el mismo pelo, la misma sonrisa, el mismo brillo en los ojos, la misma talla de sujetador, de zapatos, de cualquier cosa. Gemelas. Con eso está casi todo dicho. Pero sólo me refiero al físico, a la apariencia. Tenemos un carácter y una manera de afrontar la vida muy diferentes. Vale, quizá estemos más conectadas que unos hermanos corrientes, quizá nos entendamos y nos conozcamos mejor. Pero nuestros corazones no laten al mismo ritmo. Sentimos, sufrimos y amamos por separado.

Torca no quería pensar en el secuestro de Maddie. En lo que podría estar padeciendo. En que moriría muy pronto si la policía, o él, no lo impedían. En que podría haberlo impedido si hubiera actuado de otra manera. Continuó.

13 de junio - 8:15 - Sigo. Donde lo dejé ayer. Desde siempre, Lisa y yo compartimos gustos, aficiones y devociones. Pero como dos hermanas o dos amigas. Como las demás chicas. Nos gustaban, y nos siguen gustando, los rizos de David Bisbal, los ojos de Leonardo DiCaprio, las pecas de Fernando Torres o el culo de Rafa Nadal. Y la camisa rota de Camarón, la garra de Malú y las sevillanas. ¿Somos convencionales? Nos da igual. En los altares, eso sí, sin faltar al respeto a nuestra queridísima virgen, la

Esperanza de Triana, tenemos a Michael Phelps, el mejor nadador de todos los tiempos.

Torca, hijo único, sintió una punzada de envidia. Pensó que Rodrigo también se habría sentido igual leyendo esas líneas. Unas Navidades, cuando tenía cuatro o cinco años, les rompió los esquemas cuando pidió a los Reyes Magos que le regalaran un hermanito.

Veintitantos años después, ¿cómo le habría sentado a Rodrigo un hermanastro recién nacido? No se habría avenido a cambiarle pañales o a hacer de canguro precisamente, pensó. Las tres palabras de Nerea, «quiero ser madre», primero habían desconcertado y descolocado a Torca. Luego habían dinamitado su confortable y rutinario noviazgo con Nerea. Él no quería, no podía ser padre. «¿Pero poder poder, puedes, ¿no?», le había preguntado Nerea.

Nerea quería ser madre. Y esposa. Su mujer. Madre de un hijo suyo. Los más de veinte años que los separaban no la amedrentaban. A Torca tampoco, pero no quería, no debía ser padre otra vez. Era demasiado tarde.

Volvió al diario. El pasado no podía recomponerse.

15 de junio - 18:33 - Más de una vez nos hemos enamorado, o hemos creído enamorarnos, del mismo chico. Pero eso no es raro. A todas nos gusta el jabugo, los chicos pata negra. A todas nos ponen los malotes, los rebeldes sin causa que cuando menos te lo esperas te rompen los esquemas con una mirada tierna o con una travesura infantil. Todos los hombres son niños.

De teenagers *teníamos mucho peligro, eso ahora lo reconozco. Lisa y yo podíamos competir por un beso o por una cita tan encarnizadamente como en la piscina. Andábamos confundidas, revolucionadas, tan locas como cualquier otra adolescente. Y hacíamos locuras, claro. Pero ya no. Ya ni tonteamos ni nos dejamos seducir juntas.*

Torca echó en falta a Becca. Las gemelas y ella se llevaban sólo cinco años. Podían haber compartido más vivencias. Pero la explicación se la encontró un par de anotaciones más adelante, después de pasar de largo varias en las que escribía sobre el colegio y sobre un libro recién leído.

19 de junio - 23:33 - Lisa es parte de mí. Yo soy Lisa. Ella es Maddie. Es así. Somos una para casi todo. Sobre todo cuando lo pasamos mal, por lo que sea. Pero a Becca la quiero con locura. La admiro muchísimo. Es mi hermana, mi amiga y, desde la muerte de mamá, mi otra madre. Quiero que sea feliz. Se lo merece muchísimo. Guapa, buenaza, currante: lo tiene todo. Ja, ja, si leyera esto me mataba. Dejó a Jack hace meses, y bien que hizo, está desnoviada, pero más pronto que tarde encontrará un alma gemela y me hará tía. Lo presiento.

Al buscar informaciones sobre Becca, no había encontrado alusiones a su vida sentimental. Se apuntó mentalmente el nombre de

Jack.

Las siguientes anotaciones le interesaron menos. Maddie consignaba sus lecturas, las películas que veía y el día a día en el colegio. El 25 de junio había escrito:

23:14 - Llegan las vacaciones. Para los niños. El mundo será suyo. Su alegría contagia, se expande por las calles en cuanto se desparraman por el patio. Acaba el curso y los profesores, qué remedio, hacemos planes para el verano. Yo estoy impaciente, o eso digo: quiero entrenar en serio, nadar y nadar y seguir nadando. Demostrarme que no he tocado techo. Superarme. También haré algún viaje y trataré de divertirme. Pero nadie se atreve a reconocer algo evidente para mí: los niños nos dan mucho más de lo que reciben. No hay nada más triste que un colegio vacío.

Impaciente, llegó por fin a las anotaciones de los últimos días. El 27 de junio escribía por primera vez unas líneas sobre su padre:

23:22 - ¿No puedo con él? ¿O no puede conmigo? Es mi padre. Lo quiero. Me quiere. Pero si nos acercamos demasiado saltan chispas. Desde que murió mamá se está avinagrando. Estos tres años ha envejecido mucho, para él han pasado diez. Se ha vuelto más egoísta. Todo gira alrededor de él ahora. Antes se desvivía por nosotras y por mamá. Ahora va a lo suyo. Habla poco y escucha menos. ¿La vejez? Lo está pasando mal, quiero comprenderle, pero nos contagia.

Dos días más tarde, retomaba el tema paterno. Pero esa entrada, además, enlazaba con el principio de la tragedia.

29 de junio - 14:40 - Definitivamente, no puedo con mi padre. Ni yo ni nadie. A las nueve y media me llama, hecho un basilisco, cabreadísimo, porque Becca no se ha presentado a trabajar esta mañana. «¡Y yo qué sé! ¿No quedasteis en que los sábados libraba?», le he preguntado yo. «Bueno, pero ayer me dijo que vendría a echarnos una mano. ¿Dónde está?» He pasado de él. Becca es el ancla de la familia, el pegamento que nos mantiene a todos unidos, y la que más soporta a mi padre, pero ya se sabe: cuanto más das, más te piden. Ojalá encuentre un amor a su medida.

Becca, según todos los indicios, había sido secuestrada el viernes. Su padre la había echado en falta el sábado, pero tampoco había denunciado su desaparición. Habían pensado que pasaba el fin de semana con sus amigos o algún ligue.

La anotación anterior a la muerte de la mayor de las Cruz no guardaba vínculo alguno con el asesinato:

30 de junio - 21:20 - Vuelvo del cine. Qué película más graciosa y más tonta. Me he reído a carcajadas. Tengo que ir más. Y, si es posible, todavía mejor acompañada. Con amigas las risas son más sanas, Claire y Anna me caen muy bien, pero va siendo hora de que vuelva al cine con un chico.

Hasta ese momento, Torca no había encontrado nada, ni un solo indicio que pudiera ayudarle a entender por qué Barberá había

elegido a las Cruz. Tampoco se le había pasado por la cabeza que estaba violando la intimidad de Maddie.

Llegó por fin al 1 de julio.

Leyó los lamentos de Maddie: *Ya no estás aquí, no miras, no ríes, no bailas, no iluminas el mundo*, había escrito.

¡Becca! ¡Mi ángel de la guarda! Ángel, hermana, luz, alegría. ¡Becca!, había gritado.

No voy a despertar de esta pesadilla, había intuido. Sin saber que podría sufrir el mismo tormento que su hermana.

Torca tragó saliva. Pensó fugazmente en Raquel y en Nadia. Vivía mutilado desde la muerte de su mujer. Sin su calor, sin un apoyo, sin un refugio, sin hogar. Cuando pensaba que nadie podría reemplazarla, se había enamorado hasta las trancas de Nadia, y al perderla en el mar de Aral había sufrido un golpe tan inesperado como doloroso. Aún no se había recuperado. Sí, las peores pesadillas las sufrimos con los ojos abiertos.

Volvió al diario. El martes Maddie había escrito bastantes páginas. Normal, pensó, se había pasado el día en el hotel, salvo el paréntesis en que habían ido a comer algo.

Se había desahogado: *Llorar ya no sirve de nada*, decía. Luego lamentaba la ausencia de Lisa, sin temer que estuviera en peligro:

Quiero, necesito llorar con Lisa. No puedo. No damos con ella. La cabra loca anda perdida por ahí.

A Torca se le encendieron las alarmas cuando leyó un nombre nuevo:

Soy una tonta. Quiero nadar. Mar adentro. Perderme, como George. Escapar de aquí, pero no puedo.

George.

¿Jorge?

A Becca la llamaban Queca.

Se escamó poco después. Maddie recordaba que el tal George las agobiaba cuando miraba a las gemelas *enamorado, y buscando diferencias.*

Y se puso en guardia la tercera vez que apareció mencionado. Al leer esto:

19:17 - ¿Por qué escribo hoy de George, precisamente hoy, en un día tan triste y lamentable? Porque no quiero pensar en lo que hago aquí en Madrid. Esperar a que nos devuelvan a Becca. Para enterrarla. Y, sobre todo, porque me he dado cuenta de que ayer hizo un año de la muerte de George. Qué casualidad más macabra.

No, no podía ser una casualidad que alguien enamorado de las gemelas hubiera muerto justo un año antes del asesinato.

Ese día Maddie, además, había escrito sobre Torca:

Sólo una persona me ha mirado hoy a los ojos. Se llama Juan, y dice

que quiere ayudarme.

Lo sigo diciendo, pensó. Voy a ayudarte.

Prosiguió leyendo con avidez. El miércoles Maddie continuaba lamentándose: *Me ahogo en una burbuja de pena y rabia. Sí, ya no sólo de pena. Quiero justicia*, decía.

Después relataba una conversación muy jugosa con su padre. Él tampoco sospechaba de nadie.

No soy un cordero. Pero nadie me quiere tan mal como para hacerme algo así, ¿y estaría aquí si supiera quién ha sido? Ya le habría sacado los ojos, le había dicho Antonio Cruz.

Pero lo más importante lo encontró después. Maddie volvía a mencionar a George:

Su aire de niño bueno no encajaba con el respeto que todos le tenían.

Decía que al principio se lo encontraban con su padre, y que luego siguieron viéndole.

Le llamaba perro faldero y guapo inofensivo, y dejaba para el final de la entrada una confesión que sorprendió a Torca:

Nunca abusamos de él. Eso no quita que muriera por nosotras. Por nuestra culpa.

El miércoles por la noche, cuando Torca paseaba por Bilbao, después de interrogar a Eva Canga y poco antes de volver a pisar la finca de los Butrón, Maddie había vuelto a escribir. *Nadie sabe nada*, aseguraba.

Las últimas líneas del diario las había escrito ayer mismo, pensó Torca, el jueves por la mañana. Pero seguro que, si estaba consciente, continuaba hablando consigo misma, preguntándose qué estaba pasando. Y temiendo una muerte como la de su hermana.

A primera hora, tal vez nada más despertarse y despedirse de su padre, contaba que por fin había podido comunicarse con Lisa. Luego se había lanzado a narrar la muerte de George. Torca se la imaginó en la cafetería del hotel, como el día que la había encontrado allí, escribiendo de carrerilla:

Para la mujer de ahora mismo, y para la que me leerá mañana o dentro de una década.

Maddie no emparentaba una muerte con otra, en ningún momento deslizaba alguna sospecha. Pero Torca no creía en las casualidades. De manera inconsciente, Maddie tampoco. Quizá no había dejado de recordar a George porque algo en su interior ligaba una muerte con la otra. Y así le había abierto una nueva senda.

George había muerto en el mar. Persiguiendo a las gemelas Cruz entre risas y vaciles.

Síguenos si puedes. Eso le dijimos. Qué error. Qué horror, escribía Maddie.

No me reprocho nada. Casi nunca, acababa reconociendo.

Puede que alguien, pensó Torca, sí que os reproche que George muriera. Y que por eso os esté matando.

La última anotación, escrita apenas unas horas antes de presentarse en Laguna & Campbell, le recordó a Torca por qué bajaba a Marbella. Para ayudarla.

No quiero nada. No necesito nada, pero dentro de un rato saldré de aquí, por primera vez, a hacer algo. No puedo seguir así. Me compraré ropa y aprovecharé que no está mi padre para hablar con alguien. El hombre que se ofreció a ayudarme el otro día. Juan Torca. Parecía sincero. Me miraba con franqueza. Según mi padre, la policía no persigue todavía a ningún sospechoso. Juan parecía un hombre decidido, ojalá pueda ayudarme. Ya nada puede lograr que Becca resucite, pero necesito que se haga justicia.

***

Torca cerró los ojos. Con el cuaderno en la mano, concentrado, intentó armar el puzle. Todo podía encajar si su primera impresión al encontrarse con el nombre de George había sido acertada.

Se levantó. Al final del vagón, en los maleteros, no había nadie. Caminó hacia allí y llamó a Laguna & Campbell.

—¡Juan! ¡Me he enterado nada más llegar! ¿Cómo estás?

Por una vez, Marisa no flirteaba con él. Pero no tenía tiempo para agradecérselo. Tampoco para preguntar de qué se había enterado. La secretaria, por más que lo intentaba, no solía estar al tanto de lo que se cocía al otro lado de la recepción.

—Jodido —respondió—. Ponme con Paco, por favor, es urgente.

—Ahora mismo.

Cifuentes no tenía noticias del secuestro de Maddie, y andaba enfrascado entre datos y especulaciones.

—Qué bueno que me llames. Acabo de encontrar una conexión muy interesante. ¿Recuerdas que uno de los restaurantes legales de Mario Barberá está en Calpe?

—Sí, pero...

—Mira qué cosa: en Calpe tienen un peñón. Como el de Gibraltar. El peñón de Ifach. He descubierto que Barberá controla allí más negocios relacionados con el grafeno, a través de Traxhorturing, y que...

—¡Para, por favor! —exclamó Torca—. ¿De dónde sacaste que un hijo de Mario Barberá se llama Jorge, como su tío?

—Pues... pues no sé. Ahora no caigo, ¿por?

—Búscalo. Y —cruzó los dedos— mira si sigue vivo... O si murió ahogado el 1 de julio del año pasado.

—¿El 1 de julio? ¿Como Rebecca Cruz?

—Deja todo lo que estés haciendo y céntrate en eso. Y si averiguas algo, lo que sea, que está vivo, que ha muerto, lo que sea, me llamas inmediatamente.

—Voy. No tardaré.

—Igual encuentras algo en los periódicos de Barberá.

***

Volvió a sentarse. En un puzle no se puede sustituir una pieza por otra. Cada una ocupa un lugar intransferible. Detrás de la absurda cruzada contra las Cruz había una intención..., si el George de las gemelas era Jorge Barberá, el hijo del empresario. Un móvil demente, una venganza desproporcionada, pero un motivo concreto, nada que ver con la estrafalaria teoría, ligada a un patriotismo ridículo, que Eva Canga había soltado en el hotelucho de Gran Vía para intentar reclutarlo.

Mario Barberá, en ese caso, habría pretendido vengarse, pero dejando pistas falsas para alejar las posibles sospechas contra él. Primero, colocando a una intermediaria, Eva Canga, entre él y el asesino. Luego, tratando de despistar no sólo al propio asesino, quizá para cubrirse las espaldas por si fuera apresado o para evitar que se pudiera revolver contra él o chantajearle. Las diferencias entre el encargo inicial esbozado por Eva Canga, matar a prostitutas gibraltareñas escogidas al azar, y el plan que se estaba ejecutando no ocultaban que moviendo los hilos, detrás de todo, se adivinaba una voluntad férrea. Barberá había proseguido con su venganza a pesar de la negativa de Torca y, sobre todo, a pesar de que su empleada lo había delatado. Y había ordenado dos muertes más, la de Eva Canga y la de Torca, para que el plan siguiera su curso.

Sin embargo, algo no cuadraba del todo. Por ahora. Aquel día, Becca, la primera víctima, no había nadado con George. ¿Quizá el andamio que Torca estaba levantando gracias al diario de Maddie se basaba en una presunción errónea? ¿Y si el tal George era un tipo sin ninguna conexión con Mario Barberá?

Paco Cifuentes no llamaba. Mala señal.

El tren se detuvo en Córdoba. Pronto llegaría a Málaga. Torca, ansioso, releyó las últimas anotaciones.

Imaginó el momento en el que George, *braceando de mala manera*, se puso a la altura de las gemelas. Se detuvo en cada palabra. Lo habían llamado «camarón», «tortuga», «boya». Se habían burlado de él.

¿Se habría enterado Mario Barberá de que habían llamado «tortuga» a su hijo? ¿Habrían coincidido en el funeral y en el entierro?

Eso si George era Jorge.

George, para que las piezas se ensamblen, tienes que ser Jorge Barberá, el hijo de Mario, un pijo con Porsche, respetado por su dinero, pero imbécil, como tantos otros hijos de ricachones, se dijo Torca. El perfil encajaba. ¿Encajarían las piezas?

En el fondo, pensó Torca, los motivos de Barberá no me importan. Me importa salvar a Maddie. Como sea.

Aunque los agentes de Carballera y la Policía Real de Gibraltar fueran a colaborar para impedir que el asesino actuara en el Peñón, según Torca no estaba haciendo todo lo necesario para localizar a Mario Barberá. Lo necesario no siempre se logra cumpliendo el reglamento.

Si interrogar educadamente al hermano del empresario no había servido de nada, había que recurrir a otros métodos. Los infalibles para averiguar la verdad. Por eso viajaba hacia Marbella.

Cuando el tren reanudaba la marcha, sonó por fin el teléfono.

—¡Has acertado! ¿Cómo es que se me ha pasado? ¿Y cómo lo has sabido? —le preguntó Paco Cifuentes.

Torca apretó el puño. Si hubieran averiguado antes que el hijo de Barberá había muerto, él quizá habría acabado recibiendo los disparos, con o sin chaleco antibalas, pero la policía habría protegido a Maddie mucho mejor que él, con todos los recursos necesarios. Nadie se la habría llevado.

—Eso ya da igual. ¿Qué tienes?

—Muy poco, la verdad. Por ahora. *La Voz de Cádiz* sacó una noticia el 3 de julio del año pasado, pero como suele ser habitual sólo dieron las iniciales. En la noticia, un breve de un párrafo, no se dice qué pasó ni nada más. Te leo: *Un joven valenciano, J. B. V., de 25 años, ha muerto ahogado en la bahía de Algeciras. El cadáver del bañista fue encontrado ayer por la mañana, frente a la playa de Poniente, por una patrullera de la Guardia Civil. El joven había sido dado por desaparecido el pasado sábado, día 1 de julio, por la tarde, tras unas infructuosas labores de búsqueda por parte de los equipos de salvamento*. En los periódicos de Barberá esos días no salió nada, ni esquelas ni obituarios ni nada por el estilo. Pero el hijo del empresario, su único hijo, por cierto, nació en 1988, así que tenía veinticinco años, y se apellida, o se apellidaba, Barberá Vicent. Jota, be y uve, las iniciales del periódico. Así que eso, has acertado. Por cierto, ¿quieres saber algo del otro Jorge?

—¿Cómo?

—El otro, el hermano de Mario. El tío.

—¿Qué? ¿Qué pasa con él?

El tren atravesó un túnel. Durante unos segundos la llamada se entrecortó.

—Nada, el uno muerto y otro... la gran vida. Cruzando... será

capullo y, claro... mi colega...

Torca se vio reflejado en el cristal del tren, mientras la escasa cobertura telefónica convertía la cháchara de Cifuentes en unos chirridos metálicos ininteligibles. Estoy hecho una mierda, pensó.

Al salir del túnel, Cifuentes seguía parloteando.

—... porque no te creas que se accede así como así a esa información, pero mi colega jaquea las...

—Paco, la llamada se cortaba. ¿Qué cojones decías sobre el tío?

—¿No me has oído?

—Que no. ¿Dónde está?

—Pues... ahora mismo no sabría decirte. Tendría que calcularlo. Si ha despegado a las doce, más o menos...

—Espera, espera. ¿Que ha despegado? ¿De dónde?

—¿Desde cuándo no me has oído?

Torca ya había perdido la paciencia.

—¡Yo qué sé! Me has dicho que se estaba pegando la gran vida y no he entendido más.

—Ah, vale, vale. Pues eso, que ahora mismo está cruzando el charco. Rumbo a la República Dominicana.

—¡Joder!

—Eso digo yo, qué envidia.

—Sí, claro. En fin, te lo has currado.

—Para eso estamos. ¿Necesitas algo más? ¿Por dónde tiro ahora? Por cierto, se te oye fatal, ¿dónde te he pillado?

—Estoy en el metro —mintió—. No sé, déjame pensar... Sí, olvídate del peñón de Ifach, del grafeno y también de los Jorges, del hijo y del hermano. Trata de hallar el paradero de Mario Barberá. Como sea. Ya sé que lo intentaste, pero ahora importa más que nada, ¿vale?

—Haré lo que pueda.

—Seguro que sí. Gracias, Paco.

Torca volvió a contemplarse en la ventana. Seré imbécil. ¿Y qué hago ahora en Málaga?

Un desaliento espeso invadió a Torca cuando retornaron súbitamente los golpes, los dolores y el cansancio que había dejado en Madrid. Con la mente en blanco, atravesó varios vagones y desembocó en la cafetería. Compró una lata de cerveza y unas aceitunas. Se las comió en su asiento, con la mirada perdida en los olivares.

Cerca de Antequera recibió un mensaje de Rodrigo:

Ya te vale, ¿qué estás haciendo? Cuando estés en casa avísame, por favor.

Las tornas habían cambiado hace tiempo. Ya sólo faltaba que le impusiera una hora de llegada a casa, como a un chaval en sus primeras salidas nocturnas. Cuando sea un vejestorio me cuidará bien,

pensó. Si pierdo la memoria o no puedo valerme me buscará un buen asilo, marcará en su agenda los días de visita y no faltará nunca. Pero tampoco vendrá ningún día de más. Si llego a viejo.

No hago nada de nada, no te preocupes por mí, hijo, le contestó.

***

Laguna le llamó a las puertas de la estación malagueña de María Zambrano. Torca no le dejó hablar.

—Estoy en el metro. Luego te llamo. Habla con Cifuentes y que te ponga al día. Y díselo al inspector Carballera, por favor, que no estoy con ganas de ser interrogado otra vez. ¿De acuerdo?

—¿Pero por qué te has ido? Si tienes que estar baldado. Anoche teníamos que haberte ingresado...

—Déjalo, luego nos vemos.

Se guardó el teléfono. Sintió una mano en el hombro y se giró.

Una abuela muy peripuesta que viajaba detrás se había inclinado hacia él.

—¿Sí?

—Perdone, señor. La primera vez he pensado que lo había escuchado mal, estoy un poco sorda. Pero ahora ha vuelto a decirlo. ¿Se encuentra bien?

—Ya ve, podría estar mejor, pero no me quejo. ¿Ocurre algo?

—Siento decirle que no estamos en el metro, esto es un tren. El AVE.

16

EN MARBELLA

Aunque ya no podía torturarle para averiguar dónde se escondía su hermano, decidió echar un vistazo al domicilio de Jorge Barberá. Al llegar a Málaga consultó los horarios de vuelta a Madrid, salió de la estación y cogió un taxi.

—¿Dónde va a ser?

—A Marbella.

—Fenómeno. ¿A qué altura?

Torca callejeó con el móvil por la zona. No quería bajarse enfrente de la casa, pero tampoco andar demasiado.

—Me puede dejar en la calle Azorín, cerca del paseo marítimo de la playa de la Fontanilla.

—Pues allá vamos.

El taxista, un sesentón muy bronceado, aunque no le preguntó por las heridas tenía ganas de charlar.

—¿De dónde viene? Con ese acento suyo, tan castellano, me da que no se ha subido al tren en Córdoba...

—Pues no. Soy burgalés.

—Vaya, vaya. ¡El sitio donde más frío he pasado en mi vida!

—¿Y eso?

—¿Se acuerda de Juanito, el futbolista?

—Cómo no, un grande.

El siete del Real Madrid..., hasta que llegaron Raúl y Cristiano Ronaldo. De cualquiera de los tres, Torca sabía más que cualquier aficionado.

—Y tanto. Cuando jugaba en el Burgos, un día unos cuantos amigos nos fuimos para allá, a animarle. ¿Sabía que era de Fuengirola? Por aquí se le quería mucho. Y se sintió más todavía cómo murió. El estadio se llamaba El Plantío, ¿no?

—Y se llama. Ahora el Burgos juega en Segunda B.

—Pues aquello era una nevera. Qué viento, era una cosa que no se podía soportar.

Torca se fijó en que el taxi marcaba la temperatura exterior.

—El frío se combate fácil, con ropa de abrigo. Pero poco se puede

hacer contra los treinta y cinco grados de ahí fuera.

—Qué va. Usted ahora al llegar se sienta en una terraza, a la sombra, pide un vinito blanco y está en la gloria. Luego, cuando afloje un poco el sol, se pega un bañito en la playa. Después busca un sitio para cenar tranquilo, con aire acondicionado o donde sople la brisa. ¡Y si ya luego consigue alguien que le abanique sube a los cielos! ¿Qué le parece el plan?

—No está nada mal. Pero vengo a una reunión. Y me vuelvo hoy mismo, dentro de hora y pico.

—Pues tiene que venir otra vez. Esto es un paraíso. Y, hablando de volver, si quiere le espero y le llevo a la estación.

Torca accedió. Quería regresar a Madrid cuanto antes, pero así también podía moverse por la zona dejando sólo un rastro. Aunque anotó el teléfono del taxista, por si cambiaba de planes, al bajarse del coche quedó en el mismo sitio dos horas más tarde.

Salió pronto del paseo marítimo. Al caminar le dolía una rodilla. También se quejaba de un codo. A Torca le tentó una farmacia que salió a su paso, pero había decidido dejar de atiborrarse de pastillas. Aguantó los dolores. También el solazo.

Las zonas poco frecuentadas por los veraneantes soportaban el calor en silencio y soledad. No había mucho movimiento en la calle Camilo José Cela, una vía paralela a la avenida Ricardo Soriano, una de las arterias de la ciudad andaluza. El portal donde residía Jorge Barberá estaba flanqueado por un restaurante japonés y un centro de estética. El edificio era una caja de cerillas de mármol blanco, con grandes ventanales, sin encanto pero muy lujoso.

Torca se apoyó en una columna y encendió un cigarro. A la tercera calada lo tiró al suelo: se fijó en que un hombre se dirigía hacia el portal con las llaves en la mano. Lo secundó, sacó las suyas y se colocó detrás de él. El otro abrió la puerta y, al verle, le cedió el paso.

—Buenas tardes, ¿a qué piso va? —le preguntó a Torca ante el ascensor.

—Al último —respondió jugándosela.

—Pase usted, voy al primero.

Al llegar arriba, pulsó el timbre del ático derecha. Torca no sabía si Jorge Barberá vivía acompañado ni con quién había viajado a la República Dominicana. No contestó nadie. Ni familiares ni empleados. Pegó la oreja a la puerta del ático izquierda: tampoco oyó nada. Los vecinos de Barberá dormían la siesta, se torraban en la playa o también estaban fuera.

Bueno, vamos a intentarlo, a ver cómo se me da, pensó. La suerte, tan esquiva los últimos días, le sonrió: la puerta, de madera de roble, blindada, le duró dos minutos porque sólo habían cerrado con llave

una de las dos cerraduras, la más sencilla, que no resistió sus forcejeos con una tarjeta.

¿Se habrá marchado precipitadamente?, se preguntó Torca. La vivienda, sin embargo, parecía preparada para una sesión fotográfica de una revista de moda. Sin una mota de polvo, impecable y ordenada. Antes de entrar en faena, Torca recorrió las estancias para hacerse una idea del tiempo que tardaría en registrarla. El ático superaba de largo los trescientos metros cuadrados, repartidos en dos salones, un despacho, cuatro dormitorios, una cocina, cuatro cuartos de baño y el recibidor, sin contar con las dos terrazas.

Empezó por el dormitorio principal, una *suite* con vestidor que se prolongaba en el despacho. Descubrió que Jorge Barberá coleccionaba minerales y que el ordenador de sobremesa sólo lo usaba para jugar al póker. Mal principio. Por la ropa y la decoración del siguiente dormitorio dedujo que no compartía cama con su esposa. Los otros dormitorios parecían sacados de un hotel, carecían de recuerdos. No tienen hijos, o si los tuvieron ya no pasan las vacaciones en el nido.

El salón principal, recargado con porcelana de Lladró, jarrones y revistas del corazón, le pareció territorio femenino. El otro salón, en cambio, le interesó más: supuso que Jorge Barberá campaba por ahí a sus anchas. Destacaban un mueble bar con una excelente dotación de jerez, oporto y whisky de malta, una mesa de póker y una pequeña biblioteca con libros de caza y pesca. En las paredes de ese salón había colgado las cabezas disecadas de un toro, un corzo y un ciervo, un par de sables decimonónicos y tres óleos con escenas de caza. Como en el resto de la casa, no había una mota de polvo.

En un aparador de ébano encontró una amplia colección de fichas de casino. La examinó con calma. Ocupaba varios cajones. Al parecer, Jorge Barberá adquiría las fichas de un casino y las enmarcaba siempre con los mismos materiales, en unas planchas con los bordes de acero y el fondo de terciopelo. Luego, clasificaba las planchas por países, y las ordenaba cronológicamente. En el caso español, contaba con bastantes fichas de principios del siglo XX y también con varias de casinos inaugurados en los últimos años.

En el último cajón del aparador, Jorge Barberá almacenaba las fichas que todavía no había enmarcado. Pocas, comparadas con el resto de la colección. Guardaba fichas procedentes de las islas Canarias, de Grecia y, por fin, de un clavo ardiente al que agarrarse: de un casino de Gibraltar, el Lucky Yacht.

Torca fotografió las fichas gibraltareñas y continuó registrando la casa. No encontró nada más. Salió a la calle y se metió en el restaurante japonés. Pidió sake, unos *makis* de atún y una tempura de verduras. Llamó al taxista y quedó allí con él tres cuartos de hora más tarde. Mientras le servían la comida, navegó con el teléfono.

El Lucky Yacht, además de un casino flotante, era un hotel de lujo con piscinas y restaurantes: *Fondeado desde principios de año en el puerto de Gibraltar, en la zona de ocio de Ocean Village, el yate ofrece unas vistas únicas al estrecho de Gibraltar, a la bahía de Algeciras y el continente africano. Con 133 metros de eslora, dispone de doscientas habitaciones, distribuidas en seis pisos…*, leyó en su página web.

Torca prescindió de los palillos. Pinchaba la comida con el tenedor mientras continuaba manejando el teléfono con la mano izquierda. La web del casino incluía un recorrido virtual y un plano con la distribución de las *suites*, las zonas de ocio y el casino.

En Google Maps consultó cuánto tardaría por carretera hasta Gibraltar: podía cubrir los setenta y siete kilómetros de distancia, por la autopista del Mediterráneo, en poco más de una hora.

Pidió más sake y recapacitó unos minutos. El hermano de Barberá podía haber viajado a Gibraltar sólo para jugar en el casino y para continuar aumentando su colección de fichas, sin ningún otro motivo. Y Mario Barberá podía ocultarse en cualquier otro sitio. Lo más probable es que estuviera escondido a miles de kilómetros de Gibraltar. Pero Maddie Cruz quizá ya estaba allí.

Buscó más información sobre el Lucky Yacht. La prensa andaluza no se había hecho eco de la inauguración del yate, durante las pasadas Navidades, pero en cambio varias webs del mundo del juego habían publicado noticias sobre el nuevo casino. Casi todas reproducían, dedujo Torca, una nota de prensa dirigida a los clientes potenciales: por un lado resaltaban que el yate contaba con un centenar de máquinas, seis ruletas y cuatro mesas de juego, y con dos *suites* exclusivas, privadas, para jugadores. Por otro explicaban que el proyecto había surgido tras el acuerdo entre la cadena hotelera noruega Orange Time y la empresa de juegos LuckyLuck, dueña de otros dos casinos en Malta. También resaltaban que Gibraltar, «la capital mundial del juego *online*», por la multitud de empresas de juegos y apuestas radicadas ahí, afianzaba así su propósito de convertirse en una parada obligada para los jugadores internacionales.

Torca pidió la cuenta. Mientras se la traían, en la web de LuckyLuck se topó con una conexión inesperada. En el apartado de información corporativa resaltaban que tanto los casinos malteses como el gibraltareño habían recibido «el prestigioso sello de eficiencia energética de Shafinsa, otorgado a proyectos sostenibles».

Si la memoria no le fallaba, en uno de los primeros informes de Paco Cifuentes sobre Mario Barberá, dentro del entramado de sus sociedades figuraba Shafinsa.

Se guardó el teléfono. Podía seguir indagando, pero ya disponía de indicios suficientes. Y el tiempo corría en contra de Maddie Cruz.

Llamó a Laguna & Campbell.

—Me pillas de milagro. En nada me piro a comer. Cifuentes ya se ha marchado a papear y Luis no ha pisado en toda la mañana el despacho. Poco puedo hacer por ti... —le dijo Marisa.

—Eso es lo que tú dices. Por mí puedes hacer muchas cosas.

—¿De verdad? No me busques, que me encuentras —le contestó Marisa. Engatusada, la secretaria volvía a las andadas.

—Pues te buscaré. Pero hazme un favor más. Si es posible, ahora. Resérvame una habitación de aquí al lunes en el Lucky Yacht de Gibraltar.

—¿Yacht? ¡¿En un yate?! ¿En Gibraltar? ¿Esta noche? Para ti... ¿y para quién más? Eres único. ¿Ayer te disparan y ahora te vas de finde romántico?

—Marisa, no te pongas celosa que no hay motivos. Soy un solterón. Ojalá pudieras venirte, no te digo más.

—Sí, seguro. Que ya vi cuántas ganas de verte tenía la chica que se presentó ayer por la tarde... ¿Te vas con ella?

Torca dejó de tontear. Marisa no sabía de la misa la media. Sólo que le habían disparado. Bajó aún más la voz.

—Marisa, esa chica está en peligro. Es la hermana de la mujer que lanzaron al Manzanares. Reserva una *suite* lujosa. Si puede ser, en proa y en la cubierta superior.

—Vaya, Juan. Otra vez empieza por el principio. Ahora mismo me pongo a ello.

—Gracias, Marisa. Y luego cuéntaselo a Luis.

—Vale. Y ten cuidado.

Luis Laguna, advertido por Marisa, le telefoneó cinco minutos después, cuando ya esperaba al taxi a la sombra de una palmera.

—Juan, eso no se hace. ¿Te largas a Gibraltar sin avisarnos?

—Qué va. Te acaba de avisar Marisa, ¿no?

—Ya me entiendes. ¿No quieres que te acompañemos?

—No, mejor no. Además, el inspector Carballera me ha contado que están colaborando con la policía gibraltareña, voy para nada...

—Ya. Lo que tú digas. —Laguna conocía de sobra a Torca—. En fin, Marisa ya te ha reservado la *suite*. Y acabo de enterarme de lo otro por Cifuentes: o sea, que justo hace un año de la muerte del hijo de Mario Barberá. Y quieres que se lo suelte yo a Carballera, ¿verdad?

—Bueno, quizá ya lo sepan. Pero por si acaso díselo tú, que no te viene mal llevarte bien con las autoridades, ¿no?

—No. Pero, de todas maneras, ¿no será mejor que se lo expliques tú mismo a Carballera? Y de paso le avisas, conviene que sepa que bajas a Gibraltar, ¿no te parece?

—Claro. Ahora mismo lo llamo.

Laguna dejó de contenerse.

—Ahora... o cuando te salga de los huevos, Juan. ¡Pero no vayas a

tu bola! Nos tiramos toda la noche contigo y en cuanto puedes pasas de nosotros. Pero no es sólo que a Jandro le hayas dado con la puerta en las narices: para salvar a Maddie será mejor trabajar en equipo, ¿no?

Torca también elevó la voz.

—¡Y acaso no estoy haciendo eso! Le he dado a Carballera todo lo que tenía. Hoy mismo he pedido a Cifuentes y a Marisa que me ayuden. ¡Y sé que no estoy muerto por vosotros! Si no es por ti y por Jandro no me pongo el chaleco. Pero ahora, hazme caso, poco puedo hacer. Y si hago algo en Gibraltar..., será mejor que sea solo.

—Eso lo dices tú. No yo. Que ya nos conocemos, ¿eh?

—Sí. Pero debo colgar ya.

El taxi se detuvo junto al japonés.

—Llama tú a Carballera —dijo Laguna—. Dile lo que quieras sobre tu excursión. Pero es importante que lo sepan. Y, si aún no lo han averiguado, que se enteren de que Mario Barberá actúa para vengar la muerte de su hijo.

***

El taxista de Fuengirola olía a fritanga.

—Jefe, ¿ha comido por aquí?

—¿Yo? Ni loco. Los sablazos me sientan fatal. He salido escapado de esta zona. En el taxi aprendes como nadie a comer *fast food*, pero de calidad. Por cinco euros me he pimplado unos *pescaítos* que hacían perder el sentido. ¿Y usted qué tal?

—Imagine. Me han clavado cincuenta en un japonés, y sigo hambriento.

El taxista se echó a reír.

—El pescado crudo, para los gatos. Si quiere en Málaga le dejo en un sitio donde se puede pegar un homenaje con marisquito del bueno. ¿Qué me dice?

—Que me han organizado otra reunión. En Gibraltar. ¿Puede llevarme hasta allí?

—Para eso estamos. ¿Cogemos la autopista?

El taxista no vaciló. Torca le había dado una buena propina al pagar la primera carrera.

—Adelante. Y si no le importa, voy a echar una siesta, que hoy me espera una noche ajetreada.

—¡Eso está bien! Pero cuando lleguemos a La Línea de la Concepción tendrá que despertarse. En la frontera nos pedirán el carné de identidad.

Torca cerró los ojos. Repasó lo ocurrido en los últimos días. Una vez dentro de Gibraltar le diría a Carballera lo averiguado sobre el

hijo de Barberá. Pero tenía claro que no iba a comentarle nada sobre el Lucky Yacht. Si encontraba a Mario Barberá, nadie iba a interrogarle mejor, y más rápido, que él.

Se acordó de la libreta donde había anotado las palabras clave. La había dejado en Madrid. Mentalmente, tachó a Eva Canga. Y el hormigón y el grafeno. A Juan Mari Butrón poco o nada tendría que contarle.

Una hora o un minuto más tarde, el taxista volvió a hablar al detenerse en un peaje.

—Buena cabezada se ha echado. Pero todavía queda un poco. ¿Luego dónde quiere que le deje?

Torca bostezó antes de responderle.

—Si no le importa, dentro. Y así aprovecha y se compra unos cartones de tabaco.

—No es mala idea, pero lo dejé hace tiempo. Aunque, vamos, yo me meto donde quiera.

El Peñón, un istmo de cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, se agigantaba según se acercaban a la costa. En La Línea de la Concepción, el pueblo limítrofe con Gibraltar, abundaban las construcciones bajas y humildes.

—Vaya contraste con Marbella —dijo Torca.

—Aquí viven de la pesca cuando pueden. Y del contrabando cuando les dejan —respondió el taxista.

El coche desembocó en una carretera paralela a la playa de Levante. Al detenerse antes de coger una glorieta, el taxista señaló en dirección contraria al Peñón.

—Eso de la derecha es Algeciras. Un hermano de mi señora trabaja en el puerto. Podía estar peor, aquí hay paro para dar y regalar.

—Pues ha tenido suerte, ¿no?

—Mucha —dijo el taxista—. Aquí la crisis se ha cebado con la gente. Pero él se queja hasta por respirar. Y no puede ni ver a los gibraltareños. ¿Sabía que el Peñón tiene más túneles que agujeros un queso gruyer? En la Segunda Guerra Mundial excavaron un montón para protegerse de los aviones nazis. «Pues ojalá gracias a esos túneles se venga abajo el Peñón, con los putos monos», eso dice mi cuñado.

—¿Y por qué le caen tan mal? —preguntó Torca.

—Por todo. Si empieza no para. Y ahí le doy la razón. ¿Ve esos petroleros?

El taxista señaló al mar. Entre las barcazas y los pesqueros, destacaban un par de enormes embarcaciones.

—Lo llaman *bunkering* o algo así. Los barcos repostan en Gibraltar. En sus aguas. Además de ser un paraíso fiscal y un nido de contrabandistas, han convertido el mar en una gasolinera. Hasta que

un día jodan la bahía, eso dice mi cuñado.

—¿Y por qué iban a hacer eso? —preguntó Torca.

—¿Se acuerda de cuando se contaminó de petróleo la costa gallega? Pues sería un chiste comparado con lo que puede pasar aquí con esos petroleros. O con los submarinos nucleares ingleses que suelen hacer escala aquí. Es cuestión de tiempo, eso dice mi cuñado.

El taxista giró hacia la izquierda. Hacia Gibraltar. Mientras se acercaban a la frontera, Torca reparó en que ignoraba si las gemelas Cruz y George Barberá se habían bañado en la parte española de la playa, la más extensa, o en la gibraltareña. Aunque eso da igual, pensó.

Al pararse ante un semáforo en rojo, observó la playa. La comparó con la marbellí. Más pobre, menos cuidada, pero no parecía un escenario de cartón piedra. La otra, repleta de veraneantes, chiringuitos, restaurantes y tiendas, ofrecía un Mediterráneo de postal, idílico, salpicado por embarcaciones de recreo, que cualquier turista adinerado podía confundir con otras playas similares de la costa azul francesa o una isla griega. Las aguas de la bahía de Algeciras, surcadas por decenas de barcos, revelaban que el mar nunca cierra por vacaciones.

A Torca le costó imaginar allí el pique de las gemelas con el heredero de Barberá. En una playa abierta y turística, a un nadador le puede tentar avanzar hacia el horizonte. En cambio, nadar allí tenía tanto encanto como correr por un polígono industrial. Y sería tan peligroso como pasear por una autopista.

Aprovechando que el taxista estaba afanado metiendo monedas en el último peaje antes de llegar a La Línea, Torca había ocultado la pistola bajo el asiento. La recuperó al atravesar la frontera. Después de que un agente le preguntara por qué visitaba Gibraltar.

—Por ocio. Voy al casino —respondió.

17

GIBRALTAR

A las cinco de la tarde Torca subió al yate con la americana al hombro y la camisa arremangada. Sudado. Y cansado.

El taxista le había dejado en el puerto deportivo, pero el casino flotante estaba fondeado en una zona ganada al mar, nueva, cercana a la frontera. En vez de ir en línea recta, Torca había callejeado durante cerca de media hora, sin rumbo fijo al principio y luego por los alrededores del colegio de Maddie, para empaparse del ambiente. En las estrechas calles del casco antiguo, plagadas de tiendas, no había detectado ningún dispositivo extraordinario: si la policía gibraltareña buscaba a Maddie y a su captor, ya habían peinado esa zona. Tan sólo se había cruzado en un par de ocasiones con un *bobby* de brazos tatuados que hacía la ronda mientras soportaba estoico los vaivenes de los turistas. Tampoco había advertido nada extraño cerca del colegio de Maddie. Ese viernes por la tarde varios niños jugaban en el patio, pero no vigilaban la zona agentes uniformados ni de paisano.

En cambio, después de consultar con atención en el teléfono el mapa de Gibraltar y una web turística, había descartado merodear cerca del supermercado y los apartamentos de Antonio Cruz. Sobre todo, por un motivo: los negocios del padre de las gemelas se hallaban demasiado lejos, en el otro extremo de Gibraltar, en La Caleta. Para llegar hasta allí había que rodear el Peñón. El casco antiguo, el puerto deportivo y la mayor parte del territorio gibraltareño miraban a la bahía de Algeciras, se encontraban en la parte oeste de la Roca. En la zona este, en cambio, mucho más estrecha, apenas había espacio para una carretera y unas pocas edificaciones. A Torca le urgía entrar en el yate, tratar de encontrar a Mario Barberá. Ignoraba, además, el paradero de Antonio Cruz y su hija Lisa. Quizá se hallaban custodiados en Gibraltar o al otro lado de la frontera, en la zona española.

En cuanto cruzó la pasarela y puso un pie en el vestíbulo, Torca dejó atrás el cansancio. Caminó erguido, con un aire despreocupado, hacia la recepción.

El inmenso recibidor no parecía propio de una embarcación. Sólo

los ventanales redondeados, que recordaban a unas enormes claraboyas, daban al lugar un toque marinero. En la parte central se enroscaba una imponente escalera. A la derecha, además de la recepción, se encontraban los ascensores. Y a la izquierda un letrero luminoso marcaba el camino a los jugadores. Aunque el casino, según había advertido Torca al acercarse al yate, también contaba con otro acceso exterior.

Detrás del mostrador, una joven le señalaba a un matrimonio, en un mapa, dónde se encontraba el pub más antiguo de Gibraltar, y otro veinteañero explicaba por teléfono cómo se podía llegar hasta el embarcadero en coche. Ambos hablaban en inglés, pero, cuando el matrimonio se alejó de la recepción, la joven se dirigió a Torca directamente en español.

—Buenas tardes, ¿qué desea?

—Una habitación. Tengo una reserva a mi nombre —dijo Torca mientras sacaba de la cartera el carné de identidad.

La recepcionista cogió el carné y cotejó los datos de Torca en el ordenador. Era una pelirroja pecosa y sonrosada, que trataba de encorsetar su exuberante juventud con unos modales exagerados. Una *spice girl* disfrazada de institutriz, pensó Torca.

Los recepcionistas, tanto en una pensión de mala muerte como en un hotel de lujo, suelen estar curados de espanto. Nada les extraña. Pero, como bien sabía por Nerea, no se les escapaba ningún detalle. Por eso suelen ser una excelente fuente de información. Más pronto que tarde, Torca pretendía acceder al listado de pasajeros e inspeccionar el hotel. Necesitaba aliados.

—Muy bien. Solicitó una *suite* en la cubierta superior, pero en la proa ya estamos completos. Siento decirle que sólo podemos ofrecerle una habitación con las mismas prestaciones en la popa.

—Vaya. ¿Pero también se encontraría en la cubierta superior?

—Sí, las *suites* gran clase sólo se encuentran en ese nivel. Si no supone un inconveniente...

—No pasa nada. Adelante. Vengo a jugar, salvo que cambie mi suerte no creo que la pise mucho...

La joven no le siguió la corriente y se enfrascó en el teclado. Sólo volvió a sonreírle cuando le entregó el carné y la tarjeta de la habitación.

—¿Necesita que le ayuden con el equipaje?

—No, gracias. He aparcado fuera del embarcadero, luego lo traeré.

—Estamos a su servicio. ¿Necesita algo más?

—Sí. Tengo dos consultas —dijo Torca—. Me gustaría poder jugar esta noche al póker, ¿es posible?

—En el casino, a la izquierda, le atenderán. ¿En qué más puedo

ayudarle?

—En poco más. Sólo me queda una duda: ¿por qué se ha dirigido a mí en español antes de que yo abriera la boca? ¿Tanto se me nota?

La joven, descolocada, se sonrojó aún más.

—Perdóneme si le ha molestado.

—Qué va, al contrario. Se lo pregunto por curiosidad. Aquí sobre todo se alojan ingleses, ¿no?

—En efecto, así es —respondió—. Pero usted...

—¿Sí?

—¿No es actor? Juraría que lo he visto en una película de Almodóvar.

Torca sonrió.

—Como no tenga un doble... Soy auditor de conocimiento.

Al ser fichado por Juan Mari Butrón, la década anterior, el jefe de recursos humanos de EuCorp un buen día entró en el despacho de Torca. «Oye, ¿y qué ponemos en tus tarjetas? ¿Y aquí?», había preguntado señalando la puerta. «Dice Butrón que elijas tú el cargo, ¿director de seguridad te parece bien?» Torca prefería algo más discreto y etéreo. Por ejemplo, gestor de desechos, como Tony Soprano. La propuesta del directivo, *knowledge auditor*, le gustó. Cuando acompañaba a Butrón y a otros gerifaltes de la compañía podía hablar de sus anodinas ocupaciones como experto en gestión del conocimiento sin despertar sospechas.

***

La *suite* tampoco parecía un camarote. Tan extensa y ostentosa como la de cualquier hotel de lujo, se distinguía porque contaba con una terraza que daba a los restaurantes y bares del puerto. Torca salió. Apenas se veía el mar. Las *suites* de proa, en cambio, disponían de terrazas con unas vistas excelentes sobre la bahía. El mejor lugar para asistir en primera fila a una tragedia.

Era pronto para bajar al casino, o para andar fisgoneando por el yate. Torca se pegó una ducha. Con la toalla en la cintura, inspeccionó la habitación. Encontró una plancha, pero echó en falta una cuchilla de afeitar. Llamó abajo. Lo cogió el otro recepcionista, pero pidió que le pusiera con su compañera.

—¿Qué desea? —le preguntó la *spice girl*.

—¿Se lo digo de verdad?

—¿Cómo dice?

—Nada. ¿Podría subirme un kit de afeitado?

—Claro. Ahora mismo.

Necesito una aliada, no un ligue. Pero algo habrá que hacer para sonsacarla, se dijo Torca.

Toquetearon la puerta cinco minutos más tarde, cuando ya se había planchado la camisa. Abrió. Pero, en vez de la chica, un botones uniformado le tendió una cajita.

—¿Desea algo más?

Torca activó el plan alternativo sobre la marcha.

—Sí. Igual puedes ayudarme. No me hago con los mandos del aire.

—No es el primero. ¿Puedo pasar?

—Adelante.

El chaval, un andaluz de apenas veinte años bastante despierto, rodeó la cama, se agachó para pulsar la pantalla del teléfono y le mostró cómo manejar las diversas luces del cuarto, el aire acondicionado y las cortinas. Torca le tendió un billete de veinte euros.

—¿Te vale, o aquí sólo se aceptan propinas en libras?

El botones se echó a reír y cogió el dinero.

—Tan locos no estamos, caballero. ¡Mil gracias! ¿Qué más puedo hacer por usted?

—Nada más, por ahora...

El chico pilló la directa.

—¿Y luego va a necesitar algo?

—Vengo a jugar. Necesitaré suerte.

—Poco puedo hacer entonces yo por usted. Sólo desearle que la suerte le sonría.

—Ya. No queda otra.

El botones se dirigió hacia la puerta, pero Torca lanzó el anzuelo.

—Por cierto, ahora que caigo; igual puedes ayudarme.

—Si está en mi mano, aquí me tiene.

Torca tiró del sedal.

—Verás. Hace unos días vine a jugar, sin alojarme aquí. El caso es que hice buenas migas con uno de los huéspedes del hotel y me gustaría tener una atención con él.

Al botones le cambió la cara. Todavía no sabía disimular.

—No, no pienses mal. Ni bien. Es un hombre mayor, casi un anciano. Pero me dio suerte y, como te decía, me cayó bien. Y sabe cuidarse. Bebe whisky de malta de dieciocho años. ¿Podría subirle una botella de Glenlivet y cargarla a mi habitación?

—Pues sí, supongo que sí. No habría inconveniente.

—Se lo agradecería mucho.

—Bueno, dígame su habitación y veré qué se puede hacer.

—Ese es el problema. Coincidimos en la mesa de *blackjack*. Él perdió. Yo me forré. Bebimos, charlamos, pero no llegamos a presentarnos. Sólo sé que anda por aquí. Tendrá setenta años, metro sesenta, muy canoso, bastante gordo y, creo yo, con un ojo averiado o

de cristal.

—Pues entonces la cosa se complica... Ahora mismo no caigo.

Torca cogió la cartera.

—Voy a ir de cara: me habló de una partida de póker, de una timba a la que sólo se apuntaba gente de confianza. Y me gustaría que me enrolara en esa partida. Ya me entiendes, ¿no?

—Sí, claro —respondió el mozo.

—Hacemos una cosa —dijo tendiéndole otro billete—, sin compromiso. Si no es molestia haces memoria, echas un ojo al ordenador o, no sé, preguntas a algún compañero. La memoria me flojea: se apellida Barberá, pero tampoco pondría la mano en el fuego. Si puedes busca ese apellido, pero no lo tengo muy claro. —Si el empresario se hallaba en Gibraltar, supuso que ocultaría su verdadera identidad—. Bebí bastante. Del ojo sí que me acuerdo, eso sí. En fin, si encuentras a ese hombre, bien. Si no, no pasa nada, igual esta misma noche me lo vuelvo a encontrar jugando al *blackjack* o en algunos de los bares del yate o de la zona y asunto resuelto. Pero sabré agradecer cualquier ayuda...

—Estupendo, caballero. Si averiguo algo, ¿le busco aquí?

—En breve salgo. Pero me podrás encontrar en el restaurante o después en el casino.

***

Torca bajó a cenar a las ocho de la tarde. Hora de guiris, se dijo. Pero el restaurante estaba casi vacío, así que dio un garbeo por el yate. Subió por las escaleras, bebió un jerez en un pub interior, tomó otro en el bar de la piscina, pidió otro más en el casino mientras echaba un ojo a los escasos jugadores que perdían dinero en las tragaperras y en las mesas... No encontró a nadie con el menor parecido con Mario Barberá ni con su hermano Jorge. Hambriento, se metió en el restaurante y se dejó aconsejar por el *maître*, un gaditano que le ofreció fuera de carta un salmorejo de tomates raf con jabugo y una dorada a la sal. Cuando pidió la cuenta, le repitió al *maître* la historieta del jugador al que quería agasajar con un whisky de malta.

—Ese hombre aquí no está alojado. Fijo. O al menos aquí no ha comido.

—Será un jugador, igual sólo viene al casino.

—Podría ser. ¿Cuándo dice que lo vio?

—Hace unos días —dijo Torca, por decir algo—. Creo que fue el lunes o el martes.

—Entre semana esto se llena de gente que vive en los apartamentos de la zona o procedente de otros hoteles. Igual sólo vino a jugar.

Torca subió al bar de la piscina para fumarse un cigarro. Pidió un vodka y se sentó en la cubierta. Poco después apareció el botones.

—Me ha costado encontrarle, caballero. ¿Puedo molestarle un minuto?

—Y dos —respondió Torca—. ¿Lo has podido encontrar?

El mozo encogió los hombros.

—No. No ha podido ser. Y sepa —bajó la voz— que he hecho lo imposible. En las últimas semanas no se ha alojado ningún Barberá ni ningún Barbero ni nadie con un apellido similar. Además, he mirado una por una las fichas de todos los pasajeros. Aquí se registra poca gente mayor, en esta época del año sobre todo se alojan parejas jóvenes y grupos de amigos. No hay nadie como su amigo.

—Bueno, al menos lo has intentado. Tal vez reside en algún apartamento o se aloja en otro hotel. Gracias de todas maneras.

Mientras Torca sacaba la cartera decepcionado, el mozo susurró:

—De todas maneras, si quiere jugar una buena partida de póker, en la sala Nelson, en la sobrecubierta, hay una en marcha. Es cerrada, acabo de pasarme y ahí no he visto a su amigo, pero de todas maneras ya he dado su nombre, caballero, por si quiere asistir.

Torca redobló la propina. Defraudado, pensó que viajar a Gibraltar había sido una idea nefasta. Maddie Cruz podía estar en cualquier parte. Igual que Mario Barberá. Aunque una de sus muchas empresas hubiera trabajado para el casino, él no tenía por qué haberlo pisado nunca. Y mucho menos ahora.

Eran las diez y media de la noche. Mal momento para llamar a Carballera, pero tampoco quería dejarlo para el día siguiente.

—¿Dígame?

—Soy Torca.

—Ah. ¿Y qué quieres?

—Poca cosa. Contarte que en la agencia hemos averiguado algo que igual no sabéis.

—Pues dime.

Torca ya se arrepentía de haber llamado. El inspector parecía tan harto y desalentado como él.

—No me confundí la última vez que hablé contigo. Había dos Jorges. El hermano y un hijo.

—¿Había? ¿Qué quieres decir?

—El hijo de Mario Barberá murió ahogado en Gibraltar. Hace un año.

—¡Carajo! ¿Y cómo es que nadie me ha informado de eso?

—No me digas. En la prensa sólo salieron sus iniciales.

—¿Y dices que fue aquí en la bahía?

—Sí. Pero hay algo más: murió el 1 de julio, el mismo día que Rebecca Cruz..., y al parecer cuando estaba nadando con las dos

gemelas.

—¡Su puta madre! ¡Eso lo explica todo!

—Mario Barberá se está vengando —dijo Torca—. En fin, espero que la información sirva para algo. Sobre todo, creo yo, para proteger a la otra gemela. Si mata a Maddie, será la siguiente.

—Sí, puede. Ahora aviso a la policía gibraltareña —dijo el inspector—; la otra hermana y el padre están bajo su custodia. En fin, más nos vale hacer algo cuanto antes.

Torca dedujo que seguían estancados.

—¿Qué tal? ¿Habéis avanzado algo?

—Poca cosa —confesó Carballera—. Y tampoco nos estamos entendiendo demasiado bien con los gibraltareños, la verdad. Mucha palabrería, pero ahora que hemos bajado se empeñan en que cada perro vigile su rebaño...

—¿Pero no acabas de decir que estás en Gibraltar?

—Ya me gustaría. Hoy duermo en Algeciras, al lado, pero dudo mucho que pueda cruzar la frontera... En las primeras conversaciones, entre policías, fluía la información, pero en cuanto los políticos se han metido en medio, ya se ha enmierdado todo. Ahora mismo que aparezca otro cadáver les asusta menos que un posible conflicto diplomático. Una jodienda.

Torca decidió entonces revelarle su paradero.

—Pues yo estoy en Gibraltar.

—¿¡Cómo!?

—No aguantaba en Madrid. No quiero interferir, pero...

—Torca, no hay pero que valga. Sobre todo ahora. Sin ti no tendríamos nada. Si averiguas algo, lo que sea, llámame. Pero no hables con ellos.

—Así haré.

Carballera respiró hondo, asimilando las novedades.

—Bueno, bueno. Estás allí. No dejas de sorprenderme. ¿Y has averiguado algo más?

—No. Sólo me ha extrañado que no haya mucha presencia policial en las calles.

—Pues nos han dicho que han puesto a toda su gente en alerta —dijo Carballera.

—No serán muchos, no sé.

—Bueno, nosotros no vamos a rendirnos. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para que nadie arroje el cadáver de Madelaine Cruz en la bahía de Algeciras. Ni en las aguas de Gibraltar ni en las nuestras.

Torca apretó los dientes. Carballera daba por hecho que Maddie ya había muerto.

—Ojalá podáis liberarla.

—Ojalá. Me guardo tu teléfono. Y tú ya tienes el mío. Ya sabes... —bajó la voz—, si en Gibraltar descubres cualquier cosa, avísame. Sé que vas a continuar ayudándonos, y a estas alturas no seré yo quien te lo impida. Por eso voy a contarte algo que no debe salir de aquí, ¿vale? Algo que puede hacer que mires todo de otra manera...

A Torca le extrañó el tono de Carballera.

—Dime.

—Hay algo que no hemos contado a los medios. Sabemos que el asesino de Rebecca Cruz usó una furgoneta municipal para arrojar el cadáver al río. Una de las que se utilizan en los jardines del Manzanares para podar árboles y quitar ramas que pueden provocar accidentes. No se rompió la cabeza. Robó la furgo esa misma noche. ¿Adónde quiero ir a parar? Es probable que aquí o en Gibraltar, si es que ya está dentro, recurra también a algo similar. Que utilice lo que tenga a mano. Es un tipo inteligente que no se complica la vida.

—Vale. Lo tendré en cuenta.

***

Torca pidió otro vodka, dejó atrás la piscina y se acodó en una barandilla. Bebió despacio. Desde allí la bahía de Algeciras, perlada con las luces de las embarcaciones, parecía un destino turístico más que industrial.

18

PÓKER

Un secretismo infantil y una nube de tabaco envolvían la timba de póker. Torca entró en la sala Nelson cuando el gorila que custodiaba la puerta descifró su nombre, garabateado a mano, en una tarjeta de cartón.

Un fulano trajeado le cantó de carrerilla las normas de la partida mientras le exigía que cambiara mil euros en fichas para poder sentarse. Pero Torca hizo oídos sordos.

—¿Puedo mirar primero?

—Eso no cuesta. Pero tampoco es divertido —contestó el tipo.

La intuición le había fallado. Aquí no pinto nada, se dijo Torca en cuanto echó una ojeada. Ni en este yate. Ni en Gibraltar. La he cagado desde el principio. Sólo me queda beber y aguantar: soportar lo que le pase a Maddie y soportarme.

La sala orbitaba en torno a la mesa de póker, ocupada por cinco jugadores, y además incluía varios sillones y mesitas en un extremo y, en el otro, junto a la terraza, una pequeña barra con banquetas.

Torca pagó veinte euros por un vodka doble y salió a la terraza. Era un poco más amplia que la de su *suite*. Desde allí contempló durante unos minutos la partida, aunque pronto se aburrió. Ninguno de los jugadores pasaba de los treinta años. Vestían ropas informales. Un cenutrio no se había quitado una gorra de béisbol y otro fantasma se cubría con unas enormes gafas de sol.

Alrededor de ellos, otros jóvenes no perdían detalle de las jugadas mientras abrevaban alcohol, y en cuanto se descubrían las cartas y las fichas cambiaban de manos, rompían el silencio para animar a sus colegas.

Una rubia con trenzas y minifalda situada detrás del cenutrio con gorra se fijó en Torca y salió fuera, algo beoda, con un paquete de tabaco y una pinta de cerveza.

—Necesito respirar. ¿Quieres uno? —le ofreció en un inglés rústico, con acento germano.

Torca cogió un pitillo. Dentro, el de la gorra ordenaba sus fichas, satisfecho después de ganar una buena mano.

La mujer lo repasó de arriba abajo, sin pudor, le contó que se llamaba Gretchen, que era de Hamburgo y que el domingo se iba con sus amigos a Benidorm. Y le preguntó:

—Eres español, ¿verdad?

Otra igual, pensó Torca, como si llevara la bandera cosida en la frente.

—Creo que sí. ¿Cómo lo has adivinado?

—Es fácil. Si estuviera en Roma, diría que eres italiano. Aquí sólo puedes ser un *Spanish lover*. ¿Sabes torear?

Torca, que casi ya iba tan perjudicado como la joven, respondió esta vez en español:

—No te jode. Faltaría más. En Burgos antes de dejar el biberón ya estamos dando capotazos a las vaquillas.

—*Sorry*? No *speak* español, *my friend* —respondió la alemana.

Torca volvió al inglés.

—No soy torero. Ni actor. Y aquí no hago nada.

La joven, inmune al desaliento, continuó interrogándolo.

—¿Tú no juegas? —le preguntó.

—Esto no me gusta —respondió Torca.

—¿Entonces a qué juegas?

Aunque se le pasó por la cabeza hablarle del mus y explicarle por qué aborrecía el póker, optó por apurar la copa. Y cambiar de aires. Le respondió que prefería el *blackjack* y que se iba al casino a jugar un rato.

Podía pasarse la noche deambulando por Gibraltar, o emborracharse en el casino hasta que se fuera el último jugador, avivando con alcohol la vaga esperanza de que aparecieran en algún momento por ahí Mario Barberá o su hermano.

—El *blackjack* también me gusta. ¿Puedo ir contigo? —le pidió la chica.

—¿Por qué no? —contestó Torca.

La alemana se despidió del jugador girándole la gorra. Al salir, el gorila les cortó el paso. No se podía ir por el hotel con vasos. La alemana se bebió de un trago más de media pinta sin inmutarse.

—Igual a tu chico lo abandona la suerte, ahora que te has ido —dijo Torca, ya en el pasillo.

—No es mi chico. Y piensa que en el póker la suerte... —la chica titubeó, su inglés macarrónico no daba para mucho—, la suerte no juega. Estadística, eso importa.

—Seguro —dijo Torca.

Dentro del ascensor, la alemana se apechugó contra él para tocarle la ceja.

—¿Te has pegado?

—Sí, contra un árbol.

A la alemana le dio un ataque de risa exagerado. Torca se miró en el espejo: parecía un payaso. Un payaso triste y borracho, sin gracia.

***

En el casino era hora punta. En torno al *blackjack* y a la ruleta se arremolinaban jugadores y mirones. Torca y la alemana se alejaron de las mesas y repostaron en la barra. La alemana se pasó al vodka. Luego exploraron despacio las dos salas del casino. Aunque en las numerosas tragaperras subía bastante la media de edad, abundaban las mujeres, y entre los escasos hombres mayores que pululaban por ahí ninguno guardaba parecido con los Barberá.

Ya he hecho los deberes, se dijo Torca, hasta aquí he llegado. Lo siento, Maddie.

Desde la primera copa había intuido que esta vez iba a morir ahogado en la orilla, sin lograr su objetivo. En cinco días había avanzado mucho: había descubierto todo, o casi todo, pero no había logrado nada.

Una sed amarga y biliosa lo atenazó. Le entraron ganas de lanzarse por la borda, de emborracharse de agua de mar. Pero el yate estaba bien amarrado. Pidió más vodka.

Se detuvieron frente a una tragaperras con más botones que una cabina espacial. Torca había cambiado quinientos euros en fichas. Algo tenía que hacer con ellos.

—Gretchen, siéntate. A ver cuánto te duran.

La joven tardó en fundirse las fichas. Al ganar un premio de cien euros le morreó. El pintalabios le supo a fresa. Una hora y otro vodka más tarde gastó la última ficha, y al incorporarse tuvo que apoyarse en Torca.

—Ahora juegas tú con mi dinero. Y no digas no.

Torca no rechistó, aunque de nuevo pagó la siguiente ronda. Gretchen cambió doscientos euros. Al regresar del cajero, encontraron un sitio libre en la mesa de *blackjack*.

Ya era la una de la madrugada. Torca apiló las fichas en cuatro bloques y se lanzó a jugar sin paciencia, apurando las opciones para sumar veintiuno. Los dos primeros bloques le duraron un suspiro, en ambos casos se pasó a las primeras de cambio. En el tercer intento, sacó un *blackjack*, pero la crupier, una veinteañera con el pelo recogido, lo igualó y se quedó con sus fichas. En el cuarto se plantó en veinte, y empezó a ganar.

Torca, a pesar de un par de reveses, mantuvo la buena racha durante más de un cuarto de hora, sin dejar de aumentar las apuestas. Hasta que un encargado detuvo el juego para sustituir a la crupier por un cuarentón de calva reluciente y ojos fríos. Los demás jugadores se

retiraron, pero se mantuvieron en sus asientos. Una docena de personas se agolpaban alrededor de la mesa expectantes.

A la alemana casi se le había pasado la borrachera. Durante el cambio de crupier había contado las fichas.

—¡Tenemos... unos quince mil euros!

—Tienes. Son tuyos —dijo Torca—. ¿Quieres que siga, o nos largamos?

Gretchen dudó.

—Son nuestros. Es mucho dinero, ¿qué hacemos?

El calvo, un perro viejo, miró con suficiencia hacia otro lado.

Torca se picó. Dividió las fichas en dos partes y preguntó a la joven.

—¿Echamos la última?

Boquiabierta, asintió bajando la cabeza.

Torca apostó los dos montones. El crupier le dio dos cartas. Dos sietes.

—¿Con catorce nos podemos plantar? —le preguntó Gretchen, que hasta entonces apenas había intervenido.

—No nos conviene —respondió Torca—. Es fácil que luego nos supere.

—Pero con cualquier figura nos pasamos...

El crupier enarcó las cejas. Torca le pidió otra carta.

—¡Otro siete! *¡Blackjack!* —gritó la alemana antes de estrujarle las costillas y meterle la lengua hasta la garganta.

El crupier se pasó de largo y el tiempo se diluyó. Gretchen se mantuvo cuerda el tiempo suficiente para cambiar todas las fichas, para meter en los bolsillos de Torca la mitad del dinero y para pedir en recepción que les subieran champán. Luego Torca, derrengado, descamisado y con pintalabios por toda la cara, consiguió descorchar el champán, pero no acertó a desabrochar el sujetador. Dio igual.

VI

SÁBADO, 6 DE JULIO DE 2013

«Que alguien me salve,
a veces despierto y soy yo.»

LOVE OF LESBIAN,
Planeador

19

CATALAN BAY

La alemana dormía la mona cuando Torca abrió un ojo, a las diez de la mañana. Abotargado, se metió en el baño en silencio, pero pegándose gritos. ¿Qué cojones he hecho? ¿Tengo el cerebro en la polla? ¡Imbécil! ¡No puedo ser más idiota!, se decía. Por fortuna, al salir de la ducha, cinco minutos después, la joven ya se había largado, después de trazar un corazón con pintalabios en el espejo del armario.

La resaca le embotaba el cerebro. Llamó al servicio de habitaciones, pidió un chute de café y se tumbó.

Un rato más tarde, el botones del día anterior llamó a la puerta. Torca le dejó pasar y se derrumbó en la cama. Después de que posara en la mesilla una bandeja con una botella de agua, un café doble y un par de tostadas, el chico le preguntó por la timba de póker.

—¿Qué tal anoche? ¿Se dio bien?

—Demasiado. Fatal. No me tengo en pie —balbuceó Torca.

—Pues no sé si alegrarme o darle el pésame —bromeó el botones —. ¿Y esta noche quiere volver a jugar?

En la deteriorada imagen que le devolvió el espejo, Torca encontró una novedad. La alemana le había marcado el cuello con un chupetón.

—¿Eh? No, no; hoy me iré pronto —contestó.

El botones chasqueó la lengua.

—Vaya, pues me he enterado tarde. Otra vez será.

A Torca le costó asimilar lo que acababa de oír.

—¿Tarde? ¿Qué quieres decir?

—Nada, que ayer salí a tomar algo. A veces nos juntamos con gente que trabaja en otros hoteles. Espero que no le pareciera mal, pero comenté que un cliente se había interesado por un jugador viejo, con un ojo de cristal o tuerto, y...

Torca, sorprendido, se levantó de la cama.

—¿Y qué?

—Igual se ha colado. Pero un amigo que trabaja en Catalan Bay dijo que allí se aloja un señor con un ojo de cristal. Es mayor, y debe de estar enfermo porque siempre le suben la comida a la habitación.

No tiene pinta de jugador.

Torca cogió del suelo el pantalón y pescó varios de los billetes que habían ganado en el casino.

—Entonces quizá no sea la misma persona —dijo Torca—, pero te agradezco mucho, de verdad, que hayas continuado buscándole. ¿Y te contó algo más? ¿Te dijo cómo se llama?

—No, creo que no.

—Ya imagino. Gracias de todos modos —dijo Torca según le entregaba los billetes.

—Acordarse de los nombres es complicado... Nos pasa a todos. En cambio, retenemos los números, eso cuesta menos. El de la habitación 304, eso es lo que me dijo. Gracias a usted, es muy generoso.

Nada más cerrar la puerta, Torca se abrasó tomando el café de un trago y volvió a la ducha. Esta vez para despejarse con agua fría.

***

La batería del móvil agonizaba cuando abrió el navegador. Leyó en una guía turística gibraltareña:

> *En la costa este de Gibraltar, mirando al mar y resguardado por el Peñón, que lo separa del casco urbano, brilla con luz propia Catalan Bay. Este antiguo pueblo de pescadores, en español llamado La Caleta, de indudable interés turístico, cuenta con varios restaurantes a pie de playa, un hotel y una iglesia.*

Torca encajó otra pieza más del puzle. Los negocios de Antonio Cruz se encontraban allí, en La Caleta. Siguió leyendo:

> *En el siglo XIX sólo podían residir en esta pequeña bahía quienes atesoraban un permiso de pesca otorgado por el gobernador. Muchos de los actuales pobladores de Catalan Bay son descendientes de esos pescadores, de origen genovés, y mantienen no sólo varios de los principales negocios de la bahía sino también las tradiciones de sus ancestros, como sacar en procesión desde el templo hasta el mar a la patrona de los pescadores de Gibraltar, la Virgen de las Angustias* (Our Lady of Sorrows).

Por la madre de las Cruz corría sangre genovesa, además de escocesa. Probablemente descendía de esos pescadores. Quizá las Cruz habían aprendido a nadar en esa playa. Quizá, pensó Torca, una de las hermanas, Maddie, iba a morir allí.

Torca se vistió y salió de la habitación a toda prisa. En el ascensor sacó el teléfono para buscar el mapa de Gibraltar que había consultado el día anterior, pero la batería dijo basta. Torca no tenía tiempo ni para comprar un cargador ni para resucitar al móvil. Antes de nada quería apretarle las clavijas a Mario Barberá, en el caso de que el huésped de la 304 fuera él. En recepción pidió un plano y preguntó cómo llegar a La Caleta.

—Hay que rodear la Roca. Por cualquier lado. Puede conducir siguiendo la costa y coger el túnel Dudley Ward. O tirar en dirección contraria, hacia la frontera, y girar hacia la derecha. Una vez en Sir Herbert Miles Road verá un aparcamiento y...

—¿Y caminando?

—En ese caso debe inclinarse por la segunda opción. Tardará alrededor de media hora. Aunque también puede coger un autobús que hace esa ruta, en esta glorieta —dijo el recepcionista mientras marcaba la ruta con un rotulador y hacía una cruz en la parada.

Torca salió. El sol caía a plomo. La caminata con resacón le podía dejar para el arrastre. Mientras bajaba al embarcadero, se cruzó con unos turistas y se fijó en que un mozo del hotel sacaba unas maletas de un Mercedes. Se acercó a él y le preguntó dónde podía coger un taxi.

—Mejor suba a recepción para que llamen. Pero en verano suelen estar muy solicitados, le tocará esperar.

Resignado a torrarse, echó a andar. Salió del embarcadero y al acercarse a la glorieta vio cómo un autobús se alejaba. Pero por fortuna se topó con una oficina de alquiler de coches en esa misma calle. Sin dudarlo, entró.

Un cuarto de hora más tarde, al volante de un Fiat 500, rodeó el Peñón por una zona poco transitada, con naves industriales, y llegó a Sir Herbert Miles Road. Con las ventanillas bajadas, alentado por la brisa marina, aceleró.

La carretera serpenteaba entre la costa y el Peñón. El Mediterráneo, abierto, sin las tenazas de la bahía, se fundía en el horizonte con el cielo. A la derecha la inmensa mole de la Roca jibarizaba las escasas edificaciones. Torca se sintió muy pequeño. La resaca se disipó según se acercaba a su destino.

Al llegar a La Caleta se detuvo para consultar el mapa que le habían dado en el hotel. El camino se bifurcaba. Además de la carretera principal, una tentadora rampa bajaba hacia la playa, rumbo a una mañana de sábado veraniega, sin preocupaciones, sembrada de sombrillas, toallas y cuerpos ociosos.

Desde allí, el mar parecía infinito. No se veía África, como desde las alturas del Peñón. Tampoco Algeciras ni La Línea de la Concepción, las tierras limítrofes españolas. La bahía de Algeciras, llamada por los británicos, cómo no, bahía de Gibraltar, quedada al otro lado de la Roca.

Navegaban algunas embarcaciones, pero muchas menos que en la otra parte.

Si las tripas no le engañaban, en el hotel encontraría a Mario Barberá. A un padre que se había ocultado donde había muerto su hijo. Porque su hijo se había ahogado en estas aguas, a este lado del Peñón. Lo supo en cuanto vio la playa. Ahí sí que imaginó a las hermanas Cruz con George, con Jorge Barberá. El breve del periódico indicaba dónde había aparecido el cadáver, al otro lado, pero las corrientes podían haberlo dejado allí. Sobre todo si había nadado mar adentro con las gemelas.

A Torca, detenido junto a una marquesina, le costaba apartar los ojos del mar. Debía avanzar, continuar por la carretera principal hacia el hotel, pero de nuevo se entretuvo: unos guiris achicharrados por el sol ascendían por la rampa. Se fijó en ellos: cargados con una sombrilla y unas sillas plegadas, no llegaron a ascender hasta su altura. Unos metros antes se metieron en una campa repleta de vehículos.

Los siguió con la mirada. Cuando abrieron el maletero de un Renault, se fijó en que en la campa no había aparcado ningún coche lujoso. El Porsche de Jorge Barberá habría resaltado allí como una atracción de feria.

Arrancó el motor, por fin. Debía dejar atrás el camino hacia la playa y seguir por la carretera principal. Pero de pronto le invadió una sensación extraña. Algo se le escurría. Una imagen, una idea, algo.

Sin saber muy bien por qué, bajó del coche. He visto algo, pensó. ¿Pero qué ha sido?

El mar seguía en calma. La playa era un hormiguero de calor y color. En la campa un Volkswagen en doble fila esperaba a que un Citroën dejara vacante su plaza...

Entonces lo vio. En un extremo de la campa, un taxi madrileño trataba de pasar desapercibido junto a una polvorienta camioneta que parecía llevar semanas ahí aparcada. Un Skoda como el que había visto al salir del hotel de Maddie Cruz.

Torca se acercó al taxi. Estaba vacío. Miró a través de las ventanillas con atención. Parecía limpio, demasiado limpio: no vio nada en el suelo ni en los asientos. No habrá ni una sola huella, se dijo.

Quedaba el maletero. No pensó que Maddie Cruz estuviera dentro. Ya no. Al contrario que Carballera, intuía que seguía viva.

El tipo era hábil. Y audaz. Le había disparado, había metido a Maddie en el taxi y había conducido hasta Gibraltar sin detenerse. Y antes del amanecer, antes de que se propagara la alarma, habría atravesado la frontera.

Torca sacó la pistola. Metió el cañón en la apertura del maletero, hizo palanca y consiguió reventar la cerradura. Como esperaba, no había nada. Pero se agachó para olfatear el interior. El sicario no había podido vaciarlo del todo. El maletero aún olía a Maddie. A la colonia que se había puesto después de nadar en la casa de Laguna.

Si su teléfono no se hubiera quedado sin batería, quizá entonces habría llamado a Carballera. Eso quiso pensar.

Cerró el maletero y salió de la campa.

Se montó en el coche y siguió contorneando el Peñón. Al cabo de un centenar de metros divisó el letrero del hotel.

Al aparcar se puso la americana. Luego entró al hotel con cautela.

Mientras avanzaba hacia la recepción, con aire despistado, examinó el vestíbulo: más reducido y menos lujoso que el del yate, y sin rastro de Barberá.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —le preguntó el recepcionista, un espigado muchacho de pelo pajizo y modales corteses.

—Buenos días, vengo a visitar a un amigo. Se aloja en la habitación 304. Si es tan amable, avísele, por favor, y dígale que si quiere aguardo aquí o subo, como prefiera.

El chico le respondió sin consultar el ordenador ni ningún papel.

—El señor Fernández ha salido. Pero puede esperarlo aquí, aunque tardará en volver... —mientras hablaba giró la muñeca para consultar el reloj— unos treinta minutos.

Torca desplegó su mejor sonrisa.

—He llegado con demasiado adelanto, me temo. ¿Y no sabrá dónde está ahora mismo?

—Sí, desde luego. Rezando, como todos los días. Sólo sale para eso.

***

La iglesia de Nuestra Señora de los Dolores era un remanso de paz y silencio. Un templo pequeño y austero, empotrado en el antiguo poblado de pescadores entre la playa y el Peñón.

Sólo dos personas oraban dentro. En el último banco, una anciana con un vestido floreado desgranaba un rosario. En mitad de la bancada, un hombre gordo y canoso, en bermudas y con sandalias, no movió un músculo cuando Torca caminó hasta el altar ni al volver sobre sus pasos. Cabizbajo, con los codos apoyados en los muslos y las manos sobre la frente, ocultaba su rostro aparentemente sin pretenderlo, sumido en sus pensamientos.

Torca esperó fuera, de nuevo con la americana al hombro, fumando un cigarro.

Diez minutos más tarde, el hombre sostuvo la puerta para que saliera la anciana, se puso unas gafas de sol y echó a andar con calma hacia el hotel.

—¿El señor Fernández? —preguntó Torca mientras se ponía a su lado de dos zancadas.

—¿Qué quieres? —respondió, sin dejar de caminar.

A Torca le sorprendió su cavernosa voz más que su tono despectivo.

—En el hotel me han dicho que estarías aquí. ¿Te importa si te acompaño?

Mario Barberá se detuvo. Quizá sopesó sus opciones.

—Me gustaría hablar contigo, señor Fernández, o Barberá, lo que prefieras —prosiguió Torca—. Quizá una amiga común, Eva Canga, mencionó mi nombre hace unos días. Me llamo Juan Torca. Pero tal vez sea mejor que charlemos en tu habitación, ¿no crees?

—Sí, claro. Aquí hace demasiado calor. Vamos.

Hablaba como caminaba: despacio, paso a paso, palabra a palabra. Encajó que lo hubieran descubierto y que Torca siguiera vivo sin alterarse.

Maddie Cruz lo apremiaba. La joven quizá ya había muerto. Pero Torca decidió amoldarse al cadencioso ritmo de Barberá. Debía ser paciente.

—El del hotel me ha contado que sólo sales para venir a la iglesia.

—Qué indiscreto, ¿no? Pero al menos le habrás dado una buena propina.

—No, no ha hecho falta —respondió.

—Vaya —se lamentó—. Pues como gracias a ese chaval te voy a hacer rico, Juan Torca, luego espero que seas generoso con él.

Barberá andaba despacio, pero pensaba con rapidez. Ya había resuelto cómo desembarazarse de Torca.

Durante unos segundos no se dijeron nada. Torca comprendió el veloz razonamiento de Barberá: Eva Canga le había transmitido que quería chantajearle y a las primeras de cambio el empresario había pensado que podía quitárselo de encima como a un moscardón, untándole.

Barberá, aunque no parecía nervioso, acabó rompiendo el silencio.

—Me duele perder las buenas costumbres. Siempre he sido de misa diaria, pero en esta capilla sólo celebran la eucaristía los jueves a las siete y cuarto de la tarde y los domingos a las nueve y media de la mañana. Y, encima, en inglés. Escuchaba la misa por la radio, pero no era lo mismo. Cuando advertí que no echaba de menos los sermones del sacerdote, sino la calma de los templos, empecé a venir todos los días.

—¿Y alguna vez te confiesas? —le preguntó Torca.

—No. Ya no. Para conseguir la absolución hay que tener propósito de enmienda. No es mi caso. ¿Y tú? ¿Pides perdón por tus pecados?

—Yo no he matado a Rebecca Cruz. Ni a Eva Canga —respondió Torca.

Barberá no se inmutó. La conversación parecía agradarle. Su réplica, cargada de cinismo y de una ironía de dudoso gusto, lo retrató:

—Pues yo tampoco.

Siguiendo las indicaciones del recepcionista, Torca había llegado

a la iglesia sin bajar hasta la playa. Barberá, en cambio, se dirigía hacia el hotel por otro camino: después de sortear una callejuela, desembocaron en el paseo marítimo.

—¿Te importa si compro agua? —le preguntó junto a un ultramarinos.

Se metió dentro sin esperar una respuesta. Torca le precedió. Entró en la tienda y la sorpresa le golpeó como un puñetazo. ¡Maddie Cruz estaba allí!

Un instante más tarde, boquiabierto, lo comprendió. Esa Maddie Cruz tenía, además de unas ojeras tremendas y un rostro mustio, un peinado distinto y unas facciones ligeramente diferentes. Aunque era hermosa, tanto como su hermana gemela.

Barberá, en cambio, guardaba cola detrás de un matrimonio inglés con la botella en la mano y una expresión ufana. Estaba disfrutando.

Torca, todavía sin reponerse, echó una ojeada. No estaba Antonio Cruz. En cambio, un tipo atlético, apostado como un matón de discoteca junto a unas estanterías, escoltaba a la joven. Un policía gibraltareño, dedujo Torca. El primero que veo de paisano.

La tienda, como muchas similares de otros lugares costeros, ofrecía a los veraneantes cremas solares, chuches, fruta, bebidas frías, pan y periódicos. Hay que exagerar mucho para llamar supermercado a esto, pensó Torca.

Lisa Cruz, la hermana aventurera, la Reina del Estrecho, la cabra loca, la otra sirena, se consumía detrás del mostrador. Devorada por los nervios y la pena. ¿Tal vez los *bobbies* gibraltareños la habían colocado ahí como un cebo, por si al asesino le daba por intentar apresarla ya, antes de arrojar el cadáver de Maddie? ¿O quizá había ido a trabajar por hacer algo, porque no soportaba la tensión en su casa o junto a su irascible padre?

Torca se mordió, literalmente, la lengua, mientras las posibles opciones se abrían paso por su cabeza como los movimientos de una partida de ajedrez. ¿Qué podía pasar si alertaba al policía? Decidió callarse.

Lisa Cruz metió la botella en una bolsa de plástico, cogió la libra de Barberá y le dio las vueltas.

—Hasta mañana —dijo el empresario.

—Gracias. Buenos días —respondió la gemela.

Salieron juntos. Torca, más atento, vio que un joven con pinganillo los miraba por encima y continuaba vigilando la entrada. En el piso superior, el letrero «Cruz Apartments» anunciaba el otro negocio de la familia: a juzgar por las escasas dimensiones del edificio, allí sólo alquilaban cuatro o cinco habitaciones. Comprendió por qué Antonio y Maddie Cruz se habían alojado en Madrid en un hotel

barato. No les sobraba el dinero. El supermercado y los apartamentos disimulaban más bien una tienducha y una pensión de mala muerte.

—Qué huevos tienes, Barberá —soltó Torca en cuanto se alejaron unos pasos—. ¿Cómo te presentas ahí?

—Aquí nadie me busca. Y nadie me conoce.

—¿Ni siquiera Antonio Cruz?

—¿El padre? ¿Por qué iba a reconocerme? —respondió Barberá.

El diario de Maddie le había hecho suponer a Torca que habían hecho negocios juntos.

—¿Tu hijo no vino aquí para trabajar con él?

—¿Con ese muerto de hambre? ¡En la vida! Has oído campanas pero no sabes dónde... A mi hijo se le ocurrió que levantar un complejo hotelero aquí podría ser una mina de oro, pero en un sitio con tantos condicionantes como Gibraltar se enfrentaba a una tarea imposible. Vino a averiguar el precio de estas casas —Barberá trazó una línea con el dedo para abarcar buena parte del paseo marítimo—, y preguntó a gente como el padre de las Cruz si estaría dispuesto a vender sus propiedades. Dejé que se diera de bruces con la realidad, que de los fracasos se aprende. Pero lo último que podía imaginar era que se lo cargaran.

—¿Pero no murió ahogado?

Mario Barberá se paró. Se quitó las gafas de sol, las colocó con parsimonia en la funda y las guardó en el pantalón. Y por primera vez permitió que Torca le viera los ojos.

La mirada tuerta del empresario no vacilaba. Qué ojo, Jandro, pensó Torca. El tuyo, al escudriñar la fotografía del rastreador, y el de Barberá.

—Lo mataron. No es lo mismo. Mi hijo vino a crear riqueza. A construir. Queríamos seguir contribuyendo a que este lugar prospere. Nosotros no sabemos de fronteras. Somos empresarios. Trabajamos. Pero lo mataron.

A Torca no le interesaban los negocios de Barberá. Ni en Gibraltar ni en cualquier otro sitio. Ya no. Las fichas de póker del hermano, la conexión entre uno de los negocios de Barberá y el Lucky Yacht y los comentarios de Maddie en el diario lo habían llevado hasta allí. Ahora la cháchara sobre la prosperidad y la creación de riqueza le traía al pairo, aunque en cambio le intrigaba que Barberá sostuviera con tanta firmeza que habían asesinado a su hijo.

—¿Seguro? ¿Y por qué iban a cargárselo?

—¿Acaso te importa? La última vez que hablamos me contó, muy orgulloso, que iba por Gibraltar como un sultán, con un harén de tres hermanas en el Porsche. «¿Y te las beneficias a la vez?», le dije bromeando. Mi chico era algo fantasma, pero también un cándido, no tenía malicia. «Qué va, todavía no», me dijo. «Bueno, ya sabes, no

hagas alardes con el trío, vete de una en una...», le respondí. Él se echó a reír. No le dije por decir lo de los alardes: él y yo padecemos la misma cardiopatía. «Hay una que me gusta de verdad, ya te contaré.» Pero no pudo contarme nada más.

—Pero he leído que se había ahogado él solo, no que...

—¡Lo mataron! —Barberá dejó de contenerse, no alzó la voz, pero su rostro mutó: frunció las cejas y sacó la mandíbula, furioso—. ¡Entró al agua con unas nadadoras capaces de cruzar el Estrecho! ¿Cómo es posible que no pudieran salvar a mi chico? ¡Porque lo mataron! No hay ninguna otra explicación.

—¿No pudo ser un accidente, sin más?

Le parecía algo imposible convencer a alguien capaz de orquestar una venganza tan desmedida, pero Maddie quizá seguía viva.

—¡No! —rugió Barberá—. Ellas conocían su dolencia. Como todo el mundo. Jorgito siempre, siempre, lo contaba. Era muy prudente, su corazón ya le había dado más de un susto. Como a mí. ¡Esas zorras lo sabían! Y lo mataron. O lo dejaron morir... Cuando veo la escena ardo por dentro: él ahogándose y las zorras partiéndose de risa. ¡Ojalá pudiera matarlas yo mismo! Quizá la que se quedó en la playa era la que le gustaba y las otras dos, desquiciadas por perder el matrimonio que podría convertirlas en millonarias, fueron a por él. ¡No lo sé! ¡No puedo saberlo! ¿Y sabes qué? Ya da igual por qué me lo mataron.

Apaga y vámonos, pensó Torca al escuchar que Barberá llamaba Jorgito a su retoño.

Barberá volvió a andar. El acceso al hotel desde el paseo marítimo se hallaba muy cerca. El mar, sin apenas oleaje, parecía darle la razón a Barberá. A Torca se le pasó por la cabeza mostrar el diario de Maddie al empresario, pero descartó esa idea: tanto el Barberá contenido, casi impasible, como el colérico, furioso, desprendían un punto de locura. Para Barberá, el diario de Maddie sería un vano y patético intento de exculparse para fingir su inocencia.

—¿Y has esperado un año para vengarte? —preguntó Torca—. Va a ser verdad eso de que la venganza es un plato que se sirve frío. El plan que has concebido es diabólico, como profesional sólo puedo admirarlo.

—¿Tú crees? Pero no he esperado tanto: el verano pasado lloré a mi hijo, nada más. Luego, durante el otoño y el invierno me contuve, me carcomí por dentro pero no moví ni un dedo para vengarme. Decidí matarlas en primavera, cuando me contaron que «Las sirenas de Gibraltar» —usó ese apelativo asqueado— de nuevo pretendían batir el récord del Estrecho. ¡Pues estas aguas también serán su tumba!

Se le veía orgulloso. No, no estaba en sus cabales.

A Torca el plan le parecía un disparate y una locura. Detonar una

bomba en el ultramarinos cuando estuviera toda la familia dentro hubiera sido una solución más rápida y efectiva, aunque tal vez menos placentera. Pero quería sonsacar a Barberá. Debía ejercer de poli bueno y de poli malo.

—La ley del talión me parecía retrógrada y brutal —dijo el empresario, más sosegado—. Antes. Ya no. Sé que iré al infierno, pero eso ahora no me preocupa. He hecho lo que debía hacer. Y nunca me lamentaré. Esas furcias mataron a mi hijo. Mi único hijo. Me han dejado sin descendencia, sin futuro, sin nada. Sólo me queda vengarme.

Si alguien mata a Rodrigo, le arranco la cabeza, pensó Torca. Se la arranco después de despellejársela, de quitarle las uñas, de abrasarle con el mechero los cojones y de... ¿Y si fuera una mujer?, ¿qué haría yo con ella? Durante unos pasos, ensimismado, olvidó dónde estaba. Si algo le pasa a Rodrigo, descubrió Torca, me quedo solo. Sin nadie. Sin nada. Eso, sin nada, como Barberá. Pero llegaban ya al hotel, y regresó a la realidad.

—Te entiendo, la verdad. Un hijo lo es todo. ¿Pero qué hará Antonio Cruz cuando pierda a sus tres hijas? Si no se corta las venas, su único objetivo será matarte.

—Que lo intente si puede. ¿Sabes qué dijo Maquiavelo sobre la venganza?

—Ni idea.

Su voz sonó más lenta y grave cuando citó al pensador italiano:

—Cuando se maltrata a otro es preciso hacerlo de tal manera que le sea imposible vengarse.

—Los muertos no se vengan —dijo Torca—. Después de Madelaine, ¿matarás a Lisa y al padre?

—Yo no.

Como un mal contador de chistes, repitió:

—Yo no, que soy incapaz de matar a una mosca. Pero con dos muertes ya hay una serie. Y ya no hay dudas. La policía no se entera de la misa la media, pero dos muertes me señalan, me incriminan. Con dos muertas, mi sed de venganza estará casi saciada. Casi. Podré esperar, entonces. La tercera llegará más tarde. Pero llegará. Y el padre si quiere vengarse que lo intente. Estará en su derecho.

Parados ante la puerta, Torca le preguntó:

—Algo no me cuadra. ¿Por qué no ordenaste que las mataran a la vez? Ya estarían bajo tierra. ¿Qué sentido tiene eliminarlas una a una, arrojar un cadáver al Manzanares, otro al mar...?

Una carcajada ronca, gutural, sorprendió a Torca.

—¡No has entendido nada! Tú no has perdido a un hijo, Juan Torca. ¡Yo sí! ¡Y murió ahogado! ¿Sabes que no hay una muerte tan terrible y dolorosa como ésa? El tiempo se eterniza mientras el agua

inunda tus pulmones. Esas putas, las gemelas, las que se metieron al agua con él para ahogarlo, primero debían sufrir como yo. Ya lo han hecho: como no tienen hijos, han perdido a su hermana. Y luego, ahora, debían padecer la misma tortura que mi Jorge. También debían morir ahogadas. Es así de simple. ¿Entramos?

Hablaba en pasado de la venganza. Las hermanas Cruz ya habían muerto para él.

—¿Y por qué había que sumergir los pies de las chicas en hormigón?

Barberá encogió los hombros y entró en el hotel. Saludó con un gesto al recepcionista y se dirigió hacia el ascensor. Cuando se cerraron las puertas, le respondió:

—Nada es perfecto. En todo plan surgen imprevistos. Sí, tú eres el mayor de todos, pero espero que ahora nos entendamos. Yo quería controlarlo todo. El hormigón era necesario. No quiero arriesgarme a que los cadáveres se los lleve la corriente. Quiero que mueran, y que se sepa. Que se enteren.

La habitación muy amplia y recogida, sin objetos personales a la vista, se inundó de luz cuando Barberá descorrió las cortinas y contempló el mar. De nuevo parecía un hombre sosegado, normal.

—Todo empieza, y todo terminará, en el Mediterráneo. Eso es bueno. Es lo adecuado. ¿Has pensado cuánto quieres?

—No. Sorpréndeme.

Torca no se puso en guardia cuando Barberá abrió el armario ni mientras manipulaba la caja fuerte. Ni por un instante se le pasó por la cabeza que pudiera atacarle.

Barberá cogió tres fajos de billetes, sujetos con gomas, los tiró a la cama y no se molestó en cerrar la caja.

—¿Te vale? Aquí no tengo más.

Cada fajo, de similar grosor, contenía billetes de distintas cantidades. Torca pasó el pulgar por el fajo con billetes de quinientos. Un currante debía deslomarse varios años para ganar ese dinero.

—¿Cuánto hay? —preguntó.

—Ni idea. Bastante. Suficiente para que te vuelvas por donde has venido. —Barberá volvió a darle la espalda para contemplar el mar—. Dentro de poco subirán el almuerzo. Me gusta comer solo. Deberías irte ya, pero antes me gustaría que me contaras cómo has resucitado y cómo me has encontrado.

Acostumbrado a llevar las riendas de sus chanchullos, creía que manejaba la situación. Se equivocaba.

A Torca ni se le pasó por la cabeza contarle que había registrado la casa de su hermano o que su ojo de cristal le había delatado. En cambio, entonces se acordó del chaleco antibalas: si no fuera por Jandro y Laguna, ahora estaría muerto, pensó.

Torca lo pilló desprevenido cuando le pegó un manotazo en la nuca. Barberá se estampó contra la puerta de cristal de la terraza. Luego agarró el cordón de la cortina, se lo enrolló por el cuello y tiró con fuerza.

—¿Quién te crees que soy? ¿Ordenas asesinarme y te piensas que me voy a conformar con una limosna?

El cordón se hundió en la papada. Barberá, al tratar de zafarse echando los brazos hacia atrás para impedir que Torca lo estrangulara, perdió el equilibrio. No cayó al suelo porque Torca lo sujetó mediante el cordel.

Cuando Barberá, amoratado, abrió la bocaza para tratar de respirar, Torca soltó el cordón y le pegó un rodillazo en las costillas.

Tirado en posición fetal, Barberá apenas pudo recuperarse: Torca se colocó sobre él poniéndole un zapato en la barriga.

La tripa se bamboleaba como un odre de mierda. Torca, asqueado, se agachó para registrarle los bolsillos. Después de quitarle el teléfono y la cartera, se apartó y dejó que Barberá se sentara en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta de la terraza.

—Ya estoy muerto. Nada de lo que hagas cambiará eso —musitó el empresario.

Torca se aguantó las ganas de patearlo.

—Eso es lo que tú te crees. No he venido a matarte, pero puedo hacer que me supliques que te mate.

En la cartera sólo encontró dinero y un carné de identidad falso, expedido para Félix Fernández Zaplana, valenciano, de 1946. En el móvil, un escuálido historial de llamadas abarcaba la última semana. Aquí puedo encontrar al asesino, se dijo.

Antes de continuar, Torca cogió el teléfono fijo del cuarto y marcó el número de recepción.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó una voz femenina. El joven de antes debía de haber terminado su turno o estaría atendiendo a otros huéspedes, pensó Torca.

—Hoy no suban la comida ni la cena a la 304, por favor.

—Muy bien, gracias por avisar.

Torca abrió el armario, rebuscó entre la ropa de Barberá y cogió un cinturón.

—Bueno, como puedes ver, tenemos todo el tiempo del mundo para continuar charlando —dijo Torca.

—¿Y ahora qué, vas a azotarme? —preguntó Barberá con voz cansina.

—¡Levanta!

Torca giró la silla del escritorio, sentó a Barberá, le cruzó los brazos por detrás y se los sujetó al respaldo con el cinturón. El empresario no forcejeó ni gritó. Y no abrió la boca cuando Torca

inspeccionó la caja fuerte, quizá porque sabía que allí sólo encontraría unas tarjetas de crédito, un pasaporte y un carné de identidad. Todo a nombre de Mario Barberá.

Registró el resto de la habitación. No encontró nada valioso. Mientras tanto Barberá, que había recuperado el resuello, no dejó de contemplar el mar. Y tampoco prestó atención alguna a Torca cuando se sentó en la cama y volvió a examinar su móvil.

El historial era muy revelador. Apenas recibía llamadas y nunca telefoneaba. A diario, a las ocho de la mañana y a las seis de la tarde, Barberá despachaba alrededor de un cuarto de hora con un número de prefijo alicantino. Así ha continuado dirigiendo sus negocios, dedujo Torca.

Además, aparecían unas pocas llamadas más, procedentes casi siempre de teléfonos móviles que no estaban almacenados en la agenda de contactos. Torca se fijó en que había mantenido una conversación de quince segundos el lunes 1 de julio, a las siete de la mañana, poco antes de que apareciera el cadáver de Becca. Pero ese número no volvía a aparecer. En los días siguientes encontró otras tres llamadas similares. Muy cortas y efectuadas por móviles que no se repetían. El asesino va cambiando de número, pensó Torca, va estrenando teléfonos más o menos como Hernández. Si me quedo con este trasto, tarde o temprano llamará y podré hablar con él.

Otra muerte podía rastrearse en el historial. El miércoles por la noche, cuando Torca ya había dejado a Eva Canga sin teléfono, figuraban dos llamadas procedentes de números vizcaínos. Primero le avisó, le contaría nuestro encuentro y le preguntaría cómo dejar Bilbao; y en la segunda conversación, concluyó Torca, Barberá ordenó a Eva Canga que cogiera el autobús a Madrid. La envió como un cordero al matadero. Entre esas dos llamadas aparecía otra de un número que tampoco volvía a repetirse, pero más larga de lo habitual. Duraba quince minutos. Entonces, pensó Torca, el asesino y Barberá decidieron cómo eliminar a Eva Canga.

Torca dejó el teléfono y sacó el mechero. Maquinalmente, se puso a abrir y a cerrar la tapa. Algo no encajaba: si el sicario siempre llamaba a Barberá, ¿era una casualidad que hubiera telefoneado al empresario precisamente cuando éste necesitaba encargarle el asesinato de Eva Canga? No, concluyó Torca: debían de tener otro método para contactar, para que Barberá pudiera avisarle.

Volvió a coger el teléfono. No encontró mensajes de texto. ¿Los habría borrado? En la pantalla principal del teléfono aparecía el logo de un buzón. Lo pinchó y encontró una cuenta de correo electrónico vacía, sin mensajes de entrada ni de salida.

Se guardó el teléfono y volvió a juguetear con el mechero. Barberá dejó de mirar al mar. A Torca le pareció que el ojo derecho,

enramado y más apagado que el artificial, le escrutaba con temor.

—Me duelen las muñecas. Haz lo que tengas que hacer.

Torca se levantó.

—Quiero marcharme. Ya. Detesto Gibraltar. Pero tengo un problemilla: ¡no soy imbécil! Aunque me lleve tu teléfono, encontrarás la manera de contactar con el sicario que has contratado para matar a las hermanas Cruz. Le dirás que te ha fallado, que he resucitado de entre los muertos, y que tiene que rematarme. ¿O me equivoco?

Barberá respondió sin dudar.

—Te equivocas. No tengo nada contra ti. Diste con Eva y ahora me has encontrado. Si te vas por donde has venido, me olvidaré de ti para siempre. Seguiré pensando que estás muerto. Y esto no habrá pasado.

Torca sonrió. El tipo era hábil.

—Buena salida. Pero no me sirve. Si te desembarazaste de Eva Canga en cuanto me habló de ti, ¿por qué iba a fiarme yo? ¿Y por qué ibas a fiarte tú de mí? Puedes pensar que puedo chantajearte más veces, o delatarte a la policía.

—Cierto. Pero no te compares con Evita —dijo Barberá—. Ella había dado los pasos apropiados para sucederme, pero gracias a ti descubrí que carecía del temple, y de los cojones, todo sea dicho, para seguir mis pasos. Podría haber seguido trabajando conmigo, pero cuando me traicionó ella sola dictó su sentencia. Contigo no tengo ningún tipo de... vínculo. Ni tú conmigo. Ya sé que no tienes por qué fiarte de mí. Pero puedes resolverlo ya. Mátame. O lárgate. Y déjame en paz.

La conversación, para Torca, iba por los derroteros adecuados. Barberá no debía sospechar que quería salvar a Maddie.

—Ya sé cómo te has forrado. Manejas a la gente a tu antojo, ¿verdad? Les muestras los caminos que pueden seguir, pero todos conducen a un lugar: al que te interesa a ti —dijo Torca—. Pero a mí no puedes manejarme. Yo sé adónde voy. Yo sé a qué he venido. Y no quiero matarte a ti, a no ser que sea necesario. A ti, no.

—¿Entonces a quién coño quieres matar? —acabó preguntando Barberá.

—Ya lo sabes. Antes de asesinar a Madelaine Cruz, tu sicario te llamará. Usará un número que no está en tu agenda, pero te llamará. ¡Y hablará conmigo! —Al ver la expresión de Barberá, Torca supo que había dado en el clavo—. Sí, si te mato ahora, hablará conmigo el tiempo suficiente, eso te lo aseguro, para que pueda localizar desde dónde me llama. ¿Y sabes lo que haré entonces?

Barberá no respondió, no hizo falta.

—Sí. Iré a matarle. No esperaré a que mate a Madelaine y a Lisa Cruz. Abortaré tu venganza.

El abotargado rostro de Barberá se crispó apenas un segundo. Pero pronto se recuperó.

—Todo esto es un farol. ¿Qué quieres, más dinero?

La carcajada de Torca fue sincera.

—¿Tengo pinta de gilipollas? Quizá a ti te importe una mierda morir, mientras tu sicario siga matando a las Cruz. Pero a mí, no. Yo no quiero morir, sé que el tipo que ayer intentó matarme volverá a terminar el trabajo..., si antes no lo mato yo a él. Él no se va a olvidar de mí. Ni yo de él. Por eso sólo tienes dos opciones... —dijo Torca mientras sacaba la pistola.

—Te daré más... —volvió a repetir Barberá.

—Sí, claro. Tienes dos opciones. La primera ya la conoces: te mato, aquí y ahora, ¡y te quedas con las ganas! No sabrás si luego conseguiré matar también a tu sicario o, quién sabe, si él acaba conmigo. Aunque yo apostaría por mí, ¿tú no? Morirás sin saber qué pasa con las gemelas Cruz. Segunda opción: si ahora mismo me dices cómo contactas con él y dónde está, te dejo vivir para que veas cómo nos enfrentamos. Y es más: si yo lo mato, acabaré con las gemelas... Aunque eso, como puedes imaginar, no te saldrá gratis. El dinero que me has dado cubre las muchas molestias que me has ocasionado. Además, tendrás que pagarme los cien mil euros que Eva Canga me ofreció hace un mes. O sea, que sí, quiero más.

Barberá tardó en contestar.

—Si te dijera dónde está, ¿por qué ibas a dejarme vivo?

—Muy sencillo. Por dinero. Hace un mes deberías haberme llamado tú para contratarme, en vez de Eva Canga. Ella estaba nerviosa y acojonada, por eso pasé de aceptar el trabajo, un cliente así sólo podía dar problemas. Pero si tú y yo llegamos ahora a un acuerdo, te demostraré que tu primera elección fue la más acertada. En este trabajo y en los próximos. Seguro que me necesitarás más veces.

—No creo —respondió Barberá—. Además, ¿qué hacías el jueves en Madrid con una de las gemelas?

Torca se esperaba esa pregunta.

—¿Qué crees que iba a hacer? ¿No te acabo de decir que soy el hombre adecuado para terminar este trabajo? Iba a servírtela en bandeja. Eva Canga cometió dos errores garrafales: el primero fue mentirme, contarme la gilipollez de que querías asesinar a unas prostitutas por patriotismo. El segundo fue peor aún. Amenazarme, decirme que me quedara calladito y tranquilito el día antes de matar a Rebecca Cruz; fue una cagada monumental.

—No me paso el día encargando asesinatos —concedió Barberá—. Hemos cometido errores. El principal, ya te he dicho antes, eres tú. Pero hay algo que debes saber...

—Dime.

Barberá endureció el rostro.

—He llegado hasta donde he llegado porque cuando decido algo nunca me echo atrás. Dudo y me equivoco, como cualquiera. ¡Pero no retrocedo! El sicario, como tú le llamas, ya ha cobrado. Si termina el trabajo, bien. Si no, qué se le va a hacer. Pero no voy a pagar dos veces por matar a esas hijas de puta.

Torca, harto de tanta palabrería, y defraudado por no haber logrado engañarle, encendió el mechero.

—Vas a decirme dónde está y cómo contactas con él. ¡Ya!

—¡Y si no qué! ¿Me vas a torturar?

—Sí.

El ojo sano de Barberá se mantuvo firme sólo hasta que Torca aproximó el mechero a su rostro.

La voz de Torca cambió. Más lenta, muy suave, rozó a Barberá como las patas de una araña.

—Ahogarse no es tan doloroso. Ahí te has equivocado. Muchas torturas juegan con eso. Pero hay muertes mucho peores. El fuego siempre es peor que el agua. —Despacio, acercó más y más la llama hacia la cara de Barberá—. Y ahora te lo voy a demostrar. Primero voy a fundirte el ojo postizo. Y luego jugaré con el otro. Después tendré que reanimarte con agua, y ya puestos podrás comparar: llenaré la bañera y...

Barberá apartó la mirada.

—Guarda eso. Te lo diré. Podrás enfrentarte a él si quieres. Me da igual. No es mi problema. Y, la verdad, ya he hecho todo lo necesario para vengarme. Ahora que pase lo que tenga que pasar. Soy un cadáver desde que este mar escupió a mi hijo. No soporto esta vida. Llevo un año muerto. Él seguirá muerto haga lo que haga.

A Torca le costó creerle. Había urdido una venganza brutal y desproporcionada. Alguien así no quiere morir. Ahora tan sólo trataría de eludir la tortura con unas migajas de información.

—¿Dónde está?

—Aquí. Pero no sé dónde. No se lo he preguntado. Él no me lo diría. ¿Para qué iba a necesitar saberlo? ¿Para hacerle una visita?

—¿Y cómo contactas con él? —repitió Torca.

—Diciéndole que me llame, ¿cómo iba a hacerlo si no?

—¿Y cómo cojones lo haces?

Barberá dudó. Cerró las mandíbulas, hasta que Torca volvió a encender el mechero.

—Le mando un mensaje privado en Twitter, y al cabo de un rato me llama —acabó revelando—. ¿Te parece un buen sistema? Se le ocurrió a él.

Torca alucinó. Jamás se le habría pasado por la cabeza que

recurrieran a un medio semejante.

Sacó el teléfono de nuevo. En la pantalla principal no aparecía el icono de esa red social, pero lo encontró pronto, entre las aplicaciones que se había descargado. Una vez dentro de Twitter, accedió al listado de mensajes. El perfil de Barberá, @jb20120701, aunque seguía los pasos tuiteros de la difunta @evacanga_gra y de @graphenerES, entre otras cuentas, sólo había intercambiado directos con @nickfromnick, y todos eran del mismo calado. *Llámame*, decía en uno, sin añadir nada más. *Transferencia ok*, respondía el sicario. *¿Cómo va?*, había preguntado Barberá el jueves a medianoche. *Saliendo de Madrid*, había respondido el otro, después de pegarle tres tiros y llevarse a Maddie.

Comprendió por qué Barberá le había dado esa información. Con el teléfono en su poder, era cuestión de tiempo que lo averiguara por su cuenta, o que el sicario acabara llamándole. Además, tanto si enviaba un mensaje al sicario como si esperaba a que éste se pusiera en contacto con él sin avisarle antes, el sicario podía cortar la comunicación al segundo siguiente de escuchar una voz distinta a la de Barberá.

El empresario, tranquilo, parecía haber leído sus pensamientos.

Torca tenía mucho que pensar y poco que hacer.

Examinó el cuarto.

El cordón de la cortina añoraba el cuello de Barberá. Simular un suicidio resultaba tentador, pero aunque los techos eran altos no servían para improvisar allí una horca casera. Otras soluciones le parecieron más sencillas. Barberá era débil, podía desatarle un brazo, forzarle a que empuñara la pistola, lograr que se la tragara y que se saltara los sesos. Aunque dejarlo inconsciente y permitir que se desangrara en la bañera era una opción más lenta y menos ruidosa...

Barberá sobraba, ¿pero luego qué haría con el joven de la recepción? ¿Sobornarlo? No podía eliminarlo.

Torca se acordó de la tarjeta que Carballera le había entregado la mañana anterior. ¿Qué podía suceder si llamaba al inspector? Perderían un tiempo precioso. Carballera tendría que avisar a la policía gibraltareña. ¿Quién se haría cargo del teléfono de Barberá y qué ocurriría a partir de entonces?

Cogió el teléfono y volvió a estudiar el historial de llamadas. Barberá había mantenido una conversación de sólo veinte segundos con un número desconocido el día anterior, el viernes a las diez de la mañana. A esa hora el sicario ya habría abandonado el taxi en la campa y se habría escondido, de alguna manera, con Maddie. En veinte segundos se habría limitado a informarle. Le diría que ya estaba en Gibraltar, que todo seguía su curso, y poco más.

—¿Tu sicario sabe que estás aquí?

Barberá negó con la cabeza.

—No quiero distraerle. Nunca nos hemos visto. No sé ni cuál es su rostro, ni cómo se llama de verdad ni nada de nada. Ni falta que hace.

—¿Qué nombre usa?

—Nick. Sin más.

Le creyó. Su *nick*, o apodo, en inglés, es Nick, el tipo no se complicaba la vida. Su apodo tuitero, similar, @nickfromnick, corroboraba las palabras de Barberá.

Torca decidió coger el toro por los cuernos.

—Bien, veremos qué pasa cuando venga a hacernos una visita —dijo Torca.

—¿Cómo? —preguntó Barberá—. ¿Qué vas a hacer?

—Ya te lo he dicho. Es él o yo. Voy a hacer que venga aquí. Y los fajos que me has dado van a ser un buen cebo.

—¡Y una mierda! —exclamó—. ¡No podrás conseguirlo! ¡Y yo no te ayudaré! ¡Si no habla conmigo, no hablará con nadie!

El hombre apagado, que decía ser un cadáver, había mutado otra vez. Colérico, mientras forcejeaba para intentar liberar los brazos amenazó a Torca:

—¡Suéltame o te arrepentirás! ¡Ya! ¡Desearás haber muerto en Madrid!

Torca, harto de tantos gritos, decidió cortar por lo sano. No podía permitir que otros huéspedes se quejaran.

Cogió del armario un par de calcetines. Hizo una bola con uno y se lo embutió en la boca. Y el otro se lo anudó por la nuca para fijar la mordaza. El empresario, furioso, trató de impedirlo cabeceando.

—Más te vale respirar por la nariz —le dijo—. ¡Pero vas a callarte ya!

Torca ignoró los aspavientos de Barberá y volvió a sentarse en la cama. Agrupó sobre la colcha los fajos y los fotografió con el teléfono del empresario. Luego abrió Twitter y releyó los mensajes que se habían cruzado Barberá y el sicario.

Tardó bastante más de lo que esperaba en redactar el mensaje. No encontraba las palabras.

Mientras tanto, Barberá, rabioso, empezó a patalear.

Torca adjuntó la foto de los billetes y escribió:

Cambio de planes. Ven a la 304 del Catalan Bay. Te compensaré.

Satisfecho, irguió la cabeza y miró a Barberá. ¿Me habré pasado?, se preguntó mientras se incorporaba velozmente.

El empresario, con el rostro amoratado, muy crispado, se estaba ahogando.

A toda prisa le quitó la mordaza que había improvisado con los calcetines y le desató las manos. Barberá, exhausto, cayó al suelo.

Torca se apartó para dejarle respirar tranquilo.

Pero Barberá no se recuperaba. Al contrario. Boqueaba como un

pez fuera del agua.

Con la cara desencajada, farfulló:

—Os… Mataré… Todos.

El infarto, quiso creer Torca, adelantó lo inevitable.

Durante unos minutos trató de reanimarlo, sin éxito. Pero no fue capaz de hacerle la respiración artificial.

20

EL CICLISTA

Torca recostó a Barberá en la cama. Le quitó las sandalias y le desabrochó el primer botón de las bermudas. Encendió la televisión. La posible autopsia no desmontaría el escenario que acababa de improvisar: el renqueante corazón se había gripado mientras Barberá descansaba, podía colar que el infarto le había sobrevenido así. Recogió la habitación y la dejó como se la habían encontrado, aunque se guardó, además de los fajos de dinero y el móvil de Barberá, el par de calcetines. El que había sacado de la boca, baboso y con bilis, podía abortar la pantomima.

Quedaba el recepcionista.

El joven diría que el señor Fernández había recibido una visita. ¿Y qué? Ya vería cómo regatear eso, si es que lo acababan reconociendo. Ahora le urgía salvar a Maddie.

Limpió sus huellas, salió del cuarto y colgó el cartel de «No molestar». Quizá así no descubrirían el cadáver hasta el día siguiente.

Bajó por las escaleras. Se cruzó con unos jóvenes italianos que regresaban de la playa. Antes de entrar en el vestíbulo, echó un vistazo. A la una y media de la tarde había bastante movimiento. Un grupo de recién llegados, con maletas y bolsas de viaje, se agolpaba ante el mostrador, y también había trasiego hacia el comedor.

Pero allí no encontró a ningún hombre solo.

Torca cruzó el vestíbulo, cogió un periódico y se sentó a hojearlo en uno de los sofás cercanos al comedor. No eligió ese sitio al azar. Desde allí podía vigilar tanto la puerta principal, la orientada a Sir Herbert Miles Road, como el acceso trasero a la playa, el que había usado con Barberá.

El tiempo pasó despacio. Nadie sospechoso entró en el hotel. Y tampoco recibió ninguna llamada ni ningún mensaje. Pendiente del trajín de idas y venidas por el hotel, apenas leyó el periódico, aunque encontró en la sección de internacional el trabajo que a Hernández le había hecho rechazar la propuesta de Barberá: el asesinato en Kiev de un político afín a Moscú.

Hora y media más tarde, el recepcionista, quizá después de haber

comido, regresó al vestíbulo y se acercó a él. A Torca no le pilló de sorpresa.

—¿Desea algo, caballero?

—Nada, gracias. Estoy esperando al señor Fernández. Cuando se arregle iremos a dar una vuelta.

—Si necesita cualquier cosa, aquí me tiene.

—Ya puestos, tráeme una caña y unas patatas fritas o unas aceitunas, por favor.

Cuando el joven regresó con la bandeja, le preguntó:

—A propósito, ¿tú no le hablarías anoche del señor Fernández a un amigo tuyo del Lucky Yacht?

—Sí. Ya he supuesto antes que usted fue quien preguntó por él en el yate. Espero haberle ayudado.

—Claro —dijo.

Así certificó que a la policía gibraltareña le sería muy sencillo identificarle cuando se pusiera a indagar quién había visitado a Barberá. Torca le pagó y añadió una buena propina.

Veinte minutos después, Torca se puso en guardia. En la calle, un hombre estaba parado ante el hotel.

Con la bicicleta entre las piernas, culote, maillot y gafas de sol deportivas, además de una pequeña mochila en la espalda, parecía un ciclista aficionado cualquiera. En el trayecto desde el yate hasta Catalan Bay se había cruzado con unos cuantos.

Aunque nada desentonaba en su apariencia, Torca supo que era él.

Si le quedaba alguna duda, se esfumó cuando sacó un teléfono. Al cabo de unos segundos, el móvil de Barberá vibró.

Nunca habían cruzado ninguna palabra, pero Torca ignoraba si el otro había escuchado alguna vez su voz. De perdidos, al río, se dijo.

—Buenas tardes —dijo Torca.

El sicario no contestó. Al otro lado del ventanal, no parecía nervioso. Lentamente, había mirado en todas direcciones; al no ver nada extraño, había recuperado la pose previa: de pie sobre la bicicleta, a unos metros del hotel, dispuesto a continuar la ruta en cualquier momento.

—Trabajo con el señor Barberá —dijo Torca—. Sustituyo a Eva Canga. Me ha pedido que le entregue setenta mil euros en la habitación 304.

—¿Para qué son?

—Para rematar la próxima fase. Le estoy esperando en la habitación, allí podré explicarle todos los pormenores.

—¿Por qué no estoy hablando con Barberá?

Torca había imaginado los derroteros que podría llevar la conversación. Por ahora nada le sorprendía: ni que el sicario se

disfrazara de ciclista ni tampoco su tono cortante.

—Usted es un hombre peligroso. Prefiere que sea yo quien le entregue el dinero.

—Ponme con él.

—Ahora no puedo —respondió Torca—. No está aquí. Pero si lo desea puedo trasladarme al lugar donde se encuentra. Tardaré dos horas. Llámeme entonces. O puede subir ya.

—No tengo prisa. Llamaré a las 18:15.

—De acuerdo.

El sicario se guardó el teléfono y, como antes, volvió a mirar en todas las direcciones. Aunque Torca había dado por hecho que no podía ver con claridad el interior del hotel, se cubrió aún más con el periódico.

Despacio, el sicario bajó el bordillo, esperó a que un coche cruzara la carretera, pasó al otro carril y empezó a pedalear. Se alejó del hotel en sentido opuesto a la rampa de la playa y al camino por el que había llegado Torca.

Torca se apresuró. Pero al salir, lo divisó sólo a unos cincuenta metros. Se montó en el coche de alquiler, dejó que se interpusieran entre ellos dos vehículos, un Nissan y un Ford, y siguió a la bicicleta manteniendo la distancia.

Muy pronto dejaron atrás Catalan Bay. El Nissan y el Ford se habían acercado a la bicicleta para adelantarla, pero venían bastantes coches de cara. Al cabo de un minuto, sólo el Nissan había logrado rebasarla. Mientras tanto Torca dudaba si debía embestir al sicario cuando nadie se interpusiera entre ellos. No quería arriesgarse a que llegaran a la ciudad. Allí se le podía escabullir por las estrechas e intrincadas callejuelas gibraltareñas. Pero la carretera, una cicatriz sinuosa entre el Peñón y la costa, seguía con bastante tráfico en sentido contrario, y el conductor del Ford parecía más pendiente del paisaje que de adelantar a la bicicleta.

De pronto, un cartel le recordó las palabras de la recepcionista del yate. Estaban a punto de llegar al Dudley Ward Way, el túnel que horadaba el Peñón para comunicar la parte este de Gibraltar con el extremo meridional y la masificada zona oeste.

Si atraviesa el túnel y se mete en la ciudad, lo puedo perder, pensó Torca.

Sacó la pistola y la dejó en el asiento del copiloto para tenerla a mano. Pero al llegar al túnel todo se precipitó. El ciclista, con habilidad y sangre fría, en cuanto se adentró en las entrañas del Peñón aprovechó que no venía ningún coche de frente para cambiar de carril y regresar por donde había venido.

¿El sicario lo reconoció entonces?

Quizá. En ese instante Torca no habría puesto la mano en el

fuego. Con la mirada cubierta por las gafas de sol, no le pareció que moviera el cuello para examinar quién ocupaba el Ford o su coche. En cualquier caso, Torca se vio obligado a frenar dentro del túnel. Y tardó más que la bicicleta en cambiar de carril, porque de nuevo volvieron a aparecer vehículos de cara.

Maldiciendo, salió del túnel. ¡La bicicleta había desaparecido! Soltó otro taco y apretó el acelerador. Pero muy pronto se vio forzado a pegar un frenazo y un volantazo brutales: al doblar una curva a la izquierda se topó con la bici y el sicario subidos en la acera, de frente. Y con una pistola apuntándole.

El primer tiro perforó la luna y pasó a unos centímetros de su cabeza. El segundo llegó cuando ya había derrapado para protegerse. Sintió una quemadura en el brazo derecho. Los tres o cuatro disparos siguientes atravesaron el chasis mientras el Fiat chocaba contra el bordillo y una señal de tráfico. Torca se golpeó contra el volante, pero no perdió la conciencia. Ni se olvidó de su arma. Mientras llovían más balas, la agarró y trató de salir del coche por el lado del copiloto. No pudo. La puerta no había llegado a bloquearse, pero al chocar contra la señal el coche se había encajonado por ese lado: sólo se movió unos centímetros. Revolviéndose como un animal herido, se giró hacia la otra puerta y vio que el sicario se acercaba al coche corriendo y sin dejar de disparar. Un balazo le golpeó en el hombro izquierdo.

Torca, a la desesperada, vació el cargador de la pistola.

Unos segundos más tarde abrió la puerta y cayó al suelo apretando un gatillo mudo.

Parapetado por la puerta, buscó al sicario. Se había esfumado. Mecánicamente, sin pensar, recargó el arma. Luego, a duras penas, se incorporó. Tambaleándose, con el brazo izquierdo inútil por el disparo en el hombro, y sin dejar de apuntar hacia delante, encontró un rastro de sangre.

El sicario había subido de nuevo a la acera y caminado hacia unos apartamentos blancos. Pero al cabo de unos pasos, antes de alcanzar esa urbanización, las gotas de sangre descendían por un camino, en dirección a la playa de Sandy Bay.

Empezó a bajar. Una mujer y un niño de ocho o nueve años, que corrían despavoridos hacia la carretera, pasaron a su lado sin fijarse en la pistola.

Antes de llegar a la playa, encontró al ciclista tirado en el suelo. Boca abajo, con el brazo izquierdo estirado y el derecho tapado por su cuerpo. Torca se acercó. Un grito procedente de la playa alertó o reanimó al sicario. Recurriendo a sus últimas fuerzas, se dio la vuelta para intentar dispararle, pero Torca lo desarmó de una patada.

Tenía un boquete en la tripa. Una sangre densa y oscura empapaba el maillot.

El sicario miró a Torca fascinado.

—No puedes… estar… vivo —balbuceó.

Era joven, bastante más de lo que había intuido Torca por su audacia y temeridad. Tendría treinta años, y una mirada inocente y azul.

Torca se dejó caer, sin soltar su arma, junto al sicario. La arena, a unos metros, le tentaba casi tanto como el mar. Aunque las amenazas ya no servirían de nada, le apuntó.

—¿Dónde está?

El sicario miró hacia los apartamentos blancos.

—Agua…

—¿En cuál? ¿Sigue viva?

—La… mochila —respondió.

Respiraba a duras penas. Por la comisura de los labios corría un hilo de sangre.

Torca lo puso de costado para quitarle la mochila. El otro apretó los dientes, pero no se quejó.

Llevaba munición, un machete, un bote de agua, un pasamontañas, tres teléfonos y un juego de llaves. Torca cogió el agua y las llaves y, según se le pasó la idea por la cabeza, actuó: sacó de su bolsillo los calcetines de Barberá y los metió dentro de la mochila.

—8 C —leyó Torca en el llavero—. ¿Está ahí?

—¡Agua! —imploró.

Torca cogió el bote. Mientras le daba de beber, le subió el maillot. Le había dado de lleno, taponar la herida no serviría de nada. Se fijó en que llevaba tatuado en el pecho un águila con una serpiente. Se guardó su pistola y la del sicario y se incorporó. No volvió la vista atrás, ni prestó atención a la gente que los contemplaba desde la playa. Tampoco escuchó las últimas palabras del moribundo.

—Me llamo…

***

El apartamento 8 C quedaba cerca, pero a cada paso que daba parecía más lejano. El hombro le ardía. También iba dejando un rastro sangriento.

Avanzó despacio, tambaleándose y vencido por los más funestos presagios.

¿Se puede morir antes de tiempo? ¿O todos morimos cuando nos llega la hora? Torca no llegó a hacerse esas preguntas. Pero por la cabeza le rondaba una idea: Maddie no debía morir tan pronto. Tan joven.

Cuando por fin se apoyó en la puerta, vaciló: ¿para qué entrar? No quería verla muerta. Por su culpa. Debía haberla salvado. En el

portal de Gran Vía. Y mucho antes. Un mes antes, debía haber atajado de raíz el descerebrado plan de Mario Barberá. Jamás debió dejar que Eva Canga se largara sola del hotelucho aquella noche. Becca Cruz debería seguir viva. Y Maddie no estaría tras esa puerta.

Le costó horrores acertar con la llave. Al segundo intento, se le cayó y se empapó de sangre. Goterones que manaban del hombro por el brazo empezaban a encharcar el suelo. Al cuarto o quinto intento, logró abrir.

Lo recibió el silencio. El apartamento parecía vacío. Dando tumbos, Torca cruzó el pasillo con un nudo en el estómago. Abrió un dormitorio y encontró junto a la cama unos sacos de cemento, grava y arena. Sin abrir. El sicario todavía no había preparado el hormigón. De pronto, oyó un ruido en el cuarto de baño y se abalanzó hacia la puerta.

Al otro lado le esperaba Maddie Cruz. Esposada y amordazada dentro de la bañera. Asustada como un cachorrillo abandonado. Viva.

Diario de Madelaine Cruz del 6 de julio de 2013

23:33 - Estreno cuaderno. Estreno una vida nueva.

23:37 - Las primeras lágrimas brotaron tarde. Luego me inundaron. Lloré por mí. Lloré por Lisa: sentí que después de mí iría a por Lisa. Volví a llorar por Becca, al sufrir en mi carne lo que había padecido. Lloré por las tres, y por mi padre. Lo vi destruido, machacado, huérfano sin sus hijas.

Pero primero lloré por Juan. Cuando el asesino dejó de disparar y me sacó de allí, empujó hasta el taxi a un zombi. No era yo. No era nada. Aquí me han dicho que estaba en shock. *Vale. Al ver la pistola creí que las balas iban a perforarme a mí, y tardé mucho en quitármelas de encima.*

Luego, sentada al lado de mi asesino, mientras salíamos de Madrid, lloré hasta quedarme seca, incapaz de nada más. Él conducía sin soltar la pistola, pero no le hacía falta. Después, cuando me encerró en el maletero, me hundió en la nada. Y al despertar en la bañera, rechacé el bocadillo y la botella de agua que me ofreció. ¿Para qué comer o beber si iba a morir?

Cuando me quitó la mordaza, le pregunté: «¿Vas a matarme como a Becca?». Él, por primera y única vez desde que desperté, habló. Sólo me dijo: «No te dolerá». Los dos sabíamos que mentía: iba a morir ahogada, igual que mi hermana.

23:53 - No sé por qué estoy viva.

Sé, porque me lo han contado, por qué murió Becca. Y por qué Mario Barberá quería matarnos también a Lisa y a mí. El padre de George se trastornó de tal manera al perder a su único hijo que quiso creer lo imposible: que lo habíamos matado. O que habíamos dejado que se ahogara. Es una locura, pero entiendo que, después de mascar y mascar ese alocado y erróneo pensamiento, al final sólo quisiera vengarse. Mi padre también descansaría en paz si pudiera matar a alguien para vengar a Becca.

Todo es un espanto. La mujer de la mutua de seguros en realidad trabajaba para el padre de George. Ahora me cuadra que mostrara tanto interés por conocer no sólo lo que había pasado en el agua, sino también cómo nos había contado George sus problemas cardiacos. «¿De verdad que sólo os había dicho que tenía el corazón cansado?», nos había preguntado

escamada. Un policía español, Caballero o Carballero, nos ha enseñado su foto a Lisa y a mí y nos ha dicho que el padre de George también la ha matado. Qué espanto.

Ahora quiero saberlo todo. Pero, más que ninguna otra cosa, quiero saber por qué estoy viva. Mañana me dejarán ver a Juan y me contará cómo logró encontrarme. Nadie ha sabido explicármelo. Me han dicho que sobrevivió a los disparos por un chaleco antibalas, pero poco más.

Intuyo —y me deslizo por una pendiente peligrosa al escribir esto— que una fuerza muy grande me une a Juan. Algo que no sé ni cómo llamarlo, pero que está ahí. Lisa, mi espejo, lo ha advertido por cómo digo su nombre. En cuanto nos han dejado solas, por fin, se lo he contado todo a Lisa. He hablado y hablado, más para desahogarme que para saciar su curiosidad, porque a ella le bastaba con abrazarme, con tenerme cerca. Pero cuando he terminado de hablar me ha preguntado: «Cuando dices "Juan" suena muy bien. Juan. Lo dices como si no hubiera más "juanes". Pero ese Juan, ¿busca algo? ¿Y no es un tipo mayor? Casi podría ser nuestro padre, ¿verdad?».

Más confusa que sorprendida, he respondido: «¿Cómo digo "Juan"? ¿No lo digo como cualquier otro nombre?».

Lisa iba a insistir, pero mi padre ha entrado en el cuarto, nervioso y acelerado, como siempre. Ahora que nos tiene a las dos, sólo le preocupa el funeral de Becca. Quiere enterrarla, dice, «como Dios manda».

Entre mi padre y Juan no sólo hay bastantes años de distancia. Juan es más joven, más hombre, más tierno. Sus ojos, cuando me sacó de la bañera, temblaban.

Ojalá hayamos sobrevivido a la muerte por algo bueno.

VII

DOMINGO, 7 DE JULIO DE 2013

«Él quería cruzar los mares y olvidar a su sirena.»

FITO Y LOS FITIPALDIS,
Soldadito marinero

21

EPÍLOGO

El inspector Carballera entró refunfuñando en la habitación.

—Todos los hospitales apestan igual. No los soporto.

—Ni yo. ¿Ya me puedo largar? —le preguntó Torca.

—¿Te parece que estás en condiciones? Me han contado que una bala sólo te rozó, pero que la otra te ha hecho un buen estropicio.

—Tampoco tanto. Quiero volver ya a Madrid.

—Te apetece estar al otro lado de la frontera, ¿verdad? Yo también me siento extraño aquí —reconoció Carballera—. Veré qué se puede hacer. Creo que te podré sacar y llevarte conmigo. Ahora que se ha resuelto todo, somos muy amigos otra vez de los gibraltareños.

—Bien —dijo Torca.

—Así podrás contármelo todo. Aún no he podido informar a mis superiores como es debido.

—Sí, podremos hablar entonces.

Carballera, sin embargo, se aposentó al lado de la cama.

—Adelántame algo. Por si no te dan el alta hasta mañana o pasado. Los llanitos no sueltan prenda. Se supone que tengo que aplaudir con las orejas porque me han permitido entrevistarme contigo, pero no me han contado casi nada.

—¿Qué puedo decirte?

—Todo lo que puedas.

—Encontré a Barberá en Catalan Bay. Logré que tendiera al sicario una trampa. El asesino vino al hotel. Lo seguí. Casi me mata. Tuve que defenderme. Antes de morir confesó que se había cargado a Barberá por traicionarle. Y encontré a Maddie. Pero estoy machacado, si no te importa ya hablaremos.

—Ya. Bueno, pero ¿no podrías aclararme cómo...?

Torca lo interrumpió.

—¿Puedo llamar antes a mi hijo?

—Claro. Cuando quieras.

—¿Me dejas tu teléfono? Mis cosas las han dejado en el armario, pero mi móvil lleva sin batería desde ayer...

Carballera sacó un aparato del Pleistoceno.

—Toma. Pero no te enrolles.

Torca mantenía la buena costumbre de memorizar los números importantes. Marcó el de su hijo, pero saltó el contestador. Colgó.

—Nada, no ha podido cogerlo. Ya le llamaré más tarde. Pediré a una enfermera que me busque un cargador y lo intentaré después.

También quería charlar con Luis Laguna, Jandro y Juan Mari Butrón, pero no iba a conversar con ellos delante del inspector. Le devolvió el teléfono.

Carballera se levantó.

—Casi mejor, salgo ya. Voy a intentar llevarte conmigo, y así en el viaje de vuelta podremos charlar largo y tendido. Si hace falta, pondremos nosotros la ambulancia. No creo que nadie rechiste. ¡Te lo has currado, Juan! Y te has enfrentado a un elemento de cuidado: eso sí que nos lo contaron pronto los gibraltareños, más que nada para cargarnos el muerto. El asesino de Rebecca Cruz fue uno de los nuestros.

—Sí —dijo Torca—. Llevaba tatuado el escudo de los GEO: un águila con una serpiente...

—Pues sabes casi tanto como yo. ¡Ojalá se pudra en el infierno! Fue una manzana podrida del Grupo Especial de Operaciones. Todavía no me han dado detalles, sólo sé que le habían perdido la pista después de expulsarle por atacar a un mando. Nos ha puteado de lo lindo, vivo, y ahora incluso muerto va a seguir jodiéndonos. Lo que faltaba.

—Bueno, seguro que capeáis el temporal. Ya poco daño puede hacer.

—Esperemos. La prensa, más pronto que tarde, acabará soltando que a Rebecca Cruz la mató un geo rebotado, contratado por un empresario, y que ambos han palmado en Gibraltar. Se va a armar una buena, aunque aquí los gibraltareños tratarán de sepultarlo todo, o que salga a la superficie lo mínimo, como siempre. En eso son expertos. En fin, vamos a dejarlo ya. Te dejo, que la próxima visita te parecerá bastante más agradable...

***

Cojeando, Carballera salió del cuarto. Pero no cerró la puerta.

El lacerante dolor del hombro se esfumó cuando Maddie Cruz entró en el cuarto.

Sonreía.

Durante un segundo, Maddie Cruz olvidó que dentro de unas horas celebrarían el funeral de Becca, en la iglesia donde Mario Barberá había rumiado su venganza. De luto, con tacones, un pantalón largo, holgado, y una blusa, Maddie Cruz aparentaba más años. Quizá

una enfermera desinformada pudo suponer que era la novia o la esposa de Torca.

Ese segundo, como cualquier otro, pasó deprisa. Pero, durante ese segundo, Torca vislumbró un futuro maravilloso. Una vida nueva. Con Maddie. Una vida dichosa, despreocupada y feliz.

Algunos agonizantes que se asoman al precipicio de la muerte y que sobreviven para contarlo contemplan vertiginosamente su pasado. En sentido contrario, Torca disfrutó con plenitud de ese futuro imaginado, tan fugaz como inolvidable. Hasta que se diluyó por completo al cabo de un instante, de un paso.

Por eso, mientras la sirena de Gibraltar se acercaba a la cama, Torca se arrepintió. De todo. No quería regresar a Madrid. Tampoco quería cruzar palabras vacías con Maddie. No podía explicar, de verdad, por qué había acabado en esa habitación de hospital. Y por qué nunca volvería a verla.

FIN

13 DE JULIO

Esta novela quizá se concibió el 13 de julio de 2013, cuando se cumplieron trescientos años del Tratado de Utrecht, en el que Reino Unido birló Gibraltar a España. O puede que me quedara preñado un par de semanas después, cuando los gibraltareños lanzaron bloques de hormigón en la bahía de Algeciras. Aunque tampoco puedo asegurarlo, casi siempre sabemos cuándo nacemos, pero no cuándo nos engendran.

Durante trece meses, hasta agosto del año siguiente, fue sólo una imagen: la de la sirena del Manzanares.

La ficción y la realidad se funden a menudo en un juego inquietante y misterioso. La próxima novela de Juan Torca no será futbolera, decía y me decía durante la promoción de *Las Cuatro Torres*, en septiembre de 2014. Pero incluiré algún guiño futbolero, solía añadir.

Una mañana de octubre de ese año salí a pasear por la ribera del Manzanares, en busca del lugar donde debía aparecer el cadáver de Rebecca Cruz. Lo encontré junto al estadio Vicente Calderón. Fotografié el río, los jardines, los puentes.

Seis o siete semanas más tarde, un hombre arrojado precisamente en ese mismo sitio abría los telediarios: un ultra del Deportivo de La Coruña, Francisco Javier Romero Taboada, Jimmy para sus amigos y los medios de comunicación, había sido tirado allí por unos seguidores radicales del Atlético de Madrid durante una pelea.

Entre ambos cadáveres sólo existe esa coincidencia. Pero entre el hincha del Dépor y yo además hay, por cierto, otra: muchos de mis amigos burgaleses me llaman Jimmy, y hasta ahí puedo contar.

He escrito esta novela entre mayo de 2015 y septiembre de 2016. Sobre todo en Burgos, y en Górliz, Calpe y varios autobuses y trenes, a menudo regresando de Zenda. Se la dedico a mis padres, a mis hermanos, al amor de mi vida y a nuestros hijos. También a mis amigos José Ignacio Llorente, mi guía en Marbella y Gibraltar, y Pilar Sebastián, *Piluchi*, que en gloria esté.

Gracias a mis agentes, Palmira Márquez y Miguel Munárriz, y a mis editores, Raquel Gisbert y Emilio Albi. Este libro sería otro sin

vosotros.

Gracias a Arturo Pérez-Reverte, a Lorenzo Silva y a Juan Gómez-Jurado, los primeros lectores de esta novela.

Gracias, muchas gracias, amigo lector. Para contarme qué te ha parecido este libro o para cualquier otro asunto puedes escribirme al siguiente correo electrónico: leandro@leandro-perez.com.

Burgos, 28 de septiembre de 2016

La sirena de Gibraltar
Leandro Pérez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la imagen de la portada, Eva van Oosten / Trevillion Images

© Leandro Pérez, 2017 c/o Dos Passos Agencia Literaria

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2017

ISBN: 978-84-08-16669-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Table of Contents

Citas
NOTA
I. LUNES, 1 de julio de 2013
1. LA SIRENA DEL MANZANARES
2. TRES GRACIAS
3. BELLA, SERENA, ETERNA
Diario de Madelaine Cruz del 1 de julio de 2013
II. MARTES, 2 de julio de 2013
4. LAS REINAS DEL ESTRECHO
5. VIVIMOS CON NUESTROS MUERTOS
6. UNA MUELA CARIADA
Diario de Madelaine Cruz del 2 de julio de 2013
III. MIÉRCOLES, 3 de julio de 2013
7. LA QUINTA TORRE
8. UN MÓVIL
9. BUTRÓN
Diario de Madelaine Cruz del 3 de julio de 2013
IV. JUEVES, 4 de julio de 2013
10. CALADOS HASTA LOS HUESOS
11. SIN PERDÓN
12. A PALO SECO
13. CLAVES Y LLAVES
Diario de Madelaine Cruz del 4 de julio de 2013
V. VIERNES, 5 de julio de 2013
14. EN EL LIMBO
15. AVE, JORGE
16. EN MARBELLA
17. GIBRALTAR
18. PÓKER
VI. SÁBADO, 6 de julio de 2013
19. CATALAN BAY
20. EL CICLISTA
Diario de Madelaine Cruz del 6 de julio de 2013
VII. DOMINGO, 7 de julio de 2013
21. EPÍLOGO
13 DE JULIO
Créditos
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!